



Juan Esteban Peláez

LA EDAD DE LAS ESTRELLAS

**Recopilación de las historias
del Nallhard**



NOTAS DEL AUTOR

Amigo lector, con el cálido aliento de los Demonios en mi cuello, los fosos de azufre a mis pies y rodeado de la luz de las velas, expongo en estas líneas Edad de las Estrellas, la era más compleja y lúgubre del Nallhard. Esta era es enigmática, fantasmagórica y repleta de sorpresas. Así que sea bienvenido.

En este libro se describe la llegada de Sírel, la Dama de la Noche, al Nallhard. También se relata la historia de la Estrella de Jores, la única estrella que llegó al mundo mortal. Y, finalmente se narran las dos guerras principales de la Edad de las Estrellas: La Guerra de los Cuatro Elementos y la Guerra Espectral, de las cuales Arcalón de Metys y Méladriel de Verdelheid son protagonistas (aunque hay muchos otros personajes importantes).

Esta época, iniciada después de la caída del Imperio de los Dos Soles, es marcada por la maldición de un Espíritu antiguo que, llevado por la codicia y la malicia, lanza sobre el oriente del Antiguo Continente un hechizo engarzado en cuatro joyas. La maldición de las joyas, llamadas Shidrahas, consta en acercar las cronologías de los vivos y los muertos, uniendo dos planos, y permitiendo la interacción de las almas que se encuentran dentro y fuera de los cuerpos. Sin embargo, el detalle de la maldición se explicará al final del libro.

Así que, amigo lector, lo invito a que conozca el relato de la Estrella de Jores, la Maldición de la Shidraha, la cronología de los muertos y las aventuras acontecidas en la Edad de las Estrellas.



Juan Esteban Peláez

PARTE I

LA DAMA DE LA NOCHE

**Sobre la Estrella de Jores
Y el mundo de los vivos**



CONTENIDO

NOTAS DEL AUTOR	4
LA DAMA DE LA NOCHE	9
JORES Y SU ESTRELLA	12
(LEYENDAS ÍRIMAS)	12
1	12
2	12
3	13
LONDRAKE Y LA GUERRA DE LOS CUATRO ELEMENTOS	15
4	15
5	16
6	17
7	18
8	20
9	21
10	22
11	24
12	26
13	27
14	30
15	33
16	36
17	39
18	40
19	43
20	44
21	47
22	49
23	51
24	54
25	56
26	58
27	59
28	62
29	64
30	66
31	68
32	70
33	74
34	76
35	78
36	80
37	83
38	85
39	88
40	91
41	93
42	95



Juan Esteban Peláez

43.....	97
44.....	99
45.....	102
46.....	103
47.....	103
48.....	106
49.....	107
50.....	110
51.....	111
52.....	114
53.....	117
54.....	118
55.....	120
56.....	123
57.....	125
58.....	128
59.....	129
60.....	130
61.....	132
62.....	135
63.....	137
64.....	138
65.....	140
66.....	141
67.....	143
MÉLADRIEL Y EL CRUCE DE LAS TIERRAS ESPECTRALES	144
68.....	144
69.....	144
70.....	147
71.....	150
72.....	152
73.....	154
74.....	156
75.....	157
76.....	159
77.....	161
78.....	163
79.....	165
80.....	167
81.....	168
82.....	171
83.....	174
84.....	176
85.....	181
86.....	183
87.....	186
88.....	188
89.....	191
90.....	195



Juan Esteban Peláez

91	197
92	200
93	203
94	205
95	207
96	210



LA DAMA DE LA NOCHE

Érase una vez, en el Universo, una deidad o Apsara llamada Sírel, que amaba a los Hombres con devoción y que servía a Elán, el Guardián Mayor del Cofre. El origen de Sírel es desconocido por los eruditos, pero su historia está bien registrada desde el momento en que entró a la historia del Nallhard.

Ahora bien, es importante describir cómo los eruditos describen el Universo en el Nallhard: Se dice que el Universo es un cofre que se extiende por la cantidad creciente del Tiempo y del Espacio. Y en su interior se guardan las gemas más preciadas de reinos indescriptibles. Algunas de estas joyas son estancias cristalinas de seres vivos; unos luminosos y ardientes, y otros gélidos y distantes. Estas joyas con seres llameantes son los soles y las joyas glaciales son las lunas; pero también hay joyas que albergan miles de seres que no tienen dominio sobre la gema (como por ejemplo el Nallhard).

Aclarado esto, se cree que Sírel era una de las tantas guardianas del Universo, cuidando con detalle que las órbitas planetarias no se fueran a salir de curso, y evitando así gigantescas catástrofes. Estas órbitas, normalmente elípticas, eran definidas por Elán, Guardián del Universo.

Sin embargo, no todas las Apsaras estaban contentas con su trabajo, y entre esas Sírel. La Apsara estaba encargada de cuidar la galaxia conocida como *Ara Alvariss*, y por lo mismo conocía con detalle todos los astros que allí orbitaban, cual dragón a su tesoro. Por lo mismo, Sírel tenía presente un problema en uno de los mundos bajo su guardia: El Nallhard, uno de los pocos planetas que guardaba vida, tenía una noche oscura y sin astros luminosos cercanos.

El Nallhard estaba bajo dos campos gravitatorios, bajo dos soles, llamados Arián y Herén. Herén era el más antiguo y poseía bestias que emitía luces rojizas y furiosas. Mientras que Arián, que era más joven, albergaba aves que lanzaban destellos amarillos. Sin embargo, según la posición de las órbitas ordenadas por Elán, ambos soles se encontraban a un solo lado del mundo, lo que causaba oscuridad absoluta a casi un tercio del planeta por casi doce horas. Esta larga noche sumía al Nallhard en miedos, y le daba amparo a monstruosas bestias y oscuros designios.

Así que Sírel, que había aprendido a amar a los Seres de la Luz (Ángeles, Dacones, Enanos y Hombres), decidió hablar con Elán sobre el tema. Pensó con mucho detalle sus palabras, pero nada pudo hacer para convencer al Guardián del Cofre.

-Te he puesto una simple tarea, ¿acaso es tan difícil cumplirla? -se apresuró a responder Elán cuando la Apsara le reclamó sobre su descuido orbital.

-Esos seres sufren por errores nuestros. Debemos ayudarlos a superar las densas tinieblas para que la vida pueda emerger sin temores -dijo Sírel.

Pero fue callada de inmediato por Elán. -¡Si tanto te importan esos seres, ¿por qué no vas y los ayudas?! -preguntó furioso, mientras miraba con detenimiento la vestimenta luminosa de la Apsara.

La deidad, no poseía luminiscencia propia, pero su vestido de plata reflejaba destellos glaciales. -¿Y quién tomará mi lugar? -preguntó la Apsara.



Juan Esteban Peláez

-Ya designaré a alguien -respondió Elán un poco más calmado-. Mientras lo hago, piensa bien lo que estás dispuesta a hacer; recuerda que tienes dos hijas, mi querida Sírel. Mas Sírel no había olvidado a sus dos hijas (llamadas por los Hombres Valen y Halen), y también pensaba en el sacrificio que sería dejarlas solas en el Universo mientras ella ayudaba a los seres del Nallhard. Entonces dijo: -No lo he olvidado. Esperaré pacientemente mi reemplazo, y mientras tanto seguiré cumpliendo con mi deber.

Cuando estuvo de nuevo en su lugar, se acercó a Herén, el Sol Rojo, y formando un eclipse, le preguntó: -¿Vale la pena ayudar a las criaturas allá abajo?

Herén se encontraba en el interior de su esfera, sentado sobre un trono de cristal y envuelto en llamas rojas y furiosas. La Apsara vio con detalle los corceles de crines y colas de fuego rojo, y los leones de melenas flameantes. Todas esas bestias estaban atadas a la voluntad de Herén, y eran quienes producían la luz y el calor del sol. Ni Herén ni Arián poseían luminiscencia propia, pero manejaban todo al interior de la esfera. Incluso algunos eruditos piensan que son ellos los que producen la gravedad y atan las llamas en las esferas.

Entonces Herén miró con serenidad a Sírel, y tomando su báculo flameante apuntó hacia el Nallhard, mostrándole a la Apsara los amplios terrenos de verde hierba y los incontables mares de árboles, y los océanos azulados y las nubes blancas, y dijo con sabiduría: -Casi todo el mundo es hermoso a mi vista; pero sé qué es el mundo sin mi luz y sin la luz de Arián. Cuando ingresamos al Universo el mundo estuvo a oscuras por poco tiempo, y el caos se apoderó de él. Y, aunque a menudo intento destruir el mundo con explosiones y radiación, y aunque probablemente seremos Arián y yo quienes lo engullamos, te aseguro, mi querida guardiana, que vale la pena-. Entonces volvió a sentarse en su trono cristalizado y, sospechando los objetivos de la deidad, añadió: -Sin embargo, piensa bien lo que vas a hacer, pues eres todavía joven y hermosa.

En ese momento llegaron las dos hijas de Sírel. Eran muy parecidas a ella, pero más pequeñas y con vestidos menos brillantes. Ellas estaban bien enteradas de la situación del Nallhard y deseaban ayudar en todo lo posible. Así que, sentadas sobre una irisada nebulosa, le informaron: -Elán ya tiene tu reemplazo. Queremos que sepas que te apoyaremos en cualquier decisión.

-Y si decido sacrificarme por los seres del mundo, ¿me seguirían? -preguntó Sírel con profundidad.

Las hijas la miraron extrañadas. -¿Qué clase de sacrificio? -preguntó Valen, que era la más joven.

-Si nos dejamos inmolar por la gravedad del Nallhard no podremos escapar de ella hasta que el mundo sea destruido o a nosotras se nos acabe la vida.

Ambas hijas se miraron entonces, y miraron a su madre con profundidad y sorpresa.

-¿Hablas en serio? -preguntó Halen.

Y la Apsara asintió. -Sería un sacrificio para siempre -aseguró seriamente.

Las dos hijas permanecieron ensimismadas por unos momentos, hasta que Valen se levantó de la nebulosa y se acercó a su madre. La miró con mucha ternura y compasión, e incluso orgullo, y la abrazó con fuerza. -Entonces yo iré -dijo aferrándose a la cintura de la Apsara.

E impulsada por su hermana, Halen se levantó y también abrazó a su madre. -Yo también iré contigo -aseguró.



Juan Esteban Peláez

Decidido esto, Sírel y sus dos hijas decidieron hablar con Elán para que les consiguiera nuevas estancias. Y Elán lo hizo: El Guardián logró conseguir tres esferas cristalizadas para las Apsaras, hechas con magias aún inentendibles para los eruditos, y se las regaló. Además, le dio a la nueva guardiana de *Ara Alvariss* una nueva misión: Trazar las órbitas de Sírel de Valen y de Halen.

Entonces la nueva guardiana tomó un listón se lo pasó a Sírel para que lo atara a un árbol de plata que había en su esfera, y que reflejaba con intensidad la luz de los soles. Lo mismo hicieron Valen y Halen. De esta manera se trazó la nueva órbita.

Ya lista su ruta, Sírel liberó gatos grises y lobos para que la luz de su estancia fuera más visible en el Nallhard. Y sin más, despidiéndose de su libertad, ella y sus hijas se acercaron al Nallhard hasta ser atraídas por la gravedad, y se lograron posicionar exactamente en medio de la oscuridad. Así, con halos pálidos como si fueran soles glaciales, se iluminó de plata la parte oscura del mundo. Sírel en la mitad, imponente y melancólica, y Valen y Halen a los lados, brillantes como enormes lunas.

De esta forma, la Apsara apareció en la noche del Nallhard, y fue venerada por la gran mayoría de los habitantes del mundo. Y se hicieron canciones y poemas en honor a ella, y hacia ella fueron llevados ruegos y deseos; y fue llamada la Dama de la Noche.

Pero la Dama no se detuvo allí, pues se sintió muy agradecida con los seres allá abajo que cantaban bajo su luz y en su honor, y la miraban con profundidad y la alababan. Así que decidió ayudar a los Seres de la Luz a guiarse en la noche. Entonces tomó pequeños vástagos de su árbol blanco y los guardó en bolas de vidrio, cuales joyas plateadas; y como era caprichosa, hizo formas luminosas.

Estas esferas fueron colgadas por la Dama con finos listones cerca del mundo. Al norte hizo con ocho estrellas la constelación conocida como la Estrella de Siete Puntas; al sur puso el Triángulo del Sur (hecho por tres estrellas); y al occidente hizo un círculo de ocho estrellas que fue llamado el Círculo de Plata.

Por la maravillosa aparición de la Dama de la Noche, producida en el año 1001, esa era del mundo, la quinta edad para ser más exactos, fue llamada la Era de las Luces. Y tanto el día como la noche tuvieron por fin brillo. Así comienza la historia de la Dama de la Noche registrada en los libros, más nada se sabe de ella antes de lo aquí narrado.



JORES Y SU ESTRELLA

(LEYENDAS ÍRIMAS)

1

Érase una vez, en Velheid (el Imperio del Viento), un Hombre llamado Jores. Jores no era un sujeto distinto a los demás. Trabajaba como criador de cóndores, las aves más respetadas y necesarias para los Hombres, pues les servían como vías de comunicación y a veces en la batalla. Sin embargo, Jores realizó una hazaña que ni siquiera él pensó lograr.

Pero antes debemos saber sobre Velheid, o el Imperio del Viento. Según las leyendas de antaño, después de que los Ángeles abandonaron el mundo mortal y subieron a los cielos, un grupo de valerosos Hombres fueron elegidos para conquistar el cielo. El rey de estos Hombres fue llamado Sagath, y los Areshti su linaje. Los Areshti fundaron varias ciudades sobre las nubes, casi todas formadas por torres blancas y gigantescas. Estas ciudades dependían netamente de los cóndores, pues no había otra forma de llegar a ellas ni de descender de ellas.

Mas los Hombre de Viento no eran ajenos a los acontecimientos del mundo mortal, allá abajo, sobre la superficie del Nallhard. Bajaban constantemente para enterarse de los nuevos sucesos, y cuando lo creían prudente, interferían en ellos.

La mayoría de las ciudades de Velheid estaban ubicadas sobre el conocido Imperio del Fuego (Falheid), del que se hablará después. Una de estas ciudades era llamada Trimíl, y era considerada como la capital del Imperio. Allí vivían los Areshti, y también Jores.

2

Ahora bien, Jores vivía en una era donde el Hombre de la Raza Nueva era todavía joven, la raza llamada Írima. Írimo, o mestizo, se le llamaba a la persona que tenía padres de razas distintas, (las razas principales de los Hombres en el Nallhard eran la Ariánica, la Nocturna y la Nórdica). Mas Jores era de una raza semipura, una raza hija de la gran raza Ariánica, la raza más poderosa de otrora. Al ser de casta semipura, Jores era más resistente que sus vecinos mestizos, y muchos estudiosos creen que esto fue un punto importante para lograr su hazaña.

Frecuentemente, cuando Jores cerraba los criaderos de cóndores y caminaba hacia su casa, miraba con detalle a la Dama de la Noche posada con desdén en el cielo ennegrecido, y le hablaba; le contaba sobre sus sentimientos, sus desdichas y sus dichas, y sus pensamientos. Sin embargo, pensaba constantemente si la Dama en verdad lo escuchaba, y este pensamiento le corroía la calma.

A medida que el tiempo pasaba, Jores sentía cada vez más ansias de tomar un cóndor y volar hacia Sírel para verla y agradecerle por su luz. Mas la sola idea era una locura; ya muchos habían intentado llegar a la Dama y ninguno lo había logrado. Además, si el



Juan Esteban Peláez

oxígeno faltaba y él se dormía, sería una caída muy prolongada e indudablemente mortal. Aun así, los brillos de la Dama lo impulsaban.

Entonces, la noche del 12 de octubre del año 1152 de la Era de las Luces, Jores irrumpió a uno de los criaderos de cóndores, montó una de las aves e inició raudo vuelo hacia el cielo, hacia la Dama de la Noche y sus dos hijas, quizás llevado por la locura o la monotonía. El inicio del vuelo fue en verdad sencillo, pues el cóndor que había elegido era vigoroso y orgulloso, y desgarraba las frías y blanquecinas nubes con furia. Mas después de quince minutos de ascenso, el aire empezó a escasear y la empresa se tornó más tediosa.

Aunque Jores era fuerte físicamente, las náuseas se hicieron inaguantables y el dolor de cabeza lo dominó. Y en sólo momentos una soñolencia extremadamente peligrosa empezó a apoderarse de él. Aunque el cóndor parecía cada vez más agotado, seguía su ascenso hacia la Dama, y sus plumas negras se iluminaban cada vez más, reflejando los destellos pálidos y fríos.

Mas Jores no pudo resistir el ascenso, pues, aunque era de una estirpe fuerte, seguía siendo un Hombre. Así que se dejó caer presa del sueño y del malestar; pero en sus memorias cuenta que antes de cerrar los ojos del todo, alcanzó a ver entre un halo blanco una figura femenina de contorno majestuoso y perfecto. Él mismo escribió: «No hay palabra alguna en ningún lenguaje del mundo para describir la belleza de tal silueta». Jores alcanzó a ver entre la esfera cristalizada y pulida un contorno en demasía brillante, con tiras semejantes a cabellos que danzaban como listones y destellaban como rayos. Mas nada más pudo ver, y se desgonzó y perdió el conocimiento.

3

Cuando Jores abrió de nuevo los ojos, se sintió aletargado, incluso mareado por una brillante luz que parecía rodear todo su entorno. «Estoy muerto» pensó; pero pareció espabilarse al escuchar una dulce voz.

-No, Jores, aún no estás muerto -dijo la límpida y tierna voz.

Entonces Jores intentó abrir los ojos del todo, pero la fuerte y pálida luz de su alrededor se lo impidió. -¿Eres la Dama de la Noche? -preguntó estupefacto a la luz. Y al hacerlo, vio que algo se acercaba, una luminiscencia todavía más brillante que la del rededor, muy blanca y muy pura.

Según las memorias de Jores, hasta ese momento se percató que descansaba sobre una sutil nube que parecía sostenerlo sin ningún problema, como las de Velheid. El aire allí era muy puro y muy frío. Él mismo dice que desconoce el sitio en donde vio a la hija de Sírel, pero aseguró que no estuvo en la esfera cristalizada. Se cree que Valen, al ver cómo Jores se desplomaba a causa del agotamiento, salió de su estancia y, antes de que Jores cayera, lo tomó y lo dejó descansar sobre una nube muy alta.

-Me llaman Valen, hija de Sírel, querido Jores -dijo la Apsara.

Entonces Jores la intentó detallar, pero su luz era muy fuerte y le laceraba las pupilas. Así que tuvo que conformarse con ver su silueta, mas él mismo aseguró que su rostro era blanco como la nieve, y sus ojos, fácilmente visibles, eran verdes como las esmeraldas.



Juan Esteban Peláez

-¿Tú me salvaste? -preguntó el Hombre.

Y la Apsara asintió. -Te he escuchado por mucho tiempo, Jores, y sé todo sobre ti. Espero que no te molestes -dijo Valen.

Y Jores negó con la cabeza de inmediato. -No podría molestarme con una deidad tan querida -aseguró.

Nada más se dice en las memorias de Jores sobre la conversación, pero se sabe que duró muchas horas y que culminó con unos regalos. Jores le regaló a Valen una pequeña losa tallada, mientras que Valen arrancó un pequeño trozo de su vestido y con él envolvió uno de los frutos del árbol blanco que tenía en su estancia. Finalmente lo encerró en una bola de vidrio. El fruto tenía luminiscencia propia, y el vestido reflejaba la luz plata.

-No es propiamente una estrella, pero brillará sin necesidad de otra luz -le dijo.

Jores al principio se negó a recibir el regalo, alegando que no lo merecía. -No he hecho nada más en mi vida que criar cóndores. Soy un Hombre común, y por eso creo que no merezco siquiera verte -aseguró el Hombre.

Pero la Apsara meneó la cabeza. -Es un regalo a los Hombres, no sólo a ti, Jores. En este momento tú representas a toda la Raza Humana, así que recíbelo -dijo, y le extendió la pequeña esfera.

Los que vieron descender a Jores de los cielos aseguraron que alrededor del ave y de él emanaba una luminiscencia pálida que espantaba la oscuridad nocturna. Mas nadie habló con Jores después de eso, pues lo consideraron extraño, incluso loco, ya hablaba todas las noches solo, mirando hacia el cielo repleto de estrellas. Nunca nadie creyó la historia del Hombre hasta siglos después, cuando la joya volvió a aparecer.

Dicen los escritos que Jores murió de vejez, y que nunca se casó ni tuvo hijos; pero algo sí es seguro: Cuando Jores murió, la Dama de la Noche y sus hijas iluminaron su cuarto de forma tal, que la tristeza no tuvo entrada a ese recinto.

La Estrella de Jores pasó a manos del gran rey Dacón Ehirot, gobernante del oculto reino de Ehirarh. Los Dacones, o Albinos, fueron los primeros seres amparados por los Ángeles, y se consideran los hermanos mayores de los Hombres. Los Dacones inmortales eran llamados Elfos, pero en la Era de las Luces Ehirot era el único Elfo del Nallhard, pues estos inmortales habían sido exterminados edades atrás. Nadie sabe cómo la estrella llegó a manos Daconas, pero es bien sabido que los Hombres del Imperio de los Dos Soles, de más allá del Mar, en su afán de conquista, arrebataron esta joya a un grupo de Dacones y quisieron llevarla al oriente del Mar de las Deidades; pero la Estrella de Jores se perdió en el camino, y nadie supo de ella hasta después de la caída del imperio más poderoso de los Hombres.



LONDRAKE Y LA GUERRA DE LOS CUATRO ELEMENTOS

PARTE I

4

Érase una vez, en Telheid, o llamado el Imperio de la Tierra, un Mago llamado Londrake (pronunciado *londreik* en la lengua común). Los Hombres que utilizaban magia eran muy respetados por varias razas. Sin embargo, las Mujeres que utilizaban magia tenían un trato diferente: Las llamadas Brujas eran temidas por los Hombres, y por lo mismo eran perseguidas y odiadas. Algunas Brujas lograron fundar pequeñas ciudadelas, pero normalmente no eran bienvenidas en las tierras de los Hombres. Empero, las Brujas lograron construir una gran ciudad al occidente del Imperio de la Tierra. Aunque las discordias entre las Brujas y los Hombres eran grandes en el imperio, ninguno se atrevía a dar el paso decisivo para iniciar una confrontación.

Por otra parte, los Magos eran considerados los tutores de los Hombres, y aunque no estaban de acuerdo con las guerras, narraban los conflictos de otrora. Amplias eran las enseñanzas sobre los Ángeles y sobre los Hombres de antaño, y sobre el famoso Imperio de los Dos Soles, el imperio más poderoso creado por los Humanos. Los Hombres de los Imperios de los Elementos habían aprendido el idioma, la arquitectura, las artes y mucho más del Imperio de los Dos Soles.

En cuanto a los Imperios de los Elementos, éstos se ubicaban en la península más oriental del Antiguo Continente, en el borde occidental del Mar de las Deidades. Telheid, el más oriental, limitaba al norte y al oriente con el Mar de las Deidades, al sur con el río Haselm, que nacía en el mar y desembocaba en el lago Hasulf, y al occidente chocaba con una cadena de depresiones montañosas de casi dos mil metros de altura, llamada Los Acantilados. Estos precipicios formaban el altiplano conocido como Telheid, el Imperio de la Tierra, y lo limitaban con Falheid, el Imperio del Fuego.

Falheid también limitaba al norte con el mar, con los dominios del Imperio del Agua (Alheid), y al oriente con los Acantilados; pero al sur y al occidente limitaban con una cadena de volcanes activos, conocida como la Muralla de Volcanes. Esta cordillera se cerraba al sur con los Acantilados, dejando así a la Península de los Elementos aislada del resto del continente.

Finalmente estaba Alheid, que consistía en una cadena de islas sobre el Mar de las Deidades, al norte de Falheid. Este imperio estaba habitado casi en su totalidad por Írmos, la Raza Nueva, al igual que los dos anteriores; pero los Hombres de Alheid tenían una estirpe más fina, pues algunos Humanos de la raza Nocturna habían tomado como suyas esas islas, y las mantuvieron dominadas por mucho tiempo, hasta que el Imperio de los Dos Soles inició su invasión al Antiguo Continente.



Ahora bien, el Mago Londrake pertenecía a una de las cinco órdenes de los Magos: La Orden Roja. Estas órdenes constituían el estatus de los Magos; la Blanca era la más importante, seguida por la Azul, la Verde, la Roja y finalmente la Amarilla. Si un Mago no pertenecía a alguna de las órdenes, era considerado «inexistente» por la sociedad mágica. La Orden Roja tenía su asentamiento en el corazón del Bosque de Tirendel, mientras que las otras órdenes que se reunían en la Tierra de los Magos, a los lindes orientales del bosque.

Londrake era uno de los tres Magos que había vivido el horrible fin de la Era de las Luces, causado por la caída del Imperio de los Dos Soles. Así que Londrake conocía con detalle las historias antiguas, y por lo mismo, conocía sobre la Estrella de Jores. Ya para el mes de marzo del año 192 de la considerada Nueva Era, los rumores sobre el descubrimiento de la estrella fluían como el viento entre los ramajes, y por lo mismo, Londrake había tenido muchas visitas últimamente.

Sin embargo, Londrake permanecía escéptico, pues, aunque sabía que la estrella se había perdido antes de llegar a las tierras de más allá del mar, el Mago creía que se había perdido en la mitad del mar y no en el continente, y mucho menos en Telheid.

Las reuniones extraordinarias entre las órdenes se hacían con más frecuencia en esos días, pues además de los rumores de la estrella, también se rumoraba que muy al norte, en los llamados Picos Rojos, el gran Mago Tartanos y su compañera, la Bruja Eleonora, perdían sus poderes por causas enigmáticas.

Esto preocupaba de sobremanera a los Magos, ya que esa pareja estaba encargada de cuidar el vasto e invaluable tesoro que se apilaba en las bóvedas construidas por Enanos en las entrañas de los Picos. Este tesoro, acumulado y posteriormente dejado por los Hombres del imperio, había sido cuidado por los Magos y por las Brujas por casi cinco siglos para evitar conflictos. Si este tesoro quedaba sin guardián, los Imperios de los Elementos lo reclamarían como suyo de inmediato, y habría discordias causadas por la codicia y la envidia entre el Fuego, el Agua, la Tierra y el Viento.

Para empeorar la situación, los imperios de Falheid y Telheid siempre habían tenido conflictos. Al ser imperios poderosos, ambos intentaban medir sus fuerzas intentando superar al otro, mas ninguno se había atrevido a iniciar una cruenta guerra. Pero en ese tiempo los dos gobernantes de ambos imperios eran impulsivos y poco cautos.

Facet era el Emperador de Telheid, y era un despiadado anciano que deseaba cada vez más poder. Mientras Lioric, el gobernante de Falheid y descendiente directo de un linaje Ariánico, era más un guerrero que un emperador, pues se había criado en medio de armaduras y llamas, y se había arrullado con gritos espantosos y con el crepitar de la madera ardiente. Fatuos y tristes habían sido los años anteriores en Falheid, pues no había un regente o un emperador competente; y Lioric, ayudado de varios militares, había logrado dar un golpe de estado.



Juan Esteban Peláez

Los Magos sabían que, si el gran Mago Blanco Tartanos y la Reina Bruja Eleonora faltaban, tanto Lioric como Facet reclamarían los Picos Rojos, y se desataría un verdadero infierno. Mas los Magos desconocían la posición de Alheid y de Velheid, pues pocas veces se pronunciaban, y ambos tenían emperadores cautos y calculadores.

6

La mañana del 13 de mayo del año 192 de la Nueva Era, Londrake se levantó muy por la mañana, cuando todavía el rocío cubría los ramajes espesos que se erguían a los lados del enorme obelisco que el Mago tenía por casa. Este obelisco, de piedra rojiza y pulida, brillaba a la luz de los soles y despuntaba el cielo, saliendo como una lanza escarlata desde las copas arbóreas.

El Mago bajó del obelisco y se bañó en la cascada que caía desde un pequeño peñasco muy cerca del pilar. El agua fría lo refrescó de inmediato, pues, aunque el alba era todavía joven, ese día era caluroso. Ya era verano en el Nallhard. Y mientras se ponía la manta blanca con bordados rojizos, vio a un pequeño gorrión que se posó cerca de una rama, mirándolo fijamente.

-¿Qué te trae por aquí, pequeña ave? -preguntó Londrake mientras se acomodaba el sombrero de punta, también blanco y reluciente. El Mago conocía bien el idioma de las aves, y podía comunicarse con ellas sin problema.

-He sido mandado por el Mago Blanco Arus -respondió el gorrión canturreando.

Londrake, ya vestido por completo, se acercó al ave y le preguntó: -¿Y que desea el Mago Blanco?

-Que te reúnas lo más pronto posible con él; pues las noticias que llegaron desde el norte son muy importantes -respondió el ave mientras se acicalaba las alas.

Entonces Londrake abrió los ojos de sorpresa y temor, pues un mal presentimiento le cruzó el alma como un rayo helado. -¿Han encontrado la estrella? -preguntó.

Pero el gorrión meneó la cabeza. -Nada sé sobre las noticias, querido amigo. Sólo me enviaron con este mensaje.

-¿Sabes a qué hora llegaron estas noticias?

-Llegaron esta madrugada, cuando la Dama de la Noche estaba en plenitud -respondió el ave, que empezó a aletear para refrescarse. El día era muy cálido y los árboles alrededor del obelisco, al ser muy frondosos, formaban bóvedas y estancaban el aire. La pequeña cascada y la cristalina quebrada que pasaba cerca al obelisco alivianaban un poco el calor; pero no lo suficiente para el ave.

Londrake subió de nuevo al obelisco y tomó su larga vara, bajó las escaleras en espiral y emprendió su caminata hacia la Tierra de los Magos, acompañado por el gorrión. La senda era fácil, pues poseía pocos recodos y estaba muy bien conservada. Aunque no estaba empedrada, era muy amplia y fácil de transitar.

El Mago caminó por unas dos horas, subiendo y bajando una que otra pendiente, y pasando entre los fértiles árboles del Tiren del. Las sombras de los robles lo amparaban del calor de los soles, y a menudo miraba hacia las ramas bajas y saludaba a uno que otro animal: Ardillas, búhos, entre otros. Y todos los animales le devolvían el saludo, animados con la presencia del Mago. Poco después llegó en los lindes del bosque.



A las afueras del Bosque de Tirendel se extendía un terreno repleto de floridas colinas, coronadas de vez en cuando por una que otra arbolada. Las colinas se recostaban contra un horizonte azulado y sin nubes, dominado por los dos soles. Cuando Londrake llegó a los lindes, el gorrión emprendió un vuelo rápido hacia el oriente, dejando al Mago solo. Así que Londrake siguió su camino en silencio, pensativo y ensimismado. Mientras caminaba pensaba con detenimiento sobre la estrella. «¿Quién pudo haber encontrado la Estrella de Jores?» se preguntaba. «Espero que no hayan sido los Hombres».

Y así, en medio de sus pensamientos, vio en pocas horas los cientos de desdeñosos pilares que despuntaban el cielo como un bosque de joyas preciosas. Había obeliscos enormes, de cuarenta o incluso cincuenta metros de altura, de colores brillantes, amarillos y azules. Todos los pilares estaban forrados con losas finas y pulidas, como escamas de colores. Pero el obelisco más imponente era uno blanco que brillaba como una espada de nieve bajo los soles, y que alcanzaba unos soberbios setenta metros de altura.

Londrake aceleró el paso, descendió por una pequeña ladera y llegó a una ciudad sin muralla: La Tierra de los Magos. Allí las calles estaban empedradas, y había canales de agua cristalina. Los obeliscos se alzaban imponentes como torres de guardia, y el color invadía las fuentes que allí se encontraban, pues el agua reflejaba el brillo de los pilares.

Sin embargo, aunque era una ciudad hermosa, el miedo y la expectativa se mezclaban con el aire. Muchos Magos se dirigían con presura hacia el gran obelisco blanco en medio de la ciudad. Todos susurraban y especulaban, mas ninguno estaba seguro de lo que sucedía. Al parecer las noticias recibidas por el Mago Arus eran muy importantes.

7

Londrake dirigióse al obelisco blanco sin demora, ignorando las especulaciones. Corrió por la calle principal, flanqueada por pequeños abetos, hasta llegar a una enorme plaza de piedra blanca. En el medio de la gran plaza estaba el obelisco blanco, y alrededor del obelisco cientos de Magos con túnicas y sombreros de todos los colores. Algunos tenían largas barbas blancas y pobladas cejas, pero en su mayoría eran Magos jóvenes los que se reunían alrededor del obelisco; los Magos más viejos estaban en el interior de la torre.

El Mago Rojo, al ver esta conmoción, se apresuró más. Se abrió paso entre los más jóvenes y llegó a la puerta del obelisco. Aunque la puerta estaba abierta, nadie entraba; pero Londrake sí entró y subió apresurado las escaleras blancas. Ya arriba ingresó a una sala enorme. Allí se encontraban los Magos más ancianos y más instruidos.

La sala ostentaba en la mitad del techo una enorme lámpara de vidrio, y de sus paredes salían relieves finos hechos a cincel. Había uno que otro anaquel con libros, y en la mitad había una mesa de vidrio bien labrada. Alrededor de la mesa estaban sentados los Magos más importantes de las Órdenes, entre ellos Théredril, el jefe de la Orden Amarilla y el mejor amigo de Londrake. Théredril era uno de los tres Magos que habían vivido en la Era de las Luces, con Londrake y Arus. También había varios Magos, un poco más jóvenes, que representaban las Órdenes Azul y Verde.



Apenas Londrake ingresó a la sala, todos los Magos callaron y lo miraron, algunos con alivio y otros con temor y expectativa. El Mago Blanco, que permanecía en la cabecera de la mesa, se levantó e invitó a Londrake a sentarse, y posteriormente continuó su relato. -Debemos tener la estrella antes que los Hombres se den cuenta de su existencia -aseguró el Mago Blanco.

Entonces Londrake interrumpió casi de inmediato. -¿Entonces quién encontró la joya? -preguntó.

-La encontraron las Brujas al norte de sus tierras -respondió Théredril mientras se quitaba el sombrero y lo dejaba sobre la mesa. La canosa cabellera del Mago estaba enjugada a causa del calor.

-Y según nos dicen la estrella no duró en el anonimato mucho tiempo, pues apenas fue encontrada, huestes de Nomos empezaron a aparecer alrededor de las Tierras de las Brujas, hostigándolas -añadió Algar, Mago de la Orden Azul.

-Un momento -interrumpió Londrake de nuevo mientras se tomaba la cabeza en señal de preocupación y bajaba la mirada, viendo su reflejo en la pulida mesa-. ¿Cómo los Nomos llegaron hasta las Tierras de las Brujas? -preguntó-. ¿Acaso los Hombres no tenían a los Nomos fuera de la península? -volvió a preguntar.

Y Arus respondió: -El emperador Facet tiene la mirada fija en los Picos Rojos, al igual que Lioric. Y hasta ahora nos conviene que tengan sus ojos posados sobre el tesoro de los Picos y no sobre la Estrella de Jores.

-Los Hombres olvidaron montar guardia en los pasos de los Acantilados; sólo vigilan el Salto Azul porque es el paso más cercano a los Picos Rojos -añadió Algar.

-Eso no es todo -aseguró Théredril-. Apenas apareció la estrella, los dueños se pronunciaron -añadió.

Entonces Londrake levantó la cabeza lentamente, miró a Arus y sus ojos mostraron una sorpresa profunda. -¿Los Dacones? -preguntó con voz trémula.

-Ehirot -respondió el Mago Blanco mientras se recostaba en la silla.

Londrake se tomó la cabeza de nuevo, muy preocupado, y miró por entre uno de los arcos rectangulares el cielo azulado y sin nubes. -¿Qué pide Ehirot? -preguntó.

-Nos exige la estrella -respondió Arus.

-Y lo mejor será dársela -aseguró el Mago Verde, que había estado muy callado durante la reunión.

-Pero si los Hombres se dan cuenta que la Estrella de Jores están en manos de las Brujas, devastarán las tierras de las hechiceras y se apoderarán de la joya -aseguró Théredril.

-Y la cuidarán a capa y espada -añadió Londrake.

Y el Algar, el Mago Azul, asintió. -Los Hombres son codiciosos -dijo.

-Y envidiosos -agregó el Mago Verde-. Si la estrella cae en manos Humanas, los mismos Humanos se destruirán por ella.

Londrake permaneció en silencio por un tiempo, mientras los Magos discutían el cómo debían actuar.

-Debemos enviar a alguien a la Tierra de las Brujas por la joya. Las Brujas ya aceptaron dárnosla, pues prefieren eso antes de verla en manos Nómicas -dijo Arus.

-¿Y después? -preguntó Théredril.

-Ir a recoger la estrella es la parte fácil, mi querido Théredril -aseguró Arus-. El verdadero problema es llevarla hasta los Dacones de más allá de las montañas gigantes, al otro lado de la Cordillera de Nínilver.

-Esperemos que los Nomos no logren arrebatársela la estrella a las Brujas antes que la tengamos -dijo Algar.



Juan Esteban Peláez

-Por eso alguno de nosotros debe ir inmediatamente -aseguró el Mago Blanco-. Escucho voluntarios.

8

Al ser el más temerario de los Magos, Londrake aceptó ir a la Tierra de las Brujas por la Estrella de Jores. Esta fama la había obtenido al batirse en batalla al lado de algunos Hombres mestizos contra las tropas Ariánicas de más allá del mar, cuando el Imperio de los Dos Soles ya estaba débil. Pero Londrake pidió ir sin acompañantes, pues prefería la soledad. Renuentes, los Magos aceptaron.

Así que el Mago volvió de inmediato a su obelisco, en las profundidades del Bosque de Tirendel, para preparar su viaje al norte. Mientras caminaba hacia el bosque, el Mago permanecía pensativo, pues un mal presagio lo abordaba. Aunque parecía una tarea fácil, una congoja inexplicable lo ahogaba en distorsionados pensamientos.

Y cuando llegó a los lindes del Tirendel, varios venados de manchas blancas lo recibieron con venias, y algunas aves cantaron, pero el Mago se sentía muy extraño, y vio con melancolía todo a su alrededor: Enormes saúcos y robles, mirtos y frondas bajo la luz del día, y pequeños y coloridos animales. Entonces, de repente, pareció entrar a un sopor siniestro, y vio con horror una visión engendrada por la oscuridad: De repente, el bosque pareció sumirse bajo un manto de nubes plomizas, y los árboles empezaron a retorcerse en llamas, y los animales se cocieron vivos por brasas furiosas.

No había dado ni cinco pasos en el interior del bosque cuando esta visión nubló su ser y lo hizo hincar sobre la arenosa senda. Entonces un dolor de cabeza muy intenso lo abordó y casi lo hizo desmayar. Pero segundos después el Mago logró incorporarse y seguir su camino. «Un hado siniestro inmola cada vez más estas tierras» pensó mientras, cabizbajo, se dirigía a su hogar.

Pocos fueron los preparativos del Mago, pues su idea era no demorarse mucho en su misión. Y antes de que el amanecer dominara los cielos, salió de su hogar con la vara en una mano y el sombrero en la otra. La vara tenía en la punta una pequeña esfera que parecía estar empañada, mas sólo él sabía de su función. No llevaba comida, pues los Magos podían dominar el hambre. Además de llevar la vara, sólo llevaba una pequeña cantimplora de cuero que llenó de agua fría en la pequeña quebrada. Y sin más, dando un último vistazo a la punta de la torre, dijo a sí mismo: «Espero volver pronto». Y se alejó por el sendero.

El día llegó cálido y lleno de alegría. Muchas de las aves acompañaron al Mago, saltando de rama en rama y entonando cánticos entendibles para Londrake. Él les agradecía a menudo, pero la extraña visión que había tenido lo incomodaba, y veía a esas aves con detenimiento, intentado descifrar su premonición. Y antes de mediodía ya estaba en los lindes del bosque.

Caminó solitario por las colinas que bordeaban Tirendel, tomando el camino hacia el norte. Londrake ya había ido una vez al norte del imperio, cuando luchó contra los



Juan Esteban Peláez

Hombres de más allá del mar, y sabía bien que el camino hasta las Tierras de las Brujas no era complicado. El camino a pie duraba a más tardar seis días; pero Londrake no deseaba realizar ninguna escala, pues deseaba llegar lo más rápido posible. El único altercado que podía tener era encontrarse con Hombres muy curiosos o, en el peor de los casos, con una banda de Nomos.

El Mago ascendió y descendió colinas, una y otra vez, por casi medio día, descansando de vez en cuando sobre la hierba y bajo la sombra de algún sauce. Hasta que finalmente llegó a su primer destino: La capital de Telheid, la ciudad de Larem.

Larem era una ostentosa ciudad amurallada de más de dos millones de habitantes; una verdadera metrópolis. El comercio allí abundaba, y carromatos cargados de frutas, verduras y artesanías entraban y salían todo el día y toda la noche. Alrededor de Larem había varias plantaciones que alimentaban la ciudad, y en el interior se erguían cuatro potentes castillos de piedra. Cada uno de estos castillos estaba construido a cada esquina de la ciudad, y actuaban como pétreos guardianes gigantes. También había enormes torres de guardia, y en el medio de la ciudad relucía el techo de oro que ostentaba el Palacio Imperial. El palacio era gigantesco, y estaba bordeado de prados verdes y vistosos, repletos de arbustos que a menudo formaban laberintos y formas faunas como toros y águilas.

Todo esto era visible desde la colina en donde Londrake se encontraba. Larem estaba bordeada de colinas, pero se erguía en una planicie herbosa y muy fértil. Además, muchas de las colinas tenían puestos de avanzada que comunicaban las noticias a la ciudad. Estos puestos avanzados tenían un amplio campo de visión, y se enteraban de todo lo que sucedía alrededor de la capital. Mas estos puestos tenían la atención fija en el norte, en los Picos Rojos, e ignoraban la Estrella de Jores y lo sucedido más al oriente, en las Tierras de las Brujas.

Ahora bien, aunque la ciudad era tentadora, pues la imponente invitaba a los viajeros, Londrake tomó un refrescante sorbo de agua y decidió seguir su camino en vez de descender por la senda que llevaba a la planicie. El camino no era complicado, pero era informe y subía y bajaba, y por lo mismo era agotador.

9

Londrake siguió su camino sumido en sus pensamientos. De vez en cuando llegaba a una villa, y allí descansaba y conversaba con algún aldeano; pero nada contaba de su misión. Y, cuando menos pensó, se vio lejos de las tierras dominadas por los Hombres.

Al tercer día, cuando la oscuridad empezaba a invadir el cielo desde el oriente, Londrake supo que estaba cerca de su objetivo, y que ahora debía tener más cuidado. Arus le había advertido sobre los Nomos que rondaban alrededor de las Tierras de las Brujas, y Londrake no deseaba encontrarse con ellos.

Caminó un poco más y descendió una cuesta prolongada de hierba alta. Entonces supo que era la frontera de las tierras de las hechiceras, pues sintió un frío vertiginoso en su



Juan Esteban Peláez

interior, y sintió que miles de ojos lo observaban de entre las sombras que se anidaban en las numerosas arboladas que allí se levantaban.

Londrake empezó a caminar con más cautela, aprovechando su buena visión nocturna. Sin embargo, allí la noche parecía ser más oscura, más densa y más maligna. Los árboles parecían deformarse con la distorsionada luz de las estrellas en el cielo, y uno que otro graznido solitario rebotaba en las arboladas ennegrecidas. Además, la Dama de la Noche estaba oculta tras mantos de densas nubes, sólo Halen era visible. Entonces, al verse vencido por la oscuridad de la noche, Londrake decidió alejarse un poco del sendero, pero no mucho porque podría perderse, y se recostó en un árbol de tronco grueso. Allí se quitó el sombrero e intentó dormir.

La noche pasó lenta y fría, acompañada de uno que otro aullido o un sonido distorsionado y confuso. Y apenas el alba rompió la cúpula de estrellas, el Mago siguió su camino. Vio extrañado que se había retirado del camino más de lo que había pensado, pero lo encontró con facilidad.

La senda serpenteaba a menudo entre gruesos árboles de hojas oscuras y troncos húmedos. Además, había varios hongos que, por sus brillantes colores, avisaban de sus potentes venenos. No había ciervos ni liebres por esas arboladas; allí imperaban los caracoles enormes, ciempiés y grandes tarántulas de finos pelos y patas gruesas.

El Mago intentaba evitar cruzar por estas horrendas arboladas, repletas de insectos enormes y sapos tóxicos y viscosos; pero a veces era inevitable. Con frecuencia, estos oscuros árboles formaban bóvedas que impedían el ingreso de la luz, y tornaban el paisaje oscuro y siniestro.

Y grande fue el susto de Londrake al ver que el crepúsculo rojo caía con presura. Entonces intentó aligerar el paso, pues no deseaba pasar la noche entre los árboles, a merced de quién sabe qué monstruo. Y cuando la noche ya se cerraba con más rapidez en el cielo, Londrake emprendió un rápido trote. Grande era su desesperación al ver que ningún linde era visible, y, en vez, más árboles se erguían a su alrededor. Saltaba uno que otro tronco caído y lleno de musgo, y rompía con su vara las ramas que le impedían el paso. Mas el final de la arbolada no era visible, y la noche seguía avanzando, y todo se tornó negro.

10

La noche cayó y Londrake, casi a tientas, siguió su avance por la accidentada senda. Los árboles creaban un denso manto de oscuridad que evitaba cualquier visibilidad; pero el Mago, que era obstinado, intentaba desesperadamente buscar un linde o el fin de la arbolada.

No había pasado una hora desde la caída del crepúsculo cuando el Mago empezó a sentir el hechizo de esas embrujadas tierras. Londrake caminaba con la vara a modo de bastón para seguir la senda, como un ciego, cuando de repente, y como una siniestra aparición, sintió un sonido entre los árboles. Así que, asustado, giró lentamente la cabeza; y vio entonces que unos ojos brillantes y verdes como esmeraldas lo miraban por entre los



Juan Esteban Peláez

mohosos troncos. Entonces la sangre de Londrake se heló. Los ojos parecían mirarlo con atención, al asecho, esperando el flaqueo de su víctima. Lo seguían, acompañados de uno que otro sonido sutil, como el romper de ramas o el crujir de hojas secas, pero nada era visible; sólo esos ojos malignos.

El Mago pareció desesperarse, y su latir se aceleró, y una pantalla de sudor se formó en su frente, pues el miedo le invadió el cuerpo. Mas no corrió, pues al ser Mago Rojo, sabía sobre las bestias. Los Magos Rojos entendían a los animales. Londrake sabía que el correr era incitar a la bestia a atacar; así que siguió a ciegas por el camino, con esa fría mirada sobre él e intentando no extraviarse.

La enigmática bestia lo siguió con sus ojos verdes por casi media hora; aunque a Londrake le pareció una eternidad. Y, sin realizar ninguna otra acción que la observación, los ojos parecieron desaparecer en la penumbra, olvidando al Mago. Apenas esto ocurrió, el Mago se dejó derrumbar sobre el camino, exhausto por la caminata y más tranquilo, pues el sentirse como una presa lo había agotado.

Derrumbado sobre la senda y no viendo más que oscuridad, (pues el cielo de estrellas estaba escondido tras los densos ramajes), el Mago descansó por un tiempo que él mismo no pudo calcular. Parecía ser una noche eterna, incluso cruel. Los sonidos eran muy difusos, muy leves, y algunos aterradores. De súbito, y rompiendo la tranquilidad, se escuchaba un alarido espantoso de alguna bestia lejana, o un aullido, o un grito gutural que destrozaba los tímpanos y sumía los nervios en el desespero.

Mas Londrake no deseaba continuar durante la noche. Estaba decidido a permanecer allí, inmóvil, esperando que la suerte lo ayudara, deseando que ningún predador lo descubriera, acostado sobre la senda arenosa y golpeado por el frío que lograba colarse por entre los árboles y lo hacía tiritar.

Entre letargos y soñolencias gélidas, Londrake logró pasar la noche sin ningún otro problema. El Sol Amarillo logró romper las nubes y bañó con su luz las copas arbóreas, mientras el Sol Rojo inundaba el ambiente con sus cálidos rayos. Este amanecer rehabilitó a Londrake, que, decidido a no pasar una noche más en esas hechizadas tierras, inició su marcha con presura.

Caminó por menos de media hora y diose cuenta que el final de la arbolada que tanto había deseado la noche anterior no estaba muy lejos, y pensó que quizás por eso los animales nocturnos no lo atacaron. La arbolada terminó de súbito, y frente a él se extendía un paisaje herboso e informe.

Londrake siguió la senda por entre las pendientes pastosas casi todo el día; y cuando el atardecer rojo se pintaba de nuevo, desde una cuesta salpicada por arbustos de flores púrpuras el Mago logró ver una ciudad de edificios negros recortada contra el crepúsculo, de torres enormes y dentadas, y muros soberbios de piedra oscura.

Pero lo que en verdad lo alertó fue el ver un enorme número de figuras que parecían formar una batalla a las afueras de la ciudad, a la izquierda del viajero. Estas figuras eran borrosas a causa de la distancia y de las humaradas negras que se levantaban alrededor de



Juan Esteban Peláez

la ciudad, y causaban un estrépito muy fuerte; pero Londrake no lo había escuchado porque las colinas aledañas hacían rebotar los sonidos.

El Mago, petrificado por la imagen, se acercó caminando con cautela hacia la ciudad, y decidió detenerse en una colina cercana, desde donde todo era visible. Aunque la noche ya se acercaba, el crepúsculo todavía daba luz suficiente como para ver lo que acontecía; y al verlo con detalle, Londrake se paralizó del temor.

11

Grande eran las diferencias entre los Magos y las Brujas: Los Magos estaban amparados por la luz, mientras las Brujas preferían la oscuridad. Esto lo pensó Londrake muy bien mientras, agazapado entre la hierba alta de la colina, miraba cómo el caos se desarrollaba allá abajo, cerca de la ciudad.

Al principio, Londrake había pensado que los Hombres de Telheid habíanse dado cuenta del renacer de la estrella, y que por lo mismo atacaban con furia las Tierras de las Brujas; pero al acercarse más diose cuenta que no eran Hombres los que hostigaban la ciudad.

Las numerosas bandadas de Nomos subían y bajaban las cuestas aledañas, escapando y arremetiendo contra la ciudad. No era un ejército unificado, en vez, parecía ser una gran concentración de tribus que luchaban por una misma recompensa. Había varias hogueras alrededor de la muralla que bordeaba la ciudad, y el humo llegaba hasta el Mago que, por lo mismo, empezó a toser ahogado. Entonces sus ojos se irritaron, por lo cual tuvo que alejarse del sitio donde estaba y bajar un poco más por una colina aledaña.

Allí vio con más detalle la muralla. Tras los muros parecía haber soldado de talla muy alta, casi de dos metros; pero el Mago notó que estas siluetas aparecían y desaparecían. Incluso, mirando con más detalle, diose cuenta que las figuras parecían traslucidas, como si fueran fantasmas. Para el ojo inexperto parecían ser Hombres fieros, pero Londrake conocía bien los artilugios de otrora, y sabía bien que no eran Hombres: Eran sirvientes de las Brujas, esclavos de las sombras, los Einheriar.

Los Einheriar eran fantasmas que antaño habían sido Hombres; poderosos guerreros que habían caído en batalla con sus manos sangrantes y sus armas melladas. Pero eran pocas las Brujas que podían invocar los Einheriar. Sólo las hechiceras más doctas podían materializar tales guerreros, trayéndolos de las estancias de la muerte para blandir sus armas de nuevo en el plano de los vivos. De hecho, incluso las Brujas más poderosas podían invocar pocos Einheriars y por pocos minutos, y sólo había un relato donde una Bruja había logrado invocar cinco al mismo tiempo. Este poder de invocar los Einheriars utilizaba hechizos semejantes a los guardados por las joyas Shidrahas, pero de estas joyas se hablará después.

Londrake sabía bien de las limitaciones de estos conjuros, por lo que, al mirar mejor entre el caos, supo que esos no eran los Einheriars, sino hechizos que las Brujas utilizaban para atemorizar al enemigo. Cuando los Nomos veían a estos poderosos soldados de inmediato retrocedían, pero ninguno de los fantasmas dañaba físicamente al enemigo. De esto



Juan Esteban Peláez

algunos Nomos se habían dado cuenta, y por lo mismo ya no les temían a los seres traslucidos sobre la muralla.

Pero las Brujas no sólo utilizaban visiones para aterrar al enemigo y defenderse: Sobre la muralla había figuras voladoras que descendía como aves predadoras sobre las huestes de Nomos que se retiraban. Londrake fijó la vista en estas siluetas y logró ver que se trataba de Brujas que montaban aves monstruosas, semejantes a cuervos; pero más grandes y crueles. Estas aves negras tenían garras enormes y picos filosos, y ojos negros y brillantes.

Todo esto Londrake lo analizó en un segundo, pues tenía una vista penetrante y una gran capacidad de detalle. Mas cuando vio que los Nomos se retiraban cuesta arriba, todos en desordenada y en caótica bandada, supo que su misión se venía abajo.

Los Nomos, aunque todavía tenían numerosas tropas, se retiraban por entre las colinas, seguidos por las furiosas aves. Sólo los Nomos más fuertes y mejor armados se quedaron para luchar y proteger la retirada.

Londrake supo entonces que los Nomos habían logrado robar la estrella, y supo que debía actuar lo más rápido posible. Mas su corazón pareció agitarse todavía más al ver que un gran número de Nomos se retiraba de la ciudad subiendo la cuesta en la que él se escondía. Londrake los vio venir hacia él, inmóvil a causa de la duda y del temor. Aunque había combatido contra los Hombres de más allá del mar, lo había hecho muchos años atrás, ya había olvidado la sensación de miedo y la adrenalina que se siente en una batalla.

Los Nomos siguieron subiendo torpemente la cuesta, cayéndose de vez en cuando y produciendo chillidos y gruñidos, mientras Londrake los miraba desde la alta hierba, paralizado y con el cuerpo temblando. El temor no le dejaba mover ni un solo músculo, al mismo tiempo que veía cómo los Nomos se acercaban a él, ignorando su presencia.

Entonces el Mago, incapaz de hacerles frente, se acurrucó y esperó a que los Nomos siguieran derecho. Y así sucedió: Los Nomos, patizambos y cojeando, pasaron corriendo no muy lejos del Mago; pero estaban demasiado excitados y atemorizados como para percatarse de su presencia.

El Mago, aunque estaba temblando, notó que uno de ellos, el más corpulento, llevaba consigo una pequeña estatua que parecía ser de barro y con forma de murciélago. Sin embargo, y por extraño que parezca, Londrake sintió una inexplicable paz y tranquilidad cuando el Nomo pasó con la estatuilla. Además, por el límpido brillo que la estatua parecía emanar, el Mago supo que en su interior estaba la joya que había venido a buscar: La Estrella de Jores.

En ese momento Londrake vaciló, pues, aunque sabía que debía hacer algo, vio que el número de Nomos era grande, y casi todos tenían rostros fieros y crueles, incluso seniles. Así que, incapaz de dominar el temor, no pudo hacer más que mirar desde la hierba cómo los Nomos corrían y se llevaban consigo la estrella.



El miedo no dejó levantar a Londrake hasta que todos los ruidos de batalla parecieron silenciarse. La noche ya estaba bien entrada y el frío empezaba al golpear los cuerpos. Muchos habían perecido en esa batalla, más que todo Nomos, y la hediondez de los cadáveres ya se empezaba a esparcir sobre las colinas. Las estrellas se veían difusas, como bolas de nieve entre las nubes, y la Dama y sus dos hijas se escondían tras velos nubosos.

Londrake se levantó de la hierba y vio que todavía salían humaradas negras de las afueras de la ciudad. Salió de su escondite bajo la luz triste de las estrellas y descendió la colina directo hacia la ciudad. Caminó esquivando de vez en cuando una flecha enterrada en el suelo o una lanza partida, o quizás un Nomos muerto escondido entre los pastos altos, y tomó el camino principal que descendía desde el occidente directamente hacia la puerta.

Mientras caminaba, sentía la inquisidora mirada de una que otra Bruja, que se levantaba para seguirlo con los ojos. El Mago se sintió extraño, incluso incómodo, mientras caminaba en silencio por el camino hecho de losas pulidas y grisáceas, luminosas bajo la luz pálida de la noche. Algunas de las losas estaban partidas, pero eran muy pocas; y algunas otras eran tan pulidas que el Mago veía su vago reflejo en ellas.

Así caminó hasta que fue detenido por una joven que se acercaba a él corriendo. La Mujer era de estatura pequeña, de cabellos negros recogidos en una cola de caballo, de tez pálida como la nieve y de ojos dulces. En su rostro reflejaba un profundo desconuelo.

-¿Eres tú el Mago enviado desde el sur? -preguntó posándose frente a Londrake, evitándole el paso.

Y el Mago asintió. -Sí, soy Londrake, de la Orden Roja -respondió.

Entonces la Bruja lo tomó de la mano y prácticamente lo arrastró con ella. -Dínadel te espera -aseguró mientras llevaba al Mago hacia el interior de la ciudad.

-¿Dínadel? -preguntó Londrake mientras seguía de forma apresurada a la joven.

-La Senescal de las Tierras de las Brujas. La elegida por Eleonora para cuidar nuestras tierras.

Al entrar a la ciudad, Londrake no pudo disimular el asombro: La capital de la Tierra de las Brujas era una poderosa ciudad amurallada de torres puntadas, de agudos pináculos y de parapetos dentados. Las casas eran de piedra gris y de tejas negras, y la gran mayoría tenían jardines frente a la entrada, enrejados finamente y repletos de flores anaranjadas. Las calles eran de losas grisáceas, y a menudo reflejaban las estrellas del cielo. Y era hermoso el reflejo de la Dama de la Noche y de sus hijas en los caminos cuando la noche era luminosa y despejada de nubes. También había algunos árboles gruesos, de troncos viejos y espesas barbas azules o blancas, que se mecían con el viento frío.

Aunque allí vivían algunos Hombres, casi ninguno poseía magia, y su participación en la sociedad era poca (construcción y herrería más que todo). Los pocos Hombres que utilizaban magia y que vivían allí eran conocidos como Brujos, y a menudo tenían cargos mínimos en la política. En cambio, las Mujeres abundaban, casi con una diferencia de nueve a uno. Algunas ya eran ancianas, pero la gran mayoría eran hermosas jóvenes de cabellos lisos, castaños o negros. Aunque había algunas rubias y pelirrojas, no eran muy frecuentes. La causa de que hubiera tantas jóvenes era la guerra de antaño: Cuando los



Juan Esteban Peláez

Ariánicos del Imperio de los Dos Soles invadieron el occidente del mundo, las jóvenes Brujas decidieron esconderse en esas tierras para no servirles a los Hombres imperiales.

Aunque antaño las Brujas habían tenido problemas con los Hombres, ningún problema grave se había registrado con las ciudades cercanas: Matina al norte y la poderosa ciudad de Caliza más al noroccidente. Pero los problemas no faltan, y al parecer estallaron todos a la vez en esos últimos meses: El emperador Facet había olvidado la guardia en el frente occidental, pues sus ojos estaban en los Picos Rojos. Esta falta había permitido la entrada de varios de Nomos a Telheid. A esto se le puede sumar el encuentro de la estrella.

13

Ahora bien, Londrake miraba con detalle la ciudad mientras la amable Bruja lo guiaba por las calles, hasta que finalmente llegaron a un enorme lago en la mitad de la ciudad. En la mitad del oscuro lago se alzaba un castillo enorme. La fortaleza estaba unido a la ciudad por medio de cuatros largos puentes de piedra con espolones pronunciados. Cada puente llevaba a una puerta de madera roja. Las puertas estaban adornadas con aldabas en forma de Demonio, con largas lenguas y cuernos afilados.

Londrake quedó tan atónito con la imponentia del castillo, que se frenó frente al lago de agua tranquila. Ningún animal parecía vivir allí, pero el Mago, que conocía bien a las bestias, sabía bien que había predadores que asechaban en las profundidades.

-¿Qué sucede? -preguntó la joven al ver que Londrake se detenía frente al puente.

-¿Para qué me necesita Dínadel? -preguntó el viejo.

-Algo muy malo ha sucedido -respondió la joven, al mismo tiempo que una pequeña luz producida por una estrella le iluminaba el rostro pálido y el cabello sedoso.

El Mago la miró, y después miró el agua calmada, y asintió. -Creo saber qué es -dijo, y se dejó guiar por la Bruja hasta la entrada.

Apenas entraron al castillo, la pareja vio que había mucho movimiento. En el interior había varias escaleras que llevaban a diversas salas, y por estas escaleras subían y bajaban Brujas y Brujos. Incluso había algunos pequeños lobos de lomos plateados que subían y bajaban apresuradamente, como mensajeros.

La joven tomó de nuevo al Mago de la mano y lo llevó por una de las escaleras. Cruzaron un pasillo amplio y siguieron subiendo hasta llegar a otro pasillo. Al final del corredor había una puerta verde de argollas de acero y remaches filosos.

-Allí te espera Dínadel -dijo la joven que, dándole un beso en la mejilla al Mago, añadió:

-Espero que todo salga bien -y sin más, se retiró.

La joven parecía tan apresurada, que ni siquiera le dio tiempo al Mago para darle las gracias. Así que, con el agradecimiento en la boca, el Mago cruzó el pasillo iluminado por candelabros de plata y haló las argollas, abriendo así la puerta.

En el interior del recinto había varios cuadros pintados sobre lienzos; casi todos con imágenes abstractas y oscuras, con rostros que formaban rostros y figuras con mensajes subliminales. En el medio había una mesa redonda muy particular: Aunque la mesa en sí parecía ser de marfil, la base estaba hecha, indudablemente, de huesos animales (o por lo



Juan Esteban Peláez

menos eso quería pesar Londrake). Las sillas, aunque tenían cojines negros, también estaban hechas de huesos pulidos y barnizados. Y tras el óseo comedor había un gran papiro colgado contra la pared que tenía una macabra letanía:

*¡Gloria a ti, Rey de los Cuervos y
Señor de los Infiernos!*

*Seremos amparadas por la oscuridad
fieles sirvientes del horror
y mantendremos eterna lealtad
al frío y al terror.*

*¡Gloria a ti, Rey de los Cuervos y
Señor de los Infiernos!*

*Y obligaremos a descender a los Ángeles
de los cielos luminosos
y lucharemos contra los arrogantes
de alas brillantes y cabellos lustrosos.*

*¡Gloria a ti, Rey de los Cuervos y
Señor de los Infiernos!*

*Y caerán cenizas y se carbonizarán huesos
cuando el Señor renazca;
y el mundo será guiado por Demonios perversos
y Cuervos que sumirán todo a la desgracia.*

*¡Gloria a ti, Rey de los Cuervos y
Señor de los Infiernos!*

Aunque la letanía seguía, Londrake no alcanzó a leer más. En vez, se fijó en la Mujer que permanecía cabizbaja sentada frente a él, tras la mesa. Era una Mujer entrada en años, pero su belleza era innegable. Tenía el cabello castaño y brillante bajo la luz de las velas que se derretían a ambos lados de la mesa, y los ojos eran oscuros y destellantes como eclipses.

-Espero que traigas buenas noticias, Mago Rojo -dijo la Mujer sin siquiera levantar la mirada. Tenía la cabeza apoyada con las manos y los codos sobre la mesa, como si sufriera una jaqueca.

Londrake meneó la cabeza. -No traigo noticia alguna, sólo he venido por la joya blanca del cielo -respondió mientras avanzaba hacia la mesa. Y pidió permiso para sentarse.

-Sigue -respondió la Bruja, que levantó la mirada hacia el rostro del Mago-. Debes saber que los Nomos lograron su objetivo -dijo con tono cansado.

-Lo sé -dijo Londrake mientras se quitaba el sombrero.

-También debes saber que las Brujas estamos cansadas y débiles por defender esa joya-. La Bruja se recostó contra el espaldar de la silla.

-¿Qué quieres decir? -preguntó el Mago.



Juan Esteban Peláez

Entonces la Bruja se acomodó de nuevo. –Digo, Mago Rojo, que las Brujas no ayudaremos más a los Magos. Si quieren la estrella tendrán que conseguirla ustedes mismos.

-Debemos entregársela a los Dacones -aseguró el Mago.

Pero estas palabras parecieron enfurecer a Dínadel. –¡Si fuera por nosotras esos duendecillos albinos jamás verían la estrella! -gritó la Bruja furiosa mientras se levantaba de la silla con rapidez-. Pero nosotras no somos tontas: En este momento las Brujas estamos débiles, mientras los Dacones se fortalecen con el pasar del tiempo. Una guerra abierta contra esos monos albinos sería un suicidio.

-Así que desean evitar una guerra contra los Dacones -aseguró Londrake.

-Por ahora -respondió Dínadel con malicia-. Cuando seamos lo suficientemente fuertes para desafiar a esos arrogantes los haremos sufrir como esclavos -añadió con palabras venenosas. Entonces la Bruja se sentó y se calmó. –Pero ahora las Brujas no tenemos la estrella, lo que nos exime de toda culpa. Si quieren la estrella tendrán que conseguirla ustedes -volvió a afirmar.

-Así lo haremos -respondió Londrake, que se lamentó por haber dejado escapar a los Nomos que tenían la joya.

La Bruja miró a Londrake con detenimiento y dijo: -Llegaste tarde, Mago Rojo.

Y Londrake respondió mientras se levantaba de la mesa y se ponía de nuevo su sombrero:

-Llegué lo más rápido que pude.

Y cuando el Mago dio media vuelta para irse, Dínadel lo llamó. –Quizás sea bueno que sepas que los Nomos se dirigen al occidente, a la garganta del Salto Azul. Es mejor que los detengan ustedes antes que los Hombres lo hagan.

Entonces Londrake se volteó y la miró. –¿Sabes hacia dónde llevan la estrella? -preguntó.

Y Dínadel asintió. –Se la llevan al Señor de las Tierras Espectrales, Gorthgath, las tierras más allá de la Muralla de Volcanes. Los cuervos me lo han confirmado.

Y Londrake asintió y dijo: -Al menos vamos ambos hacia el occidente. La diferencia es que la estrella debe ir más allá de Gorthgath-. Y sin más descendió las escaleras.

Al principio, Londrake tuvo problemas para ubicarse, pero luego de llegar a uno de los pasillos, tomó sin problema las escaleras que llevaban a la sala principal, y posteriormente a la salida. Cruzó el puente mirando el fantasmal lago que se abría alrededor del castillo, y se detuvo en una plaza cercana. Se sentó en una silla de madera que estaba oculta por algunos robles y allí pensó cómo recuperar la estrella.

El Mago permaneció sentado por mucho tiempo, a la sombra de los árboles, pensativo. El frío pareció mermarse al interior de la ciudad, pero una niebla sutil y azulada invadió la plaza a eso de las cuatro de la mañana; empero, la niebla no era helada, y parecía un fantasma vigilante que se escurría entre los techos y los callejones de la ciudad.

Y cuando la niebla empezaba a disiparse por la venida del día, la joven Bruja que lo había recibido a las afueras de la ciudad apareció entre la bruma y se sentó al lado del Mago.

-¿Cómo te fue? -preguntó con una sonrisa.

Londrake levantó entonces la cabeza y la identificó de inmediato. La detalló y no pudo negar su hermosura. –No muy bien -respondió con voz débil.

Entonces la joven se sintió incómoda con la respuesta, pues se sintió imprudente.

Permaneció en silencio un momento y finalmente se presentó. –Mi nombre es Háladriel -dijo un poco más animada, mientras le extendía la mano al Mago.

Londrake la miró y asintió. –Soy Londrake, de...



Juan Esteban Peláez

-La Orden Roja -interrumpió la joven.

Y el Mago volvió a asentir. -¿Luchaste contra los Nomos? -preguntó mientras miraba cómo el cielo empezaba a tornarse azul claro, opacando el brillo de las estrellas y disipando algunas nubes.

Y Háladriel negó con la cabeza. -Soy una simple cortesana de la señora Dínadel -respondió la joven mientras se mecía el cabello negro.

Entonces el Mago la miró con detalle. -¿«Simple»? -le preguntó.

Y la joven levantó la cabeza, asombrada.

-No te hace simple ser cortesana -añadió el Mago-. De hecho, me has parecido más importante que tu señora Dínadel.

La joven, al escuchar esas palabras, coloreó su rostro pálido y bajó la cabeza tímidamente.

-No es cierto -dijo con una sonrisa nerviosa.

El Mago, al ver esto, sonrió. -¿Podrías llevarme a la frontera occidental de estas tierras? -preguntó.

Háladriel, asombrada, levantó la mirada. -¿Hablas en serio? -preguntó.

-Necesito darle alcance a los Nomos antes de que lleguen al Salto Azul. No te pido que me acompañes hasta la cascada, pero te pido que me lleves hasta la ciudad de Matina. Allí me las arreglaré para detener a los Nomos antes de que Facet lo haga.

-No sé si pueda ir -respondió la joven tímidamente-, pero quizás la señora Dínadel me dé permiso.

-Ve y pregúntale, que yo te esperaré aquí -pidió el Mago.

Entonces la joven sonrió y asintió, y se apresuró hacia el castillo.

Londrake esperó en la plaza toda la mañana, mirando con detalle una gran estatua que no había visto durante la noche. La estatua tenía forma de Hombre con alas cartilaginosas, a modo de murciélago. Los pensamientos del Mago se centraban en cómo interceptar a los Nomos que ya le llevaban un día entero de ventaja. Además, si era posible, ahora llevaría consigo a Háladriel, que necesitaba descansar, comer y beber. Uno de los motivos por los cuales Londrake deseaba andar solo era el no detenerse a ciertas urgencias, como a comer, y así llegar más rápido a su objetivo. Sin embargo, se sentía en verdad cómodo con la compañía de la joven Bruja, y además necesitaba un guía, pues no recordaba los caminos del noroccidente de Telheid.

Londrake inmolvaba más de una curiosa mirada mientras permanecía inmóvil en el parque. Y después de pasado el mediodía, la joven Háladriel apareció con una pequeña maletita de cuero y algunos panes. Aún tenía el cabello recogido y vestía una manta negra muy gruesa. Pero lo que más le causó curiosidad a Londrake fue el gran sombrero puntiagudo y negro que la Bruja tenía en la otra mano.

Al posarse frente a Londrake, la joven sonrió con profundidad y dijo mientras le pasaba un pan: -Creo que ya nos podemos ir, Mago de la Orden Roja.

Cuando la pareja salió de la ciudad vio que muchas hogueras ardían a las afueras, no muy lejos del camino; los habitantes seguían quemando cuerpos de los Nomos. Entonces Londrake se acercó a uno de los inmundos cuerpos y lo detalló con lentitud. Los Nomos tenían ojos amarillos o rojos por la irritación, pupilas diamantinas como las de las



Juan Esteban Peláez

serpientes, narices puntiagudas de arcos prolongados, orejas puntiagudas, dientes filosos y amarillentos por la putrefacción, tez negra, vellos gruesos, patizambos y con brazos largos que les pendían a ambos lados casi hasta las rodillas.

-¿Qué piensas hacer para detenerlo? -preguntó Háladriel mientras miraba al Nomo que Londrake detallaba.

-Los dejaré a merced de los Hombres -respondió el Mago.

Entonces la Bruja lo miró asombrada. -Los Hombres tomarán la estrella -aseguró.

Pero Londrake meneó la cabeza. -No si la tengo yo primero -respondió el Mago que, mirando hacia las colinas aledañas, siguió su camino.

Subieron una cuesta herbosa y siguieron el camino hasta llegar a una pequeña aldea. Allí eran frecuentes las visitas de las Brujas, y por lo mismo, Háladriel no recibió gran atención. En cambio, Londrake obtuvo más atención de la deseada. Muchos curiosos le preguntaron por su presencia, mas Londrake evitó el tema lo más que pudo. En vez, intentó seguir el rastro de los Nomos. Pero los Nomos no eran tan tontos como para dejarse ver por los Hombres de Telheid, y evitaban a toda costa seguir los caminos y las aldeas. Esto le dificultó la tarea de la pareja. Sin embargo, tuvieron un golpe de suerte.

Mientras caminaban por una fronda ya retirada de la ciudad, Londrake notó que varias ramas habían sido partidas. Entonces se agazapó y buscó alguna pista.

-¿Qué sucede? -preguntó la Bruja.

-Los Nomos pasaron por aquí -respondió el Mago, que ya había encontrado algunas huellas.

-¿Puedes saber su número? -preguntó Háladriel.

-Las huellas están muy dispersas -respondió el Mago mientras seguía las huellas por entre la fronda. Al hacerlo, la pareja se desvió un poco hacia el norte, retirándose del camino.

-Hay cuatro o cinco Nomos heridos. Y en total son como veinte, por mucho treinta -aseguró.

-¿Podrás con todos? -preguntó la joven-. Porque si lo necesitas, he estado intentando conjurar a un soldado. Si deseas puedo practicar.

El Mago se levantó y miró con detenimiento a la Bruja. -¿Por qué deseas ayudarme? -preguntó-. Según Dínadel, las Brujas no nos ayudarían más -respondió.

La Bruja permaneció en silencio por un momento, mirando cómo la noche ya empezaba a caer sobre ellos. -Mi tutora me enseñó que los Hombres, los Magos y las Brujas no somos diferentes. Todos somos muy parecidos, y por eso debemos ayudarnos. Sé que, si los Magos no recuperan la estrella, los Dacones tomarán represalias contra estas tierras, y no me gustaría eso -respondió finalmente. Su voz era muy profunda y sincera.

Entonces el Mago no pudo disimular el efecto de tales palabras. Suspiró y se sentó en una piedra lisa. -Ojalá todos los Hombres, todos los Magos y todas las Brujas pensaran lo mismo -dijo Londrake que, levantando la cabeza, añadió: -Pero no es así. Las Brujas y los Hombres esperan el flaqueo del otro; y los Magos no confían en la voluntad de los Hombres, incluyéndome. Y las Brujas y los Magos se evitan, como si la presencia del otro les incomodara.

-Yo no soy así -respondió Háladriel mientras se sentaba al lado del Mago, sobre el suelo lleno de hojas.

-¿Y quién fue tu tutora? -preguntó Londrake, roído por la curiosidad.

-Su nombre es Alora, y vive lejos, al otro lado de los Acantilados -respondió la joven mientras miraba con melancolía hacia el occidente, como buscando los abismos.



Juan Esteban Peláez

-¿En qué ciudad? -preguntó el Mago.

Y la joven sonrió. -Recuerdo hasta la dirección. Vive en la ciudad llamada Verdelheid, en Falheid, en la Villa Ángel, al norte de la ciudad -respondió.

-¿Y qué sucedió? ¿Por qué te fuiste de la lejana Verdelheid para terminar en estas tierras? La joven bajó la cabeza entonces, intentando cubrir su faz con la oscuridad de la noche creciente. El atardecer dorado le caía en la espalda como un aura de oro, y le bañaba los hombros con una luz dulce; pero su rostro, a contra luz, se tornaba oscuro. -En Verdelheid hay muchos problemas entre los Hombres y las Brujas. Así que Ahora decidí enviarme a estas tierras para protegerme. Sin embargo, mi hermana menor decidió quedarse con ella -respondió Háladriel.

-¿Tienes una hermana?-. Londrake parecía cada vez más interesado en la vida de la joven Háladriel; algo que no había pasado antes.

Y Háladriel asintió. -Es siete años menor que yo; en este momento debe tener catorce -respondió.

-Eso quiere decir que tú tienes veintiún años -dijo Londrake.

Y la Bruja volvió a afirmar con la cabeza.

Londrake la miró por unos momentos y preguntó: -¿Por qué las Brujas no han podido manejar la inmortalidad?

-No lo sé, pero las Brujas más doctas intentan hacer pócimas para ser más longevas -respondió Háladriel, que mirando a Londrake al rostro, preguntó: -¿Acaso tú si eres inmortal?

Y Londrake meneó la cabeza. -Simplemente sé controlar más el tiempo -respondió-. Tengo casi seiscientos años de edad, y el promedio de vida de un Mago son de setecientos cincuenta-. El Mago miró hacia el cielo, y al ver la noche iluminada por las hijas de la Dama, sugirió: -Lo mejor será armar un pequeño campamento y descansar aquí. Los Nomos nos tomarán ventaja por la noche, pero nosotros les daremos alcance por la mañana.

El día llegó cálido como era costumbre en verano. Cuando Háladriel abrió los ojos vio que, a lo lejos, muy arriba, algunas gaviotas blancas emprendían vuelo de derecha a izquierda; esto la hizo sonreír, pues Háladriel amaba las aves. Y cuando se sentó, se vio cobijada con dos mantas. Ella no recordaba haberse cobijado, y pensó en el Mago. Mas notó que Londrake no estaba.

Poco después de que Háladriel despertara, Londrake llegó con algunas fresas y moras silvestres. El Mago sabía bien que los Humanos sufrían de hambre y, por lo mismo, había decidido ir a conseguir comida.

-Esto te ayudará mientras llegamos a Matina -aseguró el Mago.

-Pero Matina no está a más de un día -respondió la Bruja mientras, enderezándose del todo, abrazó al Mago y le dio un beso en la mejilla. -Gracias por cobijarme -dijo tiernamente.

El Mago se sintió extraño, pero asintió. -Fue un placer.

La marcha fue iniciada poco después. Siguieron por las frondas por unas dos horas hasta retomar de nuevo el camino. Una que otra casa se levantaba alrededor, algunas muy humildes: De techos de paja y vigas de madera. En dos de las casas, Londrake decidió pedir pan y leche para Háladriel. En ambos casos, la Bruja renegó a causa de la pena y la timidez; pero comió y bebió ávidamente.



Juan Esteban Peláez

Y antes de que el crepúsculo pintara el cielo sin nubes, la pareja, ya cansada por toda una jornada de caminata, divisó sobre una alta colina la gran ciudad de Matina. Sin embargo, cuando la vieron, más que descanso, el Mago y la Bruja sintieron congoja y melancolía, pues Háladriel tenía permiso sólo de ir hasta allí, y el Mago tenía órdenes de seguir adelante. La visión de la ciudad era como una triste despedida.

15

La pareja permaneció inmóvil por unos instantes, mirando con detenimiento la ciudad que se erguía con imponencia sobre la cuesta que dominaba el horizonte. Alrededor de la ciudad se abrían floridas planicies con uno que otro árbol.

-¿Por qué viniste solo? -preguntó la joven Háladriel.

-Me gusta andar solo -respondió Londrake, que miraba la ciudad de Matina con detenimiento. Alrededor de la ciudad había poco movimiento, pero el interior de la ciudad parecía andar aceleradamente.

-¿Y por qué tú?-. La Bruja parecía querer iniciar una conversación para postergar la despedida.

Londrake calló un momento, mirando la ciudad con frialdad. Poco después respondió: -Antaño luché contra los Ariánicos Imperiales.

Entonces la joven Háladriel miró al Mago con sorpresa y admiración. Grandes eran los mitos sobre los Hombres de más allá de mar, y estos eran considerados como los mejores guerreros de los tiempos pasados. -¿Y qué sucedió? -preguntó sorprendida.

-Les ganamos cerca de los Picos Rojos -respondió el Mago, que sin más empezó a caminar.

Sin embargo, Háladriel no avanzó, y permaneció bajo los árboles que rodeaban las frondas. -¿Ya te vas? -preguntó con desconsuelo.

-No solo -respondió el Mago.

-No puedo ir más allá de Matina -le recordó la joven al Mago.

-Te pedí que me acompañaras a Matina, y todavía no hemos llegado a ella -respondió Londrake que, calculando la distancia hasta la ciudad, añadió: -Faltan casi dos horas de caminata a paso lento.

Entonces la joven sonrió y asintió. -Entonces te acompañaré hasta Matina, y quizás me quede allí una noche para descansar -dijo siguiendo al Mago y saliendo de las frondas.

Anduvieron a paso lento hacia la ciudad por casi hora y media. En ningún momento dejaron de conversar. Y cuando llegaron a Matina decidieron buscar un estadero. Matina estaba repleta de estaderos, pues muchos viajeros llegaban allí y descansaban de largas caminatas. Sin embargo, la ciudad de Matina no era tan opulenta y ostentosa como las otras ciudades importantes, como Caliza y Larem. Era una ciudad pequeña, de calles de piedras informes y casas pequeñas. Sólo unas pocas torres se erguían tras los muros de la ciudad, que se levantaba sobre una colina muy pendiente. Desde la parte más alta de la ciudad, en el centro, la visión era amplia y los enemigos se podían divisar con facilidad, pues alrededor de Matina se extendían amplias llanuras.

Ahora bien, la pareja caminó por algunas horas sin rumbo, hasta que encontraron un estadero muy limpio y ameno. Era de dos pisos y parecía ser acogedor. Así que decidieron



Juan Esteban Peláez

entrar. Ya en el interior vieron que en el primer piso había una taberna repleta de Hombres y uno que otro Enano que venía del norte, de más allá de los Acantilados.

Entonces, sin darle importancia a nadie, el Mago tomó de la mano a la joven y la llevó por entre los Hombres hasta ponerse frente al posadero. El Hombre era robusto, de cabello corto y con aire bonachón. Al ver al Mago, olvidó al resto de borrachos a su alrededor y se esmeró por atenderlo.

-¿Qué desea, señor Mago?! -preguntó animado mientras miraba el rostro frío de Londrake. Entonces miró a la joven y dijo: -Éste no es un buen lugar para una dama, pero puede estar tranquila, pues no dejaré que le suceda nada -aseguró el alegre posadero mientras asentía con respeto.

Háladriel sonrió y devolvió el saludo asintiendo, mas no se separó del Mago en ningún momento.

-Necesitamos dos cuartos, sólo una noche -pidió el Mago, que miraba de reojo dos Hombres rubios que, por el olor de sus bocas y el brillo de sus ojos, se notaban borrachos. Entonces un Hombre calvo y barbado, ebrio por completo, vio a la bella Háladriel y gritó: -¡Ya hacían falta las Mujeres! Ven aquí, pequeña niña, y te enseñaré quién es «Lotar el Calvo».

Mas cuando el ebrio fue a levantarse, el posadero, con una agilidad increíble, saltó y se posó al frente de Lotar, y con su rostro ahora seco, dijo: -Si dejas a la joven en paz, te daré una cerveza gratis, Lotar el Calvo.

Así que Lotar olvidó a la joven, y en vez, se dedicó a tomarse su cerveza. -¡Gracias, Miret! -exclamó.

Sin embargo, la joven Háladriel quedó atemorizada por el grito del Hombre, y se aferró con fuerza al brazo de Londrake. El Mago lanzó una mirada furiosa al Hombre, pero nada le dijo.

-Tengo dos cuartos perfectos para ustedes, lejos de algunos de estos Hombres -dijo el posadero Miret, que sonriendo de nuevo sacó de debajo de la barra dos llaves, cada una con un llavero de aluminio con el número de cada habitación. -¿Se toman una cerveza? -preguntó Miret.

Londrake miró a Háladriel, pero el rostro de temor de la joven le respondió de inmediato. -Sólo queremos irnos a dormir, pero muchas gracias por todo, Miret -respondió el Mago. Al escuchar su nombre, el posadero púsose más feliz. -Suban las escaleras y giren a la derecha. Las puertas del fondo del pasillo son de sus habitaciones -explicó Miret, que asintiendo y sonriendo, se apresuró a atender a dos Enanos acabados de llegar, de barbas rojizas y enmarañadas.

Londrake tomó las llaves, tomó de nuevo la mano de la joven Háladriel y se apresuró a abrirse paso entre mesas y Hombres hasta las escaleras, siempre pendiente. La joven no se le desprendía, y sintió un gran alivio al subir al segundo piso. Allí el ambiente era muy distinto, lejos del bullicio y los tragos. Sólo dos Hombres lucidos conversaban sentados en una mesa que estaba en el pasillo. Ambos saludaron a la pareja con respeto, y la pareja les devolvió el saludo.

-Creo que es hora de descansar -dijo Londrake.

Y la joven asintió mientras se sobaba los ojos en señal de cansancio. -Sí, creo que es lo mejor -respondió mientras abría la puerta.



Juan Esteban Peláez

Entonces el Mago la detuvo antes de entrar. -¿Cómo puedo agradecerte por todo lo que has hecho por mí? -preguntó Londrake mientras se fijaba en los ojos brillantes de Háladriel.

La joven se sintió intimidada de nuevo, y desviando la mirada respondió: -Recupera la estrella y devuélvesela a los Dacones; así me agradecerás-. Y dándole un beso en la mejilla, entró y cerró la puerta.

Mas Londrake no estaba cansado, simplemente quería asegurarse que Háladriel estuviera bien. Apenas la joven entró al cuarto, bajó a la taberna y se acercó entre el humo de las pipas y el griterío a la barra. Casi de inmediato apareció Miret al otro lado de la barra.

-¿Qué desea, señor Mago? ¿Una cerveza? -preguntó el posadero.

Y Londrake asintió. -Burbujeante y fría por favor -respondió.

Miret trajo la bebida de inmediato y miró al Mago con detenimiento. -Hace mucho no veía un Mago en Matina -aseguró-; o por lo menos a este estadero -añadió sonriendo.

-Necesito saber qué ha sucedido cerca de la ciudad -dijo Londrake en tono oscuro y serio.

Entonces Miret lo miró con detalle, y su sonrisa pareció nublarse por un momento. En ese momento lo llamaron para servir otras dos cervezas. -Deme cinco minutos y ya vuelvo -aseguró el posadero de nuevo con aire bonachón. Sirvió las dos cervezas y volvió para hablar con el Mago. -Sólo han llegado rumores -aseguró.

-¿Cuáles? -preguntó Londrake y tomó un sorbo de fría cerveza.

-Dicen que, en el norte, en los Picos Rojos, la guardia del gran Mago Tartanos y de la Bruja Eleonora flaquea, trastabilla, y eso tiene inquieto al emperador. Él cree que los Hombres de más allá de los Acantilados están detrás de todo esto -dijo en voz baja, acercándose hacia el oído del Mago.

-¿Y qué piensa hacer Facet? -preguntó Londrake.

Pero el posadero meneó la cabeza. -No lo sé. Pero sé que algunos soldados de Matina están marchando hacia Caliza, quién sabe para qué. Incluso están reclutando más jóvenes en estos días -dijo Miret.

-Caliza es la ciudad más cercana a los Picos Rojos -dijo el Mago.

Entonces el posadero preguntó: -¿Es verdad que en los Picos Rojos hay dragones y un gran tesoro?

Mas Londrake meneó la cabeza. -No lo sé -dijo, pero mintió, pues él sí sabía sobre el tesoro en los Picos Rojos y las bestias durmientes.

Sin embargo, Miret no insistió. -También hay rumores desde el oriente -dijo el posadero susurrando.

Entonces Londrake dejó su cerveza sobre la barra y prestó más atención. -¿Cuáles? -preguntó.

-Dicen que una bandada de Nomos fue divisada muy al norte. Según algunos exploradores no son muchos, pero los Nomos no traen más que miseria. Así que algunos caballeros se apresuraron a darles alcance. Nadie sabe qué hacen los Nomos por estos sitios, pero piensan averiguarlo. Esos caballeros les darán alcance mañana al mediodía según mis cálculos -dijo Miret.

Al escuchar esto, Londrake sintió una congoja muy profunda. Sabía que debía darles alcance a los Nomos antes que los caballeros de Matina lo hicieran. -¿Sabe hacia dónde se dirigen los Nomos? -preguntó Londrake.

Entonces Miret atendió una mesa, volvió y dijo: -Eso nadie lo sabe, pero yo sé, por fuentes fiables, que los Nomos van hacia el Salto Azul.

-¡Lo sabía! -exclamó Londrake.



Juan Esteban Peláez

Y Miret saltó hacia atrás, sorprendido, y miró al Mago. -¿Lo sabía? ¿Acaso viene siguiendo a esos Nomos?

Pero Londrake no puso atención a estas preguntas. -¿Hace cuánto salieron los caballeros? -preguntó.

-Salieron hoy por la mañana -respondió Miret.

Entonces Londrake se tomó la cerveza de un solo sorbo. Miró a Miret y le pasó seis monedas de oro, tres Escudos, y dijo: -Éste es el pago anticipado por los dos cuartos, además de una propina; pero necesito un favor.

Miret miró las monedas de oro y sus ojos relampaguearon de dorado. Cada pieza valía sólo dos monedas de oro, y como propina le habían pagado una más. -¿Cuál es el favor, señor Mago? -preguntó el posadero, alegre.

Entonces Londrake se quitó una pequeña manilla de plata que tenía en el brazo, regalo de algunos Hombres de antaño, y dijo: -Necesito que cuide a toda costa a la joven que venía conmigo, y que mañana le dé esto.

Miret miró la manilla y se sorprendió. -¿Es plata? -preguntó.

Mas Londrake no respondió. -Dígale que esta es mi forma de agradecerle, y que conseguiré lo que me pide -dijo el Mago, que pidió una hoja y una pluma y escribió una carta donde daba las gracias y prometía recuperar la estrella, además le decía que le dejaba una manilla de plata y dos monedas de oro. Londrake le entregó la carta al posadero y le dio dos Escudos más, uno para él y otro para la joven Háladriel. -Désela, por favor -pidió. Y Miret asintió. -Lo haré con gusto, y me aseguraré de que nada le pase -dijo el posadero, que guardó la manilla y la carta bajo la barra, y sonrió.

-Me daré cuenta si los presentes no le llegan a la joven, pues recuerde que soy Mago -dijo Londrake, que de todas formas no se fiaba de los Hombres.

Y el posadero sonrió de nuevo. -Créame, señor Mago, le daré esto personalmente.

Entonces Londrake le apretó la mano y salió del estadero. Pero grande fue su tristeza y su dolor al retirarse del edificio, pues deseaba en verdad despedirse de la joven Háladriel. Ella habíase comportado muy bien con él, y en cambio él la dejaba a merced de un completo desconocido en una ciudad que él a duras penas identificaba en el mapa. Sin embargo, nada podía hacer; debía conseguir un caballo y cabalgar toda la noche antes de que los Hombres alcanzaran a los Nomos, y no podía llevar a la joven consigo, aunque en verdad lo deseara.

Así, Londrake se alejó de Háladriel, sin saber de su suerte, sin saber si la manilla y la carta le llegarían y si estaría sana y salva en ese estadero, y si lograría volver sin ningún altercado a su hogar. Triste en verdad fue esa despedida omitida, y Londrake tardaría en mitigar su dolor por dejar en espera un «gracias».

Conseguir un caballo no fue problema para Londrake, pues en Matina abundaban los establos. Allí compró un pequeño corcel ruano. Y, sin siquiera llenar la cantimplora de agua, el Mago salió de Matina por el camino norte, y emprendió un agitado galope en medio de la oscuridad. Mas Londrake tuvo un poco de suerte, pues las huellas de los caballos todavía eran visibles en la senda arenosa, y la Dama de la Noche iluminaba el cielo con sus brillos de plata, y espantaba las nubes cercanas con frío vientos. Así que Londrake pudo seguir el rastro durante toda la noche sin ningún problema.



La jornada nocturna fue agotadora y fría, y el viento golpeaba el rostro del Mago con inclemencia. Pero cuando el alba empezaba a despuntar en el cielo, Londrake vio que a su izquierda se erguía la soberbia ciudad de Caliza, de murallones fortificados y atalayas de parapetos altos. Caliza era la ciudad más militarizada de Telheid, pues era la ciudad más cercana a la frontera occidental del imperio, la más cercana a los Acantilados.

Sin embargo, Londrake no se detuvo en Caliza, y en vez, siguió los difusos senderos que los caballeros habían tomado la noche anterior. La esperanza empezaba a incrementarse en su interior, pues el rastro era cada vez más fresco, y a menudo se juntaba con el rastro de los Nomos; rastros como cenizas de hoguera, árboles talados y animales a medio comer.

Entonces el Mago pareció renacer, y el color volvió a su rostro, pues pensó que les daría alcance a los Hombres antes de mediodía. Por lo tanto, podría apoderarse de la Estrella de Jores antes de que los caballeros les dieran alcance a los Nomos.

Cabalgó por la senda y entre algunas arboladas por un tiempo, con la poderosa ciudad de Caliza siempre a su izquierda, hasta que sintió movimiento no muy lejos de él. Así que se detuvo de inmediato y obligó al caballo ruano a salir de la senda, escondiéndose entre algunos pequeños abetos.

Ya oculto a cualquier vista, Londrake se apeó del caballo y siguió con sigilo los orígenes de los ruidos. Eran inconfundibles voces Humanas, finas y bien empleadas, lo que hacía pensar a Londrake que eran los caballeros enviados desde Matina. Así que se acercó lentamente y se agazapó tras un matorral. Desde allí vio que efectivamente se trataba de Hombres, de armaduras bronceas y cascos sin caretas y de cimera alta. Uno de ellos llevaba una amplia capa roja. Hablaban entre ellos de una batalla y de cómo se habían desempeñado en ella.

-¡Debieron haber visto la cara de ese Nomo cuando lo embestí! -exclamó uno de ellos con orgullo.

-Pero yo logré matar a tres de ellos, mientras usted sólo pudo con uno -dijo otro, todavía más orgulloso

-Si vamos a eso, yo batí a nueve, y fui quien inició la batalla -interrumpió el Hombre de capa roja.

Pero la conversación no parecía una discusión. Todos los Hombres bebían cerveza sentados en círculo sobre la hierba. De vez en cuando uno se levantaba para observar a los caballos atados no muy lejos.

-Lástima que haya un herido entre nosotros -dijo uno de ellos mientras miraba otro soldado, que parecía tener la nariz rota.

-¡Esto es sólo un rasguño! -increpó el soldado.

Y todos rieron.

Esta conversación alegre hizo que un velo de terror invadiera al Mago, que de inmediato pensó que había llegado tarde, y que esos Hombres tenían la tan amada estrella. También sabía que no podía atacarlos, pues eran diestros en armas, además de tener la protección de Facet y de todo el Imperio de la Tierra. Pero mientras la conversación continuaba, Londrake se percataba de que nada hablaban de la estrella.



Juan Esteban Peláez

-Esos Nomos no llevaban nada de valor -dijo uno de los soldados-; sólo artesanías de barro y uno que otro adorno de piedra negra.

Al escuchar esto, Londrake se tranquilizó, pues supo que los Hombres o no tenían la joya.

-Lástima que tres de esos malditos se nos hayan escapado -dijo otro soldado tiempo después.

-Pero ese Nomo no se me escapa -aseguró el Hombre de capa, que parecía ser el capitán.

-¿Cuál? ¿El grande? -preguntó uno de los soldados, que comía un poco de pan duro.

Y el capitán asintió. -Llevaba una pequeña estatua que parecía atesorar más que su vida; y luchó con fiereza para defenderla. Estoy seguro que esa estatua vale mucho para alguien, y pagarán bien si la obtenemos.

Estas palabras hicieron que Londrake se calmara. Al menos ya sabía que los Hombres no tenían la estrella. Pero ahora sabía que esos caballeros también seguirían a los Nomos. Ya teniendo todo esto en cuenta, el Mago se retiró con sigilo y dirigióse a su caballo. Lo montó y tomó un atajo entre los árboles hacia el norte, aventajando así a los Hombres.

Aunque la suerte no había acompañado a Londrake al principio, ahora la suerte parecía sonreírle: Los Hombres habían acabado con muchos Nomos, mas no habían encontrado la estrella. Sin embargo, Londrake tenía que seguir con cautela, pues no podía dejarse ver de los Hombres. Además, aunque debía seguir a paso rápido, desconocía la ventaja que los Nomos le llevaban, y debía estar preparado para encontrárselos de frente en cualquier momento.

Bien, Londrake anduvo por dos días sin tener rastro de los Nomos. Antes había sido fácil seguir a los caballeros, pero ahora que seguía a tres o cuatro Nomos, el rastro se tornaba mucho más difuso. La única pista que encontró durante esos dos tediosos y calurosos días fue un venado a medio comer a la orilla del camino. Por los toscos tajos era notoria la hoja de las cimitarras Nómicas. Londrake ocultó el venado para despistar a los caballeros que le seguían los pasos.

Ya al tercer día, el Mago empezó a inquietarse, pues sabía bien por las amplias depresiones que se abrían a su alrededor que se aproximaba al paso del Salto Azul, la frontera entre los imperios de Falheid y Telheid. El Salto Azul era una gran cascada del río Nev que se desprendía desde la cima de los Acantilados. El Nev era el río más importante de ambos imperios, comenzando al norte en el Mar de las Deidades, y desembocando en un gran lago en Falheid, llamado el Lago Álgido.

El paso del Salto Azul era una garganta de varios kilómetros de anchura que se abría entre los Acantilados. Este paso representaba la conexión más fácil entre ambos imperios, y quedaba a casi día y medio de los Picos Rojos.

Londrake siguió a paso cauto mientras la tierra seguía descendiendo, amparándose de los soles en una que otra sombra arbórea. De vez en cuando encontraba una pequeña quebrada, y de allí bebía con avidez, y comía una que otra manzana o pera que bajaba de los árboles a su paso. Mas el agotamiento empezó a hacer presencia, y, aunque Londrake era Mago, sólo podía retardar el cansancio, no hacerlo desaparecer. Había cabalgado día y noche, y ya se sentía adolorido. Además, necesitaba que el caballo descansara. Así que se alejó del camino y se escondió entre algunos robles. Allí, confiando de la ventaja que le había sacado a los Hombres, extendió una manta sobre la hierba, y sin siquiera prender una fogata, cayó dormido en pocos minutos.



Londrake se despertó cuando la noche estaba bien entrada, al mismo tiempo que un viento inclemente lo golpeaba desde el norte. Entonces escuchó unos sonidos difusos que provenían del camino del sur. Así que se levantó de inmediato y se agazapó para mirar entre los robles. Allí permaneció un rato, en medio de la oscuridad, hasta que por fin pudo ver, a la luz de los rayos de luz pálida, a unos Hombres que marchaban organizadamente en una hilera que parecía no terminar.

El camino no estaba muy lejos, pero la negrura de la noche y las sombras de las ramas amparaban al Mago, que, sin mover siquiera un músculo, veía cómo Hombre tras Hombre marchaba por la amplia senda cuesta abajo. El paraje azulado respiraba un aire tenso, mientras los Hombres, algunos cantando y otros susurrando, marchaban con antorchas bajo la luz de la Dama.

Entonces Londrake supo lo que sucedía, y un vértigo le lamió la médula y lo hizo temblar. Esos Hombres iban a vigilar el paso del Salto Azul, y quizás ya se dirigían a los Picos Rojos. Londrake incluso alcanzó a pensar que un funesto hado se había tragado al gran Mago Tartanos y a su compañera Eleonora; dejando a merced la riqueza de los Picos.

Pero el Mago sabía que no podía desviarse de su objetivo. Se deslizó sigiloso como un felino por los robles a tientas, y montó su caballo en silencio. Para mitigar el sonido del galope, hizo unas improvisadas almohadillas con muchas hojas frescas y retazos de su capa para ponérselas al caballo en los cascos. Y así inició de nuevo su rápida marcha. Como un fantasma olvidado, el Mago cabalgó por las partes más oscuras, mientras la capa blanca le ondeaba y el sombrero se le movía con el pasar del viento.

Y así, después de cabalgar toda la noche sin descanso, el agotado Mago divisó a su derecha el soberbio río Nev. El Nev era azulado como el zafiro, y serpenteaba entre algunos grupos de pinos verdes y nogales. De vez en cuando el Nev emergía a los lindes y dejaba su lomo azul a merced de la creciente luz de los soles que empezaba a iluminar el mundo. El frescor del aire alrededor del adormilado río era como ambrosía para el Mago. En ese punto el Nev tenía poca corriente, pero la corriente empezaba a aumentar a medida que se abría paso hacia los Acantilados.

Sin poder aguantar más la sed y el cansancio, Londrake se apresuró a apearse del caballo y a beber agua. El río lo acogió con gracia y le quitó el dolor de garganta y la sed arenosa. El Mago llenó la cantimplora de cuero y, sin descansar ni siquiera media hora, empezó de nuevo su persecución. Ya les había perdido el rastro a los Nomos, y esto en verdad lo alarmaba, pues pensaba que muy probablemente los Hombres ya los habían capturado.

Y en verdad fue amarga su decepción cuando llegó a unas colinas pronunciadas en el horizonte. Desde la cima de una de ellas vio que el terreno parecía aplanarse, y sobre la planicie descansaba un enorme sendero de tierra. Este sendero estaba flanqueado por enormes riscos que parecían guardianes gigantescos. Y a los riscos se unían más y más precipicios, hasta donde la vista alcanzaba. Y más allá, al norte, entre las resbaladizas



Juan Esteban Peláez

montañas de hierba, se escuchaba el furioso rugido de la imponente cascada que se abría paso entre los peñascos y descendía entre húmedos árboles.

Y todavía más grande fue su desdicha al ver las innumerables tiendas de campaña que se levantaban entre grandes empalizadas un poco al sur, escondidos de la atenta vista del occidente por unos grandes sauces y algunas enormes cuestras. Había allí muchos pendones cafés con el emblema de una montaña negra: El escudo del emperador Facet. Londrake calculó que entre los campamentos había por lo menos seis mil Hombres, y seguían llegando más por el camino sur y desde las colinas del oriente. Algunos llegaban en silencio, otros llegaban cantando y vitoreando, y otros gritando furiosos fanfarrias y ofensas contra Lioric, el emperador de Falheid.

En el preciso instante que Londrake llegó a las colinas, un destacamento de unos mil Hombres llegaba con carromatos repletos de alimentos a los campamentos sobre las cuestras y entre los riscos. Al mismo tiempo, unos quinientos soldados de capas grises y armaduras de bronce descendían hacia el paso del Salto Azul desde el oriente, donde los árboles invadían el informe y pendiente terreno.

Esto entristeció a Londrake, pues sabía bien que ningún Nomo común podría atravesar esa fiera guardia y pasar los Acantilados sin ser capturado. Además, Londrake supuso que el otro extremo de la garganta estaba vigilado por los Hombres de Fuego. No había forma de pasar el Paso del Salto Azul sin ser visto.

18

El Mago Rojo descendió la cuesta y se dirigió directamente a las empalizadas, construidas en las faldas de los precipicios orientales que se abrían en la garganta. El corazón se le aceleraba a medida que se acercaba al campamento, pues él no se fiaba de los Hombres y no sabía cómo reaccionarían.

Subió por un pequeño camino e, ignorado algunos guardias que lo miraban extrañados, se encaminó a la puerta de madera. Allí fue detenido por un soldado de casco redondo y visor a modo de rejilla. El soldado no pudo disimular su sorpresa, pues al igual que la gran mayoría de Hombres presentes, él nunca había visto un Mago.

-¿Qué lo trae por aquí? -preguntó el guardia, más sorprendido que interesado.

El Mago, al percatarse de esto, sonrió y se sintió más seguro. -Necesito saber, amigo mío, si ha sido capturado algún desdichado -dijo Londrake sin apearse del caballo.

El Hombre vaciló, pero respondió. -Sólo dos espías provenientes del occidente -dijo, todavía maravillado por la larga barba blanca, la gran estatura y las cejas pobladas del Mago.

Londrake, aunque tenía la manta sucia y rota a causa del exhaustivo viaje, seguía teniendo un porte desdeñoso. -¿Dos Hombres? -preguntó con astucia, mientras una pequeña nube de polvo se levantaba a causa de un ventarrón pasajero.

El Hombre se tapó los ojos para evitar el polvo y asintió. -Creyeron que podían burlar nuestra guardia, pero no fue así -respondió el soldado en tono orgulloso.



Juan Esteban Peláez

Entonces Londrake pareció descansar. Mas el Mago todavía se sentía intrigado por la gran concentración de tropas en El Paso, y preguntó: -¿A qué se debe tanto movimiento entre los imperios? ¿Acaso piensan marchar sobre los Picos Rojos?

Pero el soldado titubeó de nuevo. -No puedo decir nada sobre eso, señor Mago -aseguró el Hombre tímidamente mientras miraba la vara del Mago. La atención del guardia se posaba sobre la pequeña bola de cristal empañado que descansaba en la punta.

El Mago percatóse de esto y sonrió de nuevo. -¿Deseas saber qué hace? -preguntó Londrake que, mirando a su alrededor, diose cuenta que ya una multitud lo rodeaba. Todos los rostros, aunque fieros en batalla, parecían curiosos e incluso temerosos.

El soldado asintió con la boca entreabierta y los ojos brillantes. Sin embargo, tenía el rostro pálido, pues no sabía a qué atenerse.

Entonces Londrake apuntó la vara hacia el cielo, y de repente emergió una chispa verdusca y purpúrea que, formando una esfera fina y ardiente, se elevó por los aires como un proyectil colorido. Y cuando estuvo ya muy arriba, estalló a modo de fuegos artificiales. Los Hombres quedaron perplejos al ver los brillos verdes y púrpuras en el cielo, que caían como una lluvia y de repente desaparecían.

-¿Qué clase de magia es esa? -preguntó un Hombre corpulento.

Pero Londrake calló. En vez, bajó la cabeza, agradecido, y se retiró por la senda hasta estar casi en el Paso.

La cascada emitía sus iracundos burbujeos no muy lejos, y una brizna se elevaba por entre las enormes hojas e inundaba el aire. Sin embargo, el Salto Azul todavía no era visible desde allí. En cambio, desde allí era visible un enorme estandarte que se elevaba estridente unos veinte metros sobre el suelo, ondeante y furioso. El estandarte, de tela rojiza con el emblema de un dragón negro, simbolizaba la frontera de Falheid.

Londrake sabía que debía pasar desapercibido por la guardia del Imperio del Fuego, pues el emperador Lioric no era muy amigo de los Magos. Al ser militar, Lioric gobernaba con mano de acero y utilizaba el terror como báculo. Además, el rastro de los Nomos y de la estrella había desaparecido por completo. Esto preocupaba al Mago, que ya empezaba a extrañar su hogar en medio del Bosque de Tirendel, al lado de la pequeña quebrada.

Así que, en medida desesperada, Londrake decidió no ir tras los Nomos, y en vez, fue rumbo al norte, hacia los Picos Rojos, pues allí esperaba obtener consejos que lo ayudaran a anticiparse al enemigo y no a seguirlo. Iría a ver al Mago Blanco, al gran Tartanos, y a la Reina de las Brujas, la dama Eleonora.

El primer problema que tenía que resolver era el pasar frente a los vigías sin ser visto. Así que esperó a que la noche cayera. Cuando los soles empezaban a menguar y el cielo empezaba a tomar matices tornasolados, Londrake se acercó a los peñascos septentrionales del Paso y allí vio que tres Hombres permanecían sentados al lado del camino, alrededor de una crepitante hoguera. Tras ellos se levantaba una pequeña torre con dos arqueros, bien iluminada por dos grandes antorchas. Tras la torre había un puente ancho y empedrado que pasaba sobre el caudal del Nev. Y por fin, a la luz creciente de las fulgurantes estrellas, era visible el Salto Azul.

Antaño, Londrake había pasado por esa garganta mientras era perseguido por los Hombres de más allá del mar, y por lo mismo no había notado la magnificencia de la cascada. El Salto Azul descendía en caída libre desde abismos gigantescos con fuerza,



Juan Esteban Peláez

abriéndose paso por entre las enormes rocas y árboles frescos, y brillando como gemas líquidas y azules a la luz de la noche, pues el agua era muy cristalina. El viento era frío y rehabilitante, y el rugir de la cascada se mitigaba poco después, casi bajo el puente, pues el Nev se volvía a tranquilizar, produciendo un susurro arrullador.

Londrake quedó aletargado por un momento, hechizado por el destello pálido y fresco del Salto; pero al volver en sí tuvo una brillante idea: Acercó al caballo y le habló con palabras inentendibles para los Hombres. El caballo entendió el favor que Londrake le pedía, y despidiéndose con un relincho, el animal emprendió una rauda embestida, haciéndose el desbocado.

Tan estruendosa e inesperada fue la aparición del caballo, que los Hombres se levantaron y salieron a correr, evadiendo el paso del animal. Y los arqueros de la torre no supieron qué hacer, y se quedaron mirando al equino mientras les pasaba por debajo y cruzaba el puente de piedra. En pocos segundos, el ruano desapareció en la oscuridad.

Empero, esos valiosos segundos le sirvieron a Londrake para deslizarse por entre algunas bayas sin ser visto y posarse muy cerca de la torre. Ahora empezaba la segunda parte de su plan. Aunque los Magos Rojos dominaban las bestias, también se sabían otros conjuros, y Londrake no era la excepción. El Mago se sentó por unos segundos, se concentró y dijo dos o tres hechizos en lenguas extrañas. Entonces se empezó a sentir pesado, y sintió que su piel se empezaba a endurecer y a arrugar, y que su barba se empezaba a engrosar y a cambiar de color, y que los dedos de las manos y de los pies empezaban a estirarse. Y de sus dedos salieron pequeñas hojitas y algunos frutos. La barba se volvió una enredadera y el cuerpo un tronco; y así, el Mago se convirtió en un árbol enano.

Sin embargo, todavía podía moverse, y por lo mismo, tomó torpemente una piedra y la lanzó con fuerza hacia el camino, más allá de la hoguera. La piedra sonó al caer, lo que impacientó a los Hombres.

-¿Escuchó eso? -preguntó uno de los soldados.

-Claro que sí -respondió otro, que tenía el rostro pálido del miedo.

Entonces sonó otra voz. -*Lo mejor será ir a ver.*

-No, mejor digámosles a los arqueros -aseguró el soldado.

-¿Decirles qué? -preguntó el otro Hombre, que parecía extrañado con la respuesta de su compañero.

-Decirles que hay algo allí y que estén alerta -respondió el guardia.

Entonces llegó en ese momento el tercer guardia. -¿Qué sucede? -preguntó.

-Hay algo allá -respondió su compañero señalando con su dedo hacia el camino, más allá de lo que la hoguera iluminaba.

-*Lo mejor será ir a ver.*

-Ya dije que no -insistió el guardia.

-¿Que no qué? -preguntó el soldado, que había permanecido callado.

-No iremos allá -respondió el guardia.

-Pero yo no dije nada -aseguró el soldado.

-Iremos a avisarle a los de la torre -dijo el guardia.

-*Mejor vamos a ver.*

-¿A ver qué?

-¿Me habla a mí? -preguntó el tercer guardia.



-¿A quién más?

-Pero no he abierto la boca.

-¿Qué será? -preguntó el segundo soldado-. Será algún monstruo.

Y el primero respondió: -No me importa. Vamos a avisar en la torre.

-No, vamos a ver.

-¿A ver qué?

-¿Pero yo que dije? -preguntó el tercer guardia.

-Que fuéramos a ver.

-Yo no dije nada.

-Ni yo -se apresuró a decir el otro soldado.

-¿Entonces quién fue? -preguntó el Hombre, que ya parecía más inquieto.

Entonces el Mago se acercó lentamente, en forma de árbol y se posó tras los guardias. –
Fui yo -susurró.

En ese momento los guardias sintieron cómo la sangre se les helaba, y llevados por el temor, salieron a correr despavoridos hacia todas direcciones, chocándose entre ellos y tropezando contra ramas. Londrake a duras penas podía resistir la risa, pues aquellos pobres Hombres no sabían hacia donde ir.

Cuando los Hombres desaparecieron en la oscuridad, Londrake se dirigió hacia el puente, todavía en forma de árbol enano. Los arqueros permanecían en la torre, pero al escuchar los torpes golpes y los gritos de sus compañeros, ya tenían los ojos fijos sobre el camino, temerosos de un ataque. Así que Londrake aprovechó esto y se apareció a la luz de las antorchas como un árbol, sobre el camino del puente.

En otra situación Londrake habría sido un motivo de burla, pues caminaba de forma poco motriz, con las piernas tensas y el tronco pendulante de un lado a otro, intentando no caerse de forma torpe. El Mago parecía estar preso en un disfraz de dos o tres tallas menos, y por lo mismo era prácticamente un chiste andante, lento pero andante.

Sin embargo, apareciendo a la luz de dos lúgubres antorchas después de gritos de miedo, el Mago causó terror en los paralizados arqueros. Mientras tanto, lento como una tortuga, Londrake intentaba desesperadamente llegar al puente. Ya más tranquilo por la actitud de los Hombres, el Mago se tomó su tiempo. Y los arqueros, petrificados del miedo, miraban cómo Londrake pasaba con una lentitud torpe y desesperante por un lado de la torre, y cruzaba el puente y desaparecía en la penumbra.

Cuando el Mago ya no fue visible, los arqueros parecieron volver en sí.

-Acabamos de ver un árbol caminar -dijo uno de ellos, incrédulo.

Y el otro, cayendo en cuenta de la graciosa situación, dijo carcajeándose: -Pasó lentamente frente a nosotros y no hicimos nada.

Y su compañero respondió riéndose: -Es verdad, nos dejamos ganar de un árbol.

Londrake había logrado su objetivo; pero ahora tenía que ir a pie hasta los Picos Rojos, y esto les daría más ventaja a los Nomos que poseían la estrella. Pero sin más opción, e ignorando su cansancio, el Mago volvió a ser de carne y hueso y se encaminó hacia el norte, adolorido y sediento, entre saúcos y alerces.



En la noche no hubo altercado alguno, ni la siguiente, ni la siguiente. Londrake caminó por una senda vacía y olvidada por los Hombres, pero bien conocida por los Magos. Durante casi toda la marcha estuvo caminando entre árboles verdes y frondosos, y con los soberbios Acantilados a su derecha. Los Acantilados ahora se levantaban como una pared rocosa y desdeñosa al oriente, y por sobre ellos aparecían por turnos la Dama de la Noche y los soles.

Y al cuarto amanecer después de cruzar el Salto Azul, y después de subir algunas prolongadas elevaciones, Londrake divisó por entre las copas de los árboles unas enormes montañas que despuntaban el cielo. Las cimas de las montañas eran muy agudas; y parecía brotar de ellas sangre hacia sus faldas, pues en algunas de sus laderas las piedras eran rojizas.

Cuando Londrake salió a un pequeño claro elevado, vio con detalle las montañas que rompían el horizonte. Aunque todavía estaban a varios kilómetros, las montañas mostraban sus peladas y rojizas laderas. Sólo unos pocos árboles se erguían entre los riscos de las montañas, y alrededor se abría un amplio valle que chocaba abruptamente con los Acantilados, a la derecha del Mago. No muy lejos de las montañas rojas había un camino empedrado, el camino conocido por los Hombres y por el cual los Ariánicos del Imperio de los Dos Soles habían intentado escapar antaño hacia el mar.

Los Ariánicos habían logrado acumular un enorme tesoro durante la invasión que llevaron a cabo en esas tierras siglos atrás, pero habían sido emboscados por fieros guerreros en esas montañas, y por lo mismo, tuvieron que dejar más de la mitad del majestuoso tesoro a merced de los defensores. Éstos decidieron guardarlo en las entrañas de los Picos, pues pensaban que el Imperio de los Dos Soles volvería para reclamar el tesoro; sin embargo, eso nunca sucedió.

Así que el tesoro quedó en manos de los Magos y de las Brujas, pues los Enanos que allí vivían fueron expulsados por los Nomos que lograron entrar a la Península de los Elementos; y estos Nomos fueron espantados a la vez por los dragones rojos de los Picos. Pero estos dragones, que no eran maliciosos, decidieron sumirse a un sueño pesado en las salas más profundas de las montañas, dejando así el tesoro en las manos mágicas. Quizás el mayor interés de los Hombres por esas tierras no era en sí el tesoro, sino los dragones.

Pero ahora el bienestar de esas tierras flaqueaba, pues los guardianes parecían debilitarse por extraños conjuros; el Nallhard estaba a punto de cambiar.

20

Apenas Londrake salió al valle herboso, vio que un ave emergía de un árbol cercano y emprendía un rápido vuelo hacia los Picos. El ave parecía ser un jilguero. Entonces Londrake supo que lo habían estado vigilando y que ya lo esperaban en las montañas escarlatas.



Juan Esteban Peláez

Anduvo agotado y a paso lento por las praderas verdes, salpicadas por uno que otro girasol, hasta que llegó finalmente a un recodo del camino empedrado. Sin embargo, notó que el jilguero ya había adelantado, y que sobrevolaba la ladera más oriental de la montaña más a la izquierda. Todo parecía un despliegue de colores bajo los soles: Los Picos Rojos despuntando con soberbia bajo los cielos azules, y la hierba verde parecía un manto enorme de esmeralda que se extendía por todos lados, moteado de flores amarillas y anaranjadas. Sin embargo, Londrake, que era un buen Mago, auguraba hados extraños.

El Mago, al no ver un sendero que llevara directamente a las montañas, decidió seguir al jilguero. Así que salió del camino y siguió por entre algunas enormes rocas hasta reconocer un pequeño camino olvidado, recostado en la ladera oriental de la montaña y escondido al ojo por la alta hierba que allí crecía. Londrake caminó por el sendero al sereno amparo de las sombras formadas por las rocas, hasta llegar finalmente a un enorme pórtico tallado en la piel de la montaña.

El pórtico, de forma rectangular, estaba coronado por un bello dintel en forma de dragón, y a sus lados se elevaban dos enormes columnas finamente adornadas con grabados. Todo esto estaba tallado en roca rojiza, lo que le daba un aspecto misterioso, incluso siniestro. El pórtico se veía como una puerta al inframundo, como una boca monstruosa que esperaba inmolar cualquier criatura desprevenida. Mas no había puerta alguna, sólo el marco rojo relleno de densas penumbras.

El Mago vaciló al ver el aspecto enigmático del pórtico, pero en ese momento vio, bajo la luz de los soles, que el jilguero se posaba sobre el dintel, y parecía invitarlo a entrar. Londrake permaneció allí por un momento, inmóvil e indeciso. Miró hacia su alrededor y no vio más que hierba y grandes rocas. Entonces, agotado y acalorado, se decidió, y sin perder más tiempo, entró a los Picos Rojos.

La fresca oscuridad del interior del túnel era muy densa, y por lo mismo, el Mago tuvo que caminar a ciegas por unos minutos. Sin embargo, diose cuenta que el túnel estaba bien labrado, sus paredes eran abovedadas y lisas, y el camino que descendía se asemejaba a una rampa empedrada.

Anduvo aferrado a una de las paredes por unos momentos hasta que, en medio de la penumbra, el Mago divisó una pequeña luz amarilla. Al acercarse sintió un cálido aire en su rostro, y en poco tiempo diose cuenta que era una gran lámpara que se empotraba en un recodo del túnel. Apenas el Mago estuvo frente a la lámpara, vio con sorpresa que a ambos lados del túnel había un gran número de lámparas en las paredes de losas pulidas.

Ya más confiado y ayudado por la luz, el Mago siguió descendiendo hasta que por fin llegó a una cámara enorme con tres portones gigantescos. La cámara estaba repleta de enormes columnas de labrados capitales y gruesas basas, y el suelo allí era muy pulido. El aire fluía por medio de pequeñas ventilas que refrescaban la sala; y el techo, a modo de cúpula, dejaba al descubierto algunas pinturas de Enanos y dragones.

Londrake permaneció quieto mirando hacia el techo por unos minutos, detallando las craqueadas y viejas pinturas que mostraban una aparente batalla de antaño entre los Enanos y los Nomos. Y al fondo, sobre el cielo de nubes oscuras, las siluetas de los



Juan Esteban Peláez

dragones que se recortaban negras y poderosas. Entonces Londrake escuchó una voz suave y tranquila.

-Llegaste más rápido de lo que pensamos -dijo una voz femenina.

Londrake bajó entonces la mirada y vio una silueta negra bajo el portón central de la sala. Aunque la figura no era muy visible a la luz de las lámparas, Londrake supo quién era inmediato. -Mi señora, Reina de las Brujas -dijo mientras se hincaba para saludar.

Entonces la Mujer salió de debajo del umbral y se acercó a la luz de las lámparas. Allí Londrake la vio con detalle: Ojos brillantes, cabellos oscuros, piel pálida y rostro de trazos finos. Vestía una manta negra y sobre su cabeza descansaba un sombrero ancho de punta aguda. Sin embargo, la Mujer ya estaba entrada en años, y su belleza parecía estarse opacando.

-Londrake, no te veía desde hace mucho tiempo. Tuve miedo de haberme olvidado de tu rostro -dijo la reina mientras se acercaba y ayudaba a levantar al Mago.

Londrake se puso de pie y dijo: -Vine tan rápido como pude.

-Lo sé -respondió la reina mientras invitaba al Mago a entrar al portón con un ademán. - Te hemos estado siguiendo -añadió mientras empezaba a descender por unas escaleras talladas en las entrañas de la montaña.

Londrake la siguió a paso cauto, pues todavía no se acostumbraba a la poca luz que allí había. Sin embargo, una que otra antorcha iluminaba pedazos de las escaleras. -Espero que no sólo me estén siguiendo a mí.

Entonces la Bruja se volteó y sonrió. -No, Londrake, también hemos seguido a quien tú sigues -respondió mientras abría una puerta al final de las escaleras.

Ambos entraron a una sala circular de siete puertas. Eleonora, sin dudarlo, abrió una de ellas e invitó a pasar al Mago. -Te explicaremos lo que sucede -dijo.

Pero en ese momento las lámparas se apagaron de súbito, la oscuridad invadió el recinto y un grito frío y mortuorio emergió del interior de la cámara circular, como proveniente de una tumba helada. El espantoso y desesperado grito, parecido al que emiten los seres que son enterrados vivos, subió hasta perderse en indetectables decibeles, y fue tan horrible y lastimero que la sangre del Mago pareció helarse, al igual que su aliento y su corazón. Y casi inmediatamente cesó el grito, las lámparas se prendieron al mismo tiempo. Grande fue el temor del Mago al ver que nada había en el interior de la cámara, pero fue más grande su miedo al ver el rostro pálido de la Bruja, que permanecía tiritante bajo el umbral de la puerta abierta, sostenida contra él, pues parecía haber perdido sus fuerzas con el susto.

-¿Qué fue eso?! -preguntó el Mago con la voz trémula.

Pero la reina no respondió de inmediato. Permaneció débil y temblando por unos momentos, y con la voz entrecortada dijo finalmente: -Es mejor ir a ver a Tartanos.

Entraron con los corazones acelerados y llegaron a una sala contigua, un poco más grande y muchísimos más majestuosa. Los pilares rojizos se abrían a ambos lados de la gran sala, y el suelo parecía un espejo que reflejaba la luz de las grandes lámparas postradas en cada una de las columnas. Al fondo había un altar de mármol blanco y reluciente, y sobre él había la estatua de un dragón alado. Frente al altar, de rodillas y dando la espalda, había un anciano que parecía rezarle a la estatua.

-Londrake, Mago de la Orden Roja, ha llegado -dijo la Bruja con la voz todavía temblorosa.

El viejo de barba blanca se levantó lentamente y miró con paciencia a Londrake. -Lo sé, querida Eleonora -dijo Tartanos mientras se acercaba a Londrake.



Juan Esteban Peláez

El Mago Rojo se apresuró a realizar una venia, pero el Mago de vestimenta blanca lo detuvo.

-No tenemos tiempo para formalismos -aseguró Tartanos, que tenía una voz pacífica-. Ven, siéntate, amigo Londrake -añadió mientras se dirigía a unas sillas recostadas contra algunos pilares, a la izquierda del altar. -Tenemos mucho de qué hablar.

Londrake, todavía con un nudo en la garganta, asintió y siguió al Mago, se sentó sobre la silla y se quitó el sombrero en punta. -Creo que ya sabes el motivo de mi visita -dijo.

Eleonora se sentó al lado de Tartanos y se apresuró a decir: -Sigues la estrella renacida. Y Londrake asintió.

-Y piensas llegar al destino de tu enemigo antes que él -volvió a afirmar Eleonora. La Bruja todavía tenía el rostro pálido del susto, y su corazón todavía no se tranquilizaba.

Y el Mago volvió a asentir.

-Y te ayudaremos -dijo Tartanos mientras miraba el altar con la estatua de dragón-. Te ayudaremos a obtener la estrella para que se la entregues a su legítimo dueño.

21

-Primero quiero saber qué diablos fue lo que sucedió hace un momento-. Londrake todavía estaba perturbado a causa del grito surgido durante el repentino apagón. Todavía le retumbaba en la cabeza el espantoso clamor.

-Creo que primero debes saber qué es lo que hay en estas montañas -dijo Tartanos.

-Un tesoro y dragones -se apresuró a responder Londrake.

Pero Eleonora meneó la cabeza. -No el tesoro propiamente, sino lo que hay en él -dijo mientras se quitaba el sombrero, dejando a merced de la luz la negra cabellera.

Londrake miró extrañado a la Bruja, y esperó respuesta.

Entonces Tartanos se apresuró a empezar el relato. -Antes de que el Imperio de los Dos Soles se creara, los Hombres Occidentales fueron bendecidos por un Espíritu. Este Espíritu antiguo dio a los Hombres tierras y a su rey le dio una corona con cuatro joyas engarzadas. Estas joyas han sido llamadas Shidrahas, lo que significa en las lenguas occidentales «Piedras Amarillas»; pero otros las llaman las «Estrellas del Inframundo», pues es bien sabido que sobre esas joyas reposa una maldición. Esas joyas ya causaron una guerra entre Hombres y Nomos, y quieren volver a causar destrucción.

-¿Qué sucedió con esas joyas? -preguntó Londrake, más interesado por la historia.

-Sabemos que el Espíritu tiene una -respondió Eleonora.

-Otra está en Herda, las tierras occidentales -dijo Tartanos-. Desconocemos el paradero de otra y...

-La otra está en estas montañas -interrumpió Londrake.

Y Tartanos asintió. -El Espíritu, llamado por los Hombres «Irgoliath», desea recuperar las Shidrahas, y está esperando que los Hombres se debiliten para arrebatarles las joyas -respondió mientras se recostaba en el espaldar de la silla.

-¿Los Hombres saben que una de esas joyas está aquí? -preguntó Londrake.

Y Eleonora meneó la cabeza. -Los Hombres sólo ven el dorado del oro y el pálido brillo de la plata, y los colores de las gemas preciosas -respondió mientras se levantaba para cambiar la vela de una de las lámparas.

-Irgoliath aprendió a odiar a los Hombres, pero no los subestima; sabe bien que los imperios de la Península son poderosos, y por lo mismo necesita debilitarlos -dijo Tartanos.



Juan Esteban Peláez

-Y la mejor forma es dividiéndolos y haciéndolos pelear entre ellos -aseguró Londrake-. Por eso desea que los Picos Rojos queden desprotegidos -añadió.

-Ahora que Irgoliath sabe de la Shidraha, ha mandado seres malignos para que nos debiliten -aseguró Tartanos-. A eso se debe el grito que escuchaste hace unos momentos.

-Y nada podemos hacer contra los Seis -agregó Eleonora mientras se sentaba.

Entonces Londrake mostró duda en su rostro. -¿Los Seis? -preguntó.

-Los Seis Malignos, los generales del Demonio y los guardianes de sus tierras -respondió Eleonora.

-Son los más cercanos al Demonio -aseguró Tartanos-. Son hechiceros muy poderosos y crueles, y por lo menos dos de ellos rondan los Picos Rojos -afirmó.

-Nos debilitan, y no creo que resistamos mucho -aseguró Eleonora, que miraba a las enlosadas paredes de la sala, temerosa, como buscando un fantasma.

-Y si fallamos, los imperios entrarán en guerra y el Demonio vencerá -dijo Tartanos con voz angustiada. Sus ojos mostraban profunda tristeza, más que temor.

-Además -interrumpió Eleonora-, los Dacones están ansiosos por tener de nuevo la Estrella de Jores, y no les importa utilizar la fuerza para hacerlo. Ya sufrieron los latigazos de los Hombres de más allá del mar. Ellos fueron neutrales en las guerras pasadas; pero no volverán a quedarse callados frente a los acontecimientos de los Hombres.

-La estrella debe volver a donde pertenece -dijo Tartanos.

-A Ehirarh -dijo Londrake.

-No, al cielo, cerca de Valen -increpó el Mago Blanco-. Los Dacones han decidido enviar la estrella más allá de las nubes; y creo que eso es lo mejor -añadió-. Sólo ellos pueden devolverla al cielo.

-El Demonio ya tiene una victoria -aseguró Eleonora-, pues detener la guerra entre los Hombres es casi inevitable; pero no debemos dejar que su victoria sea completa: Si los Dacones atacan el oriente del Antiguo Continente, el triunfo de Irgoliath será rotundo; pues no sólo acabará con los Hombres de la Península ni con los Occidentales, sino que también podrá atacar a los Dacones.

-Más que a los Hombres, el Demonio odia a los Albinos -aseguró Tartanos que, levantándose de la silla, caminó hasta el altar con dificultad, y añadió: -Los tiempos cambiaron hace relativamente poco, después de que el Imperio de los Dos Soles cayó; y sin embargo, el mundo clama a gritos un nuevo cambio.

Londrake permaneció en silencio un momento, ensimismado. Tartanos se arrodilló de nuevo frente al altar y Eleonora permaneció frente al Mago Rojo, en silencio.

-¿Hacia dónde se dirige el Nomo que lleva la estrella? -preguntó Londrake a la Bruja.

Y ésta respondió: -Antes que nada, debes saber que no es un Nomo normal, es un Híbrido.

-¿Híbrido?

Y el Mago Blanco respondió: -Nuestro ladrón es un cruce espantoso entre razas mejoradas de Nomos.

-¿Por eso es más corpulento que los Nomos normales?

Y Eleonora asintió.

-Pero no es tonto; logró cruzar el Paso del Salto Azul, pero sabe que no logrará cruzar la Muralla de Volcanes por el occidente -dijo Tartanos.

-¿Cómo burló las guardias de Facet y Lioric en el Salto Azul? -preguntó Londrake.

-Pasó por debajo de la cascada y nadó al amparo de la oscuridad por debajo de los puentes -respondió Eleonora.

-Contó con la ventaja de que el Paso del Salto Azul es muy amplio. En cambio, la Muralla de Volcanes sólo tiene un paso, y está al occidente de Falheid. Este paso es muy estrecho,



Juan Esteban Peláez

y lo llaman el Paso de Llamas. En medio de esta garganta se extiende un muro gigantesco, de ladera a ladera, de volcán a volcán, que evita el paso a cualquier Nomo de más allá de la cordillera. Nuestro Híbrido sabe que no puede atravesar esa muralla sin ser detectado, así que decidió arriesgarse a cruzar los volcanes por el sur, donde la muralla es más estrecha.

-Entonces debo llegar al sur de Falheid lo antes posible -dijo Londrake.

Pero Tartanos meneó la cabeza. -El Híbrido necesita descansar, y ahora lo hace, pues no tiene a nadie que lo persiga (o eso cree). Sabemos que montó un pequeño campamento no muy lejos de los Acantilados, un poco más al sur del Salto Azul. Allí descansará por un buen tiempo; prefiere hacer el trabajo lento, pero bien hecho.

-Tienes tiempo de sobra -añadió Eleonora-. Lo mejor será que vayas a Metys, la capital de Falheid, y allí esperes noticias nuestras.

-Tenemos a todos los Magos y Brujas vigilando los cielos de Metys, y algunas aves también nos ayudan -aseguró Tartanos-. Así faltemos, el Híbrido no podrá hacer nada sin que tú te enteres -aseguró.

-Si quieres puedes llevarte a Torgos, para que llegues a Metys en menos de medio día. Debes estar agotado -dijo Eleonora.

-¿Torgos? -preguntó Londrake.

-El cóndor que nos ayuda a mantenernos informados -dijo Tartanos.

-Quizás me sentaría bien -dijo Londrake.

-¿Quisieras quedarte? -preguntó Eleonora.

Pero Londrake meneó la cabeza. -No quiero estar en medio de estas hechizadas salas -aseguró el Mago mientras miraba a su alrededor. Sobre las paredes se alargaban las sombras de los pilares, y las luces de las lámparas danzaban de forma enigmática.

-Lo entendemos -aseguró Eleonora.

Entonces Londrake se levantó de la mesa y preguntó: -¿Por qué los Hombres no atacan en este momento?

Tartanos se levantó y mirando la estatua de dragón, respondió: -Eleonora puede convocar los Einheriar, y yo puedo despertar a los dragones que viven bajo estas montañas. Ningún ejército podría derrotarnos.

22

Londrake salió de los Picos Rojos montando el gran cóndor Torgos, de plumaje negro y un collar de plumas blancas. El ave tenía un porte majestuoso, y su actitud era altiva y arrogante. Sin embargo, se entendía bien con los Magos, más que todo los de la Orden Roja; y por lo mismo llevó a Londrake sin poner resistencia alguna.

Los cielos azules se abrían con imponencia a los ojos del Mago, y las nubes blancas le rozaban el cuerpo, rehabilitándolo de vez en cuando. Desde arriba, el Salto Azul se veía poderoso y cristalino entre los árboles, y el río Nev se asemejaba a un listón azul que siseaba por un tapete de hierba muy verde.

En pocos minutos divisó a su derecha el gran Lago Álgido, el lago donde desembocaba el Nev. Este majestuoso lago de agua helada tenía dos pequeñas islas de pinos azules. En una de ellas se levantaban dos pequeñas aldeas; pero en la otra se erguía un poderoso y soberbio castillo; en la colina más alta. El castillo era blanco y muy brillante, y sus torres



Juan Esteban Peláez

eran poderosas y altísimas. Los techos de las torres tenían forma de conos agudos y eran azules como el mar. Al ser de un blanco tan lustroso, el castillo parecía brillar, por lo cual era llamado El Castillo de Cristal, y pertenecía a Alheid, el Imperio del Agua, y servía como un puesto de avanzada.

El Mago siguió sobrevolando los cielos de Falheid hasta que divisó, al sur del Lago Álgido, un enorme manto arbóreo que se extendía hasta donde la vista llegaba. Había toda clase de árboles: Arces, robles, cedros, alerces, sauces, pinos, abetos, olmos, nogales, saúcos, etc. Ese bosque era llamado el Bosque Denso, y servía como frontera entre los dominios de Alheid y Falheid. Después de cruzar el Bosque Denso, Londrake llegó por fin a su objetivo: La Ciudad Enladrillada, la capital de Falheid, la ciudad de Metys.

Sin embargo, el Mago no aterrizó en los puertos aéreos de la ciudad. En vez, descendió en pronunciados círculos hasta posarse en un pequeño feudo a las afueras de la ciudad, a menos de medio día de la capital. Antaño, Londrake había conocido a un gran Hombre llamado Tarlon, un guerrero que ayudó a Lioric a ejecutar el golpe de estado y a coronarse emperador. Mas Tarlon no estaba de acuerdo con esto, y como conocía bien las pretensiones de Lioric, decidió enviar a su familia al feudo que el Mago ahora visitaba.

Todo esto lo supo Londrake por cartas que le llegaron a su hogar, al que ahora tanto extrañaba. También supo que Tarlon y algunos de sus familiares fueron asesinados en circunstancias demasiado extrañas, y que sólo habían sobrevivido los dos hijos menores. Apenas supo de la muerte de Tarlon, Londrake se apresuró a viajar por aire hacia el feudo, y allí conoció a Almond y a Arcalón.

Cuando Londrake los conoció por primera vez, Almond era una joven de dieciséis años, mientras Arcalón era un niño de doce años. Apenas vio a los niños, el Mago se enamoró de ellos, y los trató como hijos propios. En el feudo ellos eran muy humildes (aunque cuando su padre vivía pertenecían a la clase alta); pero Londrake les enseñó a leer, lo que los puso en un mejor estatus social en el interior del feudo. Y cada vez que podía le llevaba a Arcalón algunos juguetes hechos de madera. Arcalón era el niño que más juguetes tenía en el feudo. Londrake veía en aquella pareja la esperanza que había perdido en los Humanos.

Mas eso había pasado hace siete u ocho años. Londrake temía que ya no lo reconocieran o que lo hubieran olvidado. Peor aún, que hubieran desaparecido las virtudes que en ellos enseñó antaño. Grandes eran las ansias del Mago por ver a Arcalón y a Almond, pues los había extrañado mucho; incluso había planeado un viaje a Metys antes de ser enviado por la estrella.

El viajero causó gran conmoción cuando llegó al feudo, pues casi ninguno de los aldeanos había visto nunca un cóndor, y pocos un Mago. La gran mayoría de los pobladores eran analfabetas, y sólo escuchaban las historias de los juglares que por allí pasaban de vez en cuando. Por lo mismo, apenas el cóndor se posó en una amplia calle, muchos de los aldeanos se resguardaron atemorizados, y algunos otros, más curiosos que valientes, se acercaron y rodearon al ave para verla más de cerca.

Londrake se apeó del ave y disponíase a buscar a los jóvenes, cuando fue interceptado por dos Hombres de armaduras de cuero rojizo. Ninguno de ellos tenía casco, y ambos



Juan Esteban Peláez

estaban armados con palos gruesos. Pero, aunque los Hombres tenían rostros fieros, no pudieron disimular el miedo al ver que el intruso era un Mago.

-¡Alto! -dijo uno de los Hombres con voz trémula, mientras sentía que sus piernas se debilitaban y temblaban.

-¿Quién eres? -preguntó el otro, un poco más bajo y gordo que su compañero, pero igual de asustado.

-Soy Londrake, Mago de la Orden Roja, y vengo a buscar a Almond de Metys, y a su hermano Arcalón; ambos hijos del gran Tarlon-. La voz del Mago fue severa y sin titubeos. Esto hizo que los Hombres dieran un paso atrás y mostraran sus palos. Mas ninguno pudo hacer nada, pues parecían paralizados por la mirada fija del Mago. -¿Acaso nadie los conoce? -preguntó de nuevo.

-Primero debemos avisarle a Came -dijo uno de los Hombres con voz temblorosa.

Entonces Londrake frunció el ceño de inmediato. -¡No tengo tiempo para esto! -exclamó furioso.

Al escuchar al Mago, los soldados soltaron sus palos y quedaron petrificados. -Pero...

-¡Pero nada! -dijo Londrake-. ¿Los conocen o no? ¿Viven aún al final de esta calle? -volvió a preguntar con un tono serio.

Y uno de los soldados asintió. -Si señor, ellos viven en la casa que queda al final de la calle, después del potrero de allí -respondió el soldado mientras señalaba con su dedo tembloroso una pequeña porción de pasto que tenía varias gallinas atadas a estacas.

Londrake le susurró algo al cóndor y dirigióse hacia el final de la cuadra, en medio de miradas expectantes y curiosas. Y, por increíble que pareció, el cóndor no voló ni se alejó del camino, solamente se acicaló las alas negras y esperó.

El Mago caminó a paso lento por la calle desnivelada de piedras informes y quebradas, mientras las ansias crecían en su interior. «¿Cómo estarán? ¿Habrán crecido mucho?» pensaba una y otra vez, mientras se acercaba a una rústica casa de madera y paja. Y casi se desmoronó al ver que, frente a la puerta, una bella Mujer extendía algunas ropas mojadas.

23

La joven era de constitución baja, de cabellos castaños y ojos cafés. Su piel era clara pero curtida a causa de los soles, tenía facciones finas y su cuerpo, aunque parecía maltratado, mostraba hermosos trazos. Ella miraba hacia la cuerda que sostenía la ropa, ignorando que la observaban; pero cuando bajó la cabeza y vio que la miraba un anciano alto de manta sucia y harapienta dejó de hacer sus quehaceres.

Londrake se acercó a paso lento, y dijo: -Yo reconozco ese rostro.

Y la Mujer respondió: -Y yo jamás olvidaría ese rostro tras esa barba blanca-. Y sin pensarlo dos veces, la joven se apresuró a abrazar con fuerza al Mago. -¡Londrake, no imaginas cuánto te hemos extrañado! -dijo Almond.

-Lo mismo digo -respondió Londrake.

-¿Qué te trae por aquí? -preguntó la joven mientras miraba al Mago con maravilla. Los ojos cafés le brillaban de la emoción, y su rostro habíase coloreado a causa de la felicidad. Aunque el viaje había maltratado al viejo, que ahora apestaba por la falta de baño, a ella no le importaba.

-Una estrella -respondió Londrake con doble sentido.



Juan Esteban Peláez

Pero Almond no hizo caso. –Arcalón se alegrará muchísimo cuando te vea -dijo la Mujer mientras se apresuraba a tomar una canasta de mimbre en donde guardaba la ropa. - ¡Vamos, pasa! -pidió Almond muy alegre. Pero antes de entrar notó que algunos lugareños la miraban desde el otro lado de la calle, curiosos por la aparición del Mago, y sorprendidos de que Almond lo conociera.

La casa era en verdad muy humilde, tal y como Londrake la recordaba. Las únicas novedades eran algunos sillones de mimbre, y un pequeño baño hecho con ladrillo y paja. -Arcalón lo hizo -dijo Almond mientras notaba que el Mago miraba el baño.

-¿Y funciona? -preguntó el Mago.

Y Almond asintió. –No sé cómo hizo, pero hizo toda la tubería. Logro cavar un pequeño túnel que lleva directamente a los acueductos de las provincias más cercanas a Metys -dijo la Mujer mientras se apresuraba a preparar café. El café era una de las dos bebidas más tomadas en Falheid; la otra era el chocolate.

-¿Y dónde está Arcalón? -preguntó el Mago mientras se sentaba en una de las pequeñas sillas de mimbre, cuidando de no romperla. El Mago era muy alto y pesado, aunque no fuera de apariencia robusta.

-Debe estar por volver -respondió Almond desde la cocina, que no era más que un horno de leña y un mueble de piedra. –Fue a comprar algunos panes, aprovechando que me ganó un poco de oro por hacerle un favor a una noble que pasaba por aquí.

-¿Qué favor? -preguntó el Mago.

-Le limpié sus vestidos -respondió Almond, que ya venía con una taza de café.

La taza era de barro, pero a Londrake no le importó. –Gracias, lo necesitaba -aseguró el Mago que, sin pensarlo dos veces, se tomó un gran sorbo de café. -¿Y por qué no te has casado? -preguntó el Mago.

-Porque Arcalón siempre pelea con mis prometidos -respondió Almond.

-No lo culpes; simplemente te quiere mucho -dijo Londrake.

-Lo sé, y por eso no lo culpo.

-¿Y Arcalón tiene prometida? -preguntó Londrake.

Y Almond negó con la cabeza. –Es un joven muy tímido. Además, está enamorado de una joven de su misma edad...

-¿Pero? -interrumpió el Mago.

-No es la mejor. Además, ella está enamorada de uno de los guardias personales de Came -respondió la joven, que ya se había sentado frente al Mago.

-¿Y qué ha sucedido con el amigo de Arcalón? Ese joven que era un verdadero problema -preguntó Londrake.

-¡Ah, Sergail! -dijo Almond-. En este momento deben estar juntos. Son como imanes -añadió.

Entonces Londrake se enderezó y se acercó al rostro de Almond con mirada pensativa. – ¿Dijiste «imanes»? -preguntó.

-¿Está mal dicho? -preguntó Almond mientras se sentía tonta por el reclamo.

Pero Londrake meneó la cabeza. –Está bien dicho, pero me sorprendes que sepas de los imanes -explicó el Mago.

-Arcalón trae de vez en cuando algunos libros. Ya casi puedo leer con puntuación -dijo Almond orgullosa y sonriente.

Y Londrake también sonrió. –Me alegra en verdad -dijo el Mago con sinceridad.

-Por ahora, Arcalón me lee y me enseña cuando tenemos tiempo de sentarnos a leer -dijo la joven mientras se mecía el cabello castaño, intentándose refrescar del calor intenso.

-Pero ¿cómo consigue Arcalón esa clase de textos? -preguntó Londrake.



Entonces Almond dudó, y no supo qué responder.

Así que Londrake se recostó y suspiró. —¿Los roba?

-Pero a personas que no los necesitan, de hecho, ni siquiera saben que los tienen -intentó explicar Almond-. Por favor, no le digas nada, que no creo que sea buena idea saludarlo con un regaño.

Y Londrake, aunque lo pensó un momento, aceptó. —Tienes razón, después habrá tiempo para hablar de eso. Lo único que quiero en este momento es recibirlo con un gran abrazo.

Después de un merecido baño, Almond y Londrake conversaron por varias horas, riéndose con frecuencia, hasta que se escuchó el abrir agitado de la puerta. Entonces se escuchó una voz asustada. —¿Almond? -preguntó el acabado de llegar.

-¡Aquí estoy Arcalón! -gritó la joven desde la sala.

-¿Por qué hay tanta conmoción allá afuera? -preguntó el joven-. Hay muchas personas que preguntan que quién... -pero cuando el joven llegó a la sala y vio al Mago, quedó petrificado. —No puedo creerlo -dijo con la mirada fija.

-Me alegra que todavía te acuerdes de mí -dijo el Mago mientras se levantaba de la silla. Pero Arcalón se apresuró a abrazar al Mago, y ni siquiera lo dejó erguirse del todo. —¡Qué alegría! -exclamó el joven mientras se aferraba al anciano con fuerza.

-Siento lo mismo -dijo Londrake con una sonrisa en los labios-. Pero te pido que me sueltes, que me vas a destrozar las costillas -añadió en tono bonachón.

-Lo siento -dijo el joven mientras bajaba a mirada, apenado, y soltaba al Mago.

Entonces Londrake lo detalló minuciosamente: Cabello corto y castaño; ojos café; piel blanca; un poco corpulento; quijada cuadrada; talla mediana. Sin embargo, en sus ojos todavía reflejaba un poco de inocencia, de timidez y de bondad.

-¿Y a qué se debe esta visita? -preguntó Arcalón.

-Voy hacia Metys, pero primero decidí hacer una parada -dijo Londrake.

-¿Y por qué vas a Metys? -preguntó Arcalón.

-Veo que tu curiosidad todavía no ha desaparecido -dijo el Mago.

-¡Vamos, quiero saber! -insistió Arcalón, sonriente.

Londrake pensó en mentirles, pero al quererlos como a sus hijos, no pudo mentirles. Entonces les contó con detalle todo sobre la Estrella de Jores y su exhaustiva persecución. Además, les contó sobre los Picos Rojos y el Demonio que se empezaba a revelar desde el occidente, desde más allá de la Muralla de Volcanes.

Aunque el relato de los Picos Rojos había afectado la tranquilidad de los jóvenes, estas historias fascinaban a los jóvenes, pues por naturaleza eran aventureros, y deseaban conocer el mundo; pero ambos eran ahora humildes, y a duras penas conocían los feudos aledaños. Ni siquiera recordaban Metys, que quedaba a menos de medio día caminando. Ambos veían la capital de Falheid como inalcanzable, pues pensaban que nada podían comprar en su interior; allí los precios eran muy altos para ellos.

Después de contada la historia, los jóvenes prometieron que nada dirían a los demás, ni siquiera a sus mejores amigos. Ésta promesa le costó en verdad a Arcalón, pues su amigo Sergail también era aventurero, e incluso temerario, y le habría fascinado escuchar esa historia. Y después de comer arepas con mantequilla, chocolate y pan duro, Londrake aceptó quedarse en la pequeña casa. Arcalón le cedió su cama, pues se sentía orgulloso de tener una cama sólo para él. El joven la había comprado con sus ahorros, y en verdad deseaba que el Mago durmiera en ella, aunque no fuera muy cómoda. De esta forma, Londrake durmió por primera vez bajo techo desde que salió del Bosque de Tirendel, dos



Juan Esteban Peláez

semanas y cuatro días atrás. Aunque era un tiempo relativamente corto, a Londrake había parecido una eternidad, y aunque extrañaba su obelisco, se sintió como en casa, y por eso durmió profundamente.

24

Ya muy entrada la mañana, Londrake despertó y vio que un joven de cabellos negros y crespos lo miraba fijamente. No era muy alto, pero tenía una constitución fornida. Estaba prácticamente vestido con harapos, y comía un pan con avidez. El Mago lo miró y de inmediato se tocó la cabeza como si de repente lo hubiera invadido una verdadera jaqueca.

-No tú otra vez -dijo apesadumbrado.

-¡Muy buenos días, señor Londrake! -exclamó el joven mientras se levantaba de la silla donde estaba y le extendía la mano al Mago con una sonrisa en el rostro sucio.

-Buenos días, Sergail -dijo el Mago con pocos ánimos.

En ese momento llegó Almond. -Espero que hayas dormido bien -dijo mientras traía consigo una taza de chocolate con dos panes con mantequilla.

-Lo hice -aseguró el Mago mientras se sobaba los ojos.

Almond miró a Sergail y se apresuró a decir: -Insistió en que lo dejara entrar. No pude detenerlo. Espero que no te haya despertado.

Y el Mago meneó la cabeza. -De hecho, dormí demasiado -aseguró mientras se enderezaba.

-¿Y que lo trae por aquí, señor Mago? -preguntó Sergail.

-Asuntos que no entenderías. Mejor dime dónde está Arcalón.

-Se está bañando -respondió Sergail mientras se sentaba de nuevo y acababa el pan que tenía con un solo mordisco.

El Mago comió su desayuno con ganas, pues no comía bien hace varios días. -¿Y ustedes ya desayunaron? -preguntó el Mago mirando a la joven Almond.

Y ella asintió. -Lo hicimos muy temprano -respondió.

Pero Londrake, que era perspicaz, notó un titubeo en la joven. -¿En serio? -preguntó de nuevo.

La joven púsose nerviosa entonces. -Sí -volvió a responder.

Entonces Londrake dejó el desayuno a medio comer a un lado y miró fijamente a la joven.

-No me mientas, Almond, que no sabes hacerlo -dijo el Mago.

-No había más panes -dijo Almond, ya sintiéndose descubierta.

-Así que tomaron sólo chocolate -dijo Londrake mientras se levantaba de la cama y se metía la mano en los bolsillos. Entonces sacó dos monedas de oro y se las dio a Sergail.

-¡Gracias, señor Londrake! -exclamó el joven.

-No son para ti, estúpido -respondió Londrake con seriedad-. Ve al mercado y trae huevos y pan -añadió mientras sacaba otra moneda del bolsillo-. Por si falta -dijo.

Sergail asintió sin dejar de sonreír y, sin demora, se levantó de la silla y salió corriendo mientras gritaba: -¡Arcalón, nos vemos en el mercado!

-¡Allí estaré! -gritó Arcalón desde la puerta trasera de la casa, mientras entraba cubierto con una toalla blanca. Apenas llegó al cuarto, le dijo al Mago con orgullo y alegría: -

¡Mira, Londrake, también compré esta toalla!

Y Londrake sonrió. -Me alegro, Arcalón -respondió.

Entonces Arcalón se vistió con una camiseta gris con un roto en el cuello, y un pantalón negro. -Debo ir al mercado para alcanzar a Sergail -dijo.



-No se vayan a meter en problemas -pidió Almond.
-¿Y por qué tanto afán de ir al mercado? -preguntó Londrake.
-A esta hora Haya está atendiendo el puesto de frutas -respondió el joven.
-¿Haya? -preguntó Londrake.
-La jovencita que le gusta a Arcalón -dijo Almond con decepción.
-Algún día será mía -dijo el joven con un gran brillo en los ojos-. Ella es perfecta -aseguró mientras se ponía las botas de cuero.
-No te vayas a meter en problemas con los soldados, por favor -volvió a pedir la joven. Y Arcalón asintió. -Sólo espero que Came y sus guardias no estén por ahí, y menos ese Álerh -dijo mientras boleaba la mano y salía a correr-. Nos vemos más tarde -dijo animado.
-¿Álerh? -preguntó Londrake.
-El prometido de Haya -respondió la joven mientras soltaba un suspiro y se sentaba en la cama-. No sé por qué Arcalón se fijó en ella. No puedo negar que es bella, pero lo trata muy mal, y lo evita a toda costa.
-Pero él insiste -aseguró Londrake.
Y la joven asintió.
-Arcalón siempre ha sido testarudo, y no renuncia a lo que quiere hasta que lo obtiene -dijo Londrake.
Entonces Almond dijo con tono de voz diferente: -«El Hombre es el que pone sus propios imposibles, pero culpa a sus metas» -levantó la cabeza y añadió: -Arcalón siempre lo dice.
-Lo sé -respondió Londrake-. Yo se lo enseñé.
Y Almond asintió con resignación. -Y se lo ha tomado muy en serio.
-¿Y qué otra frase dice? -preguntó el Mago mientras caminaba hacia la ventana que daba al patio trasero. Allí vio el baño improvisado hecho por Arcalón y algunas gallinas pertenecientes a los vecinos.
-«Todo es realizable si es afrontado con inteligencia» -respondió Almond.
-¿Y crees que Arcalón es inteligente? -preguntó Londrake sin quitar la mirada del patio poco cuidado.
-No cuando se trata de Mujeres -aseguró Almond.
-¿Y para lo demás sí?
-Sí. Quizás sea uno de los jóvenes más inteligentes de la aldea.
-Así lo creo -respondió el Mago, que presagiando de forma extraña un acontecimiento, añadió: -Me bañaré e iré al mercado.
-Yo iré contigo.

Apenas estuvieron listos, el Mago y la joven salieron de la casa y tomaron el camino principal. Anduvieron por entre algunas casas humildes, en medio de curiosas y temerosas miradas, hasta llegar a un recodo del camino. Doblaron a la izquierda y allí vieron que varios puestos se levantaban en hileras. Había mucha gente y un ruido monótono y ensordecedor.

Caminaron por entre la gente por unos minutos, cuando repentinamente se escucharon varios gritos de cólera, ofensas y groserías a todo pulmón. Y Almond sintió su corazón salirse de su pecho al escuchar repetidas veces el nombre de Arcalón. También identificó la voz de Sergail, lanzando blasfemias a los cuatro vientos.
-¡Los van a matar! -exclamó Almond agitada y con el rostro pálido.



Juan Esteban Peláez

Entonces Londrake se apresuró a abrirse paso por entre la gente, que poco a poco se aglomeraba alrededor de la gresca. Almond se apresuró a seguirlo. Y cuando llegaron, vieron que cinco soldados armados con palos se enfrentaban a los dos jóvenes.

25

Más que un enfrentamiento era una golpiza. Los soldados apaleaban en ese momento a Arcalón, que estaba en el suelo e intentaba defenderse lanzando puños a todos lados; pero los palazos le herían los brazos. El joven, incapaz de levantarse, se cubría la cabeza con sus sangrantes manos.

Por otro lado, Sergail intentaba alejar a los soldados gritándoles y empujándolos. - ¡Déjenlo en paz, animales! ¡Puercos! -gritaba mientras lanzaba uno que otro puñetazo, intentando alcanzar el rostro de algún guardia.

Pero los guardias eran más corpulentos, y también se abalanzaban para golpear a Sergail con los palos.

-¿Quiénes son los puercos?! -le gritaba uno de ellos mientras sacudía su palo para alcanzar el cuerpo de Sergail. Pero Sergail era hábil pocas veces lograban golpearlo.

Entonces Londrake apareció en medio del caos, y blandiendo de forma intimidante su blanca vara, golpeó a uno de los soldados en la cabeza. Entonces el resto se alertaron y la sangre les hirvió; pero al ver que se trataba del Mago, retrocedieron y titubearon.

-¿Qué hicieron estos Hombres para merecer tal paliza?! -preguntó Londrake furioso, mientras sus ojos refulgían bajo sus pobladas pestañas.

-Están molestando a una joven -respondió uno de los soldados.

-¿Y qué le hicieron? Exijo que ella venga en este momento y me diga en la cara por qué se sintió ofendida -dijo Londrake mientras respiraba con fuerza, como un animal hostigado.

Mas nadie apareció. En vez, la joven llamada Haya se apresuró a desaparecer entre la gente, pues temió la cólera del Mago.

Al no escuchar respuesta, el viejo se apresuró a ayudar a Arcalón. Ya Almond estaba a su lado, ayudándolo a levantar y con las lágrimas en el rostro.

-Te dije que no te metieras en problemas -decía Almond entre sollozos.

-Sólo le di un regalo a Haya -respondió Arcalón con la voz agitada, sin poder levantar la cabeza.

-Le dio un pequeño tallado en madera; pero apenas los soldados lo vieron se le lanzaron encima sin motivo alguno -dijo Sergail mientras miraba con furia a los soldados.

-¡No es cierto! -increpó uno de los guardias.

-¡Sí lo es! -gritó Sergail que, con la sangre en la cabeza, golpeó con su pie al soldado que estaba tendido en el suelo por el golpe del Mago.

-¡Sergail! -exclamó Londrake arregañadiente.

Sergail se alejó unos pasos del adolorido guardia y dijo: -Esto pasa dos o tres veces a la semana. Los guardias están envidiosos de Arcalón porque él sabe leer y sabe muchas más cosas que ellos, y porque es inteligente y los hace quedar como idiotas.

-¡Eso no es cierto! -increpó de nuevo otro de los guardias.

-¡Sí lo es! -volvió a gritar Sergail-. Están envidiosos de Arcalón.



Juan Esteban Peláez

-¡Ya! -gritó Almond incapaz de resistir la incómoda situación. Y mirando a Londrake, dijo: -Sólo quiero irme a mi casa.

-Y así lo haremos -dijo el Mago que, tomando una papaya de uno de los puestos, añadió:

-Si algún guardia toca a estos jóvenes o a Almond, se las verá conmigo-. Y lanzó la papaya al aire, la tocó con la punta de su vara y, para sorpresa de todos, la petrificó. La papaya se convirtió en una piedra muy grande. Y Londrake miró al dueño del puesto y le lanzó una moneda de cobre directamente a las manos.

Almond ayudó a levantar a Arcalón y lo llevó, ayudada por Sergail, hasta la casa. Londrake los escoltaba, mientras miraba con furia a los soldados, que habían quedado helados al ver tan increíble magia.

Apenas llegaron a la casa, Almond acostó a Arcalón en la cama y se apresuró a sanarle las heridas. También sanó los golpes de Sergail.

-¿Es verdad lo que dijo en el mercado? -preguntó Londrake.

Y Sergail asintió. -Sólo le dio un regalo, no más -dijo el joven.

-Pero no importa; yo sano rápidamente -respondió Arcalón desde la cama.

-No hablo de eso tontos -dijo Londrake-. Mi pregunta es si esto pasa muy seguido -añadió mientras miraba a Almond, que todavía se secaba las lágrimas del rostro.

Y la joven asintió con congoja y dolor.

-Todo lo que dije allá es verdad -aseguró Sergail-. Tenemos problemas con los guardias de Came con frecuencia.

-Pero nunca me habían apaleado tanto -añadió Arcalón desde la cama-. Bueno, a excepción de la otra vez que...

-Ya, Arcalón -interrumpió Almond.

Pero lo que sorprendió a Londrake fue que la voz de Arcalón todavía era alegre, aunque la golpiza había sido severa. También sintió admiración por Sergail, pues había defendido a su amigo con sólo sus manos, arriesgando su propio bienestar. Entonces supo que todavía había buenos sentimientos en el interior de los jóvenes, y se alegró por eso.

-Pero donde yo agarre a uno de esos guardias solo lo voy a...

-Ya, Sergail -volvió a interrumpir Almond.

-Yo los conozco, y sé dónde permanecen -insistió Sergail-. Así que los voy a agarrar y...

-¡Sergail! -exclamó Almond de nuevo.

-¿Por qué Haya no intervino? -preguntó Arcalón.

-Porque es una mala Mujer -respondió Almond.

Durante toda esta conversación, Londrake pensaba una y otra vez sobre los acontecimientos. Aunque sabía que los soldados no volverían a molestar a los jóvenes por buen tiempo, sabía bien que esos jóvenes no tenían un buen futuro en ese mísero feudo. El Mago sabía que Sergail era un joven muy activo, de hecho, hiperactivo, y por lo mismo, podía llegar a ser un verdadero problema; pero también sabía bien que Sergail no dejaría a Arcalón por ningún motivo, y que la amistad entre ambos era una amistad que pocos podían forjar. También sabía que Arcalón tenía demasiado potencial, que era muy inteligente y que sabía cómo resolver cualquier clase de problema. Además, era un joven carismático y bondadoso. Por todo esto, Londrake deseaba un mejor futuro para ambos jóvenes; y a la hora del almuerzo hizo un anuncio que dejó a todos paralizados por la sorpresa.



Londrake fue al mercado, compró muchos cereales y los llevó a casa de Almond. Ayudó a la joven a preparar los fríjoles del almuerzo y preparó la limonada.

Cuando todos estuvieron comiendo, el Mago miró a Arcalón, que en verdad parecía estar sanando como por arte de magia, y le preguntó: -¿Quisieras ir a Metys?

Todos dejaron de comer en ese momento.

-¿A Metys? -preguntó Arcalón-. Pero yo no recuerdo Metys -añadió. Arcalón y Almond habían escapado de Metys después del asesinato de su padre, y Arcalón era sólo un niño.

-¿Te gustaría ir? -preguntó de nuevo Londrake.

Arcalón miró a Almond y después al Mago. -Claro que sí -dijo-; pero no puedo dejar sola a mi hermana.

-Si yo soy el problema, en verdad no hay problema -se apresuró a responder Almond-. Yo me puedo defender sola; lo he hecho por mucho tiempo -aseguró mientras soltaba una sonrisa y seguía comiendo.

-Debes saber Arcalón que, si te llevo conmigo a Metys, no hay fecha de retorno -aclaró Londrake-. Quizás no vuelvas nunca a este feudo -añadió.

Arcalón permaneció en silencio un momento, pensativo. Miraba a Almond con frecuencia, y volvía a sumirse en sus pensamientos. La propuesta era muy tentadora, pues Arcalón deseaba viajar y conocer el mundo; pero lo preocupaba el bienestar de Almond. Londrake, al percatarse de esto, dijo: -Puedes estar tranquilo por tu hermana, Arcalón; yo me encargaré de que no le falte nada.

-¿De verdad? -preguntó Arcalón.

Y Londrake asintió. -Hablaré con Lioric para que garantice la protección y el bienestar de Almond -aseguró el Mago.

-¿Y el señor Lioric aceptará? -preguntó el joven.

-Sí, si se lo pide un Mago -respondió Londrake-. Además, tengo información que el emperador necesita.

-¡Él no es un emperador, y no aceptaría su ayuda por nada del mundo! -increpó Almond mientras se levantaba furiosa de la mesa.

-Entonces personalmente me aseguraré que no te falte nada -dijo Londrake-. No te culpo por odiar a Lioric, pues sé lo que sucedió con tu madre, tu hermana mayor y tu padre. Pero creo que una compañía como la de Arcalón me sería muy útil. Además, quizás en Metys pueda tener un futuro próspero como mercader, artesano, incluso maestro.

-O soldado -añadió Arcalón.

Entonces Londrake miró al joven con sorpresa, y después con disgusto. -Ser soldado no es tener un buen futuro -se apresuró a decir a modo de regaño.

-Sí lo es si se es el mejor -respondió Arcalón sonriente.

-No te llevaré a Metys para que le sirvas a Lioric; es un loco que sólo ansía poder y riqueza -aseguró el Mago.

-Pero si la monarquía vuelve al imperio, o si un verdadero emperador sube al trono, serviría con gusto a un Hombre o Mujer de sangre real, como al archiduque Hérself, o a Béretherth, los hijos del emperador al que Lioric mató para sentarse en su trono-. Cuando dijo esto, un brillo surgió de los ojos de Arcalón.

-Ni Hérself ni Béretherth se atreverán a levantarse contra Lioric -aseguró Londrake.

-Pero qué tal si de...

-Ése no es el tema -interrumpió Londrake.

-Tienes razón -respondió Arcalón con la mirada baja.



Juan Esteban Peláez

Londrake se llevó una cucharada de frijoles a su boca, y con ésta embutida preguntó: -¿Irás conmigo a Metys?

Arcalón volvió a mirar a Almond, que también lo miraba, y suspirando, dijo: -Si me prometes que te encargarás de Almond, mi respuesta es sí.

-También invita a Sergail, para que no te sientas tan solo. Nos iremos en dos o tres días a más tardar.

-¿Y el cóndor? -preguntó Almond-. Hay muchos que hablan sobre el cóndor que está en medio de la calle -aseguró.

-Torgos volverá a los Picos Rojos solo -respondió Londrake-. Vamos, Arcalón, come rápido, que debes hacer tus maletas.

Y Arcalón, con una alegría gigantesca brotando de su interior, asintió. -¡Así lo haré! -exclamó mientras se embutía la boca con los frijoles.

27

Esa noche Londrake miró con detenimiento el cielo nocturno. Sírel brillaba fría en la bóveda de estrellas, y a su lado rutilaban Valen y Halen. Desde allí eran visibles muchas estrellas, lo que encantó al Mago por unos instantes.

-A mí me parecen bonitas las estrellas -dijo Almond.

-Son hermosas -aseguró el Mago mientras se enfocaba en Valen y recordaba la Estrella de Jores.

-¿Cómo es el cielo sobre tu hogar? -preguntó la joven.

-Los ramajes del bosque se recortan contra el cielo, y las estrellas brillan mucho, y la Dama de la Noche y sus dos hijas bañan mi hogar con su luz blanca, y a su alrededor parece extenderse un infinito manto azul oscuro.

-Debe ser hermoso -dijo Almond mientras miraba las colinas a su izquierda, que se pintaban de azul.

-Lo es -aseguró Londrake, que ya empezaba a extrañar su hogar.

Entonces Almond miró a Londrake y preguntó: -¿Dejarás que Arcalón sea soldado?

Londrake bajó la mirada, meneó la cabeza y dijo: -Arcalón desea ser soldado, pero no creo que desee servir a Lioric. Puedes estar tranquila, pues no creo que Arcalón se hinque frente al actual gobernante.

-Arcalón piensa más rápido que nosotros -aseguró Almond-. Quizás ya esté planeando algo -añadió.

-Quizás, pero no creo que Metys esté muy bien en este momento -aseguró Londrake-. La reciente revuelta ha hecho caer la economía de este imperio.

-¿Pero Arcalón tendrá un futuro mejor? -preguntó la joven, que miraba de nuevo hacia el cielo.

-Puedes estar tranquila, que yo me encargaré de eso.

Los dos días siguientes Londrake no tuvo mucha actividad, por el contrario, se dedicó a descansar de su agotador viaje. Arcalón no tenía mucho que empacar, pues sus pertenencias no eran numerosas. Ya había dicho a Sergail sobre el viaje, y este último ya había decidido irse sin avisarles a sus padres ni a sus tres hermanos. Él era el tercero de cuatro Hombres en la familia; pero era el más inquieto. Su padre trabajaba como el herrero del feudo, a servicio del propio Came, señor feudal, y su madre era ama de casa.



Juan Esteban Peláez

Los padres de Sergail ya estaban acostumbrados a que sus hijos se metieran en problemas; pero con el que más habían sufrido había sido sin duda con Sergail. El joven era muy activo, y por lo mismo, necesitaba estar ocupado en alguna actividad; el problema era que de por sí esas actividades eran travesuras y maldades, y a menudo, en verdad casi siempre, las hacía acompañado de Arcalón. Arcalón era más cauto, pero era convencido por su amigo.

Este tipo de acciones les habían causado muchos problemas con las autoridades del feudo. Ya muchos soldados los conocían y a menudo buscaban cualquier acción para castigarlos. Aunque a veces los castigos eran justificados, los últimos meses se habían vuelto injustos. Pero a Came no le importaba la justificación del castigo, en vez, parecía deleitarse cuando le llevaban a Arcalón y a Sergail a sus pies, golpeados de pies a cabeza. Came, que era un noble de ligera riqueza, parecía odiar a los jóvenes, y los mantenía vigilados. Además, autorizaba cualquier clase de castigo, y les cobraba impuestos extras por supuestos daños en el feudo. Estos impuestos siempre eran pagados por Almond con resignación, pues, aunque conocía las travesuras de Arcalón, también sabía el odio que Came le tenía.

Ahora bien, al cuarto día ya todo estaba listo para el viaje a Metys. Los tres irían caminando por el sendero principal, esperando llegar a Metys antes del mediodía de la jornada siguiente. Irían directamente al centro de la ciudad, y, si todo salía bien, estarían hablando con el mismísimo Lioric al anochecer. Ambos jóvenes estaban muy ansiosos por ir a Metys y ver a los ojos al tan nombrado emperador; pero Sergail tenía una congoja profunda, pues su despedida no había sido más que una carta bajo su almohada. Arcalón y Almond tuvieron una triste despedida; nunca se había separado, y ahora quizás nunca se volverían a ver. Ambos se abrazaron y Arcalón le agradeció una y otra vez por todo, y le prometió que vendría y le ayudaría. Aunque Almond intentó contener el llanto, no lo logró, y abrazó a Arcalón como si no lo quisiera dejar ir.

-Prométeme que serás un buen Hombre -pidió la joven.

Y Arcalón, con el llanto embutido, asintió. -Prométeme que estarás bien -pidió el joven que, mirando al Mago, añadió: -Prométeme que cuidarás de mi hermana, que ella estará bien. Sino no puedo ir a Metys-. Entonces las lágrimas se le salieron y la respiración se le cortó.

Londrake, que respiró profundo para no llorar, puso su mano en el hombro de Arcalón, y dijo: -Almond estará bajo mi cuidado. Ella estará bien.

Entonces Arcalón suspiró, asintió y abrazó a su hermana. -No olvides que te amo -dijo llorando y con la voz quebrada.

-Y yo a ti -dijo Almond también llorando.

Así emprendieron el viaje antes de que la bruma cayera sobre las casas. Pero antes de salir del feudo, Arcalón se separó del grupo y tocó la ventana de una casa en medio de una calle angosta. Tocó un poco más duro, e iba a volver a tocar cuando salió la joven Haya. Por fin Londrake pudo verla, y era innegable que era hermosa: Cabello negro, rostro fino y ojos grandes y cafés.

-Quiero que sepas que me voy a ir y no sé si vuelva -dijo Arcalón en voz baja.

-¿Y? -preguntó Haya, que miraba con temor a Londrake desde la ventana medio abierta. Arcalón esperaba una triste despedida, pues Haya le había gustado por mucho tiempo. - Quiero que sepas que te perdono por lo de hace unos días -dijo el Hombre.

-Gracias -dijo Haya secamente.

-Espero que nos volvamos a ver algún día -insistió Arcalón, esperando un caluroso adiós.



Juan Esteban Peláez

En cambio, Haya dijo seriamente: -Sí, espero eso.

Entonces Arcalón suspiró y, sin más, dio media vuelta y se fue. Sin embargo, en su interior esperaba que Haya lo llamara de nuevo y le diera una buena despedida. Mas eso nunca sucedió, y Arcalón volvió acongojado a la calle principal.

-Todo acabó, amigo mío -dijo Sergail palmeando la espalda de Arcalón como para darle ánimo.

-Hay Mujeres mejores, Arcalón, lo sé -aseguró Londrake.

Arcalón asintió cabizbajo. -Yo también lo sé -dijo-. Sólo espero poder encontrar una -añadió.

-Lo va a hacer. Usted merece una Mujer mucho mejor -dijo Sergail.

Y Londrake afirmó con la cabeza. -Es verdad -dijo mientras empezaba a caminar.

Pero Arcalón respondió: -Uno no tiene lo que se merece, uno tiene lo que consigue.

-Yo nunca lo había visto de esa manera -admitió Londrake, que poniéndose su sombrero en punta y acomodándose las mangas de su remendada manta, inició su caminata bajo la luz de plata de la Dama de la Noche.

El camino fue en verdad sencillo después de salir del feudo. Londrake habíase percatado del odio con el que ambos jóvenes habían mirado el pequeño bastión de Came, y la melancolía que sus ojos tenían cuando miraron desde la cima de una colina alta el pequeño feudo que los había visto crecer.

Ambos jóvenes empezaron a relatarle a Londrake algunas de sus andanzas, y aunque lo consideraban como un padre, no omitieron detalle alguno. Reían contando algunas anécdotas, y en otras eran regañados por el Mago; pero la conversación se mantuvo muy fluida.

La ansiedad de los Hombres era notoria, y de vez en cuando echaban algunos chistes o simulaban una pelea mientras se carcajaban. Era tan alegre la caminata, que los jóvenes parecían no cansarse, y el Mago soltaba gigantescas risotadas a los cuatro vientos. Incluso, Londrake les enseñó dos canciones cortas que se fueron tarareando por casi todo el camino. De vez en cuando las cantaban, y se reían de Sergail, pues él no tenía muy buena memoria y se le olvidaban las letras de las canciones.

De esta forma, y antes de que el alba despuntara el cielo brumoso, los caminantes subieron las colinas y llegaron a un enorme altiplano, una enorme sabana recubierta en altas gramíneas, como trigos, avenas, centenos y sorgos. Las puntas de esos extensos trigales les acariciaban los rostros y les producía cosquillas.

Pero a medida que se iban acercando a la ciudad, el pasto se iba enverdeciendo, y una que otra colorida orquídea se asomaba por entre la húmeda hierba, mostrando sus frías gotas de agua como adornos de perlas, al mismo tiempo que los dos soles empezaban a asomarse a las espaldas de los caminantes y la sutil bruma se empezaba a disipar. Pocos animales salvajes eran por allí visibles, pues no se atrevían a acercarse a una gran ciudad a menos de que fuera muy necesario; empero, los caminantes vieron algunos pequeños antílopes y una que otra ave.



Arcalón, Londrake y Sergail llegaron a la poderosa ciudad de Metys antes de mediodía, tal y como lo habían previsto. Cuando los jóvenes vieron la ciudad levantarse imponente en la llanura, no pudieron disimular su asombro, incluso se abrazaron de la felicidad. Si Londrake no hubiera ido al feudo, los jóvenes jamás hubieran conocido la capital de Falheid.

Los muros que protegían la ciudad eran ostentosos, de piedra muy gruesa y de bloques simétricos y pulidos, que de vez en cuando formaban bellos adornos. Varios eran los encargados de mantener los muros en buenas condiciones, pues los gobernantes aseguraban que la imagen exterior era muy importante en las ciudades. Y de los muros salían poderosas torres hechas de ladrillos rojizos, de ventanas con marcos de mármol y arcos puntiagudos, y techos de teja negra con pináculos agudos que con frecuencia eran coronados por tridentes de acero. Pero las torres más cercanas a la muralla eran muy distintas: Tenían techos triangulares de piedra pulida, y sus estructuras eran muy gruesas.

Bien, los tres caminantes siguieron por el recto camino de piedra blanca que llevaba directamente al majestuoso portón, flanqueado por dos enormes estatuas de granito con formas de guerreros. El portón era de cedro y estaba remachado de acero negro, y tenía una arcada puntada.

La vista de Metys desde afuera era en verdad majestuosa; pero en el interior la ciudad mostraba una faz completamente distinta. Apenas los viajeros entraron, varios mendigos se les lanzaron clamando una migaja de pan. Todos tres quedaron atónitos al ver esto, y no pudieron hacer más que seguir derecho, entre los miserables, hacia el centro de la ciudad.

Las casas eran en verdad obras de arte arquitectónicas: Hechas de ladrillos rojizos y con techos negros, amplios ventanales, espaciosos jardines, rejas negras, y más. Pero toda esta bella arquitectura era opacada por el silencio de las personas, los llantos de desespero, las ansias por conseguir comida, la disconformidad y el régimen de terror que Lioric había impuesto.

Metys era en verdad rica, pero Lioric había empleado todas esas riquezas para formar un ejército formidable y numeroso. Así que exigía grandes impuestos y olvidaba el mantenimiento de la ciudad. Sólo el muro y las torres externas estaban en perfectas condiciones. La comida de las bóvedas de la ciudad era frecuentemente enviada hacia el norte, donde los ejércitos se aglomeraban.

Londrake y los jóvenes siguieron por el amplio camino empedrado, que a menudo era bordeado por varias banderas rojas con círculos negros (ícono del régimen de Lioric). Aunque la depresión económica había mitigado su belleza, Arcalón y Sergail no podían dejar de ver con maravilla la ciudad. Ambos rostros no disimulaban la sorpresa y la felicidad de ver Metys, y demostraban sin pena la alegría que sentían al ver algún ostentoso edificio.



Juan Esteban Peláez

Preguntaron a uno que otro ciudadano hacia dónde quedaba el centro de la ciudad, y entraron sólo a dos tiendas a descansar y a comer. Ya rehabilitados, siguieron la caminata hasta que llegaron a un gran grupo de torres altísimas y rojas que despuntaban el cielo azul como afiladas lanzas.

-Creo que llegamos al centro de Metys -dijo Londrake.

-¿Y ahora? -preguntó Sergail.

-¿En verdad iremos a conocer al señor Lioric? -preguntó Arcalón, que se sentía extraño, pues, aunque estaba feliz, no se sentía cómodo. No estaba acostumbrado al ir y venir de los carruajes y los carromatos por las amplias calles blancas, al intenso bullicio, a la gente yendo y viniendo, a uno que otro juglar cantando en la calle, o a los bufones malinterpretando alguna obra de teatro famosa, o al payaso sin gracia y con mal léxico. Sergail, en cambio, era menos tímido y más adaptable que Arcalón, y se acercaba a cualquier evento callejero, riéndose de vez en cuando de alguna payasada, o quedado atónito al ver algún truco barato de magia. Londrake, en cambio, permanecía fijo en sus planes, y por lo mismo permanecía serio y pensativo, ignorante de su alrededor y buscando siempre el poderoso castillo que le servía a Lioric como hogar.

Caminaron por entre los conjuntos cerrados de torres, donde vivía la gente más importante o acaudalada de la ciudad, hasta llegar a una enorme plaza de losas blancas, con una fuente enorme de bordes blancos y con una gran estatua de mármol de una Mujer hincada y recogiendo agua con una jarra. La estatua había sido un regalo a Metys de un escultor muy famoso, y tenía trazos perfectos: Un rostro muy fino y hermoso, y un cuerpo de deidad envuelto en lienzo inmóvil que estaban tan bien tallados, que asemejaban contonearse con el viento. Esta estatua simbolizaba el Corazón de los Volcanes, llamado en el imperio Feyá. Y bordeando la fuente había varios pilares de mármol blanco, relucientes a la luz menguante.

Alrededor de la plaza había cuatro enormes edificios: El primero, al norte, era una iglesia ostentosa dedicada a Feyá, de pináculos muy pronunciados y de amplios e impecables ventanales. Frente a los viajeros, al sur, estaba el Cuartel Principal de Infantería, o CPI, que era amplio y ancho, pues albergaba un gran número de soldados. El cuartel estaba enrejado, y era una unión de varios y bellos edificios. A la izquierda de los caminantes estaba la Universidad Principal, donde estudiaban los mejores y más destacados ciudadanos. Finalmente, a la derecha, estaba el poderoso Castillo Imperial, de torres fortificadas y paredes enormes y gruesas.

Todo el castillo estaba construido con ladrillos muy gruesos y resistentes, y era en verdad imponente. La edificación arrojaba su larga sombra sobre la plaza, y alrededor de ella había varios soldados de capas negras y armaduras rojizas. Todos estos soldados, perfectamente formados en hileras, tenían lanzas brillantes, yelmos enterizos de cimera plana que les cubrían el rostro por completo, y hombreras anchas que les daban un fiero aspecto. Eran los mejores soldados del imperio, la llamada Élite del Fuego, los guardias personales de Lioric.

-Bien, aquí es donde empieza todo -dijo Londrake a los jóvenes-. Les pido que se comporten, pues si todo sale bien, viviremos como reyes a costas de Lioric por un buen tiempo -aseguró mientras se dirigía a la entrada del castillo.



Llegaron durante de rojo atardecer. Los tres caminantes dirigieron a la puerta del castillo, pero Arcalón y Sergail dudaron al principio, pues se sintieron intimidados por los guardias. Los jóvenes habían tenido muchos problemas con los soldados del feudo, y en verdad no deseaban incomodar a la Élite.

Apenas llegaron al portón, fueron presas de todas las miradas de los guardias; pero Londrake no atendió a eso, a diferencia de Arcalón y Sergail. Entonces un guardia se acercó al Mago. Grande fue la sorpresa de los jóvenes al escuchar al guardia, pues ignoraban que, al ser los mejores soldados del imperio, también eran los más instruidos y más educados.

-¿En qué le puedo ayudar, señor Mago? -preguntó el guardia de forma cortés.

-Necesito hablar con el emperador -respondió Londrake secamente.

-Pero no puedo dejarlo pasar sin su autorización -dijo el soldado-. Debo preguntarle si desea atenderlo -añadió.

-Hágalo. Dígame que Londrake, Mago de la Orden Roja, desea verlo; pues tiene noticias de gran importancia provenientes del norte, de los Picos Rojos.

-Así lo haré, señor Mago -dijo el soldado que, dando media vuelta, entró apresuradamente al castillo.

Mientras tanto, Arcalón y Sergail miraban con maravilla y temor a los soldados que permanecían inmóviles como estatuas de acero que sólo movían la cabeza. Sus capas negras ondeaban con el viento, pero los Hombres no se inmutaban.

Poco después llegó el soldado. -El emperador ha decidido recibirlo. Por favor, sígame -pidió el guardia.

Londrake asintió y miró a los jóvenes, que permanecieron inmóviles, tímidos. Ninguno de ellos estaba preparado para entrar a un castillo, y se sentían indignos de hacerlo. -Los jóvenes vienen conmigo -le aclaró el Mago al guardia.

El soldado los miró y asintió. -Que ellos también sigan -dijo.

Entonces los jóvenes siguieron al Mago muy de cerca, incómodos y ansiosos; era un sueño cumplido.

El piso estaba totalmente enlosado de blanco, las paredes bien estucadas y los techos bien labrados. A menudo, los jóvenes se maravillaban con los finos cuadros que pendían en las paredes, o con los relieves que surgían de los techos. Las ventanas eran sólo zanjás en las paredes, así que un gran número de lámparas pendían de los techos e iluminaban los amplios interiores.

Tanta opulencia intimidaba a Arcalón y a Sergail que, aunque sentían fascinación, también se sentían indignos de estar rodeados de tanto lujo. El mayor lujo que ambos jóvenes habían visto en sus vidas había sido el oro de las monedas. Mientras que en el castillo había ostentosos espejos, grandes estatuas, finas obras de arte, y más.

Después de subir cuatro pisos, los viajeros llegaron a una sala enorme con voluptuosos sillones de terciopelo y mesas grandes y repletas de bandejas con frutas. En el interior del recinto había cuatro Hombres: Uno de ellos permanecía de pie, recostado en el espaldar



Juan Esteban Peláez

de un sillón ocupado por otro Hombre. El tercer Hombre estaba sentado no muy lejos, y el cuarto, el más importante, permanecía de pie hablándole al resto.

Cuando los tres viajeros llegaron a la sala, los cuatro Hombres callaron y los voltearon a mirar.

-Señor, Londrake, Mago de la Orden Roja, trae noticias del norte -dijo el soldado-. A él lo acompañan Arcalón y Sergail -añadió.

Entonces el Hombre que estaba de pie, de gran estatura y largo cabello dorado, los miró con detenimiento, se sentó lentamente tras una de las mesas y tomó una manzana. – Escucho, Mago de la Orden Roja -dijo el gigante.

Entonces los jóvenes supieron que ese corpulento Hombre, de armadura rojiza y capa negra, era el emperador Lioric. Y de inmediato se hincaron ante él.

Lioric los vio con indiferencia, y se dirigió a Londrake. –Veo que sus sirvientes me son fieles -dijo secamente.

Estas palabras golpearon los corazones de los jóvenes.

Pero Londrake increpó. –Ellos no son sirvientes de nadie -respondió con una mirada de disgusto.

Los jóvenes temieron que Londrake se saliera de sus cabales frente al emperador, mas no sucedió.

-Primero debo saber si en verdad es un Mago y no un viejo loco -dijo Lioric-. Haga algo que lo compruebe -añadió a modo de orden.

Londrake se acercó entonces a la mesa más cercana. Allí había un pequeño candelabro de tres velas y una pequeña estatuilla de una bailarina. Entonces Londrake le acercó la punta de la vara a la bailarina de porcelana y, para sorpresa e incredulidad de los presentes, la bailarina se levantó como si estuviera viva, y empezó a danzar como si en verdad hubiera un vals de fondo. Hasta las facciones de la bailarina parecían tener vida, pues parpadeaba y parecía suspirar, mientras danzaba con gracia y clase. Lioric se levantó atónito de la silla y se acercó para ver a la bailarina. Su rostro brillaba de la sorpresa y su boca estaba entreabierta. Así que Londrake, aprovechándose de la sorpresa, tocó el candelabro con la vara, y éste empezó a mover los soportes laterales, como si también bailara.

-¡Esto es increíble! -exclamó Sergail, que sonreía y no le quitaba la vista a las animadas figuras.

Pero como si no fuera suficiente, Londrake se acercó a un pintoresco cuadro que mostraba un mar embravecido que mecía con furia un barco pequeño. Cuando el Mago lo tocó con la vara, el cuadro pareció tomar vida, y el mar empezó a moverse y empezó a mecer el barco, que parecía batir sus velas con la furia del viento.

Nadie pudo disimular el asombro al ver estos trucos, que desaparecieron sólo unos momentos después. Sólo hasta entonces Londrake se dirigió de nuevo al emperador.

-Sé cuántas tropas ha mandado Facet al paso del Salto Azul -dijo el Mago.

Lioric miró al Mago de nuevo, esta vez un poco más calmado, y preguntó: -¿A cambio de qué me dará la información?

-Veo que es astuto, emperador -dijo el Mago.

-Por eso estoy en este trono -respondió Lioric, orgulloso y arrogante.

-Mis jóvenes pupilos tienen hambre y sed, además no tienen dónde vivir, al igual que yo.

-Por eso no hay problema -dijo el emperador mientras miraba con apatía a los jóvenes.

-Además, sé que sucede en los Picos Rojos, y si todo sale bien, usted será el primero en saber cuándo los Picos estarán sin guardia -añadió Londrake.



Juan Esteban Peláez

Entonces los ojos del emperador brillaron de codicia. –Entonces espero que todo salga bien -dijo mientras se enderezaba de la silla y posaba su fiera vista en los jóvenes. -¿Y qué saben hacer? -les preguntó.

-Lo que les pongan a hacer -se apresuró a responder Londrake por ellos.

Los jóvenes se miraron y se asustaron, pues temieron no poder cumplir las tareas que Lioric les impondría.

-¿Saben leer y escribir?

Y ambos asintieron.

-Entonces me podrán servir bien.

Pero el tono de voz inquietó a Londrake. -¿De qué podrían servirle? -preguntó.

Lioric lo miró y respondió. –Los soldados deben aprender todas las lecciones por escrito

-dijo mientras miraba de nuevo a los jóvenes-. Tienen buena edad para empezar -añadió.

-¡Será un placer, señor! -se apresuró a decir Arcalón, que sin dudarlo se apresuró a hincarse frente a Lioric.

-¡Arcalón! -gritó Londrake con furia.

Pero Arcalón no se levantó, en vez dijo: -Seré buen soldado.

Sergail también se hincó, un poco más temeroso, pues sabía que le mentía al mismísimo emperador, y dijo: -Yo también seré buen soldado.

Lioric los miró con frialdad y asintió. –Eso espero -dijo secamente, y se dirigió al Mago:

-¿Cuántas tropas de Telheid van hacia el Salto Azul?

-Unas diez mil -respondió Londrake.

-¡Eso es imposible! -dijo uno de los Hombres que estaban en la sala.

-Si el Mago lo dice, es verdad -dijo Lioric-. ¿Qué otra información tiene? -preguntó.

-Si me da un mapa del Salto Azul, le diré la ubicación de cada empalizada construida por los Hombres de Facet. Si duda de mí puede enviar espías para que corroboren mi información -respondió Londrake-. Pero antes debe ubicar a los jóvenes en buenos hogares, y debe prometerme que no les faltará nada: Ni trabajo, ni comida, ni estadía.

Lioric, renuente, asintió. –Que lleven a los jóvenes a las Torres de Nevard, y que les den armaduras y una inducción para que sean soldados honorables. Que vayan a la universidad desde mañana mismo, pues ya saben leer y escribir, y que no les falte oro -ordenó Lioric.

Entonces uno de los Hombres se apresuró a llevarse a los jóvenes. Ambos miraron a Londrake con temor, pero se tranquilizaron al ver que Londrake asentía, y se retiraron.

-Y busquen un mapa del Salto Azul -pidió el emperador.

30

Londrake le indicó a Lioric las posiciones que Facet sostenía tras los Acantilados, información muy valiosa para el emperador de Falheid. Después fue a las poderosas Torres de Nevard para ver a los jóvenes. Las Torres de Nevard estaban ubicadas a sólo cinco calles del castillo, y eran un grupo cerrado de varias torres de ventanales amplios que relucían con la luz de los soles. Cada piso de cada torre estaba habitado por una familia diferente, y cada uno guardaba su independencia. Allí vivían diestros artesanos e importantes actores teatrales, e ingenieros y médicos famosos, y artistas y nobles. Nevard tenía personas muy sobresalientes de Metys.



Juan Esteban Peláez

Cada piso de las Torres tenía un baño con un buen sistema de cañería, y también había en la cocina un pequeño barril que tenía en su interior hielo que muchos consideraban mágico, pues no se derretía y servía como refrigerante y conservante de alimentos. Sin embargo, este «hielo mágico» era un hielo que tenía unas especias herbales que sólo crecían en las islas del Imperio del Agua, además de algo de sal. Estas especias evitaban que el hielo se derritiera. También había dos o tres habitaciones, sala y comedor.

Londrake fue llevado por uno de los guardias hasta el piso de Arcalón. Allí, el Mago regañó al joven por imprudente, pero sabía que ya nada podía hacer, pues Lioric ya se había fijado en él. Después de regañar a Arcalón, el Mago se apresuró a regañar a Sergail, y después se apresuró a buscar una tienda para comprarles a los jóvenes ropa digna y algunos alimentos.

Ahora bien, después de dejar a los jóvenes con buenas provisiones, Londrake volvió a su trabajo, y desde el nuevo hogar de Arcalón construyó en menos de una noche un pequeño puerto para aves pequeñas. Y casi de inmediato realizó con su vara extraños sonidos que atrajeron varios copetones.

-Comuníquense con el gran Tartanos en los Picos Rojos. Díganle dónde estoy y mantengan vigilado los alrededores de Metys, por si ven un ser extraño -les pidió el Mago a las aves.

Y las aves acataron y se retiraron.

Segundos después Arcalón entró a la habitación. -No me siento bien con estas ropas -dijo mientras mostraba la camisa de seda blanca que tenía puesta-. Quizás la dañe y deba pagarla -añadió inocentemente.

El Mago sonrió y se levantó de la silla. Se acercó y dijo: -No tienes que pagarla si la dañas, Arcalón; esa camisa es tuya.

-¿Pero si la daño? -volvió a preguntar el joven con temor.

-Entonces compraremos otra -respondió Londrake sonriente.

-¿Y puedo dormir en la otra cama? -preguntó el joven refiriéndose a la cama más pequeña. Pero Londrake volvió a menear la cabeza. -No en esa -respondió-, en la más grande.

-Pero...

-Pero nada -interrumpió Londrake-. Éste es tu hogar ahora, y debes adaptarte.

El joven bajó la cabeza y dijo: -Quisiera compartir esto con Almond.

Londrake lo miró con profundidad, y dijo: -Pronto podrás traerla. Pero por ahora debes enfocarte en la universidad, y yo en la estrella.

Arcalón permaneció en silencio por unos momentos, pensativo y temeroso. -¿Por qué el señor Lioric nos da tantos beneficios?

-Porque me necesita para saber cuándo quedarán indefensos los Picos Rojos -respondió Londrake.

-¿Y es sólo por el tesoro? -preguntó el joven con inteligencia, pues sabía que sólo el oro y las gemas no motivarían una guerra.

Londrake sonrió, orgulloso del joven, y meneó la cabeza. -Bajo los Picos Rojos están los cubiles de dragones. Tener acceso a los Picos implica poder domar a esas bestias aladas, y un ejército con tal fuerza aérea dominaría el mundo.

-¿Así fue como los Nocturnos vencieron con los Ariánicos? -preguntó Arcalón.

-Así es -respondió el Mago asintiendo.

Arcalón miró por la ventana, y vio que la Ciudad Enladrillada se bañaba por la luz de los faroles. Esa imagen le pareció en verdad hermosa, y desde ese momento quedó enamorado de Metys. Las amplias calles, las casas de amplios pórticos, los techos y



Juan Esteban Peláez

pináculos negros, los tridentes que coronaban las iglesias, las fuentes y los lagos artificiales, las soberbias torres, las murallas, las estatuas; todo daba un matiz enigmático. Londrake también permanecía pensativo. -¿Por qué te ofreciste como soldado? -preguntó. Arcalón miró a Londrake y respondió. -Los militares son los que más ganan oro y fama en Falheid; eso me han dicho -dijo.

-¿Y ése es el verdadero motivo? -insistió Londrake, que parecía conocer muy bien a Arcalón.

El joven calló por un momento, y después dijo: -Deseo gloria.

-¿Y riquezas? -preguntó Londrake.

Pero Arcalón meneó la cabeza. -La riqueza no me atrae tanto como la gloria -respondió.

-Pero la gloria sólo se obtiene después de muerto. La gloria en vida es inalcanzable, pues siempre será mitigada por otros. No todos te aceptarán, y en vez te envidiarán y te atacarán -aseguró Londrake-. Eso es un sacrificio, y un sacrificio, al igual que la gloria, no se disfruta.

Arcalón asintió. -Aún así la deseo -dijo.

Pero Londrake sospechaba de otro motivo. -No creo que quieras servirle a Lioric; pero veo que quieres estar cerca de él. Espero equivocarme en lo que pienso, Arcalón, y no te voy a presionar para que me digas el verdadero motivo por el cual quieres ser soldado; pero te pido que tengas cuidado.

Arcalón asintió y siguió pensativo por unos momentos, pero nada dijo, y en vez, se dedicó a mirar a la Dama de la Noche, ensimismado y en silencio.

Esa noche los jóvenes y el Mago durmieron plácidamente. La marcha, aunque corta, había agotado a los caminantes. Pero ahora descansaban entre cubre-lechos de terciopelo y cómodos cojines; un cambio bastante grande para los jóvenes, que estaban acostumbrados a dormir con cobijas de lana rota y en duros catres.

31

Los días en Metys pasaron rápidos, demasiado rápidos para el Mago. Londrake había logrado su cometido, pues ahora Lioric estaba con los ojos fijos al norte, a lo lejos, y no en las cercanías, por donde merodeaba el Híbrido que tenía la estrella. Sin embargo, su sacrificio había sido grande: Arcalón se destacaba cada vez más en la rama de Inteligencia Militar (la IM), y por sus brillantes ideas fue conocido en la universidad como El Ajedrecista.

Por otro lado, Sergail había engañado a Lioric, pues le había dicho que sabía leer y escribir, pero no era cierto. Así que Londrake le enseñó apresuradamente y logró que entrara a una universidad modesta (ayudado de un soborno). Pero su destreza al galope destacó, y pronto se convirtió en un capitán diestro que a menudo iba a los alrededores de la ciudad y se batía con algunos enemigos (normalmente Nomos). Incluso, para ese tiempo, Sergail ya había herido a cinco Nomos, y había capturado a cuatro bandidos (muy buenas estadísticas). También se decía que había matado un forajido a las afueras de la ciudad, pero Sergail no hablaba de eso ni siquiera con Arcalón.

Los éxitos de los jóvenes en verdad inquietaban a Londrake, pues veía con desconsuelo que Lioric les ponía misiones cada vez más peligrosas, y temía que el emperador los



Juan Esteban Peláez

enviara hacia el norte para iniciar la guerra. Lioric era impulsivo, y el Mago sabía que era sólo cuestión de tiempo para que iniciara su avance hacia el norte y así ganar terreno.

De esta forma pasó el tiempo, y los años. Las ferias de fin de año ya empezaban en Metys, pero estas ferias se habían opacado los últimos años a causa de la férrea dictadura del emperador. Sin embargo, Arcalón y Sergail las aprovecharon al máximo. Aunque ya estaban más acostumbrados a los lujos, todavía no habían perdido la humildad, ni la inocencia que brillaba en sus ojos, ni la alegría que irradiaba de sus rostros.

Arcalón todavía se sentía muy apegado a su querida hermana. Pensaba en ella constantemente, y le enviaba oro cada vez que podía. Y cada descanso que tenía, en promedio una semana cada dos meses, iba al feudo a visitarla, y le rogaba que fuera a Nevard con él; pero ella siempre se negaba, pues no quería dejar su parcela. Almond estaba muy feliz en ese tiempo, pues con el oro que Arcalón le enviaba había hecho muchas mejoras a su casa, y vivía más tranquila. Incluso ya no trabajaba para las Mujeres nobles, en vez, había puesto un negocio de ropa y tenía dos empleadas. La vida de Almond había mejorado mucho en el feudo, por lo cual no sentía deseos de irse. Sin embargo, extrañaba siempre a su hermano, y lloraba siempre que Arcalón volvía a Metys.

En cuanto al amor, Arcalón no había conocido a muchas Mujeres, por lo cual llevaba una vida relativamente tranquila; siempre de la universidad a las barracas, y de las barracas a su casa. Sergail, en cambio, conocía muchas Mujeres y tenía romances por doquier, lo que le ayudaba a mitigar la soledad; pues a menudo sentía nostalgia: Extrañaba a su familia; pero pocas veces los iba a visitar.

En cuanto al Mago, extrañaba sin disimulo su bello obelisco rojo, en el corazón del Bosque de Tirendel, ahora muy lejano, más allá de los Acantilados. Londrake parecía cansado, aunque no lo estaba, y aunque parecía sereno, ansiaba por dentro capturar lo más pronto posible al Híbrido para tener por fin la Estrella de Jores. También lo preocupaba la situación en los Picos Rojos, y temía que Tartanos y Eleonora flaquearan antes de tiempo. Aunque era triste admitirlo, ya todos sabían que el gran Mago Blanco y la Reina Bruja pronto caerían ante las horribas apariciones de esos espantosos seres.

Empero, ninguno de los tres podía negar la magia de Metys. La Ciudad Enladrillada tenía amplias calles empedradas, ostentosos edificios, torres poderosas, bellas estatuas de mármol y cal, y espléndidas fuentes de aguas limpias. Casi todas las casas tenían agua potable, pues Metys tenía dos grandes acueductos alimentados por seis quebradas que siseaban no muy lejos de la ciudad.

Y los paisajes asombraban a los jóvenes y al Mago: Las noches de estrellas de plata, los velos nubosos que acariciaban a la Dama de la Noche y a sus pálidas hijas, la sabana que se extendía alrededor de la ciudad, y las elevaciones grisáceas y pedregosas que formaban el Camino Escarpado al sur. Estos peñascos, visibles desde las torres más altas al occidente de la ciudad, se cubrían a menudo con una gélida bruma, y formaban un peligroso camino serpenteante que llevaba al occidente del Imperio, a Verdelheid y a Arsen, dos ciudades muy importantes de Falheid.

Ahora bien, mientras los festejos de fin de año se desarrollaban en Metys, ya los rumores de una invasión al Lago Álgido eran numerosos. Lioric sabía que si deseaba dominar los



Juan Esteban Peláez

Picos Rojos primero tenía que dominar Kamea, un pequeño poblado a las orillas orientales del Lago. Pero para dominar Kamea tenía que invadir el Castillo de Cristal, en el medio de Lago y perteneciente a Alheid. En otras palabras, para tomar los Picos Rojos (su tesoro y sus dragones), Lioric tenía que enfrentar al Imperio del Agua.

Sin embargo, Lioric sabía que podría luchar contra Alheid y Telheid a la vez, pues su ejército era fuerte, y antaño, Velheid había hecho una alianza con Falheid. Si Lioric atacaba el Castillo de Cristal, desataría una guerra de proporciones magnas.

Estos rumores inquietaban al Mago, pues su temor se centraba en la suerte de los jóvenes. Arcalón y Sergail eran mejores de lo que todos imaginaban, incluyéndolo, y Lioric confiaba mucho en ellos. Londrake estaba casi seguro que el emperador los enviaría a atacar el norte, exponiéndolos al horror de la guerra.

Bien, durante ese ínterin, Arcalón había ganado varios títulos: Primero había servido como guardia del CPI; y en poco tiempo se ganó el emblema de Guardia Imperial, o Soldado de Élite. Estuvo con la Élite del Fuego por casi diez meses, hasta que fue ascendido como Capitán Rojo por haber capturado a dos ladrones él solo. Al llegar a Capitán logró mejorar la guardia alrededor de Metys, capturando cada vez más espías de Telheid; esto lo hizo merecedor del título de Carnero Escarlata, un título más alto. Finalmente, Lioric decidió arriesgarse con él, nombrándolo Jinete Escarlata, el título más alto del Imperio. El mismo Lioric era Jinete Escarlata cuando realizó el golpe de estado.

Cada Jinete Escarlata tenía bajo su mando tres Carneros Escarlatas, y cada Carnero tenía bajo su mando cinco Capitanes Rojos, y cada Capitán tenía dos mil Hombres a su disposición. Esto dejaba a cada Jinete, incluyendo a Arcalón, con un dominio de treinta y ocho mil soldados. En Falheid había sólo cinco Jinetes Escarlatas, lo que significaba un ejército completo de casi ciento cincuenta mil Hombres, sin incluir las tropas de los archiduques Hérself y Bérenterth, aspirantes al trono.

Sergail había mostrado mucha valentía en sus guardias y en sus numerosas escaramuzas contra los Nomos y los Hombres de Tierra a los alrededores de Metys, y por esta valentía había ganado el título de Carnero, y manejaba la caballería imperial. La caballería del Fuego no era tan eficaz como la infantería, pero era muy necesaria. Y, a petición de Arcalón, Sergail le servía como uno de sus tres Carneros. Mas estas formalidades militares eran sólo trabajo, pues los jóvenes a menudo salían cuando no tenían deberes, y se divertían bailando y tomando cerveza fría y burbujeante. Sergail era quien más frecuentaba la Metys nocturna, pero a menudo llevaba al tímido Arcalón consigo.

32

Londrake caminaba a paso lento por la Calle Real, la calle principal de la ciudad de Metys. Venía del mercado, pues había comprado algunos alimentos, cuando vio que a su derecha se presentaba una gran conmoción. Un Hombre gritaba con vehemencia, y la multitud lo escuchaba con atención. Entonces Londrake se acercó para ver lo sucedido.

-¡El emperador ha pasado los límites ! -gritó el Hombre en la mitad de la multitud-. ¡Él desea hundir a Metys en su guerra personal!



Juan Esteban Peláez

-¿De qué habla? –le preguntó el Mago a una Mujer que escuchaba con atención.
-Parece ser que el emperador ha mandado un ejército al Lago Álgido -respondió la Mujer sin siquiera mirar al Mago.

Entonces Londrake temió, pues Arcalón y Sergail no habían aparecido en casi una semana. -¿Hace cuánto? -preguntó.

-Dos o tres días -dijo la Mujer con la vista fija en el Hombre que gritaba.

Aunque era común que Arcalón y Sergail se desaparecieran por días a causa de sus deberes, el Mago pensó lo peor. «¿Cómo pude estar tan ciego?» se reprochó a sí mismo, pues hacía poco le habían llegado noticias de Tartanos y de Théredril, el Mago de la Orden Amarilla. Tartanos decía que no podría soportar por mucho los tormentos causados por dos de los Seis, y Théredril informaba que los Dacones pedían la estrella, intranquilos. Aunque los Dacones aceptaron un plazo, pues eran pacientes, el mensajero aseguró que los Dacones del mundo occidental estaban armándose, esperando recuperar de cualquier forma la joya para enviarla de nuevo al cielo. Además, Tartanos ya había visto al Híbrido camino a Verdelheid, la Ciudad Nublada, erguida en una zona montañosa al occidente.

Y atando todos estos cabos, el Mago rompió a correr por la empedrada Calle Real, pasando bajo las sombras de los frondosos árboles que se erguían en la mitad de la calle. Corrió sin detenerse hasta el castillo; y allí encontró a Lioric rodeado de tres hermosas Mujeres vestidas con velos transparentes y coloridos.

El gigante de cabello largo miró a Londrake con serenidad, y preguntó: -¿Qué se le ofrece, señor Mago?

-¿Dónde están en Ajedrecista y Sergail? -preguntó el Mago sin titubeos.

Lioric besó con pasión a una de las Mujeres antes de responder. -Pensé que me traía noticias de los Picos Rojos. Llevo muchos años esperando -dijo con desánimo.

-¿Dónde están? -preguntó de nuevo el Mago, esta vez más irritado.

-Fueron al norte -respondió el emperador mientras una de las Mujeres, la más hermosa, le mecía el dorado cabello-. El Ajedrecista tiene la orden de tomar Kamea, mientras Lev tiene la orden de tomar el Castillo de Cristal -añadió el emperador, que tenía una mirada fría y penetrante.

Pero el Mago no se dejó intimidar, e incómodo y con la furia creciéndole en el interior, dijo: -El trato era que no los expusiera al peligro, o yo no le ayudaría con la información de los Picos Rojos.

-Ellos mismos fueron los que me pidieron que los enviara -respondió Lioric con paciencia.

Londrake permaneció en silencio por unos momentos. -Eso es imposible -dijo el Mago.

-Si no me cree, dígame a mi notario que le muestre la carta que me trajo el Ajedrecista; me imagino que usted identifica la caligrafía de su pupilo. Ya son Hombres hechos y derechos, y me imagino que desean fama y gloria -dijo Lioric, que después de besar a otra de las Mujeres, añadió: -Y si no me tiene noticias de los Picos Rojos, le exijo que se retire, señor Mago, que estoy ocupado.

Londrake lo miró con llamas en los ojos, y cerró las cejas con furia, pero se contuvo. -Como desee, «emperador» -dijo sarcásticamente, y sin tiempo de ir al notario para ver la carta, se dirigió a las caballerizas del castillo y pidió a los guardias que le prestaran un corcel rápido y vigoroso. Los guardias, que ya conocían bien al Mago, no dudaron en hacerlo; y en menos de hora y media Londrake ya se dirigía al portón norte de la ciudad, encaminado hacia el Lago Álgido.



Juan Esteban Peláez

Arcalón y Sergail ya le llevaban dos o tres días de ventaja, pero el Mago sabía que el camino a Kamea no era corto, y que un ejército se desplazaba más lento que un solo Hombre. Además, los ejércitos de Fuego al mando de Lev y Arcalón tenían que cruzar primero por el Bosque Denso, y esto implicaba por lo menos dos días y medio de marcha. Todo esto alimentaba la esperanza de Londrake de alcanzarlos y, si no los podía detener, por lo menos los podría cuidar. Él conocía los horrores de una batalla, y no deseaba exponerlos a tales experiencias.

Antes del mediodía, Londrake ya había salido de Metys y cabalgaba sobre un caballo blanco a todo galope sobre las amplias llanuras. El Mago veía las llanuras interminables, incluso fatigosas. Pero tan rauda fue su cabalgata, que antes del anochecer ya divisaba los lindes australes del Bosque Denso.

El Bosque Denso era un manto arbóreo que se extendía desde el volcán más grande del imperio, llamado la Montaña de Flamas, hasta unos pocos kilómetros de los Acantilados. Este conjunto de árboles era prácticamente la frontera entre Alheid y Falheid.

Pero cuando Londrake llegó al bosque, notó que un hado maligno imperaba entre los árboles. En las canciones de los juglares y bardos, el Bosque Denso era un sitio mágico, lleno de animales que jugaban y cantaban. Sin embargo, el Mago sólo escuchaba en el bosque el nocturno graznar del cuervo oculto, o el espantoso aullido, o el susurro del viento, o un intenso croar, o el gruñir de las bestias escondidas. Y sólo veía los azulados rayos de luz que lograban filtrarse por los ramajes, y la senda siseante repleta de flores muertas y oscuras. Y sólo sentía la mirada inquisitiva del búho, o la brisa gélida que provenía del norte, del helado lago. Todo esto lo hizo recordar la larga y miedosa noche que pasó años atrás en la Tierra de las Brujas. Entonces recordó a Háladriel, y el corazón se le encogió; pues ansió verla de nuevo.

Sin embargo, Londrake no se detuvo, pues un sentimiento paternal lo impulsaba y lo hacía ignorar los peligros y la oscuridad del bosque. Londrake sabía que este extraño cambio del Bosque Denso se debía al creciente poder del Demonio de más allá de la Península de los Elementos, al occidente; pero ni siquiera el temor de encontrarse con uno de los Seis lo atemorizó. El Mago ya sabía bien sobre los Seis Seres Malignos del Demonio, pero el cariño que les tenía a los jóvenes lo hacía continuar.

Anduvo casi a ciegas por el bosque sin descansar por unas cinco horas; pero el caballo no aguantó el ritmo, así que Londrake decidió dejarlo descansar. Se sentó contra el tronco de un gran roble y allí esperó por un tiempo incalculable. Miraba al cielo constantemente, intentando ver a su amada Sírel entre las copas arbóreas, pero era casi imposible: Los árboles se cernían como una trampa de hojas y ramas. Sólo Valen era visible de vez en cuando, y era ella la que a menudo iluminaba el camino del Mago.

Y mientras miraba al cielo ennegrecido pensaba en las penurias que Arcalón y Sergail podrían estar pasando por seguir sus impulsos. Ambos estaban ansiosos de demostrar su valentía y su destreza, y a menudo eso los ponía en extremo peligro: Entre mayor el peligro, mayor el logro. Pero Londrake nada sabía de la reacción del emperador Veret, Señor de las Islas y gobernante de Alheid. Veret era muy cauto, y nunca se había pronunciado ante el peligro proveniente de Lioric. Era posible que Veret declarara la guerra de inmediato a Lioric y forjara una alianza con Facet de Telheid; pero también era



Juan Esteban Peláez

posible que Veret ignorara este ataque y decidiera ceder Kamea y el Castillo de Cristal con tal de no desafiar el creciente poder de Lioric.

Después del descanso, Londrake emprendió de nuevo su marcha hacia el norte, hacia el Lago Álgido. El Mago miraba de reojo los árboles que se erguían como espectadores quietos de madera a su alrededor. A menudo, Londrake veía uno que otro cazador nocturno, como un gato pequeño que se agazapaba al paso del Mago, o una arpía negra y enorme que sobrevolaba silenciosa por entre las ramas altas. Incluso, antes del amanecer, el Mago alcanzó a ver un oso pequeño escondido tras un tronco caído.

Pero al lado del oso, Londrake notó una sombra que permanecía quieta tras uno de los troncos; una silueta que no se parecía nada a un tronco cortado. El Mago se acercó lentamente, pero se detuvo en seco al verla más de cerca, pues la sangre se le heló y el corazón le palpitó violentamente: La sombra parecía ser una persona sentada, con los brazos entrelazando las piernas recogidas. Ésta permanecía estática, tranquila, tan quieta que incluso llegaba a ser macabra. Así que Londrake no se atrevió a acercarse a la sombra, pues pensó que quizás era uno de los Seis que lo observaba con detalle, oculto tras las sombras. Entonces Londrake dio unos pasos atrás, lentamente y sin aliento, y siguió la senda hasta el amanecer.

Cuando los soles dominaron el cielo, el bosque pareció cambiar, pues varias aves coloridas empezaron a canturrear y algunos cuadrúpedos pequeños empezaron a saltar por sobre la hierba alta. El bosque pareció respirar tranquilidad. Así que, rehabilitado, Londrake emprendió de nuevo un rápido galope entre los árboles que ahora se abrían frondosos y orgullosos a su alrededor; algunos de ellos adornados con flores aromáticas.

El ánimo de Londrake fluyó con el creciente calor del día. A causa de la oscuridad nocturna, el Mago había ignorado las huellas de la senda; pero ahora que todo era visible, Londrake detallaba las frescas huellas de una marcha gigantesca. A su alrededor, y hasta donde su mirada alcanzaba a llegar, el Mago veía huellas por doquier, todas frescas y de no más de tres días.

Entonces se apresuró entonces a seguir adelante, cada vez más rápido, hasta que la noche llegó de nuevo. Esa noche el Mago dejó descansar al caballo. En este lapso de tiempo, Londrake intentó dormir, pero su sueño fue fraccionado por los turbios pensamientos que germinaban en su cabeza: La espeluznante e inmóvil sombra que había visto la noche anterior, y la suerte de Arcalón y Sergail.

Al segundo día, Londrake ya sentía el aire más fresco y frío, y por eso supo que se acercaba a los lindes septentrionales del Bosque Denso. La senda ahora era recta, pero seguía bordeada de hojas de un color amarillo tostado, y el número de árboles no disminuía. Pero el ánimo volvió a Londrake, y por lo mismo, intensificó de nuevo su paso. Y cuando ya el crepúsculo dorado aparecía en el oriente, bañando de oro los árboles, llegó a los lindes; pero allí vio una imagen que lo atemorizó, una imagen que desvió la magia del crepúsculo y la convirtió en un implacable atardecer, recordado por muchos por mucho tiempo.



En la pequeña planicie herbosa que se extendía al norte del Bosque Denso se aglomeraba un gigantesco número de tiendas de campaña, con lábaros rojos y negros, y con varios emblemas de animales. También había pendones que ondeaban con el viento, y había una bandera que sobresalía por su altura, de color negro y con un dragón rojo como emblema. Londrake conocía bien a Arcalón, y supo que la bandera había sido idea de él. Arcalón tenía una gran admiración por los dragones rojos, o dragones de montaña.

Pero el campamento estaba vacío, pues los Hombres estaban en el interior del bosque, en la frontera más septentrional del manto arbóreo. Allí, Londrake vio con desconsuelo que miles de soldados levantaban una empalizada entre los árboles, y tras la empalizada otros cavaban una zanja. En la zanja, algunos soldados vertían *vellina*, el combustible por excelencia del Nallhard.

La *vellina* provenía de un árbol llamado *vella*, muy común en Falheid. Esta extraña sabia era un combustible muy poderoso, pues aguantaba bajas temperaturas y no emitía casi humo. La *vellina* era muy utilizada en todo el mundo, y al producirse con facilidad y en gran número, no era costosa en absoluto; literalmente crecía en los árboles.

Bien, los soldados parecían apresurados, y algunos trabajaban en silencio, lo que indicaba que el temor crecía en sus corazones. Ya la noche llegaba, y la orden era crear una buena defensa en el bosque antes del anochecer, pues, si todo salía bien, la batalla se libraría allí, aunque empezaría en el poblado de Kamea y, según lo planeado, terminaría en los muros blancos del Castillo de Cristal (en una de las islas del Lago Álgido).

Londrake acercóse a uno de los guardias, y preguntó: -¿Quién está a cargo?

-El Ajedrecista, señor -respondió el soldado, que estaba con el torso desnudo y la frente sudorosa a causa del arduo trabajo.

-¿Y dónde está? -preguntó Londrake.

Pero el Hombre negó con la cabeza mientras soltaba la pala por un momento para descansar. -Hasta donde sabemos debe estar organizando las tropas en Kamea para provocarlos -respondió el soldado.

-¿Provocarlos? -preguntó el Mago.

Y el Hombre asintió. -La idea es sacar al enemigo de Kamea para atacarlos a campo traviesa -respondió mientras tomaba de nuevo la pala y se disponía a cavar la zanja.

-¿Por dónde llegan las patrullas?

-Por el campamento, por ese camino -respondió el Hombre mientras le señalaba con el dedo una pequeña senda que iba directamente al campamento desde el norte.

El Mago asintió y agradeció, y se dirigió a la senda. Allí permaneció por varias horas esperando la llegada de Arcalón o de alguno de sus capitanes. Primero llegó una patrulla de quince jinetes con capas rojas y armaduras grises y relucientes bajo la luz pálida de la Dama que ya se imponía en el cielo, tornando el paisaje de oscuro y llenándolo de sombras alargadas y finas. Después llegó un grupo de casi doscientos Hombres, entre ellos varios heridos cubiertos con vendas improvisadas. Algunos de los soldados llegaron muertos al campamento por sus profundas heridas. Londrake en verdad se asustó al ver esto, pues temió por la suerte de Arcalón. Aunque sabía que él era tímido y cauto, lo atemorizaba el creciente fervor que había obtenido por la milicia, y dudaba de sus impulsos.



Así, Londrake vio uno que otro grupo de batidores hasta media noche, trayendo al campamento uno que otro herido. Algunos de los batidores traían noticias, y Londrake los presionaba para que se las comunicaran. De esta forma se enteró de lo que sucedía más al norte, cerca de Kamea: Arcalón había llevado a sus mejores tropas para atacar el poblado, a las orillas orientales del Lago Álgido. El Ajedrecista había llevado con él dos máquinas de asalto ligeras que serían destruidas a su debido tiempo. Al mismo tiempo, Lev, ayudado por Sergail, estaba preparando la invasión al Lago Álgido desde el sur. La idea era que Arcalón hostigara tanto Kamea, que las tropas del Castillo de Cristal se desplegaran y lo atacaran. Al tener el castillo débil, Lev atacaría con embarcaciones improvisadas la fortaleza. Pero Arcalón resistiría todo el peso del ataque. Así que, para mitigar esta desventaja, llevaría a las tropas enemigas a las trincheras de los lindes del Bosque Denso, donde no podrían utilizar la caballería y serían blanco fácil.

Y aproximadamente a la una de la mañana un batidor llegó con las noticias esperada: Las tropas de Kamea y del castillo habían salido del poblado y perseguían a Arcalón. El Hombre lo había logrado. Así que todas las tropas restantes se posicionaron entre los árboles del bosque con premura, dejando el campamento a merced del enemigo.

Pero el éxito de Arcalón no tranquilizaba a Londrake, que todavía temía por el peligro inminente que se cernía. Por lo mismo, el Mago decidió no moverse del campamento hasta que Arcalón llegara. Al ser tropas ligeras las que acompañaban a Arcalón, el Mago calculó que antes del amanecer se desataría la batalla, pero deseaba que el Hombre llegara antes de que se iniciara el infierno. La preocupación del Mago crecía con el pasar de las horas, mientras miraba a Sírel con desconsuelo y le pedía que ayudara al joven. «No lo desampares, mi amada Dama» le pedía Londrake a la ostentosa Apsara que brillaba con orgullo muy arriba, velada por una que otra delgada y fría nube.

Así pasaron las horas, y una que otra falsa alarma se hizo presente. El Mago todavía miraba con impaciencia el camino al norte, moviendo las rodillas con nervios; pero sintió un gran alivio al ver llegar un grupo de jinetes, donde uno de ellos llevaba un estandarte con un dragón rojo. Entonces Londrake se levantó de la silla donde había estado sentado por tanto tiempo y se apresuró al grupo.

Había unos treinta jinetes, y entre ellos estaba uno con una armadura roja. El jinete también tenía una capa muy larga y negra que bailaban con el frío viento. Este jinete no tenía yelmo.

Cuando Arcalón vio a Londrake, el Hombre sonrió y se alegró. -¡Está funcionando! - exclamó feliz y jadeante mientras se apeaba del caballo blanco. Pero al ver el rostro frío del Mago entre las antorchas, cambió de cara. -¿Sucede algo? -preguntó con temor. -¿Es verdad que hiciste la petición a Lioric para venir? -preguntó Londrake con el ceño fruncido.

Arcalón calló por un momento, y asintió. -Sí -respondió con voz baja. Aunque ya era un Hombre maduro, aún tenía respeto por el Mago.

Londrake vio a los guardias de Arcalón, y les ordenó que los dejaran solos.

Los jinetes miraron a Arcalón, pero al no recibir más instrucciones acataron la orden.

-¡¿Qué dije sobre exponerse al peligro?! -gritó Londrake furioso.

-Pero no me expuse al peligro -intentó explicar Arcalón.



Juan Esteban Peláez

Pero fue interrumpido por el Mago. -Una guerra no es un juego -dijo-. Pero no hay tiempo para sermones. Lo único que te pido es que no estés al frente, y que no trabes combate con ningún enemigo. Sólo dirige estas tropas. Lo único que quiero es acabar con esto y regresar a Metys.

-¿Pero si Lioric me ordena seguir adelante? -preguntó Arcalón.

-¡Tú irás conmigo, aunque a Lioric no le guste! -increpó el Mago con furia-. Eres mi pupilo aún, y con eso basta -añadió mientras miraba hacia el norte.

Arcalón también miró hacia el norte, a las pequeñas arboladas que se abrían en la planicie azulada. -Creo que lo mejor es resguardarnos antes de que el enemigo llegue -dijo.

Y Londrake asintió. -Nos haremos donde yo diga -dijo seriamente.

Y Arcalón asintió. -Así se hará.

Ambos se dirigieron al bosque, ahora ennegrecido por las sombras de los árboles, y se posaron tras la empalizada. Ya casi todas las tropas estaban listas cuando Arcalón llegó. Ninguna hoguera se había prendido, pues ésa había sido la orden del Ajedrecista; así los Hombres podrían esconderse con facilidad en las tinieblas del bosque, ocultando su verdadero número y su verdadera fuerza.

A las cuatro y media de la mañana llegaron otros grupos no muy numerosos de Hombres; y tras ellos ya se sentía el temblar del suelo y el gran número de relinchos de los caballos enemigos. La hierba se agitaba y el viento mecía las copas de los árboles, causando un extraño sonido. Entonces Arcalón y Londrake vieron por fin al enemigo, marchando cautelosamente y de forma cerrada, extendiéndose por la planicie como un mar furioso. Todos los Hombres de Fuego, incluyendo a Arcalón, sintieron nervios. Pero era tarde; la batalla estaba por comenzar.

34

Los caballeros de las islas eran intimidantes, pues tenían armaduras azules bañadas por la luz de la Dama, yelmos enterizos con una abertura vertical que sólo se ensanchaba a la altura de los ojos, penachos blancos y escudos triangulares con ángulo hacia adentro. En verdad parecían majestuosos soldados del fondo del mar, y algunos los confundieron con los Tritones de otrora. La gran mayoría de estos caballeros montaban corceles emarotes, blancos y provenientes de las gélidas estepas del norte. Los emarotes (*Equus Maliones* en notación científica) eran los corceles más orgullosos del Nallhard, y los más resistentes y fuertes; eran los caballos de guerra por excelencia.

Pero, para consuelo de los soldados de Fuego, estos caballeros no eran numerosos en las fronteras, y eran pocos los que habitaban en el Castillo de Cristal. La gran mayoría del ejército de Agua estaba formado por soldados ligeramente armados, algunos incluso sin cotas de malla. Las tropas de Arcalón y Lev superaban dos a uno a los defensores de Alheid.

Sin embargo, aunque eran superados en número y en armamento, los soldados de Agua avanzaron sin titubear, lenta y organizadamente por la planicie, enarbolando en la oscuridad banderas y pendones. Y cuando estuvieron cerca del campamento, se detuvieron y lanzaron una descarga de flechas sobre las tiendas. La descarga de flechas



Juan Esteban Peláez

fue vista por los soldados de Fuego como una lluvia de astillas de cristal, pues la Dama iluminaba las puntas metálicas. Y, con un rugido intimidante, las tropas de Agua se abalanzaron contra el campamento vacío, como el mar contra el rompiente. Los corceles emarotes, que eran blancos como la nieve, encabezaban la avanzada y semejabán la espuma de las furiosas olas que rompen todo a su paso.

Todo esto hizo estremecer los cuerpos de los Hombres apostados en las sombras del bosque. Los cascos de los caballos hacían temblar la tierra, y los gritos del enemigo destrozaban los tímpanos. Londrake intentó ver el rostro de Arcalón entre las sombras, pero, aunque estaba a menos de dos metros, no pudo detallar el rostro del Hombre. Sin embargo, Londrake pudo percibir el temor del Ajedrecista, que permanecía inmóvil sobre su caballo, mientras veía desde la negrura del bosque cómo todo el campamento era arrasado por las tropas enemigas.

Aunque parecieron horas para Arcalón, los Hombres de Agua sólo se demoraron quince minutos en destrozár todas las tiendas de campaña. Y cuando esto estuvo hecho, Arcalón hizo llamar a los dos capitanes bajo su mando para darles indicaciones. Al primero le ordenó iniciar el ataque desde la empalizada, y al segundo le ordenó mantener a las tropas quietas tras las defensas de madera. Ambos acataron las órdenes de inmediato.

-¿Estás asustado? -preguntó Londrake a Arcalón, que permanecía quieto sobre su caballo, como petrificado. Sus ojos estaban muy abiertos y su pecho indicaba que respiraba con profundidad.

-Estoy bien -respondió-. Debo estarlo -añadió mientras intentaba ver entre algunas ramas al enemigo. Entonces tomó el cuerno de su cinto, lo apretó con fuerza y se lo llevó a la boca. -Ahora todo empieza -dijo mirando al Mago entre las sombras, suspiró y sopló el cuerno con fuerza. El sonido fue tan estremecedor que los árboles circundantes parecieron asustarse, ya que se agitaron con fuerza. El sonido se disipó por entre el bosque, y fue percibido como el grito de una bestia espantosa oculta entre los ramajes; así lo sintieron los Hombres de Agua, que al escuchar el cuerno se detuvieron de inmediato y miraron hacia los oscuros bordes del Bosque Denso.

Entonces, como si de repente el infierno subiera a la superficie, un océano de fuego fue visto por los soldados enemigos, y todo el bosque pareció retorcerse en llamas. Los Hombres de Arcalón prendieron fuego a la zanja tras la empalizada, e inmediatamente después, los arqueros que estaban en la primera fila prendieron sus flechas y las dispararon hacia las expuestas tropas de Alheid, como si el bosque lanzara gotas de fuego.

La conmoción fue tal, que los Hombres de Agua ni siquiera alcanzaron a formarse, y, en cambio, sufrieron una lluvia ardiente. Las flechas lanzadas desde detrás del muro de fuego atravesaron armaduras y carne, y quemaron huesos y tejidos. Pero los Hombres de Falheid eran implacables, y lanzaron otra descarga de flechas hacia las tropas expuestas en el linde.

Los arqueros nada veían desde su posición, pues la zanja ardiente actuaba como una pared flameante y nada dejaba ver tras ella, así que los destinos de las flechas eran inciertos. El calor empezó a apoderarse de ellos entonces, y sus armaduras de metal empezaron a quemarlos por el ardiente aire que circulaba. Así que los arqueros tuvieron que retirarse un poco de la zanja y esperar nuevas órdenes.



Pero, aunque ellos nada veían, Arcalón divisaba desde una colina no muy alta cómo se desarrollaba la batalla. Sin embargo, Arcalón parecía paralizado por el temor: Nada decía y no se movía. Simplemente miraba cómo los soldados de Alheid gritaban de dolor y se retorcían en el pasto, intentando mitigar las quemaduras.

-¿Ahora qué, Arcalón? -preguntó Londrake, intentando traerlo de nuevo al mundo real.

Pero Arcalón no respondió, simplemente siguió mirando el linde y al enemigo.

-¡Arcalón! -llamó Londrake de nuevo.

El Ajedrecista no acató el llamado, y esto preocupó a los guardias que lo miraban esperando cualquier orden. Nadie sabía qué pensaba Arcalón, ni siquiera Londrake; pero de repente el joven tomó de nuevo el cuerno y lo sopló con fuerza; ésa era la segunda orden.

35

Después de que Arcalón dio la segunda orden, algunas máquinas improvisadas que Londrake no había visto por estar esperando en el campamento, lanzaron proyectiles repletos de *vellina* ardiente. Estos proyectiles volaron por el cielo nocturnos y cayeron sobre el enemigo, causando cuantiosas bajas. Incluso algunos cayeron sobre unos Hombres que marchaban en formación cerrada. Esto causó caos y conmoción. Y seguido de este nuevo ataque, otro aluvión de flechas ardientes provino de los arqueros, y esto rompió todo orden en las tropas de Alheid.

Pero todavía estaban los caballeros enemigos, y estos eran la principal preocupación de Arcalón. Estos caballeros, furiosos, cargaron contra los Hombres de Fuego; pero tuvieron que detenerse en seco al ver la empalizada frente al muro de llamas. Y, después de una cuarta descarga de flechas flameantes, Arcalón sopló por tercera vez el cuerno, y lanzó a sus Hombres contra el enemigo.

Los soldados de Falheid abrieron las puertas de la empalizada y pasaron por unos puentes de piedra sobre la ardiente zanja, y se abalanzaron con fuerza y violencia contra los atemorizados soldados de Alheid, que ahora veían sólo fuego y humo entre los árboles y la planicie. Y vieron a los soldados de Fuego como verdugos de armaduras rojas que gritaban endemoniados y blandían espadas que relucían con las llamas.

Desde la colina era visible cómo los soldados de Fuego salían del muro de llamas y de la empalizada, y arremetían contra los soldados de Agua, que despavoridos empezaban a correr hacia el norte.

-¿Qué sucede, Arcalón? -preguntó el Mago de nuevo.

Arcalón descendió la pendiente sin decir una sola palabra, cabizbajo e intentando ver el camino bajo las sombras de los árboles. Sólo cuando estuvo abajo, dijo: -Espero que Lev cumpla con su parte y proteja a Sergail.

Londrake seguía pensativo, intentando descifrar los pensamientos del Hombre; pero no pudo hacerlo. Arcalón simplemente permanecía callado, ensimismado, y nada demostraba.



Juan Esteban Peláez

Cuando llegaron al frente de la batalla, Arcalón ordenó levantar a los caídos. Después miró el infierno en el que se había convertido el campamento, pues había fuego y cadáveres por doquier, y también ordenó levantarlo.

Y cuando llegaron al campamento y empezaron a caminar por entre las destrozadas tiendas de campaña, la Dama ya menguaba y les daba paso a los soles entre velos de humo. Arcalón no demostró sentimiento alguno ni siquiera al pasar por encima de los cadáveres desfigurados y quemados; parecía un Hombre de piedra, desalmado e inhumano. El brillo de sus ojos había desaparecido por las últimas horas, y su voz era fría y metódica; no alegre y dulce como cuando llegó de Kamea.

Todos estos ademanes alarmaban a Londrake, que en verdad temía que Arcalón empezara a disfrutar de la guerra. El Mago, incapaz de leer los ojos del Hombre, se reprochaba a sí mismo por descuidarlo y dejarlo a merced de los hados del demonio de más allá de la Muralla de Volcanes, pues esta batalla había sido producida por Él, y había utilizado a los codiciosos emperadores para ello.

Cuando el alba rompió por fin la noche, llegaron varios grupos de soldados bajo el mando de Lev, el otro Jinete Escarlata encargado de la ofensiva. Algunos de ellos traían las buenas nuevas de que el Castillo de Cristal estaba por caer, y que en Kamea ya ondeaban los estandartes de Falheid.

Arcalón les preguntaba por Sergail, y los mensajeros le aseguraban que Sergail había hecho un gran trabajo, pues era valiente. Sergail había llevado sus jinetes al occidente de Kamea, y había bloqueado las comunicaciones y los refuerzos entre Kamea y el Castillo de Cristal. Muchos de los mensajeros aseguraron que el mismísimo Sergail había sido el primero en entrar a Kamea, y que él mismo había abatido a más de diez enemigos con su larga lanza. Pero lo que en verdad le importaba a Arcalón y a Londrake era el bienestar del caballero. Todos los mensajeros le aseguraron que él estaba bien.

Ya bien entrado el día, Arcalón ordenó a algunas tropas ir a Kamea, y después decidió descansar. El Hombre, acompañado de Londrake, caminó por el campo ígneo y cadavérico, y entró a una carpa improvisada construida especialmente para él. Cuando entraron, el Hombre por fin se quebró, y no pudo disimular lo sentido.

Londrake se sentó y notó de inmediato que Arcalón empezó a temblar de pies a cabeza. El Hombre sacó su lustrosa y corta espada de su vaina, pero le temblaba tanto la mano que la espada se le escapó, y, sin poder resistir más, se dejó desplomar sobre el suelo de la tienda. Su vista estaba desorbitada y un sudor frío le formaba una pantalla en la frente. -¿Te sientes bien? -preguntó el Mago, que pareció descansar al ver los sentimientos del Hombre.

Arcalón lo miró temeroso, y preguntó: -¿Qué he hecho?

Londrake lo miró extrañado y sorprendido. -¿De qué hablas? -preguntó.

-Yo los maté a todos -dijo Arcalón con la voz trémula y débil, mientras se tomaba la cabeza y miraba a todos lados, como buscando un espíritu maligno para que lo castigara. Entonces Londrake no pudo reprochar al Hombre, que aún era joven, y en vez intentó calmarlo. -Lo hiciste bien, Arcalón. La victoria fue contundente -dijo el Mago mientras se levantaba y ayudaba a levantar a Arcalón. -Pero esto es sólo el principio -añadió mientras tomaba del brazo a Arcalón para que no se cayera.



Juan Esteban Peláez

-Lo sé, y eso me asusta. Pero ya no hay vuelta atrás, y ahora debo seguir hasta ganar. Pero Londrake meneó la cabeza. -No, Arcalón -dijo seriamente-. Tú participación en esta guerra ha iniciado, y ha terminado.

Arcalón miró a Londrake con extrañeza. -Soy un Jinete Escarlata, y debo servir a Lioric. -Debes seguirme a mí -aseguró Londrake-. Y yo voy a Verdelheid en este momento.

Arcalón lo miró sorprendido. -¿Por qué? -preguntó.

-La estrella ha salido por fin del escondite después de tantos años, y ahora se dirige al sur, aprovechando que los ojos de Lioric y de todos los imperios están puestos aquí, en Kamea. Debo recuperarla en el Imperio del Fuego antes que llegue a los volcanes australes. Así que debo ir Verdelheid para que cuando el Híbrido aparezca pueda capturarlo -respondió Londrake.

-¿Y cuándo llegará el Híbrido a Verdelheid? -preguntó Arcalón, ya un poco más calmado.

-No lo sé -respondió el Mago-. Pero tendrá una caminata amarga, pues ahora que todo se concentra en la guerra, tendrá que ser más cauto y deslizarse por las sombras más espesas. Llegaremos antes si partimos de inmediato a la Ciudad Nublada.

-Pero no puedo ir -dijo Arcalón-, tengo que seguir mi avance hasta estar cerca de los Picos Rojos, y quizás deba tomar el paso del Salto Azul -añadió mientras tomaba de nuevo su espada y la guardaba en su vaina.

-Irás conmigo, Arcalón, te guste o no -aseguró Londrake secamente.

-¿Y desobedecer las órdenes de Lioric? -preguntó el Hombre.

Y Londrake asintió. -Lioric no se atreverá a atacar los Picos Rojos mientras Tartanos y Eleonora estén allí. Si quiere llegar a los Picos antes que Facet necesitará mi ayuda. Él hará lo que yo quiera -aseguró el Mago mientras se sentaba de nuevo.

-¿Y Sergail? -preguntó Arcalón.

-También irá con nosotros, pues también está bajo mi cuidado -respondió el Mago.

-¿Y a dónde iremos? ¿A qué casa? -preguntó el joven.

Entonces Londrake recordó a su querida Háladriel, y su conversación sobre Verdelheid y sobre su tutora Alora, y sobre su hermana menor. -Sé a dónde ir -respondió el pensativo Londrake, que tenía una retentiva perfecta. En ese momento recordó que Háladriel le había mencionado la Villa Ángel, al norte de la Ciudad Nublada.

-Debo pasarle informe a Lioric sobre la batalla -dijo Arcalón.

-Y anéxale una carta donde diga que a órdenes mías irás a Verdelheid -dijo Londrake.

-¿A qué dirección?

-A ninguna, pues no creo que volvamos a Metys en mucho tiempo y no deseo que nos busquen.

-¿Y mis pertenencias? -preguntó Arcalón.

-Quedarán quietas en las Torres de Nevard por largo tiempo, por lo menos hasta que la guerra acabe -respondió el Mago.

El Hombre miró entonces al Mago con detenimiento y extrañeza. -¿Escaparé de la guerra? -preguntó.

-No -respondió Londrake mientras se mecía la larga barba-, te salvaré de la guerra.

Londrake no había tomado en cuenta que Arcalón y Sergail necesitaban ropa, alimento y oro; y por lo mismo, se vio obligado a mandar unos soldados a escondidas a Nevard para



Juan Esteban Peláez

sacar las pertenencias más importantes de los Hombres. Después, Londrake envió la carta a Lioric donde decía que iría con ellos a Verdelheid.

El mensajero le dijo a Londrake que cuando Lioric recibió la noticia entró en cólera, y rompió varios platos finos en su furia. Y, airado, mandó a buscar a Arcalón y a Sergail en Kamea; pero ellos ya se habían ido. Así que el emperador mandó soldados a Nevard; pero los soldados mandados por Londrake ya habían sacado las pertenencias. Lioric pensó entonces la situación con detenimiento, con cabeza fría, y supo que nada podía hacer. Él necesitaba de la información proporcionada por el Mago Rojo, y debía permanecer a su merced mientras el gran Tartanos y la reina Eleonora permanecieran los Picos Rojos. Además, Arcalón le había dado una gran victoria.

Ahora bien, con las pertenencias ya en su poder, los jóvenes y Londrake dispusieron de partir hacia Verdelheid, la Ciudad Nublada. Debían cruzar de nuevo el Bosque Denso y, sin detenerse en Metys, debían seguir hasta el Camino Escarpado. Después del Camino estaba Verdelheid. Y, sin más, los tres empezaron su viaje.

Mientras andaban por el Bosque Denso, sin presura ni percances, Sergail hablaba sin parar, animado y orgulloso de sus triunfos. En verdad el Hombre había demostrado gallardía y valor al enfrentarse al enemigo.

-Fue una gran victoria, Arcalón -dijo Sergail mientras sonreía orgulloso.

Pero Arcalón tenía la cabeza baja. -No hice mucho -respondió mientras sentía una gran jaqueca a causa del cansancio, del traspaso y del estrés-. Simplemente soplé el cuerno para dar órdenes, no hice nada más -añadió mientras miraba maquinalmente el cuello del caballo.

Londrake diose cuenta en ese momento del peso que cargaba Arcalón por la batalla. -No fue sólo soplar un cuerno Arcalón, antes de la batalla diste buenas instrucciones, y lograste sacar de Kamea al enemigo.

-Teníamos más tropas y mejores armas. Además, teníamos dominio del terreno, pues hacía días había enviado tropas para dominar los lindes y hacer las trincheras -aclaró Arcalón, aún cabizbajo.

-Pero eso lo planeaste tú -aclaró el Mago, que parecía menos molesto con los Hombres. Arcalón entonces lo miró, y aunque se sentía ansioso por dejar de repente el frente y desobedecer las órdenes de Lioric, sonrió un poco más tranquilo. -Tienes razón, fue una gran victoria -convino como convenciéndose.

Sergail describía el Lago Álgido como un «espejo de plata», y al Castillo de Cristal como una «fortaleza espléndida». Contó con detalle cómo las balsas construidas por los astilleros de Lev habían cruzado el majestuoso lago en medio de una sonora lluvia de flechas. Decía que las flechas silbaban rompiendo el aire, y caían agitando las aguas. También describió cómo treparon los muros blancos con escaleras, y cómo abatieron a los defensores. Pero más que eso, Sergail describió los pinos azules que bordeaban el Castillo de Cristal como húmedos guardias con perlas, pues la Dama de la Noche iluminaba las gotas que se posaban en las ramas. También describió el frío del húmedo aire, mitigado a medias por las hogueras prendidas por los soldados de Fuego. Y ostentó su pequeño premio: La punta de una flecha enemiga que recogió del suelo alrededor del castillo antes de volver al punto de reunión.



Juan Esteban Peláez

Pero lo que más divertía a Arcalón y a Londrake era que Sergail a duras penas tomaba aire para seguir su relato. El Hombre no paraba de hablar, y parecía una máquina procesadora de palabras. Londrake y Arcalón se miraba a menudo y soltaban una risa, pues ambos pensaban en lo mismo: El «hablador Sergail».

Y, como si fuera poco, antes de salir del bosque, durante el segundo desayuno después de iniciado el viaje, Sergail se sentó cerca de su caballo para comer, y grande fue la risa del Mago y de Arcalón al ver que el animal lo cacheteaba con su cola. Tan graciosa fue la escena, que Arcalón empezó a sentir dolor en el estómago de tanto reírse, y Londrake, que parecía tan frío, soltó una gran carcajada a los cuatro vientos. Sergail, después de reponerse del golpe, no pudo hacer más que reír.

Apenas salieron del Bosque Denso, los viajeros pasaron con cautela y disfrazados de mercaderes por el camino más occidental, alejándose lo más posible de Metys y del emperador. Anduvieron por varios días, comiendo con calma frutas y a veces carne, pues Sergail o Arcalón cazaban una que otra liebre; pero Londrake no estaba de acuerdo con la caza, y no comía carne.

Este trayecto del viaje se les hizo fácil, pues, aunque andaban con el temor de ser identificados y llevados de inmediato a Metys, el camino casi siempre era recto y plano, y estaba bordeado de frondosas arboladas. Pero todo cambió cuando los viajeros se toparon con el soberbio Camino Escarpado. Fue tan espeluznante la aparición de los filosos dientes rocosos sobresaliendo de las copas arbóreas, que los viajeros dejaron de tararear canciones. Como la mañana todavía era joven, una bruma blanquecina cubría la gran mayoría del peligroso camino, pero dejaba ver algunos empinados peñascos que causaban temor en los corazones de los Hombres.

-He ahí, queridos amigos, el Camino Escarpado, el verdadero peligro de nuestro recorrido -aseguró Londrake mientras miraba las filosas rocas que eran visibles desde allí.

-¿Cuánto demoraremos en cruzarlo? -preguntó Arcalón con la mirada temerosa pero fija en las elevaciones grises.

-Día y medio subiendo, un cuarto de día en la cima y menos de medio día bajando -respondió Londrake.

-Casi dos días -añadió Sergail, que se fijaba en la niebla que se esparcía como una telaraña blanca sobre las rocas.

-¿Y es muy peligroso? -preguntó Arcalón mientras se acomodaba en la silla del caballo y se quitaba la capota para ver mejor las pendientes entre los mojados ramajes.

Londrake miró el camino y dijo: -Nunca lo he cruzado; pero es muy probable que sea el hogar de algunos lobos.

-¿Lobos? -preguntó Sergail con temor, pues las historias de los lobos en verdad lo asustaban.

Y Londrake asintió. -Es un sitio frío y rebosante de sombras y escondites; el sitio ideal para un cubil -aseguró el Mago mientras se limpiaba unas gotas de agua que le habían caído en el rostro desde los ramajes.

Siguieron la senda por casi dos horas, siempre con las elevaciones brumosas al frente, hasta que por fin se encontraron con una pendiente herbosa y fría. La pendiente se hizo más agreste con rapidez, pues los árboles se apeñuscaban frente a los viajeros, y el camino parecía más accidentado. Y, sólo quince minutos después de empezar la subida, los viajeros se toparon con unas gigantescas moles pétreas, húmedas por la bruma y las luvias



mañaneras, y con bordes filosos y caras lisas. Habían llegado finalmente al Camino Escarpado.

37

La senda empezó a sisear apenas los viajeros llegaron al Camino Escarpado, formando abruptos recodos que a menudo eran delineados por profundos y nublados abismos. Muchos dientes rocosos empezaron a aparecer entre la niebla a medida que los viajeros ascendían por la serpenteante senda, y el frío ya empezaba a filtrarse en las ropas, golpeando las carnes tiernas.

Pero esto no duró mucho, pues el día se abrió finalmente y el calor de los soles despejó la vista, desvaneciendo la blanca bruma que se paseaba por entre las rocas. Esto pareció aliviar a los viajeros al principio, pero después empezaron a sentir el bochorno del día, y empezaron a sudar y a sentirse cansados. En la mitad del ascenso, ya bien entrado el día, los viajeros decidieron almorzar unas papas acompañadas de agua tibia y algunas mandarinas recogidas antes de empezar el ascenso. Apenas acabaron, iniciaron de nuevo la marcha.

Al haber varias piedras lisas sobre la senda, los caballos se resbalaban a menudo; pero ninguno de los resbalones fue grave. Así que durante la primera jornada en el Camino Escarpado no hubo en verdad percances, sólo el dolor de cabeza por la exposición a los soles y el cansancio del ascenso a lomo de caballo.

Empezaba a pintarse el crepúsculo de visos tornasolados sobre las rocas cuando nació el primer temor en los viajeros: Mientras cabalgaban en silencio, cabizbajos y a paso lento, Londrake escuchó que unas pequeñas piedras caían a su costado izquierdo, rodando desde un peñasco no muy alto que tenía una cima plana que no era visible desde abajo.

Londrake detuvo el caballo y se quedó quieto, mirando la cima con detenimiento.

-¿Algo sucede? -preguntó Sergail con temor-. Son los lobos, ¿cierto? -volvió a preguntar mientras miraba los precipicios y las paredes rocosas de su alrededor, intentando ver cualquier cosa a la luz de oro del crepúsculo.

-¿Sí son los lobos? -preguntó Arcalón.

Mas Londrake no respondió. El Mago tenía la mirada fija en la cima de la colina pedregosa más cercana. -Lo mejor será seguir -dijo finalmente.

Pero sólo unos minutos después volvió a pasar lo mismo: Unas pequeñas piedrecillas provenientes de una cima rocosa cayeron a la senda. Esta vez todos los tres se dieron cuenta. Los viajeros se sentían vigilados, asechados y perseguidos.

-¿Son los lobos? -volvió a preguntar Sergail.

Pero Londrake meneó la cabeza. -Los lobos ya nos hubieran atacado -aseguró.

-¿Entonces qué nos sigue? -preguntó Arcalón, que ya había desenfundado su espada.

-No lo sé -respondió Londrake-; pero nos teme -añadió con seguridad mientras se apeaba del caballo y tomaba su vara-. Lo mejor será descasar -añadió mientras se sentaba a un lado de la senda.

-¡¿Aquí?! -exclamó Sergail temeroso.



Juan Esteban Peláez

Londrake lo miró con normalidad y asintió. –Aquí -dijo secamente mientras miraba su caballo con detalle. Y para sorpresa de los Hombres, el caballo se acercó al Mago sin tomarlo de las riendas. Entonces el Mago miró por unos momentos a los caballos de Sergail y Arcalón, y dijo: -No aten sus caballos, pues no se irán-. Entonces miró el atardecer menguante y perdió allí sus pensamientos, dejándose llevar por un letargo mágico.

Arcalón y Sergail se miraron, y Arcalón levantó los hombros. –No hay de otra que confiar en él -dijo, y se sentó cerca del Mago.

Sergail hizo lo mismo y también miró el dorado atardecer, y los tres permanecieron así hasta que la noche cayó y la Dama lanzó sus visos de plata a las nubes pasajeras, y bañó de blanco a la bruma que se empezó a concentrar en las alturas.

Esa noche en verdad fue larga para Arcalón y para Sergail, pues no pudieron prender fogata alguna a causa de una pequeña lluvia. Aunque tenían *vellina* no tenían madera seca, ni un hacha leñadora para talar un pino; igual, Londrake no hubiera permitido tumbar un árbol para una sola noche.

El frío, la lluvia y la dureza del suelo fraccionó el sueño de los Hombres, que temblaban de frío y se frotaban los cuerpos con las manos para mitigar la algidez que se paseaba con crueldad por las rocas. De vez en cuando, para desconsuelo de los Hombres, un aullido rebotaba en las caras de las rocas más bajas, y una que otra piedrita caía desde las peñas más altas. Fue en verdad una noche tormentosa.

Pero una gran alegría invadió a los viajeros cuando Sírel les dio paso a los soles; que lanzaron sus brillos tibios por entre las cortinas neblinosas. Todas las miradas nocturnas desaparecieron, y ahora la jornada parecía tomar un nuevo aire.

Londrake fue el último en levantarse, pues había dormido de manera placentera. Se desperezó y abrió los brazos, adormilado, y bostezó y abrió los ojos del todo, posándolos sobre los tullidos Hombres que ya ponían a secar las ropas a los soles.

-Espero que hayan tenido una buena noche -dijo el Mago con ironía mientras miraba las grandes ojeras de Arcalón y el cansado rostro de Sergail. Entonces sonrió y añadió: -Se los dije, los caballos no se irían.

Arcalón, cansado y trasnochado, miró los caballos y asintió. –Sí, tenías razón -convidió débil.

Desayunaron las últimas mandarinas que les quedaban, y algunas galletas que Arcalón había comprado en un poblado cerca de los lindes occidentales del Bosque Denso. Esas galletas fueron en verdad un alivio para los viajeros, pues tenían un delicioso sabor y parecían renovar las fuerzas. Después de desayunar y cambiar sus ropas mojadas siguieron su ascenso. El camino pareció facilitarse en la segunda jornada, pues la pendiente parecía declinar poco a poco, y sólo uno que otro recodo presentaba algún profundo abismo.

Así continuaron hasta llegar finalmente a la cima, antes de mediodía. La cima del camino consistía en una senda aplanada y siseante que se abría paso entre los pinos circundantes y las paredes rocosas por casi cuatro horas. Este tramo del camino era en verdad el más fácil, y ayudaba a recuperar el aliento tanto a caballos como a viajeros.



Juan Esteban Peláez

Y cuando el día estuvo en pleno, empezó el descenso. El peligro de esta jornada eran los cascos de los caballos, pues un resbalón podría terminar en una tragedia. Pero los caballos que llevaban eran buenos e inteligentes, y descendieron sin ningún problema. Doblaron recodos y bajaron pendientes grisáceas, hasta llegar por fin a una falda herbosa; esto indicaba el fin del Camino Escarpado.

Cuando la noche cayó, los viajeros ya cabalgaban a todo trote por una planicie florida, anaranjada y blanca. El peligro parecía haber pasado, y ahora los caballos, alegres por bajar de esas tenebrosas elevaciones, relinchaban y corrían con vigor. Y después de la planicie subieron algunas colinas. Y a eso de las cuatro de la madrugada, cuando todavía la Dama iluminaba la hierba y los árboles, los viajeros divisaron unas luces que se reflejaban en las nubes, lo que indicaba que por fin habían llegado a su destino, a la Ciudad Nublada, a Verdelheid.

38

Antes de que Londrake apareciera con su misión, los sueños de los jóvenes se limitaban a conocer la barricada de Came, el dueño del feudo donde vivían; pero ahora conocían la poderosa Metys, y estudiaban en una universidad, y habían luchado contra soldados de las Islas, y ahora conocerían la segunda ciudad más importante de Falheid: Verdelheid.

La Ciudad Nublada estaba bordeada por varios cafetales y una que otra plantación diversa. Un muro de piedra gris se erguía alrededor de la ciudad, y la arcada del portón estaba constituida por varios arcos pequeños, uno al lado del otro. El portón era de madera gruesa, pero permanecía abierta, pues la guerra todavía no había llegado allí.

Los tres viajeros, agotados, con frío y hambre, entraron a la adormilada Verdelheid sin pensarlo dos veces. Caminaron por una calle principal por unos minutos, mirando las pocas casas blancas que estaban iluminadas y se levantaban una al lado de la otra, sobre las interminables pendientes en las que se erguía la ciudad. Verdelheid era una ciudad montañosa, y por lo mismo, algunas de las calles eran muy empinadas. La gran mayoría de casas tenían balcones al frente, y los techos eran de tejas rojizas. Muchos de los balcones estaban repletos de materas coloridas que lanzaban dulces fragancias alrededor.

Después de caminar bajo los faros vacilantes por unas calles cuesta arriba, los acabados de llegar preguntaron a una campesina que pasaba por allí dónde quedaba la Villa Ángel. La campesina negó con la cabeza mientras miraba a Londrake con sorpresa, pues sus ojos profundos bajo sus cejas pobladas y su barba larga en verdad la impactaban. Los viajeros preguntaron a un tendero, y éste, también sorprendido por la imponente imagen del Mago, les indicó cómo llegar.

Así que los viajeros subieron una calle empedrada, y después tomaron hacia la izquierda por otra calle un poco más plana. Siguiéron por buen tiempo mientras el amanecer ya se abría sobre ellos, hasta llegar a un aparente puerto aéreo donde varios cóndores y otras aves más pequeñas descansaban en sus hangares. De allí subieron de nuevo dos calles y doblaron a la derecha. Allí, sobre la calle, se extendía una reja negra de lado a lado, en donde pendía un rótulo que decía claramente «Villa Ángel».



Londrake acercóse la garita del guardia que custodiaba la reja, y soltó una sonrisa al ver que el guardia estaba dormido. –Disculpe -dijo Londrake sonriendo.

Entonces el guardia se despabiló de inmediato, miró al Mago con temor y respondió con voz temblorosa: –¿Qué se le ofrece?

–Puede estar tranquilo, que no lo delataré -dijo Londrake.

El guardia se incorporó, apenado. –¿Qué desea? -volvió a preguntar, un poco más despierto.

–Vengo a ver a una Mujer llamada Alora -dijo el Mago.

El guardia se sorprendió al escuchar esto. –¿Alora? -preguntó.

Londrake, que era perspicaz, diose cuenta de la sorpresa del guardia. –¿Acaso no vive aquí? -preguntó.

Pero el guardia meneó la cabeza. –Ella sí vive aquí -dijo.

–¿Entonces?

–Lo que sucede es que Alora no recibe muchas visitas, de hecho, ninguna -dijo el guardia, al mismo tiempo que detallaba a Londrake, y lo identificaba de inmediato como un Mago. Aunque Verdelheid le temía a la magia, conocía a los Magos y a las Brujas. Pero, a diferencia de las Brujas, a los Magos los respetaban. –De hecho, casi siempre huyen de ella -añadió-. Este trabajo lo conseguí por eso, porque nadie deseaba cuidar una villa donde vive una Bruja.

Londrake miró al guardia por un momento, pensativo y detallista, y supo que no mentía.

–¿Podemos pasar a verla? -preguntó.

El joven dudo al escuchar el plural, pero cuando levantó la cabeza vio a Arcalón y a Sergail sentados en la acera no muy lejos, y asintió. –Es la casa tres, una de las más antiguas; la reconocerá de inmediato. Está en la acera derecha -indicó mientras salía de la garita y se apresuraba a abrir la reja. El Hombre estaba en verdad sorprendido por la presencia del Mago, y se esmeró por quedar bien frente a él. –Si desea puedo acompañarlo.

Pero Londrake meneó la cabeza. –Sabremos llegar -dijo mientras entraba a la villa. Arcalón y Sergail, un poco más tímidos y dudosos, se levantaron con dificultad y lo siguieron, llevando los caballos de las riendas.

La Villa Ángel no era más que un conjunto cerrado de casas muy antiguas y amplias. Eran cuarenta y ocho casas, por lo que la villa era en verdad gigantesca. Londrake y los Hombres caminaron sobre la calle de losas pentagonales hasta llegar a una casa que sobresalía por sobre todas las demás. Las casas de Villa Ángel eran en verdad hermosas, blancas y de techos de teja, de marcos verdes y ventanas grandes y relucientes; pero la tercera casa de la derecha era distinta: La humedad emanaba sobre las paredes, los marcos estaban descuidados y con poca pintura, y una oscuridad causada por cuatro árboles tras la casa le daban una apariencia espeluznante.

Pero lo que más diferenciaba la casa era la aldaba en bronce con rostro de Demonio que Londrake tocó para anunciar su llegada. –Esperemos una grata bienvenida -dijo el Mago a los Hombres mientras se apoyaba en su vara. En verdad estaba cansado por el viaje.

–¿Y por qué no habríamos de tenerla? -preguntó Sergail-. Es tu amiga, ¿no?

Y Londrake meneó la cabeza para asombro y desconsuelo de los Hombres.

Segundos después salió una anciana de ojos dulces y compasivos, cuerpo débil y encorvado y tez arrugada. La anciana los miró con detenimiento, entrecerrando los ojos como para identificar a los recién llegados. –¿Los conozco? -preguntó.



-No -respondió Londrake.

Pero antes de explicarse, la anciana volvió a hablar. —Hace mucho no veía a un Mago, y debo confesar que nunca había visto a ninguno de la Orden Roja -aseguró con voz débil pero tranquila-. ¿Quién está a cargo ahora de la Orden Blanca? ¿Todavía Tartanos, o ya subió Arus? -preguntó.

-Le responderé todo lo que desee, pero me gustaría presentarme primero -dijo Londrake con mucha cortesía.

-¡Oh, lo siento! -dijo la anciana apenada-. Mis modales se han perdido con el tiempo, pues no puedo utilizarlos, ya que no hay con quien -entonces miró a los jóvenes y, al verlos lidiando con los corcoveantes caballos, les dijo: -Hay un establo al final de la calle. Guarden los caballos en los espacios cinco, seis y siete.

-Sí señora, gracias -respondió Arcalón mientras tomaba sus pertenencias de nuevo y se las echaba al hombro para poder agarrar bien las riendas del caballo de Londrake.

Londrake se presentó y esperó en la calle hasta que los Hombres volvieron, y posteriormente entraron a la casa. La antesala era en verdad grande y acogedora: Tenía una chimenea apagada, dos sillones y un sofá de dos puestos; todo de color azul oscuro. Londrake se sentó en uno de los sillones, y Alora, la anciana, en el otro. Arcalón y Sergail, apenados, se sentaron en el sofá. La presencia de Alora en verdad los intimidaba, pues ellos crecieron con historias de Brujas malévolas que llegaban al amparo de la noche sobre aves monstruosas, y se robaban a los infantes para hacer sus horribles sopas en los calderos ardientes.

-Ahora sí cuéntame cómo van las Órdenes, señor Londrake -pidió Alora-. Dime, ¿quién está ahora a cargo de la Orden Roja?

-Yo -respondió Londrake sin modestia ni titubeo.

Alora se sorprendió entonces. —¿Así que tengo en mi casa al señor de la Orden Roja? -preguntó.

Y Londrake asintió. —¿Qué más deseas saber? -preguntó.

-¿Cómo están en la Tierra de los Magos? En las tierras de los brillantes obeliscos.

Entonces Londrake recordó la belleza de sus tierras y la fertilidad de sus pastos y árboles, y sintió melancolía, pues en verdad deseaba regresar a su hogar, en las entrañas del frondoso Bosque de Tirendel. —Está tan hermosa y pacífica como siempre -dijo Londrake, mas no pudo disimular sus sentimientos.

-Veo que extrañas mucho tu hogar, amigo Mago -dijo Alora-. Igual, está muy lejos de aquí. Eso me lleva a la próxima pregunta: ¿Qué te trae hasta Verdelheid?

En ese momento Londrake percibió un movimiento en una cortina negra que dividía la antesala con el resto de la casa. La tela se movió un poco, pero nada fue visto por el Mago. —Ese tema me gustaría hablarlo en privado -dijo el astuto Mago-, pero le puedo decir que sé de usted por Háladriel -añadió mirando todavía hacia la tela, intentando ver quien posaba tras ella.

Alora no pudo disimular la sorpresa y la felicidad. —¿Mi niña está bien? -preguntó muy emocionada, y pareció que un aire le daba vida de nuevo, pues se levantó del sillón sin trabajo alguno-. Están temblando. Les traeré chocolate y algo de comer, quizás panes con mantequilla o arepas, o quizás tenga todavía vino en la bodega -dijo mientras se apresuraba tras la cortina negra.

Entonces Londrake miró a los Hombres y dijo: -Voy a hablar con Alora a solas. Quizás me demore un poco, así que, por lo que más quieran, pórtense bien.

-¡Siempre lo hacemos! -dijo Arcalón en forma de sarcasmo, sonriente.



Juan Esteban Peláez

Sergail también soltó una sonrisa. –Somos las personas más juiciosas de Metys -agregó. Entonces Londrake se acercó y les dijo: -No estamos en Metys -y mirando de nuevo hacia la tela, añadió: -Además, creo que van a tener compañía -y sin más, el Mago entró a la sala, dejando a los jóvenes solos en la antesala.

En ese momento Arcalón detalló el recinto que, aunque era oscuro por las sombras de los árboles y las negras cortinas, era acogedor. También miró hacia las paredes, y allí vio dos cosas que le llamaron la atención, pues causaban temor y a la vez maravilla: La primera era un espeluznante cuadro de marco de madera. El cuadro mostraba una distorsionada imagen de un patíbulo recostado contra un cielo calmado, y en el patíbulo un infame ahorcado, maniatado en la espalda y al parecer desnudo (al parecer, pues la pintura era difusa, como si alguien hubiera deseado borrarla). Aunque el rostro era irreconocible y estaba borroso, la boca y los ojos, aunque mal trazados, mostraban la desdicha y el desespero. La segunda era un escudo grabado en madera, pintado de dorado y con la forma de un árbol monstruoso. Tras el enigmático árbol, parecido a un baniano lúgubre con varios vástagos, se erguían unas montañas.

-¿Dónde crecerá ese árbol? -preguntó Arcalón a Sergail-. Me pregunto qué significará. Y Sergail levantó los hombros.

-Según sé -dijo Arcalón-, algunos de los regimientos del Imperio de los Dos Soles utilizaban lábaros y estandarte con emblemas de árboles, pero esos árboles era robles o araucarias. Pero ese árbol no es un roble y mucho menos una araucaria.

-¡Gracias, maestro! -dijo Sergail con ironía.

Y Arcalón sonrió. –No es eso, lo que pasa es... -pero en ese momento notó que la tela negra se movía, y entonces la vio.

39

Los jóvenes vieron que tras la cortina una hermosa jovencita lanzaba una tímida mirada. Aunque sólo fue por un momento, Arcalón detalló el bello rostro con detenimiento. Su piel era blanca y muy bien cuidada; semejante a una porcelana. Sus ojos eran tiernos y dulces; y sus pupilas grises, casi azules a la luz, tenían el brillo de las estrellas. Sus labios eran sonrosados, su boca pequeña y su nariz fina. Tenía una cayena roja en el cabello, que era negro y brillante, y caía hasta sus hombros.

-¡Méladriel, niña, ven que te necesito! -se escuchó la voz de Alora.

Entonces la joven desapareció con rapidez tras la cortina negra.

Arcalón se sintió extraño, incluso incómodo. Su corazón se aceleró de inmediato y su estómago languideció sin explicación alguna. Incluso, se sintió apenado, y temió haber parecido descortés por no haberse levantado a saludarla, como era costumbre. Además, apestaba por los dos días de viaje, y estaba barbado y despelucado; todo esto lo incomodaba.

-¿La vio? -preguntó Sergail, pues la joven apareció sólo segundos.

Y Arcalón asintió. –Es hermosa -dijo, y por un momento olvidó el hambre y el frío.

-Estamos de acuerdo -añadió Sergail para desdicha de Arcalón. Cuando a Sergail le parecía bella una Mujer la conquistaba de inmediato, dejando a Arcalón opaco.

-¿Qué estarán hablando Londrake y Alora? -preguntó Arcalón para cambiar el tema.

-A mí me preocupa más la comida que nos prometieron -dijo Sergail.



Arcalón sonrió entonces.

Los Hombres hablaron de la guerra por unos instantes, jactándose de su victoria en el Lago Álgido, hasta que la cortina se movió de nuevo y la joven de cabellos negros entró a la antesala, sosteniendo una charola de metal que tenía dos tazas de chocolate y algunos panes con mantequilla.

Entonces la joven, que también era muy tímida, recogió todo el valor de su ser y se dirigió a los jóvenes. Ella no hablaba casi con Hombres, aunque ya rondaba los veinticinco años (contemporánea con Arcalón y Sergail); así que se sentía en verdad nerviosa al tener a los viajeros cerca.

-Espero que les gusten los panes -dijo la jovencita mientras, con el rostro colorado, miraba a los invitados.

-¡Si lo hiciste tú me encantarán! -exclamó Sergail para romper la timidez.

Entonces la joven sonrió. -No los hice yo -respondió mientras ocultaba su rostro tras su cabello brillante y negro, al mismo tiempo que se acomodaba la flor roja en su cabeza.

-¿Por qué no te sientes y nos acompañas? -preguntó Sergail.

-Veo que están hablado -dijo la joven.

-¡No! -exclamó Arcalón apresuradamente, traicionado por su nerviosismo.

La joven lo miró, sorprendida.

-Nos encantaría que te quedaras -aseguró Arcalón rápidamente, intentando alivianar la situación. Aunque se sentía incómodo por su aspecto físico, no quería dejar pasar tal oportunidad.

Entonces la joven miró a Sergail y, nerviosa, se sentó.

-¿Y cómo te llamas? -preguntó Sergail.

-Me llamo Méladriel -respondió la joven rápidamente.

-Él se llama Arcalón y yo Sergail.

Arcalón se llevó un pan a la boca y tomó un sorbo de chocolate. El nerviosismo lo tenía ahogado, pues la joven Méladriel le parecía hermosa. -¿Y..? -pero la pregunta se le olvidó, y no supo cómo iniciar conversación.

Méladriel esperó cualquier pregunta, pues a ella también le incomodaba el silencio; pero no fue Arcalón quien habló.

-¿Méladriel hace mucho vives aquí? -preguntó Sergail-. Porque si sí, podrías explicarnos qué significa ese árbol -añadió mientras señalaba el escudo que pendía sobre la pared.

Méladriel pareció descansar al escuchar la pregunta. -Es el escudo de las Brujas -explicó.

-¿Y dónde crece ese árbol? -preguntó Arcalón por fin, superando un poco su inseguridad.

-Mi maestra dice que crece en el Fin del Mundo, más allá de la Muralla de Volcanes, donde las tierras son malsanas -respondió la joven mientras se mecía el cabello para parecer más confiada.

-¿Crees que el Fin del Mundo es la Muralla de Volcanes? -preguntó Sergail.

Y Méladriel, inocentemente, asintió. -Todos lo saben, ¿no? -preguntó con una dulzura indescriptible.

Entonces Sergail meneó la cabeza. -Más allá de lo que tú llamas el Fin del Mundo hay reinos de Hombres y Dacones -explicó Sergail con cuidado, pues no deseaba ofender a Méladriel.

Pero, por el contrario, Méladriel pareció interesarse más. La joven era adicta al aprendizaje, pero no tenía los medios para aprender. -¿Y qué más hay allá? -preguntó.

-Ciudades de Enanos y Gigantes, y de Nomos -respondió Arcalón, que poco a poco se sentía mejor, más tranquilo.



Juan Esteban Peláez

Entonces la conversación empezó a fluir, y Arcalón y Méladriel se sintieron mejor. Hablaron sobre la batalla del Lago Álgido, de Metys, del feudo, de Almond, de Londrake, y de muchas cosas más. Los silencios desaparecieron, pues Sergail tenía excelente sentido del humor, y hacía reír a Méladriel cuando ya no había más que decir. Ya el chocolate y los panes se habían acabado, y el ambiente era grato y alegre; pero toda esta dicha desapareció cuando Méladriel hizo la pregunta mágica, la que todos esperaban, pero ninguno quería o podía contestar.

-¿Y qué los trae hasta Verdelheid, hasta esta casa?

Entonces los dos Hombres se miraron y callaron.

-¡Escucho! -exclamó Méladriel, que ya parecía más confiada.

-Si te decimos Londrake nos matará -dijo Arcalón.

Méladriel lo miró por unos momentos, y asintió. -Entiendo -dijo un poco más seria.

En ese momento salió Alora y se dirigió a los jóvenes. -Me alegra que hayan conocido a Méladriel -dijo-; pero estoy segura que deben estar muy cansados. Dormir en el suelo no es muy grato, y el viaje desde el Bosque Denso hasta aquí es tedioso -añadió-. Vengan conmigo para que les pueda mostrar sus camas. Deben descansar. Duerman un poco; así se rehabilitarán.

Apenas Arcalón y Sergail pusieron la cabeza sobre las almohadas parecieron desmayarse, pues en verdad sus fuerzas menguaban y el dormir bajo las estrellas agotaba. Cuando los jóvenes se acostaron, Alora envió a Méladriel a comprar unos alimentos. Posteriormente siguió la conversación con el Mago. La Bruja estaba muy entusiasmada y a la vez preocupada con el relato de Londrake. En verdad le preocupaba la situación en los Picos Rojos y el despertar de Estrella de Jores de su largo letargo.

-¿En verdad dos de los Seis rondan los Picos Rojos y debilitan a Tartanos y a Eleonora? -preguntó la Bruja con temor.

Y Londrake asintió. -Llevan muchos años aguantando, pero Tartanos y Eleonora están ya muy débiles, y si caen antes de que yo obtenga la estrella, la misión estará perdida -aseguró el Mago lanzando un profundo suspiro.

-¿Y por qué? -preguntó Alora.

-Porque el Demonio enviará a los tormentos de los Picos Rojos para defender al Híbrido que tiene la estrella. Si dos de los Seis lo escoltan, yo no podré hacer nada; ni siquiera Tartanos podría -respondió Londrake.

-¿Y qué te hace pensar que el Híbrido no está amparado por alguno de los Seis? -preguntó Alora-. ¿Y los otros cuatro dónde están?

-Sabemos que uno de ellos siempre está en Yavín, la Ciudad Endemoniada, la capital del Demonio; pues es el encargado de proteger al que llaman Irgoliath, el Señor del Dolor y los Lamentos. Y los otros tres al parecer están reuniendo sus ejércitos para iniciar la invasión a la Península de los Elementos apenas éstos se destruyan por el tesoro de los Picos Rojos-. Mientras contaba esto, Londrake parecía inquieto.

-¿Y qué tienen que ver los jóvenes en esta caótica historia? -preguntó Alora-. Son Hombres buenos, y aunque son maduros aún son inocentes. No deberían estar involucrados -añadió.

-Ellos sirven a Lioric; pero los traje a Verdelheid para separarlos de la guerra que está inmolando a los Imperios de los Elementos. Lioric, sin saberlo, es un títere de Irgoliath, al igual que Facet. Lo que deseo es romper los hilos que atan al titiritero maligno con los muchachos -dijo Londrake.



Juan Esteban Peláez

-Entonces esta casa es de ahora en adelante el hogar tuyo y de ellos -aseguró Alora-. Sé de los horrores de la guerra, y no deseo que la bondad de esos jóvenes se apague con la sangre y los fuegos.

40

De esta forma pasaron los días, incluso los meses. Londrake, Arcalón y Sergail se adaptaron rápidamente a Verdelheid, pues era una ciudad más tranquila que Metys. Alora y Méladriel resultaron, para sorpresa de muchos de los vecinos, excelentes anfitrionas. Se preocupaban mucho por sus invitados y estaban pendientes por si les faltaba algo. Aunque Alora y Méladriel vivían de vender galletas y vinos (normalmente ayudadas por terceros porque muchos temían a las Brujas), Londrake tenía oro de sobra, enviado en aves desde las Tierras de los Magos. Así que la economía no fue un problema.

Durante estos meses, Arcalón y Sergail olvidaron el temor por haberse ido del frente, y se apegaron a la joven Méladriel y a Alora. Por otro lado, Londrake estuvo noche tras noche esperando noticias de las aves de Tartanos, esperando cualquier indicio del Híbrido y de la estrella. Mas Tartanos sólo enviaba noticias preocupantes, noticias que mostraban su debilidad y su impotencia contra los terrores de los Picos Rojos. Tartanos ya había avisado a la Tierra de los Magos y a las Tierras de las Brujas que Eleonora estaba en cama, con los nervios destrozados, temblando y sin suficiente lucidez para convocar los Einheriar. Mas nada de esto sabían los emperadores de Telheid y de Falheid.

Pero Londrake había abusado de su condición, y ahora se sentía obligado a contarle a Lioric sobre el flaqueo de los guardianes de los Picos. Debía avisarle al emperador que Eleonora ya no era un impedimento entre el tesoro de los Picos y él.

Mas lo que en verdad inquietaba a Londrake eran las noticias de Tartanos referentes a Alheid y a los Hombres de las Islas. Después de la toma de Kamea y del Castillo de Cristal por parte de Lioric, Veret, el emperador de Alheid, nada había hecho. Por esta vacilación, Tartanos aseguraba que pronto Veret caería y que en el trono se posicionaría un poder mayor que el de cualquier emperador existente (exceptuando por supuesto al Demonio Irgoliath). Ya habían empezado las revueltas en las islas, provocadas por este nuevo poder; y, sin tener órdenes directas de Veret, gran parte de la flota de Alheid ya era divisada en las costas septentrionales y desde los Picos Rojos.

-«Son en verdad majestuosos y poderosos los navíos de Alheid -decía Tartanos en sus cartas, con su excelente caligrafía-. Sus velas son blancas como la nieve, sus mástiles coronados con cofas adornadas y protegidas, y baupreses largos y tallados con Sirenas y Tritones. Y en ellos vienen miles de Hombres, altos y de cabellos negros, de rostros fieros y constitución corpulenta. Vienen vitoreando a la llamada 'Majestad de las Aguas', y espero que, por el bien de Falheid, no sea la hechicera que narran los libros y las canciones antiguas. Algo sí es seguro Londrake, el sobrenombre del almirante es 'El Delfín de Zafiro', y su nombre es Norad de Kárijan. Debes tener cuidado, amigo mío, pues la guerra nos ha abrazado con fuerza de máquina, como una trampa de caza. Consigue la Estrella de Jores lo más pronto posible, que yo haré lo posible por seguir



Juan Esteban Peláez

fuerte para defender el tesoro y a los dragones. Estaré avisándote sobre los movimientos de Híbrido, pero estoy casi seguro que está por salir de su escondite».

Estas noticias alertaron a Alora, que no veía más que ruina en el futuro. Alora aseguraba que no sólo la guerra destruiría la Península de los Elementos, sino que la Estrella del Inframundo, la Shidraha que se escondía entre las gemas del tesoro, jugaría un papel en demasía importante. Las Shidrahas estaban malditas, pues eran las joyas del Espíritu Maligno, las joyas que amaba y codiciaba. Él ya tenía una de las Shidrahas, y sabía dónde estaban otras dos. Aunque no conocía la ubicación de la cuarta, estaba enfocado en las cercanas: Una de esas en los Picos Rojos.

Para complicar la situación, en Verdelheid se rumoraba sobre un asesinato ocurrido un sábado en la noche en uno de los estaderos del sur de la ciudad. Mas no era un asesinato cualquiera, pues era un ciudadano extranjero el que yacía envenenado sobre la acera. Era un Hombre proveniente del Imperio del Viento. Y lo peor era que la acusada era una Bruja. Si se comprobaba que la Bruja había asesinado al Hombre, empezaría una exhaustiva caza de Brujas en todo Verdelheid. Sin embargo, estas cazas eran frecuentes en la Ciudad Nublada, y Alora ya no las temía: Ella había salido intacta de todas. Pero por estas mismas cazas, Alora había decidido mandar a Háladriel a las Tierras de las Brujas.

Bien, Alora y Méladriel habíanse contentado mucho con las noticias de Londrake sobre la joven Háladriel. Háladriel y su hermana Méladriel eran muy parecidas. Cuando Londrake veía a Méladriel a su cabeza le llegaba el recuerdo de la bella joven que había conocido años atrás en las Tierras de las Brujas, la misma que lo había acompañado casi hasta el Salto Azul, y con quien inició su misión; una misión que ya se había prolongado demasiado.

Por otra parte, estaban los tres jóvenes: Arcalón, Sergail y Méladriel. A Londrake le gustaba ver a los dos Hombres junto a Méladriel, pues se reían constantemente y vivían alegres. La carismática y tímida Méladriel había resultado ser una joya oculta en la conservadora sociedad de Verdelheid, entre sus brumas y cafetales.

Mas algo inquietaba el pensamiento de Londrake, que era un Mago viejo y perspicaz. Aunque los tres reían con frecuencia, salían a pasear y hablaban por horas sobre diversidad de temas, Londrake veía con transparencia los sentimientos de cada uno de los tres. Sabía bien qué pensaba Sergail, que era un Hombre con gran carisma y buen sentido del humor, y también notaba en las miradas de Méladriel lo que en su interior crecía. Pero era Arcalón el que en verdad le preocupaba. Arcalón, de mirada nublada y enigmática, era lógico, analítico, astuto, inteligente y muy metódico; pero no era muy fuerte con las Mujeres.

Londrake había aprendido a conocer a Arcalón durante esos últimos años, y conocía bien sus barreras. Arcalón se escudaba en sus inexpresivas facciones, en su seriedad y en su increíble inteligencia y sentido común. Nada parecía afectarlo cuando se lo proponía, y se mostraba valeroso cuando en verdad estaba temblando de miedo. Londrake sospechaba sobre los sentimientos de Arcalón por Méladriel, y esto lo atemorizaba.

Sin embargo, sólo Londrake conocía tan bien a Arcalón, pues ni siquiera Sergail sabía de los pensamientos de su amigo, y mucho menos Méladriel. Arcalón detallaba los ademanes



Juan Esteban Peláez

de la joven, y se sentía extraño, pues muchos de ellos le gustaban. Méladriel era tierna, dulce, hermosa, alegre, incluso arriesgada, pues acompañaba a los jóvenes sin dudarlo a algunas expediciones fuera de la ciudad, exponiéndose a los ladrones o, en el peor de los casos, a los Nomos. Todas estas virtudes hacían de Méladriel una joven envidiada por las Mujeres y amada por los Hombres.

Pero también había inconvenientes: A Arcalón le molestaba de sobremanera que Méladriel tratara con bondad y atención a los pocos Hombres que conocía (tenderos, mercaderes, entre otros). Aunque era una mala interpretación, y Arcalón lo sabía, el Hombre no podía evitar los celos que crecían en su interior. Sin embargo, nada decía.

Arcalón hablaba de Haya algunas veces con Méladriel, pero ya no sentía lo mismo: Ya había dejado de verla por años, y sólo la consideraba un recuerdo. En cambio, cuando Arcalón miraba a Méladriel, de cabellos negros y ojos grises como frías perlas, de piel blanca como el brillo de las estrellas y de labios rosados... Arcalón, aunque disimulaba bien, no podía negar lo que en su ser empezaba a crecer.

41

Un sábado en la noche, los tres jóvenes se alistaron para dar la ya acostumbrada caminata por el centro de la ciudad. En el centro de Verdelheid había un enorme parque, llamado el Parque de la Cima, en la parte más alta de la Ciudad Nublada, lleno de estatuas de mármol y pequeñas tiendas.

Méladriel se puso una manta negra sobre una blusa sin mangas y escotada, y una falda larga de pliegues, y sandalias. Se pintó de rojo los labios, se puso su icónica cayena roja en el pelo y se perfumó con un aroma de durazno, un dulce aroma que Arcalón jamás olvidó, ni siquiera en los momentos más desesperados ni en las tierras más frías y hediondas. Arcalón y Sergail se pusieron sus abrigos negros, además de sus ropas comunes, y salieron hacia el parque.

Anduvieron a paso lento y en medio de la creciente bruma por las calles empinadas por varios minutos, hablando y soltando una que otra risa, hasta llegar por fin al Parque de la Cima. El parque era llano, muy extenso y bien podado, de hierba muy verde y húmeda por la bruma. A su alrededor había varios saúcos que cercaban como un muro arbóreo el interior. Y lo que más llamaba la atención era una fuente enorme y circular con una estatua de un Ángel en el medio. El agua allí era muy pura, y se veía brillante bajo el manto de niebla azul que se extendía. El sitio predilecto de los tres jóvenes era un solitario saúco cerca de la fuente.

Los tres jóvenes se sentaron bajo el árbol, cerca de uno de los tantos faros que iluminaban el parque, y se acomodaron sobre la hierba, sin importarles la humedad y el frío. Méladriel se sentó de medio lado, Sergail se acostó, poniendo su cabeza en los muslos de la joven, y Arcalón se sentó contra el tronco, amparado por la sombra.

-No me canso de venir aquí -dijo la joven mientras miraba su alrededor. Una que otra persona pasaba caminando, y había tres parejas no muy lejos, sentadas en pequeñas sillas. -¿Venías aquí antes que nosotros viniéramos? -preguntó Arcalón.



Juan Esteban Peláez

Y Méladriel asintió. –Pero no muy seguido, no como ahora -aclaró-. No es muy seguro para una joven salir sola en la noche -añadió.

-Pero ahora estás con nosotros -dijo Sergail.

-Por eso disfruto-. Méladriel sonrió y miró hacia el cielo, hacia las estrellas y hacia la Dama de la Noche, borrosa a causa de la sutil bruma sobre la ciudad. Halen, la hija de la Dama, brillaba a su lado mientras jugueteaba con algunas nubes. –No puedo creer que por una estrella nos conociéramos -dijo pensativa y con la mirada fija en el cielo. Ella ya conocía el motivo por el cuál Londrake estaba en Verdelheid.

-Quizás sea el destino -dijo Sergail.

Méladriel lo volteó a mirar y sintió un escalofrío que le acarició la espalda. El tono de voz de Sergail había sido extraño, un tono que hacía crecer su nerviosismo. –De pronto -respondió la joven, y de inmediato se tomó el cabello y se lo acarició, y soltó una sonrisa. -En cambio -interrumpió Arcalón-, yo no creo en el destino. Es una idea romántica, y a veces sirve para darnos esperanza cuando la necesitamos o la estamos perdiendo; pero también sirve para conformarse -y con un tono más enigmático añadió: -Y yo no soy de los que se conforman.

El tono de voz de Arcalón hizo que Méladriel y Sergail lo miraron asombrados, pero Arcalón no era casi visible; sólo sus piernas dobladas salían a la luz del faro, y su rostro estaba oculto por la penumbra.

-Yo tampoco suelo conformarme -dijo Sergail.

-El Hombre tarde o temprano se conforma -increpó Méladriel con dulce tono.

Arcalón la miró sorprendido desde la oscuridad, pues no pudo refutar esa afirmación. Méladriel, a medida que hablaba con él, había desarrollado el sentido común sorprendente, y a menudo desarmaba a Arcalón con fuertes argumentos. Esto causaba que Arcalón sintiera más atracción hacia ella. –Tienes razón -dijo renuente pero calmado.

-Desearía que no se fueran -dijo Méladriel en tono profundo.

Entonces Arcalón quedó petrificado, pues esas palabras sonaron como la más hermosa música. -¿Hablas en serio? -preguntó el Hombre.

-¡Claro que sí! -exclamó Méladriel con la ternura de una niña pequeña.

-Pero debemos irnos, tarde o temprano -dijo Sergail.

-Entonces prométanme que volverán algún día a Verdelheid -pidió la joven mientras miraba el rostro de Sergail.

-Claro que volveremos -respondió Sergail reflejando la mirada gris de Méladriel.

-La verdad, no creo -dijo Arcalón.

Entonces Méladriel volteó a mirarlo, mas no se asombró, pues se había acostumbrado a la seca sinceridad del Hombre. -¿Por qué? -preguntó.

-Tengo a mi hermana Almond a menos de medio día caminando desde Metys, y en todos estos años la he visitado poco porque mis obligaciones no me han dejado. Ahora imagínate el venir hasta aquí -respondió Arcalón.

-Sólo prométeme entonces que harás el intento de venir a visitarnos -insistió Méladriel.

Entonces a Arcalón le empezó a fallar la lógica, y se sintió confundido, algo que pocas veces pasaba. –Lo intentaré -dijo titubeante.

-¿Y tú, Sergail? -preguntó Méladriel.

Sergail respondió: -¡Claro que lo intentare! Bueno, si mi jefe me lo permite-. Entonces miró a Arcalón.

Arcalón sonrió en ese momento. -Entonces ambos lo intentaremos -dijo con alegría.

-Tengo hambre -dijo Méladriel de un momento a otro. Y todos tres soltaron una carcajada por el comentario fuera de contexto. –Voy a comprar algo, ¿desean que les traiga algo de comer? -preguntó-. ¿Quizás una tortilla de maíz?



-Una para mí -dijo Sergail.

-Para mí otra -dijo Arcalón.

Méladriel sonrió y asintió. -Entonces ya vuelvo -dijo sonriente y, dando media vuelta, salió del parque.

-Méladriel es hermosa -dijo Sergail a Arcalón, que seguía entre la sombra.

Arcalón dudó entonces. Calló por un momento y después miró hacia el cielo. Una brisa fría le acarició la cara, mientras Valen y Halen se asomaban a los lados de la Dama de la Noche, refulgiendo como botones de plata. Entonces dijo: -Es un regalo de las estrellas. La respuesta asombró a Sergail, pues era una respuesta profunda que en verdad no esperaba.

-Una estrella nos sacó del feudo, nos dio estudio y gloria, nos dio todo, y ahora nos trajo hasta acá -añadió. Entonces bajo de nuevo la mirada.

Sergail entendió entonces los sentimientos de Arcalón, y dijo: -Méladriel es hermosa, y por eso entiendo que esté enamorado de ella.

Arcalón enmudeció entonces. -¿Se nota mucho? -preguntó tartamudeando.

Sergail entonces sonrió. -Por lo menos yo lo veo claro.

En ese momento llegó Méladriel. -¿De qué hablaban? -preguntó mientras se sentaba al lado de Arcalón y le pasaba una de las tortillas.

-De lo que las estrellas nos han dado -respondió Arcalón que, mirando con profundidad los ojos grises de la joven, se llevó la tortilla a la boca sin decir más.

42

Después de esa noche, Arcalón y Méladriel empezaron a hablar con más frecuencia, pues ambos sentían que el tiempo se acababa. Sergail intentaba dejarlos solos en cualquier oportunidad, y en vez, se iba de parranda solo cada vez que podía, conquistando a una que otra Mujer. Entonces Arcalón empezó a darle presentes a la joven, y Méladriel empezó a prestarle especial atención; incluso empezó a cocinar para él con más detalle (pues para Méladriel la cocina era una muestra de afecto).

Las excursiones de la pareja empezaron a ser más seguidas, y a menudo iban a las colinas de Verdelheid a ver el dorado atardecer. Arcalón empezó a enseñarle todo lo que había aprendido en la universidad: Historia, geografía, matemáticas, ingeniería, etc. En cambio, Méladriel le enseñó a cocinar, a tocar violín y a escribir con caligrafía cursiva, pues la letra de Méladriel era hermosa (de esto quedaron varias evidencias, pues años después se expusieron algunas de sus cartas en varios museos).

La pareja se quedaba hablando hasta altas horas de la noche, entre libros y la luz de la chimenea. Y con el tiempo se volvieron inseparables. Cada vez que salían Méladriel se aferraba al brazo de Arcalón o el Hombre la llevaba de la cintura.

Pero esto no era en verdad de importancia para la misión (aunque sí en eventos posteriores). Londrake permanecía vigilante, y a menudo iba a los cafetales para preguntarles a los campesinos sobre sucesos extraños. De esta forma supo que un animal salvaje estaba matando algunos de los animales de las granjas norteñas. Londrake pidió



Juan Esteban Peláez

ver los cadáveres, y por las mordidas y la extrema violencia ejercida contra las presas, el Mago supo de inmediato que el Híbrido estaba cerca.

Londrake, ahora alerta, no permanecía en el hogar de Alora. En vez, realizaba largas guardias para cazar al Híbrido y arrebatarle la Estrella de Jores. El Mago estaba en verdad ansioso, pues sentía que su misión terminaría pronto, y por fin volvería a su amado obelisco, en Tirendel, ahora muy lejos, al oriente, sobre los Acantilados.

Mas el tiempo pasó y el Híbrido no apareció. Los días neblinosos pasaron, uno tras otro, y con las horas se esfumaba el pensamiento de Londrake de volver rápido a su hogar. Cada día volvía con algunas monedas de oro, ganadas haciendo trucos en la calle, para ayudar a Alora; pero llegaba sin ganas, cabizbajo y aburrido.

Uno de esos tristes días, Londrake venía sobre su caballo blanco a paso lento por una de las calles principales, cuando encontró a Arcalón hablando con un Hombre encapuchado, barbado y corpulento. Su rostro limpio lo delataba como un Hombre de buena condición económica, y sus ojos era cafés, al igual que su cabello y su barba. Londrake no conocía ese rostro, pero le pareció inquietante.

Arcalón, apenas vio a Londrake sobre el caballo, despachó al Hombre; y el encapuchado, asintiendo como agradecido, escondió su rostro en la capota y se alejó como si no quisiera ser visto.

-¿Quién era? -preguntó Londrake mientras miraba cómo el extraño se alejaba.

-Es un Hombre que está al tanto de la situación del asesinato del Hombre de Viento -respondió Arcalón-. Dice que la Bruja no ha confesado, pero que los jueces están seguros que ella es la culpable. Me preocupa una cacería de Brujas -añadió.

-¿Por Méladriel? -preguntó Londrake.

Arcalón lo miró extrañado. -Méladriel no es una Bruja -dijo-. Por lo menos no la he visto hacer un truco.

-¿Y acaso has visto algún truco hecho por Alora? -preguntó Londrake.

Arcalón buscó en sus pensamientos, y meneó la cabeza.

-De hecho -añadió Londrake-, ¿has visto alguna Bruja en acción?

Y Hombre volvió a menear la cabeza. -No, señor -respondió.

-Pero dime, ¿Méladriel a veces predice algún evento? Como por ejemplo mira a algún sitio antes de que algún acontecimiento pase, como un accidente o algo semejante.

Arcalón hizo memoria, y recordó que varias veces Méladriel parecía anticiparse a los acontecimientos. Entonces asintió. -Si tiene esos poderes -admitió.

Londrake sabía que Arcalón decía la verdad sobre el desconocido, pero también sabía que no era toda la verdad. Entonces vio un pequeño emblema sujeto al brazo derecho de Arcalón, un caballo encabritado de color rojo, lo que lo identificaba como Jinete Escarlata. Londrake le había pedido a Arcalón que no lo utilizara, pues debían pasar desapercibidos.

-¿Y ese emblema? -preguntó el Mago con el ceño fruncido-. Pensé que te había pedido que no lo utilizaras.

-Lo sé -dijo Arcalón apenado. Entonces se lo quitó y se lo guardó en el bolsillo. -Lo siento -dijo cabizbajo.

Londrake sabía que ese extraño de capota no era un simple delator; pero sabía que no le sacaría información a Arcalón. Además, lo tenía más preocupado las noticias provenientes de los Picos Rojos: Tartanos había visto desde las caras más altas y australes



Juan Esteban Peláez

de los Picos Rojos que los ejércitos de Falheid se movilizaban hacia el norte, hacia el Salto Azul y sobre los puentes del río Nev, al mando de Lev y Édoret, dos de los cinco Jinetes Escarlatas. Además, Londrake temía que el Híbrido se le hubiera escapado, pues ya los ataques al ganado habían desaparecido.

-Vamos, debemos ir a casa -dijo el viejo a Arcalón, mientras, pensativo, miraba que el joven parecía estar invadido por una extraña alegría, como si el extraño le hubiera traído buenas noticias. Y con una sonrisa esbozada, el alegre Hombre caminó al lado del caballo del Mago por las calles empedradas y pendientes, hasta llegar a casa.

43

Cuando llegaron a la casa, Alora se apresuró a darle las nuevas noticias a Londrake.

-Un águila moteada vino con un mensaje -dijo apresurada-. Un águila jamás había venido, pues las águilas y las Brujas no tenemos buenas relaciones a causa de las nigrovelas.

-¿Las nigrovelas? -preguntó Arcalón.

Pero Londrake le hizo un ademán de silencio. -Después te explico -dijo, y dirigiéndose a Alora preguntó: -¿Qué traía el águila?

-Un mensaje de los Picos Rojos -respondió la anciana.

En ese momento llegaron Méladriel y Sergail, que habían estado hablando en el patio trasero.

-¿Tienes el mensaje? -preguntó Londrake.

Pero Alora meneó la cabeza. -El águila no quiso entregarme el mensaje. Aunque nada le entendí, pues no hablo la lengua de las aves, me hizo saber que el mensaje era urgente, y sólo para tus ojos. Me señaló tu sombrero y después miró hacia el campanario de la iglesia de Villa Luz.

Entonces Londrake asintió y, sin siquiera tomar su sombrero, se apresuró a salir de la casa y montar su caballo. Arcalón y Sergail también salieron a correr tras el Mago.

-¿Qué sucede? -preguntó Méladriel a la anciana.

Alora se sentó lenta y trabajosamente en un sillón, y dijo: -Parece ser que la estrella ha aparecido de nuevo, y que el Híbrido se le ha escapado de nuevo a Londrake.

Londrake salió de Villa Ángel a todo galope, seguido por los jóvenes y causando un verdadero alboroto en la pacífica villa. Cabalgaron a raudo paso por las calles más planas de Verdelheid para no arriesgar a los caballos a una caída, y llegaron en menos de diez minutos a la iglesia de Villa Luz. La iglesia, aunque pequeña, era imponente: Dos pináculos escalonados coronaban la edificación, y amplios ventanales se abrían como ojos coloridos mirando hacia todas direcciones, con arcos en punta y bien labrados.

Pero Londrake a nada de esto puso atención, pues sus ojos se enfocaban en el campanario de la iglesia. Se apeó con rapidez y les dijo a los jóvenes: -¡Cuiden los caballos!-. Subió corriendo las escaleras sin prestarle atención al guardia de la iglesia, y llegó al empolvado campanario repleto de telarañas espesas y uno que otro madero apilado en un rincón.

Sobre uno de los soportes de las tres campanas reposaba un águila majestosa que se mostraba altiva. El ave, de pecho dorado, plumas cafés y moteadas de blanco, miró al Mago con detenimiento, y al reconocerlo pareció descansar.

-¿Es verdad que tienes noticias de los Picos Rojos? -preguntó Londrake al ave.



Juan Esteban Peláez

El águila permaneció con la mirada fija en los ojos del Mago, y emitió un pequeño sonido. Entonces mostró su garra, y entre sus uñas negras había un pergamino con una cinta roja. Londrake extendió la mano y el águila se lo entregó, y sin más, el ave abrió sus alas y emprendió vuelo hacia el cielo lleno de estrellas, levantando un poco de polvo.

Londrake leyó rápidamente el pergamino y sintió un frío temor en su ser. Entonces se apresuró a bajar las escaleras, salió de la iglesia y de un salto montó su caballo. Los jóvenes permanecían en silencio, asombrados y un poco temerosos.

-¿Qué sucede? -preguntó Arcalón.

Pero Londrake nada dijo, y en vez, salió a todo galope hacia el sur, dirección contraria a Villa Ángel.

-¿Qué sucede, Londrake? -preguntó Arcalón de nuevo, mientras tomaba apresuradamente las riendas e intentaba alcanzar al Mago, que ya les había tomado algo de ventaja.

Sergail, que era mejor jinete que Arcalón, logró posarse al lado de Londrake, que iba apresurado y con la mirada puesta en la calle. ¿Qué sucede? -preguntó Sergail en medio del monótono sonido de los cascos chocando contra las losas de la calle.

-Esta vez lo atraparé -exclamó Londrake furioso, más que nunca. El galope de los caballos causaba en verdad estruendo en la calmada ciudad, y muchos aldeanos se alejaban de inmediato al ver la furiosa cabalgata. Y, de esta forma, descendieron algunas pendientes y salieron por el portón sur de la ciudad.

Sin saber nada, y con la noche creciéndoles al frente, los jóvenes siguieron con mucho esfuerzo el paso del Mago, que, sin importarle nada, se metía por entre algunas parcelas y algunos espesos sembrados.

-¡¿Qué sucede?! -exclamó Arcalón desde la parte de atrás de la marcha-. ¿Acaso apareció el Híbrido?

-¡Esta vez no se me escapará! -gritó Londrake desde adelante, mientras su capa flameaba con el viento pasajero y frío, y mientras rasgaba con su galopar la bruma creciente.

-¿Y dónde está? -preguntó Sergail, que entrecerraba los ojos a causa del viento cortante.

-Va hacia Pimera -respondió Londrake con presura-. Debo atajarlo antes que llegue allí, pues si llega a ese pueblo podrá cruzar el Bosque de Pinos Rojos y después la Cordillera de Volcanes, y lo perderé para siempre -añadió mientras salía a un claro pendiente.

Ya Sírel alumbraba en el cielo cuando los tres encontraron los vestigios de una hoguera y un lagarto a medio comer clavado en una pequeña rama. Londrake se apeó de un salto y examinó las huellas. No era frescas, pero eran claras para él.

-Nos debe llevar como uno o dos días de ventaja -aseguró el Mago-; pero va a pie, y nosotros a caballo -añadió mientras saltaba de nuevo y se montaba en su caballo. Y de inmediato siguió su fatigante y apresurada marcha.

Subieron y bajaron colinas una y otra vez, durante toda la fría y agotadora noche. Arcalón y Sergail no se habían preparado para la persecución, y ahora eran lacerados por el inclemente frío, y a menudo sus estómagos se retorcían en dolorosas contracciones a causa del hambre. Pero seguían el paso del Mago sin quejarse.

Durante el día siguiente se dedicaron a bajar cuesta tras cuesta, cruzando uno que otro poblado, pero sin detenerse siquiera a beber agua. Los caballos ya jadeaban y se sentían agotados por la fatigosa marcha; pero Londrake no permitía un solo descanso, y llevó a



Juan Esteban Peláez

los caballos al extremo. Sólo se detuvieron en un poblado para preguntar sobre el ganado, y allí le dijeron lo que ya sabían.

-Sí se han perdido algunos animales -dijo un campesino-. No sabemos qué...

Pero Londrake no lo dejó terminar, y salió a todo galope de nuevo. Y tras él, los aturdidos jóvenes, que ya mostraban el cansancio en sus rostros.

Cayó la noche, y se detuvieron sólo dos veces para que Londrake examinara unas huellas.

-Estamos cerca -aseguró el Mago.

-¿Del Híbrido? -preguntó Arcalón.

Pero Londrake no respondió y, montando su caballo, añadió como hablándose a sí mismo:

-Hoy acabaré la misión.

Y llegó el día entre colinas, y otra noche, y otro día; todos agotadores. Los caballos no daban más y los jóvenes ya no podían aguantar el hambre y el cansancio; pero Londrake estaba empeñado en seguir adelante y capturar al Híbrido antes de llegar al poblado de Pimera, ahora a menos de dos días de rápido galope.

Al atardecer de esa jornada, Londrake se detuvo de súbito en medio de la senda que seguían, se bajó del caballo y miró el suelo, después levantó la cabeza y miró hacia los árboles circundantes, y miró las colinas aledañas, y se sentó por un momento en una piedra gris que había al lado de la senda, en medio de los árboles a la derecha del camino. Arcalón y Sergail también se apearon, jadeantes y con las espaldas destrozadas.

-¿Qué sucede? -preguntó Arcalón con más calma.

-Las huellas del Híbrido desaparecieron -dijo el Mago-; lo que indica que ya lo hemos pasado.

-Pero no lo vimos -dijo Sergail.

-Pero él sí a nosotros -aseguró Londrake.

-Lo que indica que lo sobrepasamos en la oscuridad de la noche. Él nos vio, pero nosotros no -aclaró Arcalón a su amigo.

-¿Y ahora? -preguntó Sergail.

Entonces Londrake suspiró, como intentándose dar fuerzas, volvió a montar su caballo, y volvió con lentitud por el camino, examinando las huellas. Los jóvenes también lo hicieron. Y antes de que la noche estuviera bien entrada, Londrake, que tenía mejor vista nocturna que los Hombres, vio que del camino se desviaban las huellas hacia unas arboladas algo estéril. Entonces Londrake levantó la mirada y vio una colina pedregosa no muy lejos, y sonrió.

44

Londrake, sin decir una sola palabra, guio al caballo directamente hacia la pedregosa colina por entre las arboladas, ahora deformadas por las crecientes sombras de la noche. Arcalón y Sergail lo siguieron, ahora con un paso más cauto. Cuando ya estuvieron a las laderas de la colina, Londrake se apeó y empezó a subir cuesta arriba, agazapado y empuñando su vara con fuerza, ocultándose entre la alta hierba. El Mago siempre tenía su vara, pues era su arma, y esa noche no era la excepción.

Cuando Arcalón y Sergail llegaron a las laderas, vieron que Londrake había desaparecido en la mitad del ascenso, oculto por la oscuridad y la hierba. Así que se apearon con



Juan Esteban Peláez

cuidado y esperaron allí, entre el pasto frío y el viento pasajero que les acariciaba los rostros y las ropas.

El Mago, con el frío viento golpeándole la cara y meciéndole la blanca barba, llegó a una pequeña explanada de piedra; y se agazapó aún más al llegar allí, pues escuchó, en medio de la oscuridad, una agitada y silbante respiración. Londrake lanzó una sigilosa mirada hacia la explanada e intentó divisar algo, hasta que lo logró: En el rincón izquierdo de la cima, agazapada y encogida como un perro apaleado y temeroso, era visible una silueta negra semejante a la de un Nomo. La silueta se recortaba por un pequeño destello de luz blanca emitido a la fuerza desde el cielo nocturno.

En ese momento Londrake sintió vértigo, pues después de tantos años por fin tenía a la vista al mismo ser que había visto escapar de la Tierra de las Brujas. Por fin podría tener la Estrella de Jores y acabar con su misión, y por fin volver a su hogar y olvidar su fatuo alrededor.

Mas sabía que arrebatarle la estrella al Híbrido no sería sencillo, pues el Nomo podía considerarse como un felino: Entre más acorralado más peligroso. Además, Londrake bien sabía que el enemigo ya sabía de su presencia, y que estaba dispuesto a morir por defender su majestuoso botín.

Y, sin más, Londrake emergió de la hierba y saltó a la pequeña explanada rocosa, con su vara en alto y una mirada furiosa. Y, casi de inmediato, el Híbrido, amparado por las sombras del risco, intentó escapar lanzándose ladera abajo, entre la maleza y con la estrella en sus manos.

Londrake, temeroso de un escape, no lo pensó dos veces para lanzarse entre la maleza, cuesta abajo, siguiendo al Nomo. Y cuando estuvo al alcance, Londrake lanzó con su vara un fulminante rayo purpúreo que quemó los ramajes e iluminó la colina. Este destello de púrpura fue divisado por Arcalón y Sergail, que no estaban muy lejos.

Sin embargo, el conjuro no golpeó al Híbrido, que siguió descendiendo por la ladera, intentando perder al Mago. Londrake, cuando lo vio de nuevo entre la maleza, lanzó de nuevo su conjuro eléctrico, pero esta vez, aunque no impactó al Híbrido directamente, logró aturdirlo y hacerlo caer de bruces sobre un guadal que se había formado por la humedad del aire.

Entonces Londrake se acercó con cautela, con la vara al frente y con el corazón acelerado, hasta estar cerca del enemigo. Sólo entonces lo examinó: Aunque tenía rasgos de Nomo, como orejas puntiagudas, nariz de arco prolongado y ojos amarillentos y diamantinos, era muchísimo más corpulento que un Nomo normal, y no era patizambo ni encorvado.

Londrake permaneció mirando al Híbrido por unos instantes, dudando de la condición del ser y esperando alguna respuesta. Estaba temeroso, pues sabía que el Híbrido era peligroso y violento. Así permaneció por algunos segundos, esperando cualquier movimiento. Y, al no ver ninguno, estiró la mano para tomar la estrella, que no estaba muy lejos del Nomo.



Juan Esteban Peláez

Entonces el enemigo desenvainó con una velocidad tremenda, y blandió su curva y oxidada espada hacia la cabeza del Mago. Londrake, que era de rápidos reflejos, dio un salto hacia atrás, evitando el ataque. Pero el Mago no alcanzó a tomar la joya; así que el Híbrido la tomó e intentó correr de nuevo. Pero Londrake lo detuvo golpeándolo con su vara en la parte posterior de la cabeza, haciéndolo caer maquinal al suelo y haciéndolo soltar de nuevo la estrella.

En ese momento el Mago tomó la joya, que estaba en el interior del jarrón de barro ahora medio partido. Pero el Híbrido se levantó de nuevo y empezó a blandir su espada de un lado a otro, chillando y atacando a Londrake con una furia bestial. Londrake se apresuraba a dar saltos hacia atrás, intentando trepar la resbaladiza ladera para evitar los tajos del enemigo. Y, como si de repente despertara, rompió lo que quedaba del jarrón con su vara, y por fin la estrella se dio a relucir, emitiendo un destello enceguedor y blanco como el de la Dama de la Noche.

Este destello hizo que el Híbrido perdiera la vista casi de inmediato. Y Londrake, esforzando las pupilas para no quedar ciego a causa de la pálida luz, logró apuntar al Híbrido con su vara y fulminarlo finalmente con un tercer destello de luz. El cuerpo del Nomo cayó al suelo como un saco de negra carne, humeante y emitiendo un fuerte olor.

Sólo hasta que Londrake escuchó caer al Híbrido, cubrió la Estrella de Jores con la parte baja de su manta, ahora mojada y empantanada. Así pudo ver de nuevo su alrededor, aunque esta vez con muchísima más claridad. Allí vio al Híbrido humeante y sobre el lodazal entre la maleza, y por fin suspiró y respiró. No se había sentido tan tranquilo desde que había iniciado la misión; pero ahora respiraba una paz inmensa, como si hubiera entrado a un sopor relajante.

Poco después llegaron los Hombres, deslumbrados y atónitos por el brillo que habían visto después de los dos destellos de luz púrpura. Mientras los jóvenes subían la ladera en dirección a los destellos, vieron incrédulos una potente y fuerte luz pálida que cubrió todo de blanco, haciendo desaparecer por un momento los árboles y las elevaciones. Por un instante los jóvenes no vieron más que el color blanco, como si de súbito hubieran perdido la vista; pero el golpe de luz no los afectó mucho, pues todavía estaban a una distancia prudente. Después habían visto un pequeño brillo purpúreo entre el blancor súbito, y después todo había vuelto a la normalidad, aunque ahora más claro.

-¿La tienes? -preguntó Sergail antes de ver el cadáver del Híbrido tendido entre el barro. Londrake tomó algo de lodo y cubrió la estrella para que la joya no emitiera tanto brillo.

-La tenemos, mis queridos muchachos -dijo Londrake con una inmensa alegría.

Mientras cubría la joya de barro, Arcalón y Sergail no dejaban de verla, maravillados e incrédulos de estar viendo una estrella tan cerca. Era casi imposible creer que la estrella estuviera frente a ellos, emitiendo sus brillos glaciales y pálidos. Y todos tres sintieron una extraña calma, como si de repente el mundo del rededor se hubiera dormido. Y así permanecieron por largo rato, aletargados, con la mirada fija en los destellos blancos que alcanzaban a salir de entre el barro e iluminaban los árboles y los matorrales circundantes, restándole importancia al Híbrido muerto, y al frío, y a la bruma inclemente. Incluso olvidaron el hambre, la fatiga y el sueño.



Sin discutirlo mucho, los tres siguieron hacia el sur después de recuperar la Estrella de Jores, pues el poblado de Pimera estaba más cerca que Verdelheid. Al salir sin provisiones, Arcalón y Sergail tuvieron que aguantar el hambre y el frío de sus mojadas vestimentas. Sin embargo, no se quejaron con el Mago, que parecía más tranquilo.

Anduvieron a trote lento durante una jornada, hasta que entre colinas y valles verdes divisaron el brillante Bosque de Pinos Rojos, la frontera austral de Falheid. El bosque se extendía hasta donde la vista alcanzaba, subiendo cada vez más a lo lejos. El rojo de los pinos parecía lustroso, despuntando el cielo mañanero como lanzas escarlatas contra un manto azul y blanco. Y a sus lindes estaba Pimera, una aldea no muy grande y pacífica.

Londrake y los jóvenes descendieron las colinas boscosas hasta llegar a la planicie donde se erguía Pimera. Y cuando entraron al poblado se robaron la atención de todos los aldeanos, que no estaban acostumbrados a ver Magos. Londrake ya había escondido la estrella en una bolsa de cuero grueso que no permitía ver los destellos.

En Pimera no se quedaron mucho tiempo, pues Londrake estaba apresurado. El pensamiento de tener uno de los Seis tras él lo atemorizaba, y sabía que lidiaría con dos de esos Demonios si Tartanos caía antes de que la estrella fuera entregada a los Dacones. Así que mandó con dos azulejos el mismo mensaje, uno a Tartanos y otro a Arus, en la Tierra de los Magos. Después de hecho esto, se retiró de nuevo a Verdelheid; con ropas nuevas y buenas provisiones.

Cabalaron rehabilitados por cuatro días entre las campiñas hasta llegar de nuevo a las elevaciones de la Ciudad Nublada. El cambio de temperatura se hizo notorio, pues en Pimera el aire era cálido a causa de la cercanía a la Muralla de Volcanes, mientras que en Verdelheid las elevaciones eran lamidas por fríos vientos.

Cuando llegaron, Ahora ya tenía varios mensajes para Londrake, unos de los Picos y otros de las Tierras de los Magos. Arus decía que a Verdelheid se dirigía Algar, Mago en jefe de la Orden Azul, para recoger la estrella. Tartanos, por otra parte, decía que ya estaba muy débil, y que Lioric ya movilizaba tropas a sus puertas, desafiándolo. También hablaba sobre los Hombres de las Islas que se preparaban a reconquistar Kamea y el Castillo de Cristal, y de las tropas de Facet que marchaban hacia la garganta del Salto Azul dispuestos a ayudar a Alheid. Había pasado lo que todos esperaban: El Agua y la Tierra se juntaban para apagar el Fuego. Tartanos también aseguraba que Lioric ya se preparaba para defenderse de Norad, el nuevo Almirante del Imperio del Agua. Ya Veret, emperador de Alheid, había sido destronado en una guerra civil por una aparente hechicera que muchos aseguraban era una de las hijas de la Dama de la Noche (aunque no era cierto). Los Magos y los Dacones la conocían como Melina, pero los Hombres la llamaban ahora la Majestad de las Aguas. Y la Majestad tenía dos poderosos guerreros bajo su mando: Norad y Égorad; dos marineros diestros y valientes que clamaban por la cabeza del emperador Lioric. La invasión desde las aguas había empezado. El Mago Blanco presagiaba malos augurios.



Juan Esteban Peláez

Mas la orden para Londrake era permanecer en Verdelheid, cuidar la estrella y esperar a Algar. Esta orden no incomodó para nada al Mago, pues deseaba quedarse en Verdelheid por más tiempo, por lo menos mientras el caos tomaba el norte de Falheid. El Mago deseaba mantener a los jóvenes lejos del terror, y Verdelheid era una buena opción.

46

Los días pasaron, y los meses, de nuevo. Las noticias llegaban cada vez más vagas a Verdelheid. Aunque las noches en la ciudad eran calmadas, más al norte eran un verdadero caos. Muchas vidas se perdieron en esos meses, finalizando así miles de historias. De todo esto se habían salvado Sergail y Arcalón, que en vez de blandir espadas y cubrirse con escudos, y de cabalgar y ensuciarse de barro, hollín y sangre, disfrutaban de la compañía de la dulce Méladriel.

A menudo, los tres jóvenes salían a pasear, olvidando casi siempre los fatuos acontecimientos que los rondaban, y que tarde o temprano los inmolaban; esto lo sabían los tres. Aunque en Verdelheid nadie conocía la importancia de Arcalón y de Sergail, ya se rumoreaba sobre ellos en Villa Ángel.

Por otra parte, a Londrake le inquietaba la actitud de Arcalón. A menudo, el Hombre salía solo, sin avisar a dónde iba ni con quién se iba a encontrar. Londrake lo siguió varias veces y lo vio hablando con varios Hombres. Arcalón hablaba con un hombre en especial: El encapuchado que Londrake había visto la otra vez. Este desconocido parecía ser informante; pero el Mago dudaba de él.

La situación, aparte de estos curiosos y extraños acontecimientos, era relativamente tranquila y sin ningún percance. Pero todo cambió el 7 de enero del año 206 de la Nueva Era. Esta vez quien recibió noticias fue Alora. La anciana fue alertada por un cuervo proveniente de la Tierra de las Brujas, enviado por la reina Dínadel. La nota era breve y causó pánico:

- “¡Huyan de Verdelheid!” -.

47

No sólo Alora recibió la nota; los cuervos, amparados por la noche, sobrevolaron toda Verdelheid durante esa noche y se posaron en todos los techos que guardaban alguna hechicera. Pero los cuervos llegaron tarde, pues tras ellos llegaron gallardos cóndores montados por embravecidos soldados de armaduras grisáceas y relucientes bajo la Dama de la Noche. Muchos de esos soldados tenían sus lanzas en alto, y muchos otros estaban armados con arcos.

Después de varios meses de debates y discusiones sobre el asesinato de un Hombre de Viento por parte de una Bruja, se había dictado sentencia: La Bruja era culpable. Pero no sólo a esa conclusión se había llegado: Los Hombres de Viento clamaban todas las cabezas de las Brujas de Verdelheid. Al haber casi mil quinientos habitantes de Viento en



Juan Esteban Peláez

Verdelheid, el consejo de la ciudad no pudo hacer más que aceptar el clamor. Además, Lioric deseaba al Imperio de Viento como aliado, y por lo mismo decidió sacrificar unas cuantas Mujeres en cambio de tal alianza. De esta manera se inició la Cacería de Brujas de Verdelheid.

Las sombras de los cóndores bañaron los techos de la Ciudad Nublada, y cada que podían mataban a picotazos o con sus garras a los pequeños cuervos. Por lo mismo, la noche se llenó de graznidos espantosos que acallaron las estridentes campanas de las iglesias que anunciaban la cacería.

Arcalón y Londrake se apresuraron a mirar por la ventana, y allí vieron varias siluetas de alas poderosas recortadas en el cielo nocturno. Y en ese momento las Brujas respondieron, y algunas valientes se apresuraron a luchar. Entonces Arcalón vio cómo tres enormes monstruos de alas negras, picos grandes y cabezas rojizas, emergieron de la ciudad y se apresuraron a atacar con sus zarpas a los cóndores. Las tres aves, montadas aparentemente por Brujas encapuchadas, tenían cabestros oscuros de acero, y en sus garras parecían tener guantes de hierro.

-¡¿Qué horribles monstruos son esos?! -exclamó Arcalón temeroso, pues la imagen nocturna era en verdad espantosa.

-Son nigrovelas, el equivalente de los cóndores para las Brujas -respondió Londrake con la mirada fija en las aves, que poco a poco eran rodeadas y hostigadas por los cóndores. Las Brujas intentaban defenderse con flechas, pero eran más las flechas que las atacaban que las que lograban lanzar. Y así, casi tan rápido como empezó la escaramuza, terminó: Las nigrovelas y las Brujas cayeron presas de flechas y venablos, desgonzándose y cayendo sobre los tejados.

-¡¿Qué vamos a hacer?! -preguntó Méladriel con un inmenso temor, mientras se aferraba a Alora con fuerza.

-Debes estar tranquila, mi niña -respondió la anciana mientras miraba por la ventana cómo dos Brujas montadas sobre nigrovelas se apresuraban a darle batalla a los Hombres.

-Lo mejor será irnos de aquí -aseguró Sergail, que en verdad sentía temor por el bienestar de las dos Mujeres. Entonces en ese momento sonó la puerta con un golpeteo apresurado. Sergail tomó la espada que guardaba en el cuarto y se apresuró a la puerta. -¡¿Quién es?! -gritó con voz severa.

-Soy amiga de Alora -respondió una voz femenina.

Entonces Alora se acercó a la puerta y la abrió. Allí permanecía una Mujer de unos treinta años, con un capuchón negro enterizo.

-Es mejor que se vayan de aquí, señora Alora, pues unos quince Hombres vienen hacia acá. Los vi subir por la calle principal. Deben estar por llegar -aseguró la Mujer.

Alora, petrificada del miedo, asintió y se dirigió a Méladriel. -Creo que tendremos que irnos a las Tierras de las Brujas, al oriente, con tu hermana -dijo la anciana.

Y Méladriel, que ya tenía algunas lágrimas de miedo sobre sus pálidos cachetes, asintió, temblando y temerosa.

Entonces Londrake y Arcalón llegaron a la antesala con presura. Londrake tenía puesta la manta blanca y Arcalón tenía puesta la armadura completa, incluso la capa, que era larga y suntuosa. Sergail, al ver a Arcalón pareció entender el mensaje sin ninguna señal, y se apresuró a armarse.

-La salida no será nada fácil -dijo Arcalón-; pero ustedes nos han acogido por mucho tiempo, y creo que si las ayudamos a escapar podremos pagarles el favor.



-No es necesario -se apresuró a decir Alora.

-Lo queremos hacer -dijo Londrake de inmediato.

Entonces Arcalón se acercó a Méladriel, miró su rostro empapado y, con gran ternura, le secó las lágrimas. -No llores, que todo va a salir bien -dijo mientras el tintineo de las campanas se hacía cada vez más estrepitoso en la calle.

Méladriel asintió y se apresuró a abrazar a Arcalón. -No quiero que te pase nada -dijo mientras se aferraba con fuerza al cuerpo del joven.

-Nada le va a pasar a nadie -dijo Arcalón con extrema tranquilidad.

Entonces el Mago miró al joven, pues le extrañó el raro el tono de voz. De nuevo Arcalón se había cerrado de nuevo a la vista astuta del Mago. Londrake no supo en verdad qué pensaba Arcalón en ese momento, y no supo el porqué estaba tan tranquilo. Ni siquiera él mismo podía tranquilizarse, y ya era un Mago viejo y experimentado.

Entonces, de repente, una flecha se clavó en la puerta, cerca de Alora. La anciana retrocedió por acto reflejo, y la vecina salió a correr cuesta arriba. En ese momento Méladriel lanzó un grito de pánico y se aferró de nuevo a Arcalón, buscando protección.

Y, furiosos como Demonios en tropel, cinco Hombres de armaduras grises y cascos con penachos blancos entraron a empujones a la casa, llevándose por delante a Londrake y sujetando a Alora con violencia del cabello canoso. Entonces la hicieron arrodillarse frente a uno de los soldados, que templó el arco que llevaba, poniéndole la punta de la flecha en la frente a la anciana.

-¡No! -gritó Méladriel entonces, y saliendo de detrás de Arcalón, se apresuró a empujar a uno de los Hombres. Aunque Méladriel era bajita de estatura, y de ademanes muy delicados y tiernos, sacó en ese momento una fuerza sobrehumana, y logró tumbar al Hombre corpulento de un solo empujón.

El Hombre le lanzó varias ofensas, lo cual irritó a Arcalón, que, furioso, desenvainó su corta espada y la mostró a Hombre en el suelo. Entonces todos los soldados de grises armaduras se fijaron en la vestimenta de Arcalón y se detuvieron.

-¿Quién es usted y por qué ostenta esa armadura? -preguntó uno de los soldados.

-¡No importa quién sea! -exclamó el Hombre del arco, que olvidando a Alora por un momento, se apresuró a apuntarle a Arcalón al rostro.

Arcalón sintió vértigo en ese momento, pero al ver que el Hombre dudó en disparar, fue él quien se apresuró a atacar, y blandiendo la espada alcanzó a golpear el arco. La flecha alcanzó a salir disparada, pero en nadie se clavó.

Al ver el arco vacío, el soldado lo soltó y se apresuró a lanzarse con una furia bestial hacia Arcalón, golpeándolo con sus puños y sus piernas. Y Arcalón le respondió de la misma manera, mientras le lanzaba una que otra injuria.

En ese ínterin, Méladriel, aterrada, ayudó a levantar a Alora y la llevó fuera de la antesala, donde estaba Sergail. Todo esto pasó en sólo segundos.

Al ver la fiereza de Arcalón, dos de los Hombres se apresuraron a golpear a Ajedrecista. Mas Arcalón poco sentía los golpes, pues tenía una armadura gruesa, y blandía su espada a diestra y siniestra, alejando a los atacantes.

Londrake se repuso, y cuando se apresuró a ayudar a Arcalón se escuchó una voz seria, tan seria y severa que los soldados se alejaron y callaron, y la violenta confrontación se detuvo, dejando todo en un extraño silencio; dejando de nuevo el tintineo de las campanas, la nariz rota de uno de los soldados, un arco vacío, una mesa de vidrio quebrada, dos muebles tumbados, dos copas rotas y una flecha clavada en la puerta de la casa de Alora, sobre la calle principal de Villa Ángel.



Sergail había permanecido adentro, cuidando a Méladriel y a Alora, pero cuando ya no escuchó gritos y golpes, se inquietó y lanzó una tímida mirada por entre la cortina negra que separaba la antesala de la sala. Entonces vio que habían llegado diez Hombres más, soldados gallardos de Velheid, de capas grises y penachos blancos sobre sus cascos. Mas había uno que ostentaba una capa blanca y brillante, y tenía una armadura muy semejante a la que cubría a Arcalón: Hombreras gruesas y grandes, peto repujado, capa y un carcaj lleno de flechas de plumas blancas.

-¿Qué sucede aquí? -preguntó el soldado de capa blanca.

Entonces los cinco Hombres se apresuraron a hincarse. Y uno de ellos señaló a Arcalón.

-¡Ese desgraciado está defendiendo a las dos Brujas que viven aquí!

Entonces el aparente capitán miró a Arcalón, y al verle las hombreras grandes con el emblema de corcel grabado, abrió los ojos, sorprendido. -Hay sólo dos posibilidades -dijo el capitán-. O usted es muy valiente y logró matar a un Jinete Escarlata, o Lioric no está empleando a todos sus generales para defenderse; algo que considero debería hacer. Entonces los cinco Hombres que estaban hincados miraron a Arcalón con detenimiento, sintiendo furia y a la vez temor.

-¡Debe ser un simple ladrón! -exclamó uno de ellos con furia.

-Dígame su nombre, por favor -pidió el capitán cortésmente.

-Soy Arcalón de Metys -respondió el joven jadeando a causa de la pelea.

Entonces el capitán no pudo disimular la sorpresa. -¿Es usted uno de los dos generales que invadieron Kamea y el Castillo de Cristal? -preguntó, pues había escuchado las historias sobre la victoria pasada de Arcalón.

Y Arcalón asintió. -Y estos Hombres me atacaron -dijo lanzando una mirada furiosa a los soldados.

-No sabíamos que él era un Jinete Escarlata... -balbuceó uno de los soldados.

-¡Acaso son estúpidos! ¡Acaso no le vieron la armadura y las insignias! -increpó el capitán, que añadió dirigiéndose a Arcalón: -Estos Hombres pagarán su error; lo prometo. Pero tengo un deber, y ese deber es acabar con las dos Brujas que viven aquí.

Arcalón envainó su espada corta y levantó la cabeza, valiente y gallardo. -Entiendo qué es cumplir órdenes -dijo-; pero yo me encargaré de estas dos Brujas.

-La orden fue dada a los soldados de Velheid -dijo el capitán.

-Sus Hombres me atacaron, y para no formar un conflicto mayor olvidaré esto; siempre y cuando deje a estas dos Mujeres en paz. Ellas están bajo mi protección, y si es necesario hablaré con Lioric. Aunque ustedes quieren ser los inquisidores, sin el permiso del emperador esto sería una declaración de guerra.

Las palabras dejaron sin respuesta al capitán. -Le pido entonces, que llame a las Brujas para poderlas ver -dijo finalmente.

Arcalón asintió y llamó a Méladriel y a Alora. Tras ellas dos salió Sergail, que tenía una mirada envenenada.

Cuando el capitán vio a Méladriel, no pudo disimular el asombro. -Pero si es una joven hermosa -dijo el capitán.

Méladriel todavía temblaba a causa del miedo y de la furia, pero la ternura innata en ella le ganó a su miedo y a su ira. -Pensé que del cielo bajaban Ángeles, y en cambio veo Hombres malos -dijo mientras se secaba las lágrimas en su rostro.



Juan Esteban Peláez

Entonces el capitán se sintió destrozado. –No somos Hombres malos, sólo Hombres que seguimos órdenes -dijo-. Tú debes ser Méladriel -añadió.

Y la joven asintió, cabizbaja. –¿Qué nos van a hacer? -preguntó con la voz todavía quebrada.

El capitán, deslumbrado por la belleza de Méladriel, miró a Arcalón y sonrió. –Entiendo lo que me pide, y por lo mismo lo voy a complacer -dijo-. Ellas estarán bajo la protección de Arcalón, Jinete Escarlata de Metys. Y yo, Ángor de Trimíl, les prometo que ningún Hombre de Velheid las volverá a tocar -y mirando a los soldados añadió: -Y los que osen hacerlo serán castigados.

-Lo agradecemos, Ángor -dijo Arcalón con un enorme alivio en su interior. Todavía respiraba con celeridad y tenía dolor en su cuerpo a causa de la pelea, pero se sentía mucho más tranquilo.

-Estoy seguro que nos volveremos a ver, Arcalón de Metys -dijo Ángor que, dando media vuelta, añadió: -Me gustaría hablar con usted sobre lo que sucede en el norte, creo que debe estar enterado de muchos acontecimientos-. Y sin más, se retiró con sus Hombres.

Durante todo este tiempo, Londrake había permanecido de pie bajo el portón de la puerta, inmóvil y en silencio, mientras las campanas seguían sonando y una que otra silueta alada surcaba el cielo de estrellas rutilantes.

49

Después de tan espantosa y tenebrosa noche, Ángor, Arcalón y Sergail siguieron en contacto. Aunque el tema principal era la guerra, nació entre los tres Hombres una amistad muy fuerte. Ángor, aunque tenía un rango muy alto, también era un joven que rondaba los treinta años, y disfrutaba de la cerveza y el baile de zapateo, el baile más común en Falheid

Ángor estaba muy bien enterado de la situación en el norte: Sabía sobre la invasión de Norad al Castillo de Cristal, el flaqueo de los Picos Rojos y sobre los movimientos de Telheid.

-La guerra acabará sólo hasta que el tesoro sea repartido -aseguró el capitán de Velheid.

-O hasta que los emperadores mueran -añadió Arcalón de manera oscura.

A Londrake no le incomodaba la amistad de Ángor con Arcalón; es más, le asustaba más la amistad de Sergail. También le preocupaba el bienestar de Méladriel y de Alora cuando Algar llegara por la joya, y él volviera definitivamente a su hogar, lejos del mundo de las guerras. Londrake también sabía que Arcalón y Sergail tendrían que irse tarde o temprano a Metys. ¿Qué sería de las dos Brujas?

Por boca de Ángor se enteraron de la toma del Castillo de Cristal por parte de Norad; algo que nadie esperaba. Pero lo más increíble fue que el mismísimo Lioric, emperador de Falheid, fue herido en una pierna por una flecha; esto desmoralizó a los soldados de Fuego por completo.

Después de la toma del Castillo de Cristal, Facet, emperador de Telheid, marchó hacia Kamea, aprovechando que Lioric había enviado a sus dos mejores Jinetes Escarlatas varios kilómetros hacia el norte, hacia los Picos Rojos. Facet lanzó un ataque contra



Juan Esteban Peláez

Kamea y la destrozó por completo con ayuda de una potente arma que Ángor describía como «una tortuga con un brazo gigante», y era llamada por los Hombres de Telheid «Armatón». Ángor la describió como una enorme catapulta protegida por dos garitas móviles bien fortificadas. Y en la parte de abajo, entre las garitas, había un enorme ariete tallado con la forma de un carnero.

-Pronto Lioric necesitará toda la ayuda posible -aseguró Ángor-. Los Areshti, gobernantes de Velheid, aceptaron ayudarlo a cambio de la mitad del tesoro. Parece que Lioric prefiere quedarse con la mitad que perderlo todo.

-Así que irá al norte -aseguró Arcalón.

Y Ángor asintió. -Y creo que ustedes también, pues Lioric no dejará a uno de sus mejores generales inmóvil -añadió.

-¿Uno de los mejores? -preguntó Arcalón.

Y Ángor volvió a asentir. -Es conocido como el Dragón del Bosque, o el Conquistador de Kamea, o el Creador del Muro de Fuego, pues dicen que usted formó un muro de llamas alrededor del Bosque Denso, y después emergió y quemó todo a su paso: Hierba, árboles, carne y huesos. Y dicen que sólo un dragón podría hacer un daño igual.

Arcalón bajó la mirada y sonrió apenado. -Ni siquiera estaba tras el muro -confesó cabizbajo a su amigo.

-Pero formó la estrategia, y eso es lo que importa -respondió Ángor.

-Y la verdad no sé si pueda volver a hacer algo igual -dijo Arcalón.

Entonces Ángor contestó: -Pero creo que tendrá que intentarlo pronto, y creo que será frente a los Picos Rojos.

Ángor tuvo que partir de Verdelheid casi dos meses después de iniciada la Cacería de Brujas. Ángor, después de conocer y hablar con Alora y con Méladriel, no pudo aguantar la congoja que lo roía cada vez que pensaba en el daño que pudo haberles hecho. Por lo mismo, se disculpó una y otra vez con las Mujeres. Incluso les ofreció una casa en las nubes, en Trimíl, capital de Velheid; pero ninguna deseaba irse de Verdelheid.

Los motivos por los que Ángor se fue inquietaron a todos, más que todo a Londrake, que ansiaba que Algar llegara lo más pronto posible. Ángor recibió una llamada de Rub, Guardia Real del emperador de Velheid. La orden era ir de inmediato al norte, hacia la destrozada Kamea. Al parecer, Lioric, con ayuda de los soldados de Velheid, había arrebatado en muy poco tiempo el poblado de Kamea a Facet. Y ahora Lioric se preparaba para sanar su envenenado orgullo y arrebatarse a Norad el Castillo de Cristal.

Lo que más inquietaba era la situación actual: El Mago Tartanos ya flaqueaba en los Picos Rojos y Eleonora ya no podía proteger el tesoro ni a los dragones. Además, Lioric había empezado una rápida contraofensiva en el frente septentrional. Y por esto, no dudaría en ningún momento en enviar a Arcalón y a Sergail al frente. Londrake ya no podría detener la voluntad del emperador, que ya estaba bien enterado de la situación en los Picos Rojos, y ya no necesitaba al Mago Rojo para nada. Todo estaba por concluir: Algar estaba por llegar a Verdelheid por la estrella, el tesoro de los Picos Rojos ya estaba casi sin protección, y Velheid, el Imperio del Viento, ya se había involucrado en la guerra.

Londrake ya había cumplido su misión, pero les había tomado mucho cariño y aprecio a los jóvenes. Ahora él era como un padre para ellos. Habían estado casi doce años juntos buscando la Estrella de Jores, y ahora no podía abandonarlos a su suerte. Él mismo los había metido a la boca del lobo, desde el momento en que los había sacado del feudo de



Juan Esteban Peláez

Came y los había llevado a Metys. Pero, por otra parte, el Mago estaba extenuado de viajar y cansando de sentir miedo, y sólo deseaba volver a su tranquilo obelisco, lejos de la guerra y las aventuras. Sólo deseaba descansar en medio de los árboles, los arroyos y los animales que vivían en el Bosque de Tirendel. Él ya había cumplido con su misión, que se había tornado más difícil de lo que había pensado; y no deseaba hacer nada más. Su misión inicialmente debía demorar sólo tres días, y en cambio había culminado a miles de kilómetros del Bosque de Tirendel, a casi medio mes a todo galope. Londrake tenía dos opciones: Volver a su obelisco apenas Algar llegara por la estrella, o correr la misma suerte que los jóvenes.

Sin embargo, aunque Londrake era un Mago, también era Humano, y como buen Humano, los sentimientos le ganaron a la razón. Cuando Londrake llegó del mercado a Villa Ángel, su ser se heló al ver una verdadera corte de Hombres de élite frente a la casa de Alora. No muy lejos de ellos, Méladriel permanecía sentada en el andén, sollozando con una profunda tristeza. Sus manos y su cabello negro le cubrían el rostro pálido.

Entonces Londrake dirigióse de inmediato a la bella joven y se agazapó frente a ella. - ¿Qué sucede? -preguntó temeroso de una respuesta que ya esperaba.

Méladriel, al escuchar la voz de Mago, levantó el empapado rostro, y con sus ojos grises y brillantes lo miró con profundidad. -Arcalón y Sergail se fueron -dijo sin poder aguantar, y entonces las lágrimas volvieron a rodar por sus mejillas.

Londrake la abrazó y miró hacia el cielo, desconcertado y con miedo. Jamás había sentido tanto miedo antes, ni siquiera cuando se enfrentó al Híbrido por la estrella, ni cuando tuvo que ver la horrible batalla en la Tierras de las Brujas. Nada podía superar el temor que Londrake sentía en ese momento, pues supo que sus pupilos estaban en peligro.

Y, como un padre, no dudó en actuar. Ayudó a poner de pie a Méladriel y la llevó al interior de la casa. Ya adentro, Londrake se dirigió a su cuarto sin siquiera saludar a Alora, y sacó la Estrella de Jores, guardada en una bolsa de cuero grueso que evitaba los destellos de luz blanca. Se la entregó a Alora y dijo: -Algar debe estar por llegar, no pasará de esta semana. Entrégale la estrella y dile que yo ya cumplí con mi misión, pero que no la guardaré más. Dile que después me encargaré de justificarme en el Consejo de los Magos. No me puedo quedar Alora, y quiero que sepas que en verdad estoy muy agradecido contigo y con Méladriel por habernos aceptado en esta casa.

-No fue nada -respondió Alora.

Pero Londrake siguió hablando de forma muy acelerada. -Me gustaría ver de nuevo a Háladriel, y si lo hago le diré que ustedes están bien y que no se preocupe por la Cacería de Brujas. Pero ahora debo irme para cuidar a Arcalón y a Sergail.

-Ve y sácalos de allí -pidió Méladriel con gran profundidad-. Escuché decir que el Delfín de Zafiro y el emperador de Telheid se dirigen a los Picos Rojos con un gran ejército. Por eso Lioric mandó a llamar a Arcalón y a Sergail.

-Los cuidaré -aseguró Londrake que, tomando su báculo blanco y su sombrero en punta, corrió hacia la caballeriza de Villa Ángel por su caballo. Y pasando entre los sorprendidos soldados que todavía permanecían frente a la casa de Alora, cabalgó hacia la salida de Villa Ángel, después hacia la salida de Verdelheid, y después hacia el Camino Escarpado, sin mirar atrás. Así Londrake se despidió de la Ciudad Nublada, a donde nunca volvió, y dejó a Méladriel y a Alora, las Brujas que lo acompañaron por tanto tiempo y a las que nunca volvería a ver.



El Mago Rojo cabalgó invadido por un frenesí combinado con miedo por el Camino Escarpado; y por lo mismo, poca atención les puso a las bestias que asechaban entre las paredes rocosas. Subió y bajó cuestas sin descansar y sin siquiera tomar agua. El Mago estaba sumido en un trance de temor por la suerte de los jóvenes. Y así se posó la Dama de la Noche y los dos soles en el cielo una y otra vez.

Londrake llegó a Metys, y allí se enteró que un gran ejército había salido tres días atrás hacia el norte, hacia los Picos Rojos. Los rumores decían que Tartanos por fin había caído presa de extraños sortilegios, y que el tesoro y los dragones estaban por fin al alcance. En Velheid también se rumoraba lo mismo, por lo que habían mandado miles de tropas para ayudar a Lioric a combatir a Norad.

Así que el Mago no perdió tiempo, y emprendió raudo viaje hacia el norte, hacia la destrozada Kamea. Pasó sin temor por el ahora nefasto Bosque Denso, y cruzó los caminos más agrestes y peligrosos, siempre con los pensamientos fijos en Arcalón y en Sergail. ¿Qué le diría a Almond? ¿Que su hermano había muerto por culpa suya?

En este recorrido, Londrake sólo desvió sus designios al ver que un gran ejército marchaba desde el oriente del Bosque Denso directamente hacia Metys. Aunque eran soldados de Fuego, se extrañó al verlos marchando al sur, dirección contraria a la batalla. No eran más de cuatro mil soldados con pendones escarlatas, pero había algo que no encajaba en la escena. «Deben ser desertores» pensó Londrake que, volviendo a enfocarse, siguió su embravecido galope hacia Kamea.

Kamea ahora era sólo que una montaña de escombros que lanzaba venenosas y negras humaradas. Sólo unos pocos soldados permanecían allí, jugando ajedrez o cartas, y uno que otro pendón rojo ondeaba en lo alto de algún edificio semidestruido. Los soldados le informaron a Londrake que Lioric ya reunía a todos los Jinetes Escarlatas en la garganta del Salto Azul, río arriba; entre ellos a Arcalón.

Entonces Londrake siguió su paso, cabalgando hacia el Salto Azul, exigiendo su caballo hasta la fatiga. Noche y día ya le eran iguales, y a medida que se acercaba a su destino veía más y más Hombres, algunos bien armados y otros no, algunos sonrientes y otros callados, unos animados y otros asustados. Y veía por las noches hogueras y hogueras, y por el día campamentos y campamentos. Aunque Londrake poca atención prestó, quizás vio de forma superflua a más de diez mil soldados de Falheid: La retaguardia de Lioric.

Y cuando llegó al Salto Azul, vio que no muy lejos de la garganta se levantaba un campamento gigantesco que ocupaba muchos valles y muchas colinas. Entonces se escuchó un estruendo que ensordeció al Mago. Londrake miró hacia el origen del sonido y vio que a lo lejos se elevaban humaradas negras y ardientes desde el norte, entre árboles y elevaciones, y riscos y nubes. «¡Los dragones de los Picos Rojos!» pensó con angustia y miedo, mientras todo el campamento ponía sus ojos en las nubes de humo que emergían en el horizonte hacia el cielo azul.



Londrake había salido muy por la mañana al mercado, como era costumbre los jueves, cuando tocaron la puerta de la casa de Alora. La anciana abrió la puerta lentamente, pues la Cacería de Brujas la había vuelto desconfiada. Cuando abrió vio con sorpresa que eran soldados de Falheid, de capas negras y yelmos enterizos. Eran la élite, los mejores soldados del imperio.

-Necesitamos a Arcalón, Jinete Escarlata de Metys -dijo uno de los soldados con tono educado y cortés.

Alora no supo qué decir. Sabía que Lioric por fin había encontrado a los Hombres; muy probablemente después del altercado de la Cacería de Brujas, pues Arcalón había llamado mucho la atención después de eso.

Al ver la vacilación de la anciana, el soldado dijo: -Espero que no le importe que entremos para ver si está el Hombre que necesitamos.

Alora volvió a titubear.

Y al no escuchar respuesta, los soldados abrieron la puerta y entraron. Así encontraron a Arcalón y a Sergail.

Méladriel había ido a comprar leche, y se había quedado hablando con el tendero por mucho tiempo. Cuando llegó a Villa Ángel iba a paso ligero, pues esperaba que Alora no se molestara con ella. Allí vio, frente a su casa, que diez cóndores gigantes y galantes se acicalaban y extendían sus lustrosas alas en señal de poderío. Alrededor de los cóndores había varios caballos totalmente ensillados y enjaezados de rojo, y sobre ellos soldados de rojas armaduras y capas negras. Casi todos los Hombres tenían el yelmo puesto, aunque el día era caluroso.

Pero lo que más la aterró fue ver a Arcalón salir de la casa, escoltados por siete soldados de alta estatura. Para desdicha de Méladriel, Arcalón también ostentaba su poderosa armadura roja. Su capa negra caía casi hasta el suelo y tenía el yelmo bajo el brazo. Tras Arcalón iba Sergail, también forrado en acero rojo y con el casco en la mano.

Arcalón, aunque permanecía cabizbajo, sabía que no podía ignorar las órdenes del emperador, y ahora tenía que ir a luchar al norte, cerca de los Picos Rojos. Y miraba a su amigo Sergail con congoja, pues Sergail también tenía la misma expresión de desdicha, e incluso de temor. Ambos tenían el rostro blanco y un vacío en el estómago cuando subieron a los cóndores.

El Ajedrecista pensaba mucho en Londrake, pues en verdad deseaba despedirse de él; pero sabía que Londrake siempre se demoraba en el mercado. Se acongojó al ver a Alora con el rostro angustiado bajo el umbral de la entrada. Pero lo que en verdad destruyó su corazón fue ver a Méladriel de pie e inmóvil tras la reja de la entrada a Villa Ángel. La joven tenía las botellas de leche en ambas manos, y estaba petrificada, quieta, mientras miraba cómo sus queridos Arcalón y Sergail montaban las poderosas aves y se preparaban para irse y muy probablemente morir en el frente.

Entonces Sergail quien se bajó del cóndor y se apresuró a abrazar a Méladriel, que ya mostraba algunas lágrimas. -Tranquila. Todo va a salir bien -le aseguró a la joven



Juan Esteban Peláez

mientras la abrazaba. Le besó la frente y añadió: -Volveremos a vernos, querida niña; algún día lo haremos.

-Yo sé que sí -dijo Méladriel a medio sollozo.

Y Arcalón, sin poder aguantar, también bajó del ave y se apresuró a abrazar a Méladriel con fuerza. -No quiero dejarte -afirmó Arcalón con una gran sinceridad y desdicha.

Tan sorpresiva fue la confesión de Arcalón, que Méladriel se sintió en verdad extraña, pues había deseado escuchar esas palabras desde hacía mucho tiempo. Ya sus sentimientos por Arcalón habían crecido con el pasar de los días.

Así que Méladriel abrazó a Arcalón con más fuerza. -¡No quiero que te vayas! -exclamó en medio de lágrimas y furia, pues nada podía hacer para retener al Hombre que quería. -Júrame que volverás a Verdelheid a visitarme -pidió.

Y Arcalón asintió. -Te lo juro, mi niña querida. Te juro que volveré para verte -respondió el Hombre mientras le tomaba el rostro a la joven.

Pero en ese momento llegó uno de los soldados y le puso la mano a Arcalón en el hombro.

-Señor, debemos irnos de inmediato. Su ejército lo espera a las afueras de Kamea -dijo.

Y Arcalón asintió, volvió a mirar a Méladriel y dijo: -Nos volveremos a ver.

Entonces Méladriel tuvo una visión en sólo segundos, y vio agua agitada, y lluvias torrenciales, y un muelle y un gran barco. Y dijo entre lágrimas y dolor: -Sí, Arcalón, nos veremos en el mar.

Entonces los Hombres se extrañaron, pues no entendieron. Y montando sus cóndores, miraron por última vez a Méladriel y a Alora, y emprendieron furioso vuelo hacia el norte, hacia Kamea, hacia la guerra que tanto habían evitado.

Cuando sobrevolaron los alrededores de Kamea, Arcalón y Sergail no disimularon el asombro al ver cientos de campamentos esparcidos en todos lugares, desde laderas hasta praderas. El rededor de Kamea parecía estar bordeado de un mar de sangre, pues los soldados de Falheid ostentaban sus armaduras rojas. Una gran expectativa inundaba el aire pasajero y cálido del día.

Descendieron cerca de Kamea, y de inmediato llegaron órdenes de Lioric. Arcalón debía llevar a todas esas tropas cerca del Salto Azul, al punto de reunión. Si Lioric lograba mantener a Norad y a Facet separados, sería más fácil derrotarlos. Además, si ganaba la batalla en el Salto Azul, tendría a Facet encerrado en su propio imperio, y lograría sacar sin problemas todo el tesoro de los Picos Rojos, además de amaestrar a los dragones. Debía mantener una ruta segura entre los Picos Rojos y Metys, y por lo mismo, debía cerrar el Salto Azul.

Arcalón acató la orden de inmediato, y se vio de nuevo como el general que había invadido Kamea. Y sus buenos pensamientos parecieron volverse a cerrar, y el brillo de sus ojos de nuevo desapareció. Sin embargo, Méladriel y Londrake todavía le rondaban en la cabeza, y se sentía en la obligación de estar a salvo para volverlos a ver.

El Jinete movilizó a toda prisa sus tropas hacia el Salto Azul, en marcha forzada. Su avance se demoró en verdad poco, y se reunió el 14 de abril con Lioric y con el resto de Jinetes Escarlatas: Édoret, Lev y Trisanio. Allí empezaron los preparativos para la batalla.

-En verdad es un niño -dijo Édoret cuando vio a Arcalón. Édoret había oído sobre el Conquistador de Kamea, pero no lo había visto en persona. Arcalón era el más joven de



Juan Esteban Peláez

los generales, aunque tenía más de treinta años y había estado en la milicia más de diez años.

-Pero soy un niño muy necesario -respondió Arcalón hostigado.

-Silencio, que no necesito peleas en este momento -dijo Lioric con voz grave. Sus ojos se posaban en los mapas repletos de líneas y cruces.

Entonces Lev señaló una pequeña colina en el mapa, el flanco derecho del enemigo, y dijo: -Debemos atacar este punto, que es el más débil. Yo podría realizar una carga con caballos seguida de la infantería. Si rompemos el flanco será más fácil derrotarlos.

-Me parece una buena idea -dijo Trisanio, que era el general más viejo y experimentado. Mas Arcalón meneó la cabeza. -La fortaleza del enemigo siempre va a estar en el centro -aseguró.

Lioric miró a Arcalón con detenimiento. Entonces se dirigió a uno de los exploradores que estaban en la tienda. -¿Qué hay en el centro? -preguntó con el rostro frío.

-Un destacamento completo de Tierra y dos de Agua -respondió el explorador.

-¿Cuántos? -preguntó Arcalón.

Y Édoret respondió: -Un destacamento de Telheid son cuarenta mil Hombres, entre lanceros, honderos, espadachines y quizás algunos jinetes. Todos con armaduras pesadas y diestros en armas.

-¿Y las tropas de Alheid? -preguntó de nuevo el joven, que cada vez parecía más inquieto.

-Dos mil jinetes a cada lado de la vanguardia. Cuatro mil en el centro -respondió el explorador.

-Y esa es sólo la vanguardia -añadió Lev.

Arcalón permanecía pensativo e inquieto, pues, aunque nadie sabía qué plan fraguaba, temía que saliera mal. Él deseaba volver a su amada Metys o a Verdelheid, donde vivía su querida Méladriel. -¿Y el resto? -preguntó con los ojos entrecerrados, pensativo.

-Viene otro ejército del sur, de Caliza, con casi veinte mil Hombres -informó Trisanio, que tenía barba blanca y poblada, y cabellos canosos. Trisanio en verdad era altivo, y con razón, pues sólo había perdido una de cuatro batallas campales.

-Y algunos Hombres de Alheid desembarcaron cerca de los Picos Rojos, pero pocos llegaron. De diez mil llegaron sólo tres mil que no logramos capturar -añadió Lev con orgullo.

-Pero esa maldita bruja que se hace llamar «La Majestad de las Aguas» envió otras tropas que desembarcaron muy al oriente, en los Muelles Puros -interrumpió Lioric-. Son unos treinta mil soldados de Agua. Ellos alcanzaron a reunirse con Facet, y ahora los tenemos casi en nuestras narices.

-También sabemos que algunos mercenarios se unieron a Facet -añadió Édoret.

-¿Y nosotros con cuántos contamos? -preguntó Arcalón.

-Yo sólo pude reunir la mitad de mis tropas, unos veinte mil -dijo Édoret.

-Igual que yo -agregó Lev.

-Mis tropas no superan los treinta mil -dijo Lioric.

-Y mi ejército aún no llega, aunque está completo -dijo Trisanio.

-Yo tampoco supero los veinte mil -dijo Arcalón.

-Eso nos deja con una desventaja numérica de casi diez mil tropas -dijo Lioric.

-Si el ejército de Trisanio no llega para mañana o a más tardar en dos días, indudablemente perderemos -afirmó Édoret.

-Podemos ganar -dijo Arcalón.

-Son cien mil, niño, contra menos de noventa mil -dijo Édoret-. Son diez mil de diferencia; todo un ejército.



Juan Esteban Peláez

-Hicimos lo que pudimos Arcalón, pero no pudimos evitar que unieran tropas -aseguró Lev.

-¿Y las tropas de Viento? -preguntó Arcalón-. ¿Y Ángor?

-¿Conoce a Ángor? -preguntó Trisanio.

Y Arcalón asintió.

-Los Areshti sólo mandaron algunos miles, no más de tres mil. Ángor los dirige, pero aún no llega. Lo más probable es que llegue mañana por la mañana -dijo Lev.

-Eso nos dejaría con más o menos noventa mil -dijo Lioric, pensativo y con una pantalla de sudor en la frente.

-Seguimos siendo menos -dijo Édoret.

-Pero podemos ganar -volvió a asegurar Arcalón con seguridad.

Lioric levantó la mirada entonces hacia el joven. -¿Qué planea, Arcalón? -preguntó el emperador de Falheid.

Lev también volteó a mirar a Arcalón. Lev era quien había combatido a su lado en Kamea, y conocía bien la destreza del Hombre. Además, también sabía bien lo que pensaba sobre Falheid y sobre Lioric.

Arcalón miró de nuevo los mapas, y vio cómo marchaba el enemigo hacia ellos. Indicó una colina muy alta en el mapa, exactamente frente a la vanguardia del enemigo, y dijo:

-Esta colina nos dará la victoria. Se las regalaremos y si la toman ganaremos. Será una colina envenenada, como un gambito en el ajedrez.

52

-¡Está loco! -exclamó Édoret, que no estaba de acuerdo con el plan del Hombre.

-¿Entonces qué propone?! -exclamó Arcalón, que ya estaba cansado de las negativas de Édoret.

Lioric permanecía pensativo, al igual que Lev y Trisanio. Aunque era un plan en verdad descabellado, podría funcionar.

-Si dudan de mi plan, yo mismo macharé al frente de la vanguardia, y seré el primero en entrar en el frente enemigo -dijo Arcalón con la sangre en la cabeza. En verdad estaba molesto con Édoret, y por soberbia, deseaba que su plan se llevara a cabo.

-¿Y yo en el flanco derecho? -preguntó Lioric con frialdad.

Y Arcalón, con el rostro colorado, asintió.

-Sabe que ése es nuestro punto débil, ¿cierto? -preguntó Trisanio.

Y Arcalón asintió de nuevo. -Y eso es lo que quiero que vean Facet y Norad.

Cuando Lioric escuchó el nombre de Norad sus ojos relampaguearon y su rostro palideció de furia. Él no olvidaba la herida que le había causado en el Castillo de Cristal, y la vergüenza que sintió al ser derrotado por el Delfín de Zafiro.

Arcalón diose cuenta de esto, pues el joven, aunque joven, era perspicaz y en demasía astuto. -Si el enemigo ve que ese es el flanco más débil, atacará allí con fuerza, y Norad, que es la punta de lanza del ejército enemigo, será el encargado de iniciar la batalla. Nadie aparte de usted, emperador Lioric, puede frenar el avance de Norad.

Estas palabras hicieron flamear el ego de Lioric, que cada vez se convencía más de llevar a cabo el plan de Arcalón. Además, Édoret, aunque sabía que era una locura, no podía poner en duda la capacidad de batalla de Lioric, pues sería una ofensa.

-Emperador, usted tiene la élite, los mejores Hombres del imperio. Lo único que le pido es que retenga la ofensiva enemiga mientras el centro del enemigo se debilita, después



Juan Esteban Peláez

Lev le ayudará y podrá salir bien librado, y en el mejor de los casos podrá vengarse de Norad por su osadía -insistió Arcalón.

-¿Y usted dirigirá el avance hacia la colina? -preguntó Lioric.

-Con Trisanio -dijo Arcalón.

-Creo que es el más indicado -aseguró Lev, que en verdad admiraba a Arcalón. Lev no pasaba de los treinta y cinco años, y era el que mejor entendía a Arcalón de los Jinetes Escarlatas. Trisanio lo respetaba y Lioric confiaba en él, a diferencia de Édoret.

-¿Y yo estaría en el flanco izquierdo? -preguntó Édoret.

-En el flanco fuerte -añadió Arcalón mientras asentía.

-La idea es no dejarnos flanquear por los jinetes ni por las tropas de Facet -dijo Lev.

Y Arcalón asintió, sonriente, pues supo que Lev estaba con él. -Los dos Capitanes de Viento, Ángor y Rub, estarán con usted -dijo.

-¿Y si no funciona? -preguntó Trisanio con la cabeza en alto.

Arcalón suspiró y levantó la mirada. Entonces vio con asombro y a la vez temor a un Hombre barbado y de cejas pobladas tras dos de los exploradores que se encontraban en la tienda de campaña. Era de noche, y la luz era mimbreña por las menguantes velas, pero el rostro del anciano era inconfundible: Era Londrake, vestido con su sucia manta blanca, con el sombrero en su mano derecha y la vara blanca en su mano izquierda. Tenía una capucha blanca que le cubría casi todo el rostro, pero no lo suficiente para engañar a Arcalón. Los ojos del Mago irradiaban furia y a la vez miedo, y Arcalón lo notó.

Entonces el joven dijo sin quitarle la mirada al Mago: -Como yo seré quien encabece el avance hacia la vanguardia enemiga, estaré muerto si no funciona. Debemos debilitar el centro enemigo de cualquier forma, y un emperador en el flanco más débil es una tentación irresistible.

Entonces Londrake miró a Arcalón con profundidad, intentando escrutar sus pensamientos.

-El emperador es el único que puede detener a Norad, y Norad lo atacará. Si usted no es quien está en el flanco derecho, ni yo, ni ninguno de los presentes podrá hacerlo -insistió el joven. Y los generales presentes, aunque no estaban muy seguros de tal afirmación, nada dijeron, pues una palabra mal dicha podía ofender al emperador.

Lioric miró a Arcalón seriamente por unos instantes, e hizo algo que Arcalón no lo había visto hacer nunca: El Emperador sonrió. -Confío en usted Arcalón, y en usted Lev. Lo haremos como el «niño» quiere que lo hagamos. Arcalón estará en el medio con Trisanio; Ángor, Édoret y Rub estarán en el flanco izquierdo; Lev estará en la retaguardia presto a ayudarme; y yo estaré solo en el flanco derecho, y seré el señuelo del enemigo. Confío en ustedes tanto, Jinetes Escarlatas, que arriesgaré mi vida por ustedes, como estoy seguro ustedes lo harían por mí -dijo.

En ese momento los generales se hincaron a Lioric en señal de agradecimiento.

-Entonces empecemos los preparativos. Norad y Facet estarán sobre la colina mañana por la mañana -aseguró Arcalón.

Así acabó la reunión. Pero antes de que Londrake pudiera hablar con Arcalón, el joven habló con Lev por un tiempo largo. Hablaron en voz baja, lo que inquietó al Mago. Sabía que Arcalón estaba planeando algo, un objetivo tan grande que estaba dispuesto a arriesgar su vida por él. Además, aunque Arcalón disimulaba bien, Londrake podía ver el rostro de sorpresa de Lev mientras hablaban.



Juan Esteban Peláez

Después de que los dos Hombres acabaron la conversación, Londrake se acercó a Arcalón, apresurado y con el ceño fruncido. -¡Qué Diablos crees que haces! -exclamó con furia.

Arcalón lo miró, sorprendido. -Mi trabajo -dijo el joven con el rostro pálido.

-¿Cómo se te ocurrió la idea de iniciar la carga?! -preguntó Londrake todavía furioso.

-Nada me pasará -dijo Arcalón con seguridad.

Entonces Londrake suspiró y se calmó un poco. Se sentó al lado del joven y dijo: -Arcalón, todavía no has asimilado el peligro en el que estás.

-Sé lo que hago, Londrake -dijo el joven.

-Yo no -confesó el Mago-. ¿Qué deseas hacer poniendo al emperador en el flanco más débil?

-Ganar la batalla -respondió el joven.

Pero Londrake notó un titubeo. -¿Y qué más? -preguntó.

-Gloria y fama -dijo Arcalón de forma evasiva.

Londrake se enderezó entonces, suspiró de nuevo y miró el techo de la tienda. -Hagas lo que hagas, Arcalón, recuerda que debes volver a Metys, al feudo para ver a tu hermana, y a Verdelheid para ver a Méladriel -dijo Londrake.

Estas palabras llegaron al alma de Arcalón, que por un momento pensó en el gran peligro que afrontaba. Si le sucedía algo no podría volver a ver ni a Almond ni a Méladriel. -Si deseo alcanzar mi objetivo debo arriesgarme. Si Lioric ve que yo me quedo en la retaguardia, él no aceptará estar en el flanco, y no ganaremos la batalla.

-Hay otras formas de ganar -dijo Londrake.

-No como yo pienso -respondió Arcalón.

-Esta vez quizás no pueda cuidarte -dijo Londrake.

Arcalón levantó la mirada y la posó en el rostro barbado del Mago. -No necesito que me cuides -dijo.

-Pero yo no puedo evitar hacerlo -respondió Londrake-. Y contra eso no hay pelea.

El joven bajó la cabeza y comprendió. -Entonces mañana será el día más difícil e importante de nuestras vidas -dijo Arcalón-. Si ganamos el tesoro y los dragones serán nuestros y seremos ricos. Si perdemos, seremos alimento de los gusanos.

Y Londrake asintió. -Que así sea -dijo.

Arcalón y Londrake estuvieron hablando durante toda la noche sobre la batalla que se avecinaba. Y cuando el día llegó, un aire de expectativa se esparció entre la bruma dorada de la mañana. Movilizar un ejército tan grande era en verdad un problema de logística; pero Arcalón, ayudado por la fama ganada en Kamea, logró hacerlo sin muchos percances. Durante la mañana se produjo una que otra escaramuza entre batidores, pero ninguna batalla seria.

Arcalón y Trisanio marchaban frente a la vanguardia, y cuando miraban hacia atrás no veía más que Hombres con rojas armaduras, semejantes a un mar de sangre que devoraba la verde hierba de las colinas. Miles de estandarte de muchos colores apuntaban hacia las nubes blancas y hacia los soles ardientes, y uno que otro cántico era entonado por algunos grupos de Hombres.

El joven general en verdad estaba ahogado por la adrenalina. A su espalda había miles de Hombres que confiaban tanto en él que arriesgaban sus vidas por seguirlo. A su lado estaban Londrake y los tres Carneros Escarlatas bajo su mando, entre ellos Sergail, que ostentaba una armadura gruesa y roja, y tenía una capa roja como el sol Herén, y con su



Juan Esteban Peláez

yelmo en su mano. El corcel blanco y fornido de Arcalón estaba enjaezado con listones dorados, y sus bridas estaban llenas de joyas. El corcel tenía un cabestro de hierro y ostentaba un faldón vino tinto con encajes de oro. El caballo de Sergail era muy semejante al de Arcalón, pero el de este último tenía un penacho rojo en el cabestro, y su faldón era de un rojo brillante.

El calor era intenso, pues el verano había adelantado mucho ese año, y las armaduras empezaban a pesarles a los Hombres; pero esto no fue un impedimento para seguir su marcha. Y antes del mediodía los dos ejércitos se encontraron, dando así el preámbulo a la Batalla de los Cuatro Elementos.

53

Las diferencias entre los ejércitos se hicieron notorias casi de inmediato. Los soldados de Fuego poseían armaduras pesadas y rojizas, sus capas eran negras o rojas, y sus yelmos enterizos eran de cimera plana. Las tropas del ejército de Velheid, guiadas por Ángor y Rub, estaban armadas casi en su totalidad por arqueros. Sus cascos eran cortos y destapados y sus armaduras eran grises y brillaban como la plata bajo los soles.

En cambio, las tropas de la Majestad de las Aguas estaban formadas por una potente caballería de corceles blancos, muy fuertes y arrogantes, perfectos para la batalla, traídos de la Península de Sadamarca, al norte de Alheid. Sus soldados ostentaban armaduras azuladas y verduscas, como corales tropicales, y sus yelmos enterizos de airón alto estaban coronados por penachos blancos. Finalmente estaban los enemigos eternos de los Hombres de Fuego, las tropas de Tierra, las tropas de Facet. Estos soldados tenían capas negras, y sus armaduras, aunque de acero, brillaban del color del bronce. Sus cascos estaban coronados por penachos negros en forma de crestas, lo que los hacía ver más fieros y altos, y no tenían brazaes ni guantes, a diferencia de los otros ejércitos. Las tropas de Telheid constituían una poderosa carga de infantería.

Ahora bien, tal y como los exploradores habían dicho, el centro del ejército de Agua y Tierra, dirigido por Norad y Facet, estaba constituido por casi cuarenta y cinco mil Hombres. Los caballos de Norad flanqueaban los cuarenta mil soldados de Facet, que se extendían por varias colinas herbosas. Pero el mismísimo Facet estaba en la colina más alta, casi frente a la colina donde Arcalón se encontraba, ésta última un poco más llana. El plan estaba funcionando: Arcalón había dado instrucciones de que pusieran una pobre resistencia en esa alta colina, pues así Facet avanzaría y la tomaría por asalto; y eso había pasado horas atrás.

La vanguardia de Falheid estaba al mando de Arcalón y Trisanio, y había unas treinta mil tropas esparcidas hasta donde la vista llegaba. Era una vanguardia en verdad gigantesca. Inclusive, Trisanio había ordenado tomar dos pequeños poblados cercanos para abastecerse mientras avanzaban, y sin embargo no fue suficiente.

En cuanto a los flancos, el flanco izquierdo, constituido por Édoret, Rub y Ángor, estaba fuertemente protegido. Tenía varias barracas y empalizadas improvisadas para proteger a los arqueros de Viento, y había poco menos de veinte mil Hombres de Fuego. En total, el



Juan Esteban Peláez

flanco izquierdo, un poco alejado del centro para abastecerse de las granjas al norte, estaba formado por unos veinticinco mil Hombres.

El flanco derecho del enemigo, a la izquierda de Arcalón, al norte y a las orillas del río Nev, era punto débil de Alheid, pues allí sólo había diez mil quinientos Hombres. Y las tropas provenientes del sur no habían alcanzado a llegar. Ése era el punto que Trisano había propuesto como el inicio del avance, pero ahora los planes eran distintos. Además, aunque eran pocas tropas, estaban bien atrincheradas en las fincas cercanas. Al parecer, ningún flanco deseaba cargar, sólo deseaban evitar un flanqueo.

Pero la historia cambiaba en los flancos sureños. El ala izquierda de Falheid, constituida por veinte mil Hombres de la élite del Fuego, estaba al mando del mismísimo emperador Lioric. Era una posición muy débil, pues las colinas allí eran sinuosas y Lioric estaba rodeado de tierras más altas, de donde podía llegar un ataque imprevisto. El flanco sur de Alheid y de Telheid estaba formado por treinta mil soldados. Algunos jinetes se formaban a los bordes para envolver apenas empezara la batalla. Desde allí era visible Lioric, que se mostraba como una tentación para los generales de Agua y Tierra.

Finalmente estaba la retaguardia de Falheid, dirigida por Lev. Lev sólo tenía diez mil Hombres, pero eran suficientes para sacar a Lioric de aprietos. Esta retaguardia estaba oculta en algunas arboladas que trepaban desde los Acanilados hasta el campo de batalla. Todo estaba listo, y Arcalón, el Ajedrecista, sólo esperaba que el enemigo empezara.

54

La espera se prolongó por varias horas. Ya Arcalón sabía que en el norte se había iniciado la batalla, y que Ángor, desesperado por la espera, había lanzado sus arqueros contra las fincas donde las tropas de Alheid se atrincheraban. Al sur ya algunos escaramuzadores de Alheid, ayudados de algunos jinetes, empezaban a hostigar a Lioric, que se defendía con una maestría que ni Arcalón esperaba.

Sin embargo, Arcalón empezó a inquietarse, pues el centro del enemigo no se movía. Cambiaba constantemente de mano para sostener las riendas, y se apoyaba en los estribos constantemente, nervioso, mientras movía las piernas sin parar. Incluso empezó a respirar un poco más rápido. Norad no había cargado al inicio de la batalla como él lo había previsto, y Facet no movía ni un solo soldado. Además, Arcalón temía que Facet avanzara directamente hacia él, derrumbando así todos sus planes.

Londrake diose cuenta de esto, y dijo: -Facet no avanzará.

Arcalón lo miró y asintió, un poco más calmado. Entonces miró al cielo y vio un solitario cuervo negro que graznaba de forma fantasmal sobre el campo de batalla. -Espero que funcione -dijo ensimismado, intentando mostrarse fuerte frente a sus Hombres.

Entonces pasó lo que Arcalón tanto esperaba. Las noticias de la fiera resistencia de Lioric llegaron a oídos de Norad, que viendo el flaqueo de Falheid, cargó hacia el flanco sur, hacia el emperador. Arcalón sintió un alivio gigantesco al ver cómo los caballeros de Norad descendían de la alta colina a todo galope, a varios metros de ellos, y que, ostentando sus pendones blancos y azules, cabalgaban con sus armaduras azules y



Juan Esteban Peláez

destellantes. Arcalón suspiró entonces, y miró a Trisanio, que parecía estar asombrado y a la vez alegre.

-Hasta ahora está sucediendo lo que planeó -dijo el anciano general.

Y Arcalón asintió y suspiró. -Ahora nos toca a nosotros -dijo mientras se acomodaba en la silla del caballo.

-Esperemos un poco más -pidió Londrake-. Si Lioric logra retenerlos debilitarán más su centro para ir por él.

Y Trisanio asintió. -Démosle más tiempo.

Y como si vieran el futuro, Arcalón, Londrake, Sergail y Trisanio vieron el flaqueo y el descuido de Facet. El emperador de Telheid, al saber que tenía a Lioric tan cerca de la caída, mandó casi diez mil tropas para ayudarle a Norad en el flanco sur. Todos vieron cómo las organizadas tropas de Tierra descendían de la colina por la ladera derecha, entre algunos árboles y lindes fértiles, y bajo los soles que todavía brillaban con desdén. No eran las tres de la tarde de tan fatuo día, y ya ambos flancos estaban en una cruenta batalla.

Entonces Arcalón hizo su jugada magistral. Con el corazón en la cabeza, un sudor frío y un nerviosismo casi indisimulable, desenvainó su corta espada, que lanzó brillos de oro, y cabalgó frente a la vanguardia a galope furioso. Mientras lo hacía, sentía cómo la adrenalina se incrementaba en su interior como unos nervios volcánicos. Entonces empezó a gritar furioso, dando la orden de avance y desatando su cólera. Londrake al verlo, se asustó, pues el inocente brillo de sus ojos volvió a desaparecer, como en Kamea, y un aura roja como las llamas pareció envolver su ser.

-¡Toquen las trompetas! ¡Que todos avancen! -gritó a sus heraldos. Y todos tocaron las trompetas para iniciar su carga. Pero en ese momento un silbido fue escuchado en el viento, y un estruendo calló todas las excitadas voces, incluida la de Arcalón.

Entonces todos lo vieron, y dudaron y temieron, pues intimidaba, y dejaba caer su enorme sombra sobre la alta colina donde Facet esperaba, ahora consiente de su error. No muy lejos del emperador de Telheid sobresalía entre los ejércitos el Armatón, la poderosa arma con la que Facet había destrozado Kamea por completo. Un lanza-piedras gigantesco, con un sobrepeso de casi diez toneladas, y con la capacidad de arrojar varias rocas a la vez. En la parte baja mostraba un ariete en forma de carnero tallado en la madera, y estaba fuertemente protegido por un armazón de hierro repleto de púas enormes.

Arcalón dudó entonces en seguir, pues no esperaba tal sorpresa. Entonces el Armatón lanzó otra carga de rocas que cayó cerca de los Hombres, que titubearon.

Pero Arcalón respiró de nuevo con fuerza, y dijo a sus capitanes: -Si no logramos detener esa «cosa» nuestras casas serán aplastadas. Debemos frenar esa máquina aquí mismo, en este campo de batalla, y salvar a nuestras familias, aunque eso implique dar nuestras vidas. ¡Sin temor! -gritó.

Y todos lo siguieron. Entonces volvieron a sonar las trompetas de guerra.

Y Londrake también gritó y animó a los Hombres al dejar salir de su vara un destello blanco que avivó los ánimos e hizo desaparecer el miedo.

Y Sergail gritó furioso y preparó su lanza.

Entonces Arcalón volvió a gritar: -¡Sin temor! -y se puso el yelmo con la sangre hirviendo, y alzó su espada y rompió a cargar cuesta abajo, furibundo y lleno de vértigo.

-¡Está loco! -dijo Trisanio.

-¡Nosotros también! -añadió Sergail, que haciendo sonar su cuerno se lanzó por la ladera a todo galope, seguido por Londrake y por cientos, y después por miles de caballeros. Y



Juan Esteban Peláez

Trisanio, al verse sorprendido por la rápida acción de Arcalón, no pudo hacer más que soplar su cuerno y avanzar hacia la vanguardia enemiga con una fuerza tempestuosa. Y los soles, aterrados, disiparon con vientos a las nubes que los cubrían, y lanzaron brillos crepusculares al mundo, enfocándose sólo en ese momento, atentos a una batalla que con el tiempo se volvió épica y marcó al Nallhard: La Batalla de los Cuatro Elementos.

55

El Armatón logró lanzar una nueva carga, y esta vez cayó sobre varios Hombres; pero los soldados no titubearon, y en vez, siguieron su poderosa embestida. Arcalón, que iba solitario al frente, descendió la cuesta sin problemas, pero cuando empezó a ascender la colina donde Facet se encontraba, vio que miles de flechas y piedras emergieron de la cima, como si la colina misma tuviera vida. Y fue tan espantosa la descarga, que la luz del atardecer pareció oscurecerse, y los soles se escondieron tras un muro de madera y piedra que voló y cayó sobre miles de Hombres que nunca vieron de nuevo un atardecer.

Arcalón logró esquivar una flecha, y otras dos golpearon su armadura, mas no lo afectaron ni frenaron su carga. Esto impacientó a Londrake que, con los nervios encolerizados, intentaba alcanzar a Arcalón. Y de repente lo perdió de vista, exactamente cuándo empezó a ascender la colina acompañado de Sergail, que gritaba furioso mientras intentaba encontrar a Arcalón. Mas ninguno habló en ese momento, pues sólo tenían la mirada fija la cima, que ahora era una peligrosa elevación que arrojaba flechas y rocas.

Muchos murieron subiendo esa cuesta, pero muchos otros llegaron a la cima y se abrieron paso con violencia a punta de lanza y espada por entre los escudos de los Hombres de Telheid. Y los gritos y el humo se apoderaron de la elevación. Y el ruido del metal y los gritos de horror se volvieron monótonos y constantes; algunas veces cercanos, otras veces difusos.

Sergail y Londrake, al llegar a la cima, gritaron con fuerza e irrumpieron con furia en el muro de Hombres y escudos que brillaban como el atardecer. Mas fue Sergail quien logró romper la resistencia lanzando su caballo contra el enemigo. Londrake, en cambio, no logró cruzar la muralla de defensores, y cayó con su caballo sobre dos soldados de armaduras bronceas y capas negras. Uno de ellos murió de inmediato, pues el caballo le cayó encima. El otro quedó aturdido y no pudo levantarse.

Entonces Londrake se vio envuelto en una situación horrible, una situación de la que había huido por mucho tiempo. Y sintió un golpe en la cabeza, e inmediatamente fue empujado, y dos o tres Hombres le cayeron encima, trastabillando, también empujados. Entonces el Mago se levantó y casi de inmediato volvió a sentir un violento empujón, y sintió un frío acero en el costado derecho. El viejo cayó de nuevo y se tocó el abdomen, se miró la mano y vio que era sangre. Y también sintió que un líquido cálido le bajaba por la frente. Se tocó y supo que también era sangre. Pero no hubo sosiego, pues un caballo pasó encabritado por su lado, y casi lo embistió. Londrake tuvo que rodar para salvarse. Al rodar, fue frenado por un bulto. Al verlo, vio con horror que era un cuerpo mutilado de un Hombre de Tierra. Un sablazo lo había desfigurado, y no tenía una pierna. El muerto nadaba en un charco rojo que manchó su túnica.



Y cuando el Mago por fin se pudo erguir, vio todo a su alrededor: Entre el polvo y los gritos las figuras eran difusas, y una que otra flecha solitaria silbaba y partía el ensangrentado viento que acariciaba la cima. Entonces un Hombre se lanzó gritando hacia él, y Londrake, recordando el encuentro con el Híbrido, lanzó el mismo hechizo, y el guerrero cayó desgonzado al suelo, humeante entre la armadura y con la carne del rostro negra.

Al ver esto, todos los soldados que estaban alrededor, aliados y enemigos, evitaron acercársele a Londrake, dándole un poco de paz entre el caos. Entonces, en medio de nubes de polvo y empujones, y gritos salvajes y sangre, y metal y cadáveres, el Mago empezó a buscar a Arcalón y a Sergail, que se habían perdido entre el polvo. Sergail había embestido a dos soldados de Tierra con su caballo, pero después de eso Londrake lo había perdido de vista.

Aunque el avance fue muy confuso y peligroso, sólo habían pasado minutos. Todo había sido demasiado rápido para algunos, lento para otros, pero ahora se desarrollaba sobre la cima de la colina una lucha terrible, bajo la luz dorada del crepúsculo. Ya la batalla se había extendido a las laderas de la cima y a las colinas aledañas, pues no había espacio suficiente en la cima para tantos soldados.

Pero la batalla hasta ahora comenzaba, y Londrake se vio de nuevo envuelto en una situación salvaje: Dos Hombres se acercaron a él con las espadas en alto. El Mago titubeó, pero entonces vio que ambos Hombres eran atajados por muchos Hombres de Fuego, casi quince. Los Hombres de Falheid empezaron a blandir sus espadas y sus lanzas contra los dos enemigos. A uno de los Hombres lograron partirla la cabeza después de varios intentos. Al otro Hombre le rompieron los dedos de una mano y le dieron muerte apuñalándolo varias veces en el abdomen. Esto asqueó y aterró al Mago, que temió por los jóvenes.

Sólo entonces siguió su búsqueda, pero a nadie encontró. Así que descendió la colina corriendo, escapando de la tétrica imagen que coronaba la elevación. Y corrió entre Hombres y cadáveres, y humos y fuegos que quemaban la hierba y no dejaba más que destrucción, hasta ampararse en una pequeña arbolada. Allí se recostó contra un tronco, agitado y con el pecho adolorido a causa del esfuerzo. Sus ojos le ardían por el humo, y los brazos le temblaban. Sólo hasta ese momento la herida en el abdomen empezó a dolerle. Así que se vendó con un pedazo de su propia manta, y miró hacia la humeante cima y sus alrededores.

Aunque Londrake nada tenía que ver en esa guerra, en verdad se alegró de ver cómo el Armatón caía desplomado como una torre del Mal, y sus estandartes de Telheid se rompían, y todo el armazón de la poderosa máquina colapsaba. Mas Londrake no vio que la caída del Armatón mató a muchos que luchaban bajo la máquina. Cuando el Armatón cayó, Londrake supo que Arcalón lo había logrado: Había tomado la colina y ahora se apresuraba a ayudar al emperador Lioric, en el ala sur de la batalla.

La noche ya caía, y Londrake permanecía como espectador, ya lejos del peligro de la batalla. El Mago no dejaba de pensar en sus pupilos, teniendo la esperanza de que todavía estaban de pie, dando fiera lucha, y sanos. Las estrellas ya empezaban a relucir de plata



Juan Esteban Peláez

en el cielo, y Londrake se fijó en la constelación de la Estrella de Siete Puntas, al norte. La constelación, lustrada por el brillo pálido de Sírel y de sus dos hijas, parecía mirar con temor lo sucedido en el Nallhard. Nunca en esa edad se había llevado una batalla de tales magnitudes. Y ahora el Hombre mostraba de nuevo lo peor de sí, llevado por la codicia, la envidia y la ambición.

Ya la herida en el abdomen del Mago había dejado de sangrar, cuando vio que un ejército de armaduras rojas se acercaba marchando en perfecta sincronización, entonando vítores. Londrake se incorporó y vio que se trataba de la retaguardia del Imperio de Fuego, al mando de Lev. Pero, a diferencia de lo planeado, Lev no iba hacia el sur, sino hacia la alta colina, dispuesto a ayudar a Arcalón y a Trisanio a tomar la elevación. «Si Lev recibió el orden de subir la colina es porque Arcalón la dio, lo que indica que todavía está vivo» pensó Londrake, que descartó un escape, ya que las tropas estaban nuevas y marchaban sin cansancio, organizadas y con los estandartes escarlatas en alto.

Así que el Mago se apresuró a correr hacia Lev, y al alcanzarlo, vio que el general tenía un rostro de angustia, incluso de vergüenza. Marchaba en silencio, mirando la humeante colina, ahora rebosante de desfigurados y quemados, y lleno de hogueras moribundas y flechas clavadas en la hierba chamuscada. Y en el medio estaba el cadáver del Armatón, de madera gruesa y de remaches de acero. Bajo la estructura destrozada reposaban cuerpos aplastados, ahora irreconocibles.

La batalla se había extendido a las laderas occidentales de la cima, pues las tropas de Tierra y Agua ahora se retiraban, y Trisanio había ordenado seguirlos. Sólo unas pocas tropas esperaban en la cima, ahora prestos a ayudar a Ángor, que se había aislado de Rub y de Édoret, y que se había desviado algunos kilómetros, quedando solo y tornándose blanco fácil. Norad había logrado romper la resistencia de Lioric, y ahora se dirigía a toda prisa al norte, con la gran mayoría de sus tropas intactas, dispuesto a enfrentar a Édoret y a Rub, mientras el flanco derecho de Alheid se apresuraba a seguir a Ángor, listo para cortar su vía de escape y derrotarlo a las orillas del río Nev.

De todo esto se enteró Londrake por boca de Lev, que aseguraba que Arcalón le había ordenado dejar a Lioric a su suerte y ayudarlo en el medio. El mensaje decía:

«¿Qué importa más Lev, la victoria del imperio o la vida del emperador?! ¡Lo necesitamos en la cima! ¡Lioric ya está muerto, pues Norad arrasó con él, y ahora el Delfín se dirige hacia el norte! ¡Norad es lo único que puede impedir nuestra victoria! Tendrá parte del tesoro, yo lo prometo. Lioric luchó y murió por el imperio; hagamos su muerte digna. No vaya al sur, venga a la cima. No es una orden, Lev, es un favor para tener la victoria y no dejarla escapar».

-Es la letra de Arcalón, es indudable -dijo Londrake, que por fin descifró los planes de Arcalón. Había sido una jugada brillante: Arcalón, rencoroso por la muerte de su padre, siempre odió a Lioric. Primero se ganó la confianza del emperador, se volvió su mejor arma y después lo dejó morir, lo dejó a su suerte, tentándolo con su propio orgullo. Arcalón había planeado todo desde el principio, y vio la batalla como una oportunidad de oro. Había fraguado un plan donde Lioric sería el blanco principal, y había dejado a Lev, su general más allegado, para protegerlo. Después le pidió a Lev que dejara al emperador y que le ayudara a él. Además, había pedido a Trisanio estar a su lado, pues si lo dejaba



Juan Esteban Peláez

en la retaguardia no acataría su pedido y ayudaría a Lioric. Y a Édoret lo había mandado muy lejos del emperador, y lo había dejado con Ángor y Rub. Ángor se había enterado de los planes de Arcalón en Verdelheid, y decidió ayudarlo. Así que, si Édoret intentaba ayudar al emperador, Ángor lo detendría.

Pero el plan no terminaba ahí. El ejército que Londrake había visto a los lindes del Bosque Denso se dirigía a Metys, y lo hacía por una razón: Derrocar la dictadura. Aprovechando la ausencia de tropas en Metys y la ausencia del emperador, los dos archiduques, Hérculf y Béretherth, antiguos herederos al trono, marcharon con sus ejércitos hacia Metys al mismo tiempo que Lioric llevaba a sus tropas lejos, al Salto Azul y a la batalla de los Cuatro Elementos.

Todo esto lo había planeado Arcalón con Hérculf en Verdelheid. Hérculf, actual aspirante al trono, era el encapuchado que Londrake había visto tantas veces hablando con Arcalón en Verdelheid. Hérculf le había prometido a Arcalón el bienestar de Almond, y posteriormente el de Alora y el de Méladriel. Si Hérculf subía al trono, Arcalón sería el segundo Hombre más poderoso de Falheid.

Pero a Arcalón sólo le importaba la suerte de Almond, Alora y Méladriel, y sólo quería lo mejor para ellas tres. Él, aunque deseaba gloria, no la consideraba su prioridad. Todo esto desconcertó a Londrake, que se sintió destrozado. Arcalón se había convertido en todo lo que él deseaba evitar, y por lo mismo se culpó. Ya todo había encajado, pero le tocó reconocer que Arcalón había sido más astuto que él, y más valiente, pues arriesgó su vida para llevar a cabo sus planes: Vengar a su padre dándole muerte a Lioric y dejando el trono en buenas manos.

Sin embargo, Londrake todavía necesitaba saber de la suerte de los jóvenes. Así que siguió a Lev a la colina; pero Arcalón no estaba allí. Algunos Hombres le dijeron que se había adelantado con unos pocos guardias.

Londrake, al escuchar esto, miró al cielo, suspiró y dijo aliviado: -Todavía está vivo.

56

Londrake, Lev y sus fuerzas descendieron por la colina y se dirigieron con rapidez al norte. Algunas escaramuzas se dieron en el camino, pero una de esas escaramuzas se volvió una verdadera batalla en un campo de bayas, no muy lejano al río Nev. De entre los matorrales emergieron los poderosos caballeros de Alheid, montados sobre los gallardos emarotes. Los matorrales fueron pisoteados por los corceles, que furiosos, se lanzaron contra las tropas de Lev.

El Jinete Escarlata actuó con rapidez, y formó sus tropas en rectángulos cerrados para evitar una carga directa. En medio del rectángulo principal estaban Lev y Londrake. Y desde allí, el Mago vio a un Hombre muy corpulento, de cabellos negros y largos, destellantes bajo Sírel, y de piel clara como la nieve. Montaba un poderoso caballo enjaezado de azul con faldón, y su armadura era como el zafiro. Tenía una lanza de plata, y sobre el peto tenía grabado un delfín.

-He ahí a Norad -dijo Londrake.



Juan Esteban Peláez

Norad miró hacia el rectángulo y, acompañado de algunas tropas, se lanzó por encima de las alabardas y rompió la formación. Su rostro furioso intimidaba y su fuerza parecía inhumana. Su corazón latía envuelto en fuego, y sus ojos azules y brillantes lanzaban llamas heladas. Ningún Hombre logró derribarlo del caballo, pero las flechas no discriminan víctimas, y por lo mismo, dos de ellas se le enterraron en la espalda, y, aun así, siguió cargando con su lanza hasta que la sangre le hizo falta y empezó a ver borroso su entorno.

Londrake, en medio de la algarabía y los gritos, y los proyectiles que le pasaban sobre la cabeza, no dejaba de ver a Norad, que parecía en verdad un guerrero Nórdico de otrora, de los que luchó contra los Ariánicos de más allá del Mar de las Deidades. Su fortaleza era admirable y su destreza envidiable. Pero, aun así, Norad era Humano, y con dos flechas en su espalda no pudo resistir más, y cayó del emarot, no tumbado por un enemigo, sino por el cansancio y el agotamiento.

Cuando Norad cayó, el ánimo de los Hombres de Agua pareció decaer, y la gran mayoría decidió cabalgar lejos. Otros decidieron luchar contra los soldados de Fuego para salvar el cuerpo del Delfín, y otros se arrodillaron a llorar en plena batalla. Muchos de estos últimos fueron capturados o degollados en el acto. Pareció por un momento que el mundo entero calló al ver el derrumbe del Delfín, y las aguas parecieron aquietarse, calmarse y finalmente descansar. Lo que Lioric no había podido hacer, Lev lo había hecho sin quererlo en tan solo segundos: Las tropas de Lev habían hecho caer al Delfín de Zafiro en una pequeña escaramuza. Pero Lev desapareció entre la batalla.

El cuerpo de Norad quedó intacto. Londrake acercóse al cuerpo mientras la pelea terminaba, y lo detalló con cuidado, pues Norad tenía un aura que los Hombres no podían ver, un aura irisada que sólo algunos lograban ganar en vida. Esa aura se daba cuando se tenía contacto con alguna deidad. Esto alarmó a Londrake, que supo entonces que los rumores no eran del todo mentira, y que la Majestad de las Aguas no era una hechicera común. Ella era una Apsara, un ser muy antiguo. Si era verdad que la Apsara del Agua dominaba las islas, el Imperio del Falheid no había ganado; por el contrario, había firmado su propia destrucción.

Entonces Londrake levantó el cuerpo de Norad, pero al hacerlo, vio que dos cartas se le habían caído del peto. Las recogió y las guardó antes que cualquiera se diera cuenta. Después entregó el cuerpo del gigante Delfín a los Hombres de Lev, que lo llevaron al punto de reunión, con la firme intención de devolverlo a sus enemigos: En ese tiempo las guerras todavía tenían reglas.

Cuando la escaramuza cesó, las tropas siguieron al norte y Londrake, al no encontrar a Lev, decidió irse. El saber que el Delfín estaba muerto le daba al Mago la tranquilidad de que Arcalón había ganado y podría disfrutar de su victoria. La batalla había terminado, pues con el dominio de la colina, los Jinetes Escarlatas sólo debían desplegar sus tropas y acabar con los grupos de enemigos que quedaban. Y así se hizo: La persecución duró casi tres días en los campos aledaños.

Londrake había cumplido, pues daba por sentado que Arcalón y Sergail habían salido con vida de la batalla, y que la estrella estaba en manos seguras. Ya era hora de volver a su amado obelisco, en el Bosque de Tirendel. Pero antes debía asegurar una joya del tesoro



Juan Esteban Peláez

de los Picos. Esto lo molestó, pues estaba cansado; pero se resignó porque sabía que era su deber. Así que antes de volver a la Tierra de los Magos, Londrake suspiró como dándose ánimo, y miró hacia los Picos Rojos, ansiando que Tartanos no hubiera despertado a los dragones como última medida. Debía volver por la Shidraha, la Estrella del Inframundo, para evitar que la voluntad, la maldición y el terror del Demonio se expandieran.

57

La caminata fue larga y agotadora. La batalla había molido el cuerpo de Londrake, y sin un caballo a la mano, tuvo que ir a pie a los Picos, aguantando el dolor en su abdomen y en sus piernas (aunque la herida de su abdomen ya se había sanado caso por completo). Y grande fue la sorpresa de Londrake al ver el rededor de los Picos Rojos. Hacía sólo unos años había estado allí, y recordaba unas elevaciones hermosas. Ahora eran montañas tétricas, humeantes como volcanes, y con laderas negras de hierba quemada. Era obvio que Tartanos había lanzado sus dragones antes de caer presa de los terrores.

Sin embargo, parecía ser que los dragones habían abandonado los Picos o habían vuelto a las cavernas bajo ellos, pues si estuvieran allí ya lo hubieran detenido y, en el peor de los casos, lo hubieran atacado. Londrake, que tenía excelente retentiva, encontró con rapidez el camino de la entrada a los Picos, y grandes y melancólicos fueron sus recuerdos al ver el dintel de dragón sobre el pórtico, y las columnas grabadas en la roca roja. Recordó cuando Eleonora lo recibió y cuando habló con Tartanos. Pero también recordó el terror que allí se anidaba, y pidió a los cielos que los sirvientes del Diablo no estuvieran allí todavía. Londrake vaciló, como la primera vez que estuvo allí, pero igual entró.

Bajó por el túnel abovedado a oscuras y logró encender una lámpara. Pero la luz era muy tenue, y los túneles y las bóvedas de los Picos Rojos eran amplios e intrincados. Así que Londrake se puso en la tarea de buscar por días, cámara por cámara, pasillo por pasillo y bóveda por bóveda, hasta encontrar la Shidraha.

Sin embargo, la tarea era peligrosa además de tediosa. Londrake todavía no sabía si la Shidraha estaba allí. Además, se arriesgaba a que los dos de los Seis estuvieran aún allí. Si los encontraba no podría hacerles frente. Otra opción era que la Shidraha ya hubiera sido encontrada por los seres terroríficos enviados por el Demonio, y que ya se la hubieran llevado.

Cuando Londrake se encontraba en una de las cámaras bajas, escuchó una débil voz, semejante a un gemido de dolor o de cansancio. Londrake, temeroso, apagó entonces lámpara, pues ya estaba muchos metros bajo tierra y lo último que quería era despertar a algún dragón. Pero el gemido volvió a ser escuchado, y esta vez la voz era más clara.

Londrake se acercó a oscuras al origen del gemido, prácticamente ciego y hostigado por el calor del túnel. Entonces vio en un recodo del túnel un destello amarillo, venenoso, incluso podrido. Era un destello enigmático que causaba inquietud y temor. Y a medida que el Mago se acercaba a esa luz, su ser se sumía a un extraño disturbio, causado por nada ni por nadie; una inquietud inexplicable.



Al lado del destello había un cuerpo tendido en el suelo, todavía vivo, pero demasiado débil. Londrake olvidó por un momento sus turbios pensamientos causados por la luz amarillenta, y se acercó al rostro del moribundo. Allí vio a Tartanos, con el rostro sudoroso y debilitado, orinado y tan pálido que a Londrake le causó miedo. Su barba enmarañada estaba sucia y sus ojos irritados.

Tartanos levantó la cabeza y miró débilmente a Londrake. -¿Mago de la Orden Roja? -preguntó con voz trémula.

Y Londrake asintió. -Londrake, de la Orden Roja, señor -respondió.

Tartanos suspiró aliviado. -Esperaba otra visita -dijo con una sonrisa cansada.

-¿Dónde están ellos? -preguntó Londrake.

Y Tartanos miró hacia su izquierda. -No muy lejos, en las cámaras del nivel superior -respondió el Mago Blanco para desdicha de Londrake-. Ya deben estar por bajar y encontrarme -añadió jadeante-. Saben que ya no puedo detenerlos. Llevo días escapando de ellos, pero no puedo hacerlo más.

Entonces Londrake miró la joya al lado de Tartanos, la misma que emanaba ese tenebroso y caótico destello, y supo de inmediato que era una de las cuatro Estrellas del Inframundo; una de las estrellas que no pertenecen al cielo sino al infierno.

-Lo mejor será que yo me lleve la Shidraha -dijo Londrake-. Esa piedra no estará a salvo ni en manos de los Hombres ni en manos del Demonio. En ambas manos no hará más que daños -aseguró.

-No están lejos -dijo Tartanos mirando a todos lados, hacia la densa oscuridad-. Si vas a llevarte la Shidraha, amigo mío, debe ser de inmediato. Llévala a la Tierra de los Magos, a Arus. Allí estará a salvo -añadió.

Londrake asintió y tomó la Shidraha. Al tocarla, sintió en verdad una turbia sensación, e incluso sintió un ardor en su mano. Así que la envolvió con su propia manta, y mirando a Tartanos dijo: -La Shidraha estará a salvo.

-Lo sé -respondió Tartanos, incapaz de levantarse-, pero recuerda sobre su maldición. Entreteñdré a esos malditos por unos momentos, lo suficiente para que puedas salir.

Londrake tocó la cabeza de Tartanos y asintió. -Gracias, amigo y maestro -dijo Londrake que, sin más, emprendió rápida huida hacia la superficie.

El Mago corrió por los túneles, ahora ayudado por la luz pútrida de la Shidraha. Con la adrenalina al máximo empezó su ascenso. Y cuando llegó al nivel superior se horrorizó, pues escuchó un grito gutural que se perdió en ecos producidos desde los socavones de los Picos. Entonces se sintió perseguido, delatado por el destello de la joya. El Mago sintió dos pares de ojos fijos en su espalda, y sintió respiraciones cálidas en su nuca, y sintió pasos rápidos y caóticos en el suelo, las paredes y el techo, como si muchos insectos se acercaran. Entonces incrementó la velocidad y olvidó el cansancio.

Aunque jadeante y sudoroso, Londrake no miraba hacia atrás, y aunque se sentía hostigado por pasos cercanos y susurros malignos, no se detenía. El ascenso se hizo eterno a causa de estos misteriosos terrores. Londrake jamás había ansiado tanto ver la luz del día. Ahora sentía la salida lejana, inalcanzable. E incluso pensó en desistir de su carrera y entregar la Shidraha, y esperar a que le perdonaran la vida; pero siguió adelante, y no se detuvo. La claustrofobia de los túneles abovedados se hacía intolerable, el calor bochornoso y los profundos ecos difusos y tenebrosos.



Juan Esteban Peláez

Y, sin embargo, Londrake siguió corriendo por las rampas empedradas y ascendentes. Recordaba los intrincados corredores, pues tenía buena percepción espacial, y aunque tenía el corazón acelerado y los nervios casi destrozados, no se detenía, y tenía en su cabeza una especie de mapa que había trazado durante su descenso. Las dos turbias apariciones intentaban hacerlo flaquear, e intentaban absorberlo en la penumbra y dejarlo allí; mas no lo lograron. Londrake por fin llegó a la cámara donde Eleonora lo había recibido tiempo atrás, y después a la entrada principal. El Mago se sentía cerca de su libertad, de su seguridad, mientras los innombrables lo seguían de cerca, casi tomándolo de la manta y halándolo hacia las profundidades. Pero ninguno de los dos logró retenerlo, y empezaron a maldecir a los soles, y también maldijeron a Londrake y a la Shidraha, y su amo. Mientras Londrake escuchaba tales maleficios, daba gracias a Herén y a Arián por brillar con tanto ímpetu en el cielo. Y finalmente, después de unos eternos instantes, el Mago Rojo logró salir de los Picos Rojos con la Shidraha.

Apenas Londrake emergió a la superficie, corrió un pequeño tramo y, sin poder aguantar más, se desplomó sobre la escondida senda que llevaba a los Picos, con los ojos hinchados por algunas lágrimas amargas, y con el pecho agitado y adolorido. La adrenalina lo dejaba poco a poco, y el dolor y el cansancio ahora se pronunciaban. Incluso la herida de su abdomen volvió a abrirse. Londrake jadeaba con fuerza y estertor, mientras se volteaba y miraba hacia el cielo, con el rostro cubierto por la tierra de la senda. En el azul cielo las nubes blancas se paseaban lánguidas y leves, cubriendo de vez en cuando la fuerte luz de los dos soles que relucían como gemas preciosas.

El Mago permaneció así por unos momentos, con el corazón latiéndole con fuerza, la cabeza como un tambor, el sudor en su frente y en su cuello, y un gran dolor en el abdomen. Sentía la garganta seca, el pecho adolorido y las manos temblorosas, pero tenía la tranquilidad de que la Shidraha estaba con él. Sin embargo, Londrake tenía planes distintos a los de Tartanos para la Shidraha; el Mago estaba dispuesto a ir a la mismísima Kárijan, capital del reino insular de Alheid, dominios de la Majestad de las Aguas.

El Imperio del Agua, Alheid en lengua antigua, estaba constituido por varios islotes, y tres isleos que rodeaban a Kárijan, la isla más grande del imperio. En los isleos se erguía tres poderosas ciudades: Magmatrión, que era potencia militar y naval; Yima, que era una ciudad con puertos pesquero y estaba al sur; e Iluma-Yena, que era la más pequeña de todas, al sur oriente. Todas tres servían como puestos avanzados de Kárijan, como primera línea de defensa de la isla contra el continente.

Además, como si fuera poco, la entrada a los puertos de Kárijan se hacía por medio de un estrecho que se formaba en la isla. Este estrecho era llamado el Paso de Sirenas, y era un paso muy bien custodiado, y no sólo por barcos de guerra. Todo esto dificultaba la nueva misión de Londrake, que también pensaba en cómo conseguir un barco pequeño que lograra atravesar todos esos obstáculos.

Y mientras meditaba todo esto, tendido en el suelo y con la mirada puesta en el cielo azulado, Londrake escuchó voces conocidas, voces que lo sorprendieron y que le llenaron el corazón de alegría. Estas voces hablaban entre ellas con alegría sobre la Batalla de los Cuatro Elementos, y cantaban uno que otro estribillo común en el Imperio de Fuego.

-En serio pensé que moría cuando me dieron ese golpe en la quijada. Incluso pensé que me había desfigurado -dijo una de las voces.



Juan Esteban Peláez

-Lo mismo sentí cuando el Armatón cayó. Yo estaba cerca de la máquina cuando se vino abajo -dijo una segunda voz.

-Lo importante es que ganamos -insistió la primera voz.

-El camino debe estar por acá -dijo una tercera voz.

-¿Seguro que Londrake está por aquí? -dijo la primera voz.

Y la tercera voz respondió: -Eso me dijeron.

Entonces Londrake se sentó y vio entre los árboles y la alta hierba que Arcalón, Sergail y Ángor caminaban no muy lejos, buscando aparentemente un sendero. Londrake sonrió, se levantó y boleó la mano. -¡Aquí estoy! -dijo sonriente mientras se sostenía la herida del abdomen para que dejara de sangrar.

Aunque los tres jóvenes se mostraban alegres, apenas Londrake se acercó notó que habían cambiado. El brillo de sus ojos ahora era enigmático e indescifrable, y era obvio que la vida que antes habían tenido les había sido arrebatada en la batalla. Ya no eran los mismos de antes, radiantes e inocentes, y Londrake se culpó por ello; pero nada les dijo. Entonces miró la Shidraha y la maldijo, pues supo entonces que en verdad tenía una maldición, incomprensible para los jóvenes, pero clara para él y los de su clase.

58

Después de ver otra vez esos ojos, verdes como esmeraldas, Londrake despertó agitado, de nuevo. Ya se habían vuelto más frecuentes las pesadillas que siempre terminaban con aquellos ojos verdes y venenosos. En todas las pesadillas, aparte de los ojos, Londrake veía un salón de columnas altas, y en todos los sueños una voz femenina le exigía la Shidraha.

Curiosamente, estas pesadillas empezaron la noche después de que Londrake logró sacar la Shidraha de los Picos Rojos. El Mago no había dejado de culparse por abandonar al Mago Blanco en esas oscuras y peligrosas profundidades; pero había actuado sin pensarlo, y el mismo impulso ahora lo tenía en la cubierta de una pequeña goleta de blancas velas que se dirigía a Kárijan.

La goleta era de las tropas que Norad había traído desde las islas, y había sido abandonada en la retirada. Pero no sólo la goleta había quedado vacía: Veinte galeones y dos cruceros de batalla habían sido olvidados en los Muelles Puros, y ahora las tropas de Viento y Fuego se preparaban para una invasión al Agua. Esta invasión desvió las defensas de Alheid, dejando a la goleta navegar sin mayores percances.

A medida que los días pasaban, el agua se tornaba más cristalina y azulada, dejando al descubierto algunos delfines que nadaban y jugueteaban cerca. Sólo Ángor y Londrake habían montado alguna vez en una embarcación, lo que le causó en verdad problemas a Arcalón y a Sergail, que a duras penas podían aguantar el mareo.

Londrake había logrado conseguir algunos marineros de Velheid fuera del mando de Ángor; prácticamente piratas. Londrake habíales pagado muy bien para que lo llevaran, y pidió no hacer preguntas. Los piratas, dudosos y temerosos por los monstruos marinos que se reunían en esa parte del Mar de las Deidades, aceptaron, seducidos por el oro.



Juan Esteban Peláez

Además, y para alivio de Londrake, ningún marinero habló con los jóvenes; de hecho, ni los determinaron. Así que los jóvenes no se esmeraron por agradecerles a los piratas: Ellos eran soldados y repudiaban a los piratas. Mas no se presentó ningún roce entre los marineros y Ángor, Arcalón o Sergail.

Ya llevaban cuatro días de viaje cuando vieron unas velas medio partidas a babor. Grande fue la sorpresa de los viajeros al acercarse al naufragio: La proa del aparente galeón era lo único que no se había hundido en el agua. La popa había desaparecido y el trinquete estaba partido. Sólo el mástil se había salvado, ostentando la vela blanca que los marineros habían visto desde la cofa de la goleta.

Londrake examinó el barco a medio hundir, y notó que había algunas flechas húmedas en el costado derecho del casco. Las flechas no estaban adornadas con plumas, como era común, sino que parecía tener algas. Entonces Londrake temió, pues sabía que, si la Majestad de las Aguas era la misma Apsara de las Aguas, tenía el poder de invocar fuerzas de los fosos más profundos del mar, entre ellos Tritones, Sirenas, calamares y serpientes marinas.

Y así sucedió, pues al mismo tiempo que Londrake examinaba el barco ya mencionado, cerca de los puertos de Iluma-Yena se desarrollaba la ofensiva militar más corta de la historia: Los pocos Hombres de Falheid y Velheid que habían decidido iniciar la apresurada invasión a las islas, estaban siendo acabados por Sirenas y Tritones. Además, los defensores de Iluma-Yena tenían la ventaja de tener las puntas de las flechas envenenadas con el doloroso veneno de las Iru-Can, o medusas amarillas. Estas medusas tenían el veneno más potente conocido.

En tan sólo quince minutos más de la mitad de la flota invasora había sido hundida, y casi siete mil Hombres, tanto de Velheid como de Falheid, habían muerto envenenados o ahogados. Los gritos no cesaban, y con mucha frecuencia caían las velas y los mástiles, y las banderolas de Fuego y Viento. Ningún enemigo de las islas logró pisar tierra firme.

Pero de esto Londrake nada sabía, y siguió su rumbo a Kárijan. El Mago en verdad no deseaba realizar ninguna escala por protección. Además, temía que la maldición de la Shidraha empezara a actuar cuando todavía estaban en la goleta; pero la Shidraha perturbaba constantemente, y más temprano que tarde hizo sonar de nuevo su maldición.

59

Un día antes de llegar a Kárijan, uno de los marineros asesinó al capitán de la goleta por una apuesta. El capitán la había ganado, pero el bravucón no tenía como pagarla. Así que lo acuchilló en una violenta riña. Después subió las escaleras y se dirigió rápidamente a la litera de Londrake. El pirata, llamado Dolat, había visto que el anciano guardaba celosamente una joya amarilla y brillante. Si tenía esa joya, sería rico, y le daría su parte del pago a los otros marineros, unos cinco, para evitar motines.

-Está medio senil -decía el pirata sobre el Mago-. Habla solo, tiene pesadillas y parece estar rodeado de fantasmas. El viejo debe morir -añadía para convencer a sus secuaces.



Juan Esteban Peláez

Entonces Dolat entró a la cámara de Londrake, y lo encontró acostado en su litera, dormitando. Ya la noche estaba bien entrada, y Sírel rutilaba entre cortinas negruzcas y plateadas de nubes sutiles. Al ver a Dolat, Londrake intentó incorporarse, pues los ojos del bandido llameaban, y su rostro estaba ceniciento de codicia y miedo.

-¿Dónde está la joya, anciano? -dijo Dolat, que se abalanzó sobre el Mago, inmovilizándolo y poniéndole el cuchillo todavía ensangrentado en la garganta.

-En esa bolsa -dijo Londrake con celeridad. No intentó luchar, pues Dolat era muy corpulento y fuerte.

El pirata miró la bolsa sobre la pequeña mesilla y sonrió. -Buena decisión, viejo -dijo. Pero cuando sacó la Shidraha de la bolsa, no pudo aguantar el ardor que se disipó en su mano al contacto. Fue tan dolorosa la quemadura, que Dolat se hincó, gruñendo adolorido. Entonces Londrake se levantó de su litera y tomó la vara. -Tiene razón: Buena decisión, viejo -dijo Londrake seriamente, mientras tomaba la Shidraha y la guardaba en la bolsa. Aunque él también se quemó a recogerla, él toleraba más el dolor.

Después de pasado este altercado, Dolat fue lanzado por la borda por los marineros restantes que le habían sido leales al difunto capitán. Otro de los piratas tomó el mando, y aceptó llevar a Londrake hasta Kárijan sin pedirle ni una moneda de oro más. En menos de una semana la Shidraha ya había cobrado dos víctimas, y quién sabe cuántas más cobraría, pues ya había inmolado a los Imperios de los Elementos bajo su maldición.

60

Grande fue la ansiedad y el temor de Londrake y de los Hombres al ver a Kárijan elevarse desdeñosa en el mar azul. A los lados de la ciudad, en las colinas de la isla, se levantaban brillantes bosques de pinos azules, semejantes a lapislázulis que brillaban con las luces de los soles que hasta ahora salían de entre las brumas mañaneras. Un velo de niebla cubría la isla, que parecía hasta ahora despertarse. Algunos pequeños barcos pesqueros ya elevaban sus velas y se apresuraban a iniciar su día, y algunos soberbios galeones patrullaban la isla de un lado a otro, custodiando con recelo el Paso de las Sirenas.

Aunque parezca increíble, ningún barco patrullero detuvo la goleta, que siguió su rumbo hacia el Paso sin ningún percance. El Paso de las Sirenas consistía en una muralla blanca de bloques de piedra lisa. Esta muralla cruzaba de extremo a extremo la amplia bahía sur de la isla. Alrededor trepaban los pinares, y tras el muro se erguían imponentes torres de guardia en peñascos artificiales, algunas como faros, otras como guardianes de piedra. En el medio del muro se abría un portón sin arcada, gigantesco, que daba paso a la bahía. Ese portón tenía grabados de Sirenas y Tritones, y a cada lado había rostros que emanaban agua pura de sus bocas. Estos rostros, de barbas abundantes y cabellos largos, tenían ojos de zafiro empotrados en el muro blanco.

El portón estaba abierto de par en par, y tras él, sobre la extensa bahía, se mecían cientos de embarcaciones de todas clases: Barcazas, galeras, bergantines, cruceros, galeones, goletas, balsas, fragatas, y dos enormes navíos que llamaron la atención de los Hombres. -¿Qué embarcaciones son esas? -preguntó Arcalón mientras veía las velas blancas de los navíos. También detalló los baupreses tallados, los enormes mástiles y las cofas adornadas con telas azules.



Juan Esteban Peláez

-Son los Navíos Reales, los barcos de batalla por excelencia del imperio -respondió Londrake.

Pero lo que más asombró a los Hombres se dio cuando entraban por el Paso. A babor, sobre una piedra sobresaliente, Sergail, Ángor y Arcalón vieron con maravilla un ser que sólo habían escuchado en las historias: Sobre la roca permanecía una Sirena, plácida, perezosa, dejando que las pequeñas olas le humedecieran el fino cuerpo. Vestía sólo una cota de malla plateada y lustrosa que sólo le cubría hasta la parte alta del plano vientre. Una tiara de plata con engarces de ópalos adornaba su cabeza. Tenía los cabellos rojos, y su rostro era de trazos finos y esbeltos. Tenía los ojos verdes como el jade, y su boca brillaba roja como un rubí. Y lo más sorprendente, su cola de pez, era de escamas plateadas, que con un sutil movimiento brillaba de azul. Entonces todos recordaron las armaduras de las tropas de Alheid con las que se batieron días atrás.

La Sirena se quedó mirándolos, y sonrió, pero nada les dijo. Y en vez, permaneció inmóvil y adormecida sobre la roca, dejando que el mar la refrescara del calor del día.

-¡Qué hermosa es! -dijo Arcalón.

-Y todavía no la has escuchado cantar -añadió Londrake, que ya había tenido un encuentro con Sirenas antaño.

-Nadie me va a creer esto en Metys -dijo Sergail con la mirada fija en la Sirena.

-Ni en Verdelheid -añadió Arcalón, que pensaba en Méladriel constantemente.

-Por ahora pensemos sólo en desembarcar -dijo Londrake, que permanecía inquieto por la facilidad de la misión. Sabía que algo sucedía, y que de alguna manera lo esperaban.

La goleta pasó sin problema por el Paso de las Sirenas, y llegó a uno de los puertos que se levantaban en la bahía de Kárijan. El olor a pescado rondaba en el aire, y las edificaciones blancas ya se veían por entre los pinos. La arquitectura de Kárijan consistía en techos con forma de cúpulas y altos minaretes muy adornados. La gran mayoría de los edificios estaban hechos o revestidos de mármol blanco y reluciente, con techos azules, y cada hogar tenía un pozo de agua pura y potable. Los molinos de agua también abundaban en la ciudad insular.

Apenas Londrake y los jóvenes desembarcaron, los piratas recibieron su paga y se retiraron, dejándolos a su suerte. La situación estaba tornándose peligrosa para el Mago y los jóvenes, pues estaban en territorio enemigo, sin una ruta de escape. El único objetivo era llegar hasta la Majestad de las Aguas y entregarle la Shidraha para evitar su cólera.

Las personas en Kárijan, aunque hablaban el idioma Írimo que se hablaba en la Península de los Elementos, todavía tenían palabras y el acento de los Nórdicos de antaño. Alheid había sido invadido siglos atrás por la raza Nórdica que logró repeler la invasión de los Ariánicos Occidentales. Así mismo, tenían rasgos netamente Nórdicos: Tanto Hombres como Mujeres tenían los ojos azules como los cielos, las pieles pálidas como la nieve y estatura relativamente alta.

Todos los habitantes de Kárijan se sorprendieron al ver a Londrake en la isla. Aunque había Magos en Kárijan que servían como consejeros a la Majestad, nunca se había visto en la capital de Agua un Mago tan viejo y experimentado como Londrake (aunque por el hedor y la suciedad parecía en verdad un vagabundo). Tal fue la sorpresa de los habitantes



Juan Esteban Peláez

de Kárijan por Londrake, que Sergail, Arcalón y Ángor, que iban al lado del Mago, fueron completamente ignorados, como si no existieran.

-Vaya, parecemos sólo fantasmas cuando vamos al lado de Londrake -dijo Ángor mientras miraba con fascinación la hermosura de las jóvenes de Kárijan.

-Tiene razón. No nos prestan atención -dijo Sergail.

-Mejor para nosotros -añadió Arcalón mientras se fijaba en algunos naranjos que se elevaban a ambos lados de la calle principal. La calle era empedrada y muy ancha, y llevaba directamente a la colina donde se encontraba el palacio imperial. Londrake, que ya había visto esa calle en sus sueños, no se desvió del camino. Entonces, a medida que avanzaban por la majestuosa isla, las pesadillas de Londrake empezaron a renacer. En muchas de ellas había visto alguna referencia de la ciudad: Un árbol de naranjas, una colina bañada por los soles, pinos azulados, la calle principal de Kárijan... Londrake empezó a recordar sus pesadillas, y se asustó.

Poco después empezaron a ascender por una colina ya retirada del centro de la ciudad, sin detenerse. El sendero, todavía empedrado, estaba bordeado de bosques azules, y de vez en cuando una ardilla salía por entre los árboles, juguetona y tímida. El aroma allí era dulce a causa de los pinos, y el ambiente era muy calmado y silencioso. Pero unas grandes ansias invadían a los viajeros, que sólo deseaban llegar a ver a la gobernante de las islas.

61

Los viajeros se detuvieron asombrados frente al portón del palacio que estaba entre las arboladas azules más elevadas de Kárijan. Desde allí toda la bahía era visible, como un lago calmo en medio de la isla. Los barcos se movían de un lado a otro, adormilados, y algunos salían por el Paso de las Sirenas. La puerta del palacio parecía ser de plata pura, con engarces de esmeraldas y crisoberilos. En la puerta había grabados tribales y relieves de formas intrincadas.

-Nos dejaron llegar muy fácilmente, ¿no lo creen? -preguntó Arcalón, que ya empezaba a dudar de su suerte.

-Eso es verdad -dijo Sergail-. Ningún barco detuvo la goleta, y ningún guardia se apresuró a detenernos en la ciudad -añadió.

-No puedo negar que esperaba por lo menos una requisa -dijo Ángor, que parecía temeroso.

Londrake se quedó mirando la puerta del palacio por unos instantes, ensimismado. -Ya había visto esto en mis sueños -dijo a sí mismo.

-¿Entramos? -preguntó Arcalón, que parecía intimidado por la opulencia del palacio.

-No hay un solo guardia, y aquí vive la Majestad de las Aguas -dijo Ángor mirando el rededor-. Algo sucede -agregó.

-O en verdad la guardia en las islas es demasiado pobre, o nos dejaron llegar hasta aquí y nos esperan -convidió Sergail.

-Creo más la segunda opción -dijo Arcalón mirando hacia los pinos aledaños.

Londrake suspiró entonces y se apresuró a empujar la puerta. -Ustedes no tienen nada que temer -dijo el Mago a los jóvenes-. Yo me encargaré de todo -añadió mientras entraba al palacio.



Juan Esteban Peláez

Aunque parecía increíble, el palacio estaba deshabitado, desértico. Aunque todos los lujos (como cuadros y estatuas) estaban intactos, nadie había allí. Todas las lámparas estaban prendidas, colgantes o empotradas en las paredes, y todas eran majestuosas y de vidrio fino. Había pintura al fresco en los techos que mostraban mares furiosos y flotas desdeñosas, y en las paredes había obras maestras.

Aunque el palacio era gigantesco, Londrake subió las escaleras y siguió su camino sin desviarse por amplias y ostentosas salas, un amplio comedor y largos corredores muy iluminados. El Mago parecía saber el camino; y aunque dudaba a veces, casi siempre encontraba una imagen que le recordaba sus inquietas pesadillas.

-¿Sabes por dónde es, Londrake? -preguntó Arcalón.

El anciano subió unos pequeños escalones tapizados y llegó a un largo pasillo, adornado con largos velones blancos que derramaban parafina. Al fondo, ostentosa y enigmática, estaba la puerta que Londrake tanto había visto en sus sueños: Una puerta de plata con engarces de esmeralda brillante y pernos revestidos de oro.

-Allí está ella -aseguró el Mago, que de repente empezó a temblar por la ansiedad y por el temor. Según sus pesadillas, tras esa puerta había una sala ennegrecida, oscura y repleta de columnas. No había allí ventana alguna, y sólo era visible un trono de granito entre dos de las enormes columnatas. Entonces escuchaba la furiosa voz y veía esos ojos verdes como los de las víboras, y despertaba.

Entonces Londrake tomó la bolsa donde tenía la Shidraha, tomó aire para calmarse y se dirigió hacia la puerta, aunque sudaba. Y los jóvenes, más asustados que el Mago, lo siguieron. Ángor tomó el arco y una flecha, mientras que Sergail y Arcalón desenvainaron sus espadas.

Londrake se detuvo frente a la puerta, miró a los jóvenes y preguntó: -¿Están listos?

Y todos tres asintieron.

Y Londrake volvió a hablar. -Deben estar tranquilos -dijo-. Recuerden que quien se arriesga soy yo. Yo tengo la Shidraha -dijo-. Su voz fue sonora, aunque sólo susurraba, pues todo el palacio estaba en silencio, como si estuviera construido sobre un camposanto. Y sin más, Londrake abrió la puerta halando la argolla. La argolla estaba helada, lo que lastimó la mano del Mago.

Apenas la pesada puerta se abrió, un aire gélido salió del recinto, como un aliento glacial. Fue tal el frío, que Londrake y los jóvenes empezaron a emanar vapor de sus bocas, y sus cuerpos empezaron a tiritar sin quererlo; incluso sus dientes se chocaron tras sus labios. Y, para desconsuelo del Mago, el recinto era tal y como lo recordaba en sus sueños: Las columnas se levantaban negras por una amplia sala, aunque sólo algunas eran visibles por la luz que entraba del pasillo. No había ventanas, y al fondo parecía haber un trono, aunque se veía difuso por la poca luz que entraba.

Londrake fue el primero en entrar al recinto, y de inmediato notó que la sala era mucho más tenebrosa y espeluznante que en sus pesadillas: Las columnas estaban cayéndose a pedazos, agrietadas, y el suelo estaba craqueado por completo. Por las zanjás que se abrían en el suelo corría helada agua, que aparentemente era llevada a algún lugar; pues fluía como si tuviera corriente.

Y en el instante en que los jóvenes entraron, se escuchó una voz femenina, una voz que retumbó en ecos terroríficos, pues era furiosa.



Juan Esteban Peláez

-¿Dónde está Norad? -preguntó la voz, que pareció provenir de la izquierda de la penumbra.

Mas ninguno respondió. En vez, Londrake y los jóvenes intentaron traspasar las tinieblas, pero sólo veían unas pocas columnas cercanas.

Al sentir la duda, la voz preguntó con más furia. -¿Dónde está?! -gritó la Mujer. Pero esta vez las columnas de la sala se estremecieron, agrietándose todavía más, y el agua en el suelo pareció subir de nivel.

-¿Majestad? -preguntó Londrake mientras levantaba la bolsa donde estaba la Shidraha.

-¡Pregunté en dónde está Norad! -dijo la voz, aún oculta por las tinieblas del recinto. El tono de voz no había bajado su agresividad.

Arcalón habló entonces. -Acabamos de tener una batalla, Majestad, y lo que sucedió...

Pero Londrake lo calló poniéndose su dedo en sus labios como seña. Después habló. -No venimos a hablar de la guerra, venimos a hablar de algo más importante, Majestad.

Entonces un silencio incómodo invadió la sala. La voz calló y pareció dudar. -¿Venimos? -preguntó la voz.

Entonces Londrake miró a los jóvenes, que temblaban, aunque intentaban demostrar valentía. -Sí, venimos -dijo Londrake.

Pero Sergail se ofendió, pues estaba cansado de ser ignorado. -¿Es que acaso somos tan poca cosa como para que nos ignores, Majestad? -preguntó furioso.

-¡Silencio! -exclamó Londrake, arregañadiente y temeroso.

-¡No me quedará callado! -gritó Sergail-. Hemos venido para hablar sobre la Shidraha, para entregarla como retribución por la muerte de Norad. ¡Así es! Si en verdad querías saber de Norad, Majestad, debes saber que viene en una balsa. Nosotros, que somos el enemigo, lo estimamos como gran guerrero y digno contrincante. Luchó como ninguno de nosotros podría haberlo hecho, y fue uno de los últimos en caer en la Batalla de los Cuatro Elementos. Por lo mismo, hemos decidido devolver el cuerpo; para que le hagan un funeral digno.

Pero en ese instante emergió un chorro de agua con una presión enorme, dirigido directamente a Sergail. Este chorro de agua golpeó violentamente a Sergail y lo lanzó lejos de sus compañeros. Fue como si un ariete lo hubiera golpeado, pues la respiración se le complicó y el pecho le quedó adolorido.

Arcalón se apresuró a ayudarlo, mientras Ángor, furioso y a la vez asustado, templó el arco y lo apuntó al origen de la extraña magia, envuelta en penumbras.

-¡Calla! -gritó la Majestad desde la oscuridad, oculta a cualquier vista. Acaso no comprenden que ustedes ya están malditos por la Shidraha -añadió.

-Y así malditos hemos venido -dijo Arcalón mientras ayudaba a levantar a Sergail.

-¿A que han venido? -preguntó la emperatriz furiosa-. ¡¿A ostentar la victoria o a pedir clemencia?! -gritó con una ira incontenible. Entonces las columnas y la sala entera se volvieron a estremecer, produciendo crujidos por todos lados. -¡Norad no pudo haber muerto! -gritó Melina, la Majestad de las Aguas, iracunda, mientras las columnas todavía se sacudían.

-¡Por favor, Majestad! -exclamó Londrake-. Al menos Norad no sufrirá los horrores que la Shidraha ya ha dejado en nosotros -añadió.

Entonces las columnas dejaron de moverse, y el recinto volvió al silencio. -¿Qué deseas, Mago? -preguntó la Majestad, fuera de la vista.

Londrake destapó la Shidraha, y el recinto se iluminó de una luz amarillenta y pútrida, y la sala pareció más caótica y hostigante. -Tú eres tienes más sabiduría que los Hombres y eres más poderosa que los Magos -dijo Londrake-. Tú debes custodiarla -añadió.



Juan Esteban Peláez

Aunque el recinto se había iluminado, Melina todavía no era visible, pues se encontraba tras una de las columnas. Sólo su contorno se recortaba junto a la sombra de la columna.

-¡Y crees que eso salvará a esos ya miserables! -gritó airada.

-No lo salvará, pero es mejor que tú la tengas a que la tenga el Demonio -aseguró Londrake-. El poderoso Mago Tartanos no pudo detener a los hechiceros del Diablo. Nosotros en la Tierra de los Magos tampoco podremos detenerlos; pero tú sí puedes. Tú puedes enfrentarlos y resguardar la Shidraha.

-¡Ustedes asesinaron a mi Delfín, y ahora pagarán! -gritó la Majestad con cólera, al mismo tiempo que de detrás de la columna emergían listones de agua ardiente, humeante, que danzaba como serpientes azules.

Pero Londrake ya se había vuelto un Mago intrépido y experimentado, y sin dudarlos alzó la brillante joya hacia la emperatriz. Entonces finalmente la vieron.

62

Era imposible creer que un ser tuviera tan perfectas facciones. Definitivamente parecía una de las hijas de la Dama de la Noche: Sus ojos eran esmeraldas resplandecientes que contrastaban con la pintura roja de sus párpados. Sus pequeños labios brillaban como una húmeda cereza. Su cuello era suave y terso. Su tez parecía de porcelana blanca, motivo por el cual el oscuro cabello resaltaba: Era tan negro que las tinieblas que la rodeaban parecían opacarse. Tenía aretes grandes y sostenía en su altiva cabeza una diadema de láminas de oro. Su vestimenta, blanca y rosa pastel, bordeaban su silueta.

Sus cabellos negros y su vestimenta danzaban con furia, como si un viento raudo estuviera bajo ella. Al mismo tiempo que dos listones de agua hirviendo se agitaban a su alrededor, lamiendo a menudo la columna. Y sus ojos verdes brillantes, fosforescentes y coléricos, contrastados por el blanco de su rostro.

-¡Mi Delfín no pudo haber muerto! -dijo al mismo tiempo que lanzaba sus serpientes de agua ardiente sobre Londrake y los jóvenes; incluyendo a Sergail, que todavía estaba acurrucado por el dolor en su pecho.

-¡Espera, Majestad! -exclamó Londrake mientras mostraba las dos cartas que había tomado del cuerpo de Norad antes de ser entregado a las tropas de Lev. Una de las cartas tenía un listón azul y estaba sellada con un escudo de parafina roja. La otra tenía un listón rojo.

Melina no pudo evitar la sorpresa al ver el listón rojo que sellaba una de las cartas. -¿De dónde sacaron esas cartas? -preguntó inmóvil.

-Las tomé del cuerpo de Norad cuando lo levanté -respondió Londrake con duda-. Sé que no son para mí, así que no las leí. Sé que son para ti.

Melina escrutó la verdad en los ojos del Mago, y supo que no estaba mintiendo. Las serpientes de agua se habían detenido frente a los jóvenes y al Mago, y algunas gotas le habían quemado el rostro a Arcalón y el brazo a Ángor.

-¿Por qué habría de aceptar esa joya? ¿Qué gano custodiándola? -preguntó Melina.

-Nada Majestad, pero sólo tú puedes evitar que Irgoliath la tenga -dijo el Mago.

-¿Y por qué quiero luchar contra Irgoliath? Ese Demonio me es indiferente -aseguró la Majestad.

-Lo sé, pero si Irgoliath toma las Shidrahas destruirá toda la península. Se la entregaría gustoso al Corazón de los Volcanes, pero no sé dónde se encuentra -aclaró el Mago.



Juan Esteban Peláez

Entonces Melina calló por unos instantes. -¿Sabes la historia de Irgoliath y el Corazón de los Volcanes? -preguntó asombrada.

Y Londrake asintió. -La conozco. Por ella y por los Humanos de la península debemos evitar que Irgoliath triunfe.

Los jóvenes nada entendían de tal conversación. Pero Melina conocía bien las historias de antaño, y sabía de los pecados del Demonio. -Eres astuto al utilizar el Corazón de los Volcanes para convencerme -dijo la Majestad, que al ver de nuevo las cartas en la mano del Mago, añadió: -Además, ya no tengo nada que perder.

Ni Londrake ni ninguno de los jóvenes entendieron las palabras de Melina, pero nada dijeron.

-¿Te quedarás con ella? -preguntó Arcalón, que estaba maravillado con la presencia de la Apsara.

Melina miró la Shidraha por unos instantes, ensimismada, y dijo: -Debes saber, Mago, que el Demonio no espera que la Shidraha se quede en Kárijan, y que dudará antes de enviar a sus matones a mis islas. Él primero atacará su frontera más cercana a sus dominios, y después seguirá hacia el oriente, hasta llegar al Mar de las Deidades. Alheid será el último imperio en ser atacado.

-Y Falheid el primero -dijo Sergail con temor, ya un poco más aliviado del dolor.

-«La frontera más cercana» -se dijo Arcalón-. El Paso de Llamas -dedujo.

Y Melina asintió. -Irgoliath no sólo busca la Shidraha, también busca la Estrella de Jores. Y esa estrella está en Falheid, según sé. El Demonio es codicioso, pero paciente. Todo este tiempo ha acumulado fuerzas, y ahora moviliza sus ejércitos. Sé que la guerra ya empezó en sus fronteras occidentales, pero eso está muy lejos de aquí. Pronto el Diablo y sus sirvientes posarán sus horribles ojos sobre las joyas que están al oriente -añadió la Majestad, que no le quitaba la mirada al listón rojo que envolvía una de las cartas. Las serpientes de agua todavía estaban siseando alrededor de Londrake y los jóvenes, pero parecían estar más calmadas.

-¿Y cuándo sucederá eso? -preguntó Arcalón.

-Cuando él tenga la Shidraha que tienen los occidentales -aseguró Melina, que se dirigió hacia el trono de granito, también agrietado. Era grande el contraste de la sala con respecto al resto del palacio. El palacio, de cúpulas majestuosas, mostraba una opulencia incalculable, pero esa sala era sombría y tenebrosa.

Melina se sentó agotada en el trono, destrozada por la pérdida de Norad. -Dame esas cartas -pidió la Apsara al Mago.

El Mago se acercó y se las dio a la emperatriz. -Son tuyas -dijo mientras se hincaba frente a ella. Aunque los jóvenes nada entendían, también lo hicieron.

La Majestad miró a Arcalón, a Sergail y a Ángor, y preguntó: -¿Fueron heridos gravemente en batalla?

Y todos tres asintieron. Arcalón había sido herido en rostro y en el pecho, Sergail en la cabeza y Ángor en la espalda. Las tres heridas habían sido profundas y peligrosas, pero la adrenalina eliminó el dolor.

-Veo que son almas valientes -dijo Melina.

Entonces los tres jóvenes, orgullosos por el cumplido, se sintieron de repente atraídos por la belleza de la Apsara. Y todos tres parecieron enamorarse de ella. Incluso, Arcalón olvidó a Méladriel en ese instante. Pero lo que no sabían era que las Apsaras irradiaban un aura que atraía el gusto de todo Humano, Hombre o Mujer. Y que sólo cuando se estaba mucho tiempo al lado de una Apsara se acostumbraban a esa aura. Por esto mismo, sólo Norad podía estar cerca de la Majestad de las Aguas.



Juan Esteban Peláez

La Apsara miró la carta con el listón rojo con mucho detalle, aletargada, melancólica, y dijo a sí misma: -«Esperé este listón por tanto tiempo».

La Majestad abrió primero la carta del listón azul y la leyó mientras Londrake y los jóvenes se encontraban a la expectativa. Las serpientes de agua caliente todavía humeaban y serpenteaban alrededor, en el aire, como flotando. Sus cabezas eran muy claras, aunque el agua era informe y a tramos burbujeante. Todos vieron cómo las verdes y brillantes pupilas de la Majestad se movían de un lado a otro con gran rapidez. En un instante levantó la mirada, vio a los Hombres y volvió a la carta. Ella se mostraba inmisericorde, fría, sin reacción alguna.

-Escuchen, valientes guerreros -dijo Melina-: Por venir hasta aquí y acompañar al Mago en su travesía, incluso estando malditos por la Shidraha; están autorizados a pasear por Kárijan sin ningún inconveniente. Deben saber que nadie les hablará, ni les prestarán atención, pues la Shidraha se quedará en el palacio. En cuanto a ti, Mago, debes saber que ha sido gallarda tu misión. Sé que has recuperado dos estrellas, y ambas las dejas en buenas manos. Te he seguido, Londrake, y sé sobre la Estrella de Jores.

-¿Y la guerra? -preguntó Sergail.

Entonces todos recordaron que Melina no era una amiga, sino el enemigo. Y se atemorizaron, mas no supieron qué hacer.

Así que Londrake habló. -Yo ya he cumplido con mi cometido -dijo-. Pero ahora que Lioric está muerto, quizás logren llegar a un nuevo acuerdo.

-Yo, por mi parte, no exigiré nada -dijo Melina-. Con la Shidraha me basta.

-Debemos esperar la decisión de Facet, lo ocurrido en Metys y los deseos de los Areshti.

63

Apenas Londrake y los jóvenes salieron del recinto, Melina no pudo aguantar más su congoja, y aunque intentó aprisionar las lágrimas tras sus párpados, las gotas se escaparon y rodaron amargas por sus mejillas, humedeciendo la carta. Entonces recostó su celestial cuerpo sobre el trono, desmoronada y destruida. Y miró hacia el techo, con las pupilas brillantes por las lágrimas.

-«Norad no pudo haber muerto» -se dijo a sí misma en un intento desesperado de consuelo. Su existencia, envuelta en dulces fragancias, pareció acabarse, y su poderosa luz pareció extinguirse. Entonces abrió la carta con el listón rojo, un listón que en verdad había deseado por años. Tomó la carta con extrema ternura para no romper la cinta roja, y la acarició con sus manos de uñas esmaltadas. Se secó las lágrimas con la manga de su vestido y leyó la carta.

-Querida Melina:

Te ruego que me disculpes por tal osadía. Sé que no soy merecedor de la compañía de una Apsara, ya que soy sólo un Humano. Deseo aclararte que esta carta no es por tu energía, pues ya me he acostumbrado a ella. Más que por deber era por placer que me posaba en tu puerta a hacer la guardia. Me moría por abrir esa puerta, por ver tu hermosa cara suspendida en el tiempo, con tus párpados cerrados, ocultando las esferas verdes, y arropada hasta los hombros, dejando caer tus negros cabellos a tu rostro pulido, y acomodándote con soñolencia. Moría por susurrarte al oído todo lo que sentía



Juan Esteban Peláez

y cuánto te amaba. Espero que sea perdonada mi desobediencia; pero toda mi vida te amé con toda mi alma. Este listón, listón que conocías, siempre fue para ti, y siempre lo será. «Es para el amor de mi vida» te dije; pero no tuve el valor para decirte que era para ti, simplemente por miedo a un rechazo. Toda mi vida tuve miedo a tu rechazo, por eso nunca te dije nada. El temor: Monstruo que nubla la razón. Nunca supe qué pensabas, y nunca lo sabré. ¡Oh mi hermosa Majestad!, discúlpame por no cumplir mi función; pero en mi vida y muerte me quedaré contigo.

Con amor, Norad.

La emperatriz no pudo contener las lágrimas, y sintió una angustia mayor que la sentida por cualquier Mujer mortal. Las Apsaras amaban por siempre, pues eran inmortales, y una pérdida amorosa era irreparable para ellas. Recostó su rostro empapado en sus manos, y lloró como nunca había llorado. Y su tristeza fue tal que todo el Imperio del Agua pareció compartirla y sumirse a sus recuerdos. El cielo se nubló y llovió por buen tiempo. «No es justo -pensó-. Esperé este listón por tanto tiempo...».

64

Dos días después de la llegada de Londrake y los jóvenes a Kárijan, llegó el cuerpo de Norad. En verdad fue triste la ceremonia que se realizó en la isla al difunto Delfín. Norad había logrado grandes proezas para Alheid durante la guerra, y ahora se había ido, dejando las islas a su suerte. Se hicieron dos estatuas en su honor, una en Magmatrión, la Isla de los Palacios, y la otra en Kárijan, frente al palacio de Melina.

El cuerpo fue enterrado en un mausoleo construido en los jardines traseros del palacio; todo de mármol negro y con dos estatuas de Ángeles a los costados. Pero antes de ser enterrado fue recibido en la bahía con flores y lágrimas, y miles de flechas se lanzaron al cielo, hacia la bahía, en señal de una enorme tristeza. Y el cuerpo, casi intacto, fue llevado en un amplio carruaje desde los muelles hasta el palacio. Llovió durante días, y hasta las Sirenas que rondaban las afueras de Kárijan lloraron y entonaron tristes canciones.

Por otra parte, los planes de Arcalón se habían desarrollado casi a la perfección: Lioric estaba muerto y su dictadura había sido enterrada con él. En verdad muy pocos lo lloraron. Y los archiduques Hérself y Bérenterth, legítimos herederos al trono que Lioric había usurpado en el golpe de estado, dominaban ahora el Imperio del Fuego. Aunque uno de ellos había muerto durante el nuevo golpe para retomar el trono, el nuevo emperador de Falheid logró un trato equitativo con el emperador Facet: El tesoro de los Picos Rojos sería partido en mitades casi iguales. Ambos imperios estaban destrozados por la guerra, y necesitaban una paz desesperadamente. Sin embargo, los dragones pertenecerían a Falheid.

El Imperio del Fuego, tal y como lo había prometido Lioric, partió su parte en dos con Velheid, con los Areshti. Y Alheid, al mando de la Majestad de las Aguas, nada pidió a Facet, pues poseía la Estrella del Inframundo, una joya codiciada, increíblemente valiosa, pero peligrosa. Sin embargo, Facet mandó costosos regalos a la Majestad como agradecimiento de su alianza.



Pero para lograr esta paz, tuvieron que pasar casi ocho meses de cruenta guerra, en donde ninguno tuvo nunca la ventaja. Aunque el Castillo de Cristal fue de nuevo atacado, y hubo varias batallas posteriores, ninguna se igualó en magnitud a la Batalla de los Cuatro Elementos, la más importante de esa guerra.

La guerra terminó el 6 de diciembre del 206 de la Nueva Era, a vísperas de las festividades de fin de año. En verdad fueron las fiestas más alegres de los imperios, pues parecía que no era una simple tregua, parecía una paz duradera. Y los Hombres se dieron cuenta que no eran muy diferentes.

En cuanto a Londrake y los jóvenes; apenas entregaron la Shidraha y las cartas a Melina, dirigieronse a los puertos de la bahía, intentando pasar desapercibidos. Conocieron casi toda Kárijan y se deleitaron con sus paisajes.

Melina acogió a los jóvenes y al Mago como amigos, y los invitó a dos cenas privadas durante la estadía. No hubo cortesanas en esas cenas, sólo Melina y sus invitados. En ambas comidas, la emperatriz conoció mejor a sus antiguos enemigos. Los jóvenes todavía sentían la extraña sensación de atracción hacia la Apsara, pero ella les explicó sobre la energía que causaba esa sensación.

Mas Melina se fijó en Arcalón más que en los demás. Arcalón, el famoso Jinete Escarlata que había llevado a cabo la Batalla de los Cuatro Elementos, ahora era famoso por toda la península. Melina le habló y le enseñó a Arcalón más que a cualquier otro. Y Arcalón, apenado, aceptó las enseñanzas.

La despedida fue en verdad triste. Melina no los acompañó al puerto; pero los despidió en su palacio. Arcalón jamás olvidó la imagen que vio aquella cálida mañana cuando la Majestad los dejó en la puerta. Ella tenía una corona de flores amarillas y rojas sobre su cabeza. Su cabello negro y liso estaba suelto, y vestía de blanco y azul.

Pero lo que más impactó a todos los presentes, fueron las cuatro Hadas que salieron de entre los pinos azules para mimar a la deidad. Dos de ellas se apresuraron a volar a su alrededor, en espirales, dejando caer un polvo de oro. Una de ellas se apresuró a mecer su cabello negro, y la otra le acomodó la corona de flores. Las Hadas, muy pequeñas, tenían ojos claros, eran rubias y tenían alas de mariposa de un color azul celeste.

La Majestad, al ver el rostro asombrado de los jóvenes, sonrió y boleó la mano. –Vienen tiempos difíciles, amigos míos, y espero tenerlos a mi lado cuando vengan -dijo la Apsara. Entonces los extranjeros se hincaron. Y Londrake dijo: -A mí no creo que me tengas, Majestad, pues yo ya he hecho mi trabajo; pero a los jóvenes los tendrás a tu lado, siempre. -Lo sé, pues yo ahora soy la custodia de la Shidraha, soportando la maldición, y sólo tú, Mago Rojo, te has salvado de tal hado. Lo veo en tu aura -dijo la Apsara.

-Lo sé -respondió Londrake que, sin más, dio media vuelta y descendió la colina; seguido por los jóvenes, que en verdad no se querían ir.

-¡Adiós, gran Majestad! -exclamó Sergail con voz vivaz.

Melina sonrió y dijo: -No será la última vez que nos veamos, valientes guerreros.

Y estas palabras parecieron alentar a los Hombres, que más aliviados, descendieron la cuesta para volver a sus hogares. Después de esa visita, Arcalón no participó en ninguna incursión militar, ni Sergail ni Ángor.



Londrake, por insistencia de Arcalón y Sergail, decidió quedarse hasta las fiestas de año nuevo. Ya la paz se había hecho cuando llegaron éstas, y por lo mismo festejaron como nunca lo habían hecho.

65

-¿Y ahora qué harás, Londrake? -preguntó Arcalón que, aunque había intentado evitar el tema, sabía que era necesario.

El Mago ya lucía cansado, y sus ansias de volver al Bosque de Tirendel eran notorias. - Me iré a casa -dijo mientras bebía el último trago de vino que quedaba en su copa.

Ya habían pasado dos días después del año nuevo, y Arcalón había decidido hacer una pequeña reunión en su hogar, en las Torres de Nevard. Ya hacía mucho tiempo que Arcalón no habitaba su hogar: Primero la batalla de Kamea y la toma del Castillo de Cristal, después la huida a Verdelheid, después la Batalla de los Cuatro Elementos, y después el viaje a Kárijan.

En la reunión había pocas personas: Estaban Lev, Trisanio, Sergail, Ángor, Almond (que últimamente había estado muy enferma, aunque en la reunión estaba muy animada por ver de nuevo a su hermano), y obviamente Londrake y Arcalón, además de algunas Mujeres invitadas.

-Hemos pasado mucho juntos, ¿no lo creen? -preguntó Sergail al Mago y a Arcalón.

-Pues si todo lo que me han contado es verdad, no hay duda -dijo Almond, que abrazaba a su hermano con fuerza, como si nunca quisiera dejarlo ir.

-Pero es hora de descansar, por lo menos para mí -dijo Londrake, que de repente se levantó de la silla donde estaba y miró por la ventana hacia el cielo-, aunque admito que extrañaré estas tierras -añadió.

-¿Cuándo te irás? -preguntó Arcalón.

-No lo sé, pero pronto -aseguró el Mago-. El camino es muy largo, aunque ahora es seguro.

-No debería irse, señor Mago -dijo Sergail.

-Debo hacerlo. Me esperan en la Tierra de los Magos. Allí está mi gloria, mientras aquí está la de ustedes.

-Tienes razón -dijo Arcalón-. Pero recuerda que siempre estaremos para lo que nos necesites -afirmó con vehemencia.

-Así es -convidió Almond mientras comía unas galletas.

-Londrake, somos lo que somos por ti. Si no te hubiéramos seguido todavía estaríamos en el feudo -dijo Arcalón.

-Pero allí sigue viviendo mi familia, pues se niegan a venir a Metys -dijo Sergail con tristeza.

Entonces Arcalón miró a Londrake, y dijo con profundidad: -Gracias por todo, padre mío. Londrake sonrió y se sintió muy bien al escuchar esto. Pero también se acongojó. - Arcalón, recuerda que una maldición pesa sobre ti, y aunque no se pronuncia ahora, se pronunciará después. Siento no poder ayudarte con eso.

-Ya nos has ayudado demasiado -aseguró Arcalón.

-Eso es verdad -añadió Sergail, que ya empezaba a sentir el mareo del vino.



Juan Esteban Peláez

-Yo no me arrepiento de nada -aseguró Londrake. Pero mintió, pues en verdad se culpaba por haber involucrado a los jóvenes en tan negros hados. La verdadera guerra hasta ahora comenzaba.

66

Londrake salió muy temprano de las Torres de Nevard, cuando todos todavía dormían. Los festejos se habían alargado por la felicidad de la paz. El viejo ensilló su caballo y partió sin despedirse de nadie. En verdad detestaba las despedidas dolorosas.

Cabalgó por entre la gélida bruma de la mañana, entre las empedradas y amplias calles de Metys, hasta salir del muro de ladrillo e internarse en las planicies. Cabalgó lentamente, pero con ansias, hacia el norte. Cruzó el Bosque Denso, que cada vez se tornaba más lóbrego y tenebroso, y llegó a Kamea. Siguió hacia el norte y llegó al Salto Azul. De allí siguió subiendo a los Acantilados, e hizo una parada en Caliza, la ciudad de Telheid más cercana al Salto Azul. De allí siguió a Larem, la capital, y de allí a la Tierra de los Magos.

Todo este viaje lo hizo solo, pensativo y ensimismado. Pensaba en todo, desde su inocente salida de Tirendel hasta los horrores sentidos en la guerra. Pensó en los lugares que había visitado, como Verdelheid, Metys, Kamea, Pimera, el Salto Azul, los Picos Rojos, las Tierras de las Brujas y las varias villas que había en el camino. Y pensaba en las personas a las cuales se apegó: Arcalón, Sergail, Ángor, Almond, Melina, Méladriel, Alora, Háladriel, Tartanos, Eleonora, etcétera. Y los que murieron durante su travesía, que fueron muchos. También pensaba en sus enemigos, como el Híbrido y los dos hechiceros que hicieron caer al Mago Blanco y a la Reina de las Brujas en los Picos Rojos. En verdad había hecho más que una aventura una travesía u odisea para recuperar la Estrella de Jores, ahora en manos de Algar, el Mago Azul. Incluso había arrebatado la Shidraha a los terrores del Diablo. Había hecho más de lo que se había imaginado en su larga vida.

Y grande fue su felicidad al llegar a la Tierra de los Magos. Aunque venía demacrado y definitivamente más cansado y envejecido por la aventura, fue recibido como un héroe por todas las Órdenes Mágicas. Arus hizo sonar las trompetas apenas Londrake fue divisado en el camino norte. Y fuegos pirotécnicos de muchos colores y formas iluminaron el cielo nocturno, pues Londrake llegó cuando la noche estaba bien entrada. Ya algunas pequeñas aves lo habían divisado desde su paso por Larem, y lo seguían desde entonces.

El Mago sintió un enorme alivio al ver los coloridos pilares de la ciudad y al sentir el dulce aroma de los jardines aledaños. Sabía que ahora estaba en sus tierras. Mas también se sintió apenado porque todos los Magos lo alabaron y lo vitorearon, pues ahora era un ejemplo a seguir. Muchos de los Magos más jóvenes se inspiraron en el poderoso Londrake, y muchos nuevos Magos se habían alistado en la Orden Roja sólo para ver al Mago Rojo.

El primero en recibir a Londrake fue Arus, el Mago Blanco. Arus lo recibió con un apretón de manos profundo y sincero.



Londrake lo devolvió y asintió. –Lo logramos -dijo.

Pero Arus meneó la cabeza. –Lo logró -dijo sonriente.

Entonces llegó Théredril de la Orden Amarilla, el mejor amigo de Londrake. Y sin dudar, lo abrazó de inmediato. –¡Qué alegría me da verlo de nuevo! -exclamó alegre.

-A mí también -aseguró Londrake.

Después lo saludaron los otros Magos importantes, jefes de otras órdenes, y después los más jóvenes. Y la fiesta siguió hasta la mañana siguiente. Mas antes de terminar el festejo, un jinete llegó del norte, todo vestido de negro y con un sombrero en punta. Llegó a toda prisa, y apenas lo hizo buscó a anciano, y sintió una alegría infinita al verlo. Londrake, al ver la persona recién llegada, no pudo disimular su creciente felicidad, y se levantó de la silla sin importarle el resto, y se apresuró a abrazarla con fuerza y profundidad.

-¡Ya estaba asustada! -dijo la joven Háladriel-. Te estabas demorando mucho.

-Simples y pequeños problemas -dijo Londrake con mucha alegría. Y fue tanta la felicidad del Mago al ver a Háladriel, que todos los que estuvieron allí aseguraron que Londrake nunca estuvo más feliz.

El Mago les contó a Théredril y a Háladriel sobre sus aventuras. Aunque las contó a todos los Magos al principio del festejo, a ellos dos se las contó con más detalle. Le habló a Háladriel sobre la suerte de su tutora Alora y de su hermana Méladriel, sobre la cacería de Brujas y sobre todo lo ocurrido en Verdelheid. Y tan amena fue la conversación, que los tres decidieron irse al amanecer al tan amado obelisco de Londrake en el Bosque de Tirendel.

En todo el camino no dejaron de reírse y sorprenderse. Y cuando llegaron al bosque, algunas ardillas y algunos venados los recibieron saltando y jugueteando. Y muchas aves canturrearon y volaron para recibir al Mago. Y fueron inevitables las lágrimas de felicidad de Londrake al llegar a su amado hogar, de losas rojas y brillantes. Aunque estaba un poco dejado, pues la maleza había hecho de las suyas, era su hogar, su querido y extrañado hogar. Entonces se arrodilló y besó la hierba, y lloró de la felicidad.

-¡Por fin mi hogar! -susurró con extrema profundidad.

Allí Londrake terminó de contar sus aventuras. Y, al ver el interés de Háladriel y de Théredril, les dijo: -Pero no soy un héroe, pues fallé.

-¿En qué? -preguntó Háladriel que, aunque había cabalgado toda la noche, no parecía cansada.

-Les fallé a Arcalón, a Sergail, a Ángor y a Almond -dijo el Mago.

-No, Londrake, fueron las circunstancias -aseguró Théredril.

-Y aun así no puedo dejar de sentirme culpable -dijo el Mago mientras miraba la hoguera que ya había prendido. El calor daba una dulce soñolencia y un ambiente muy calmado. Era un ambiente que Londrake había deseado por mucho tiempo.

-Ahora depende de ellos -aseguró Háladriel mientras abrazaba al mago para consolarlo.

-Sus problemas apenas comienzan, la joya ya los maldijo y fue mi culpa -dijo Londrake que, mirando el cielo azul, añadió: -Espero que algún día puedan descansar en paz, como hoy yo lo hago.

Así acaba la aventura de Londrake, el Mago Rojo de Tirendel.



Por otra parte, mientras todavía se desarrollaban los festejos, Arcalón decidió escaparse de nuevo, esta vez solo, hacia Verdelheid. Decidió realizar el camino largo, pues estaba decidido a no cruzar el Camino Escarpado solo. Bordeó las praderas del sur, y así llegó a la Ciudad Nublada.

Pero apenas entró a la ciudad, notó que todo había cambiado. Las casas estaban mucho más dejadas y la mohosa humedad ya trepaba por algunas agrietadas paredes; y Villa Ángel no era la excepción. Mas poca atención les puso a esos detalles, pues sólo tenía algunas imágenes en la mente: Dos ojos grises, una bella faz y un pequeño cuerpo, una villa, una casa y un escudo dorado con un árbol.

Y cuando ya estuvo frente a la casa de Méladriel, su nerviosismo salió a flote. Hacía mucho tiempo no la veía, y temía que lo hubiese olvidado. Su corazón se aceleró y un frío le subió por la médula. Pero pensó en el largo viaje que había hecho por ella, y tomando una bocanada de aire tocó la puerta con la fría aldaba.

Nadie abrió.

Entonces volvió a tocar la aldaba con más fuerza.

Nadie abrió.

Así que tocó la puerta con su puño, con más ansias y con la mano temblorosa. Y esta vez abrieron; pero no era Méladriel, de hecho, no era nadie. Entonces un frío invadió el aire alrededor de la puerta, y se escuchó una voz álgida y distorsionada, que le pedía a gritos difusos que se fuera. ¡Pero nadie había! El umbral estaba vacío, y la casa parecía estar deshabitada. Después la puerta se cerró sin que nadie la empujara. Definitivamente la casa de Méladriel estaba embrujada; pero eso antes no había pasado, no mientras él había vivido allí. Arcalón simplemente quedó atónito.

Entonces el portero de Villa Ángel, que todavía lo recordaba, dijo: -Si buscas a la señora Alora o a la señorita Méladriel es mejor que no pierdas el tiempo. Ambas se fueron con maletas y provisiones hace días. Dijeron que quizás no volverían, y en verdad lo creo.

-Gracias -dijo Arcalón mientras sentía que todo su mundo se venía abajo -. ¿Y no dejó dirección ni referencia alguna? -preguntó.

Y el portero meneó la cabeza. -Simplemente se fueron -respondió.

Entonces Arcalón cayó destruido sobre el andén frente a la casa, y pensó en la maldición de la Shidraha, y la odió con todas sus fuerzas. -¡Maldigo el día que vi esa inmunda estrella amarilla! -gritó a los cuatro vientos, dejando al portero atónito. Y sin decir palabra alguna, el joven se levantó y salió de Villa Ángel, mientras el dolor en su quijada se despertaba. Durante la batalla había recibido un golpe en la cara, y al parecer aún no sanaba por completo. A menudo la quijada le dolía al hablar o con el frío.

Así, mientras los festejos por la paz se desarrollaban, y todas las ciudades rebosaban de euforia y alegría, un alma estaba preocupada y triste, y se alejaba sombría y cabizbaja sobre su caballo hacia Metys, lenta y triste. Angustiada y solitaria, se sumió en sus pensamientos fúnebres, mientras el Fuego, el Agua, el Viento y la Tierra estaban celebrando: Las castañuelas de las Mujeres de Falheid sonaban, al mismo tiempo que las liras de Velheid, y los violines vibraban, y los tambores retumbaban en el horizonte. Todo era festejo y ánimo: La Guerra de los Cuatro Elementos había terminado.



MÉLADRIEL Y EL CRUCE DE LAS TIERRAS ESPECTRALES

68

Érase una vez, en la bella ciudad nublada de Verdelheid, una hermosa joven llamada Méladriel. Ella había sido criada por Alora, una Bruja que había vivido toda su vida allí. Vivir en Verdelheid era peligroso para las Brujas, pues no eran muy queridas. Sin embargo, aunque no eran numerosas, las Brujas tampoco eran una minoría en la Ciudad Nublada.

Alora, cumpliendo una promesa a una vieja amiga, se había encargado de Méladriel y Háladriel, sosteniéndose con un pequeño negocio de galletas y distribución de vinos (pues ella tenía varios contactos en los viñedos cercanos). Pero cuando la situación empezó a tornarse hostil en Verdelheid, Alora no tuvo opción de enviar a Háladriel al occidente, a las Tierras de las Brujas, lejos, sobre los Acantilados. Sin embargo, no pudo convencer a Méladriel que se fuera con su hermana. Méladriel, que era caprichosa, decidió quedarse con Alora, aún con el peligro latente.

Méladriel y Alora tuvieron que pasar las penurias de la Cacería de Brujas del año 206 de la Nueva Era, en la cual la gran mayoría de Brujas fueron asesinadas o exiliadas de Verdelheid por los Hombres de Viento. Esta cacería se dio por el asesinato de un turista de Velheid por parte de una Bruja. Y, para evitar conflictos entre Falheid y Velheid, el fallecido dictador Lioric autorizó la cacería en Verdelheid.

Mas Méladriel y Alora contaron con suerte, pues en ese tiempo vivía con ellas Arcalón, Jinete Escarlata de Metys e importante general. Arcalón convenció a Ángor, Capitán de Trimíl, que no dañara a las Brujas. Y Ángor aceptó. Así que las Mujeres quedaron a salvo durante el tiempo que Ángor y Arcalón estuvieron en la ciudad. Pero nada dura, y ambos Hombres tuvieron que retirarse al norte. Así que las Mujeres se vieron de nuevo envueltas en el temor de una venganza, y vivieron con miedo desde ese día.

Sin embargo, lo que en verdad cambió las vidas de las Mujeres no fue la Cacería de Brujas, sino el objeto que Londrake, el Mago Rojo, dejó con ellas. Londrake había recuperado la Estrella de Jores; pero por pesados hados, la había dejado al cuidado de Alora mientras Algar, el Mago de la Orden Azul, llegaba por ella desde la Tierra de los Magos. Y todo cambió en verdad cuando Algar llegó a la casa de Alora en la Villa Ángel, pues el Mago venía con planes que nadie esperaba, y sería tildado como loco por muchos de sus similares.

69

Ahora bien, después de que Arcalón, Londrake y Sergail partieron de Verdelheid hacia el norte, Méladriel se sumió en una dolorosa amargura. La joven en verdad habíale tomado



Juan Esteban Peláez

carinho al Mago, y se había vuelto confidente y amiga de los jóvenes. Aunque no podía negar que al principio se había sentido atraída por Sergail, a Méladriel le dolió más ver partir a Arcalón, que de alguna manera había logrado enterrársele en los pensamientos.

Aunque Alora intentó animarla los días siguientes, Méladriel permaneció en su habitación, en silencio, con el rostro enjugado en llanto. Leía y releía dos libros que Arcalón había dejado en su apresurada despedida, y recordaba con amargura los momentos que habían pasado juntos. Y el pasar por el Parque de la Cima era aún más doloroso, y se frustraba al ver el saúco donde se sentaban casi todos los sábados. La fuente parecía llorar por ella, y la bruma parecía haberse vuelto más álgida y triste.

La bella joven cayó entonces en una depresión duradera. Se mecía el cabello negro y brillante durante largas horas frente a su tocador, mirándose al espejo, aletargada, pensativa y triste. Aunque la estadía de sus amigos había sido corta, fueron los mejores días de su vida. La bella joven recordaba con dulzura cómo Arcalón la defendió a ella y a Alora de los soldados de Viento durante la Cacería de Brujas, y cómo Sergail la protegía y como Londrake le enseñaba.

Este estado de ánimo duró casi un mes, y se incrementaba cuando la joven pensaba en la suerte de sus amigos después de la batalla. Méladriel esperaba que los jóvenes salieran ilesos de la batalla del norte, pero algo en su interior le decía que no habían sobrevivido, y esto producía un doloroso vacío.

Sin embargo, joya blanca que Londrake le había dejado servía muy a menudo como un calmante. La Estrella de Jores aliviaba su profundo dolor, sumergiéndola en un sopor supremamente tranquilo.

Ahora bien, la vida de Méladriel cambió por completo el 4 de mayo, después de la Batalla de los Cuatro Elementos. Ese día, aunque Méladriel y Alora no lo sabían, Arcalón, Sergail, Ángor y Londrake se dirigían a Kárijan a ver a la Majestad de las Aguas. Dos días después se dio el motín de Dolat.

Toda Villa Ángel se conmocionó al ver la gran corte de Hombres que llegó por la mañana, cuando la bruma todavía era dorada. Los Hombres tenían armaduras bruñidas de acero gris y capas blancas. Eran treinta soldados aproximadamente, y custodiaban a cuatro extranjeros. Villa Ángel ya había visto Magos, pues Londrake había vivido allí buen tiempo. Así que no se sorprendieron al ver al Mago de túnica gris y sombrero en punta con borde azul. Aunque más joven que Londrake, este Mago también tenía barba blanca y larga, y cejas pobladas, cabello canoso y apariencia soberbia e imponente. También venía un general de Velheid, pero tampoco fue una sorpresa, pues Villa Ángel ya había visto a Ángor. Lo que en verdad causó conmoción fueron los otros dos seres, jamás vistos por ningún habitante de Villa Ángel, y conocidos sólo por las canciones de los bardos.

Cuando Alora abrió la puerta para ver quién tocaba, se deslumbró al ver la imponentia de Algar, el Mago Azul, que venía por la Estrella de Jores. Su mirada era seca, incluso desdeñosa, y sus ojos eran grises. Pero el Mago no venía solo, pues lo acompañaba Rub, Guardia Real del emperador Kélkhor de Velheid. Rub era primo lejano de Ángor y sabía bien sobre Méladriel y Alora. Y los otros dos acompañantes eran de más allá de las montañas.



No eran seres muy conocidos por los Hombres de la Era Nueva, pues pocas veces se habían cruzado con ellos, pero los conocían por las historias contadas y los dibujos de los libros. Era Dacones, Albinos, de ojos azules y de cabellos de plata. Ostentaban túnicas de seda blanca, más brillante que la seda común, y en sus muñecas tenían brazaletes de plata con grabados repujados. Sus pieles eran muy blancas, y parecía que un aura blanca como la nieve emanara de su ser, un aura visible hasta para los Humanos.

Según las historias de los libros, los Dacones eran la raza anterior a los Hombres. Aunque las historias de los Ángeles ya eran escasas en la Era de Nueva, algunos todavía creían que los Ángeles habían amparado a los Dacones y a los Hombres bajo sus alas, y que los habían salvado de la destrucción producida por los Demonios pasados, los Licántropos y más. Pero después de derrotados estos terrores, los Ángeles volaron hacia el cielo a una altura inalcanzable para los mortales.

Según esas historias y creencias, los Elfos no eran más que Dacones que habían logrado volverse inmortales. Y como hubo Elfos, hubo Orcos, que, acompañados de Licántropos, llenaron la tierra de terror. Sin embargo, los Orcos decayeron, no antes de eliminar a los Elfos. Sólo Ehirot, el último Elfo, había sobrevivido a esas guerras. Ehirot era el mismo rey que pedía la Estrella de Jores para entregarla de nuevo a los Ángeles, y de allí llevarla al cielo. Mas de estas creencias se hablaba poco y nada en la Era Nueva, donde el Hombre era el que dominaba. Ésa era la misión de Algar: Llevar la estrella a los Dacones del occidente para que estos se la dieran a Ehirot, y Ehirot se la diera a los Ángeles, y los Ángeles la llevaran al cielo.

El verdadero problema era el cruce por Gorthgath, las tierras que se erguían más allá de la Muralla de Volcanes, en la frontera occidental de Falheid. Después de cruzar Gorthgath, Algar podría entregar la joya a los Dacones que servían a Ehirot.

Ahora bien, sin presentación siquiera, Rub le dijo a la anciana Alora: -Saben que están violando la ley de Verdelheid, ¿cierto?

-¿De qué habla? -preguntó Alora, que parecía sorprendida.

Entonces Méladriel llegó, aburrida y callada como ya era costumbre, y se asombró al ver los dos Dacones que acompañaban al Mago. -¿Quiénes son ustedes? -preguntó la joven.

-Somos quienes exigimos la entrega de la estrella -dijo uno de los Dacones con un acento extraño.

-¿Cómo estamos violando la ley? -preguntó Alora.

-Saben que las Brujas tienen la estancia prohibida en Verdelheid -dijo Rub mientras miraba con frialdad a Méladriel. El Hombre tenía una capa blanca que llegaba casi hasta el suelo, y tenía puesto un casco de cimera alta y penacho blanco.

-Ustedes han estado a salvo por órdenes de Ángor; pero la ley del difunto emperador Lioric...

-¿Difunto? -interrumpió Méladriel a Algar.

Y el Mago asintió. -La ley dice que no debe haber Brujas en la Ciudad Nublada. Y quienes violen esa ley serán condenados a muerte -añadió el anciano.

Entonces Alora y Méladriel sintieron sus cuerpos temblar. -¿Pero Ángor...?

Y Rub interrumpió a Méladriel. -Por Ángor están vivas -aseguró el soldado.

-Pero algunos habitantes aseguran que ustedes están realizando conjuros y están empleando hechicería -dijo Algar que, con un tono de complicidad, añadió mirando a



Juan Esteban Peláez

Méladriel: -«Dicen que un destello blanco emerge de esta casa por la noche, a altas horas de la madrugada».

La joven palideció del miedo, pues ella, para calmar sus dolores y dudas, miraba la estrella a altas horas de la noche. -Pero...

Mas Rub volvió a interrumpirla. -Por ley debería llevarlas a la horca; pero logramos llegar a un acuerdo con Algar y con los Dacones.

Alora miró al Mago y después a los Dacones, y temió; al igual que Méladriel, pues los Dacones odiaban a las Brujas. -¿Qué trato? -preguntó la anciana mientras intentaba buscar un poco de esperanza en el rostro del Mago Azul.

Y Algar sonrió. -Irán conmigo -dijo.

Entonces Alora y Méladriel abrieron los ojos y aguantaron el aliento, sorprendidas y atónitas. Así que un silencio incómodo invadió el momento.

-¿O prefieren ir a los patíbulos del centro de la ciudad? -preguntó Rub con sequedad, inexpresivo y frío.

Y ambas menearon las cabezas a la vez.

-¿Y a dónde iremos? -preguntó Méladriel, que temía a la respuesta que Algar le dio.

-Nos iremos al occidente, lejos de Verdelheid -respondió el Mago.

-¡Pero tenemos todo aquí! -exclamó Alora, que no podía disimular el temor.

-No es mi problema -respondió Rub inquebrantablemente-. Tienen una semana para empacar e irse -aseguró el soldado.

-¿Una semana es muy poco?! -dijo Méladriel atemorizada y a la vez furiosa.

Pero Algar le indicó con una mueca que guardara silencio.

-Hasta donde sé, Algar ya tiene todo preparado -dijo Rub-. Así que es tiempo más que suficiente. Dos guardias se quedarán aquí custodiando la villa -añadió el Hombre que, sin más, y sin siquiera despedirse de los Dacones, dio media vuelta y se retiró, seguido de casi todos los soldados de capas blancas. Sólo dos de los soldados se quedaron allí, además de Algar y los dos Dacones.

-¿Podemos seguir? -preguntó Algar con decencia.

Y Alora aceptó. -Sigan -dijo mientras miraba con recelo a los Dacones, en los cuales no confiaba. Antaño, los Dacones y las Brujas habían tenido altercados, y las heridas producidas en esas riñas todavía no habían sido olvidadas por ninguna de las dos partes. Algar y los dos Dacones entraron a la casa, amparada por la sombra de los árboles aledaños.

70

-¡Nos has enviado a la muerte! -exclamó Alora petrificada del terror y furiosa al escuchar el plan de Algar-. ¡Si hubiera sabido, hubiera preferido la horca! -añadió.

En ese momento Méladriel apareció en la antesala con cuatro arepas rebosantes de mantequilla y sal, y con cuatro tazas de chocolate. La joven tenía el rostro pálido, pues se había asustado al escuchar el grito de Alora.

-¡Yo también estoy dispuesto a internarme en ese infierno! -exclamó Algar hostigado, con la mirada refulgente, pero sin duda.

-Deberíais agradecer, Brujas, que se os han perdonado la vida -dijo uno de los Dacones.

-¿Y acaso fue por ustedes? -preguntó Alora-. Estoy segura que ustedes clamaban nuestras cabezas -añadió.



Juan Esteban Peláez

-Al igual que Rub -opinó Méladriel tímidamente mientras dejaba las arepas y las tazas en la mesilla de centro.

Pero Algar meneó la cabeza. -Rub es seco e inexpresivo -admitió el Mago-, pero fue él quien se apresuró a increpar la pena de muerte para ustedes en el juzgado de la ciudad -añadió.

-Parece que Ángor le pidió el favor que os cuidara antes de partir, y no puedo negar que lo hizo con maestría y perseverancia -dijo el otro Dacón.

-Por Rub están vivas, querida niña -dijo Algar mientras tomaba una de las arepas con cuidado para no regar la mantequilla derretida.

-¿Y acaso hay diferencia entre la horca y lo que nos piden? -preguntó Alora todavía furiosa-. Sí, la hay: La horca es mejor -añadió.

-Entonces quédate aquí Alora, pero al menos allá tienen una posibilidad de vivir, y aunque es muy pequeña, es mejor que nada -aseguró Algar.

-¿Allá? -preguntó Méladriel.

Algar miró a Méladriel con ternura y compasión, y dijo: -Aunque no puedo negar que tengo temor de llevarte, mi niña.

-¿A dónde? -preguntó la joven.

Alora miraba a Algar con recelo, pero sabía que el Mago tenía razón. Al menos allá tenían más posibilidad de vivir. En Verdelheid la pena de muerte era segura, y las Tierras de las Brujas eran inaccesibles para Alora. Antaño, la familia de Alora había luchado contra la familia de Dínadel por el trono de las Brujas. Por lo mismo, Alora tenía negada la entrada a las Tierras de las Brujas... y Méladriel no la abandonaría por ningún motivo.

-Al occidente, más allá de la Muralla de Volcanes -respondió el Mago.

Méladriel dudó por un momento. -¿Y cómo lo haremos? -preguntó sonriente, sin asimilar en verdad el peligro.

Todos quedaron sorprendidos con la alegría y tranquilidad de la joven.

-No podemos hacerlo por mar, pues el Demonio tiene sus fronteras marítimas vigiladas y sólo los navíos de Alheid pueden cruzar la Falla de Broid -aseguró el Mago-. Y no creo que la Majestad de las Aguas nos preste un navío para llevar la Estrella de Jores al otro lado del Mundo.

-Ella no se debe enterar de la estrella -aseguró uno de los Dacones.

-¿Entonces? -volvió a preguntar Méladriel con la misma sonrisa.

-Debemos pasar por debajo de las narices del Demonio -aseguró Algar.

-Irgoliath tiene la vista puesta a lo lejos, tanto que ha descuidado sus propias fronteras -aseguró un Dacón-. El Demonio está concentrando sus fuerzas en el sur y en el occidente, pero ha descuidado el Paso de Llamas y sus fronteras septentrionales. Deberéis aprovechar que el Diablo está decidido a atacar los reinos de Herda y Jerlán, y así burlar su vigilancia.

-¿Iremos entonces por tierra? -preguntó la joven.

-Y muy cerca de Yavín, la Ciudad Endemoniada, Capital del Diablo -añadió Alora, todavía inconforme.

-Es una tarea peligrosa, casi imposible, pero fue el único acuerdo al que llegamos para que las dejaran vivir e irse de Verdelheid -aseguró Algar.

-¿Y quiénes iremos? -preguntó Méladriel, que ya estaba decidida. Méladriel, al ser joven, era impulsiva y en verdad no asimilaba el peligro que circundaba en esas negras tierras. Si Méladriel hubiera sabido siquiera un poco del peligro y del horror que podía pasar, hubiera preferido la horca; pues hay situaciones y espantos peores que la muerte; y ella sabría eso tiempo después.

-Es obvio que los Dacones no -dijo Alora de forma ofensiva.



Juan Esteban Peláez

-Sabéis bien que no podemos hacerlo, Bruja, pues el aire allí es venenoso para nosotros, y nuestros olfatos, que es más agudos que los de los Hombres, no resistirían, y nuestros pulmones serían invadidos por esos hediondos vapores, matándonos casi de inmediato -dijo un Dacón.

-¿Y nosotros? -preguntó Méladriel, esta vez un poco más asustada.

-Nosotros tenemos un olfato más adaptable -aseguró el Mago-. Aunque los vapores emanados allí son en verdad inmundos, y nos costará acoplarnos, quizás sólo bastarán horas para hacerlo. Al principio el hedor que allí flota será casi intolerable, pero después nos acostumbraremos a él; algo que los Dacones no pueden hacer.

-¿Pero no moriremos? -preguntó Méladriel, que tomó un sorbo de chocolate con avidez. Y Algar meneó la cabeza. -Quizás tengamos algunas náuseas y dolor de estómago intenso, pero no moriremos -aseguró.

-¿Y a qué nos enfrentaremos? -preguntó Alora, que miraba a los Dacones con una furia indisimulable. La anciana ya se había resignado.

-Goblins y Nomos en el mejor de los casos -dijo un Dacón.

-¿Y en el peor de los casos? -preguntó Méladriel.

-Almas en pena, Espectros -dijo Algar.

-Los Espectros abundan en Gorthgath -aseguró el otro Dacón.

-¿Espectros? -preguntó Méladriel que, al ver el rostro de Alora, sintió un frío de temor en su interior. Alora tenía el rostro pálido, ceniciento, pues la palabra «Espectro» la aterraba.

-Fantasmas, almas errantes y solitarias que están malditas por los hados de Irgoliath y sus horribles joyas -explicó Algar-. Antiguos espíritus que quedaron presos a la maldición del Demonio. Dicen que las Shidrahas atan a los Espectros. Irgoliath tiene una de las Shidrahas, otra está en Herda y la otra sabemos que está aquí, en la Península de los Elementos; aunque no sabemos en qué sitio. La cuarta Estrella de Inframundo tiene un paradero desconocido, incluso para el Demonio. Se especula que esa Shidraha alcanzó a cruzar el Mar de las Deidades y llegar a Pacán, el Continente de los Bosques, de donde vinieron los Ariánicos del Imperio de los Dos Soles.

-Pero los Espectros no son lo peor -interrumpió un Dacón-. Según sé, debéis pasar cerca de una de las Seis Almenas -agregó, después tomó chocolate y se recostó en la silla.

-Sabéis que en las Almenas viven los Innombrables -añadió el otro Dacón.

-¿Los Seis? -preguntó Méladriel, que había leído un poco sobre los Seis Innombrables en algunos libros y había escuchado a Londrake hablar de ellos.

Y Algar asintió. -Debemos evitar a los Yúcidas, sea como sea -aseguró.

-¿Y quiénes iremos entonces? -volvió a preguntar Méladriel mientras se acomodaba la cayena de su cabeza. Méladriel amaba tener alguna flor en su cabello.

-Ustedes dos, cuatro Hombres, un guía y yo -respondió el Mago.

-¿Y qué sucederá con nosotros si logramos sobrevivir? -preguntó Alora.

-Tendrán una casa mucho más grande y mejor en Arsen -respondió Algar.

-¿Y nuestras pertenencias? -preguntó Méladriel.

-Serán llevadas a Arsen inmediatamente salgamos de Verdelheid -dijo el Mago Azul.

-¿Y quién garantiza eso? -preguntó Alora.

-Yo -respondió Algar-, y Arus, Mago Blanco de la Tierra de los Magos.

-Confío en la palabra de los Magos -dijo Alora.

-Yo también -añadió Méladriel recordando la sinceridad de Londrake.

-Están pidiéndonos que dejemos todo -dijo Alora, volviendo al problema inicial-. No hemos empleado brujería, y el estar viviendo aquí no es un crimen, pues a nadie le hacemos daño -añadió.



Juan Esteban Peláez

-La vida no es justa -respondió el Mago-. Sí están cometiendo un crimen por vivir aquí, no porque le hagan daño a alguien, sino porque así lo quisieron los gobernantes de Verdelheid y los Areshti. Y sí, prácticamente deben dejar todo, porque así lo decidieron los ya mencionados.

Alora y Méladriel permanecieron en silencio por un tiempo, ensimismadas. Recordaron todo lo que habían vivido allí, y era casi inevitable aguantar el dolor de dejarlo todo por nada. Pero nada se podía hacer, y ellas lo sabían.

Entonces Alora, resignada y con un gran dolor interno, preguntó: -¿Cuándo nos vamos? Y Algar, con una mirada profunda, respondió: -De inmediato.

71

Antes del amanecer, los vecinos vieron asombrados que los Dacones, de pieles blancas y estaturas altas, salieron acompañados de las Brujas; algo nunca antes visto. La enemistad entre los Dacones y las Brujas era conocida, y esto era en verdad extraño.

Alora y Méladriel sólo llevaban unas pocas alforjas. La joven salió vestida con una manta negra sobre una armadura de mithril. Esta armadura se la había regalado Alora tiempo atrás, y era delgada y más resistente que las cotas de mallas. En una de las bolsas llevaba un arma en verdad poderosa, un arma que ella había perfeccionado después de la partida de Londrake: Una esfera de cristal, negra como la noche y con un destello púrpuro. Y Algar, contradiciendo a los Dacones, había dado a la joven una espada corta y lustrosa como la plata bajo la noche, con empuñadura verde con engarces de rubíes. La espada, de un valor incomprensible para muchos, estaba encerrada en una vaina de cuero negro que ahora colgaba en su cinto.

Los Dacones ostentaban sus mantas blancas y sus brazaletes de plata, y Algar vestía la manta gris y su sombrero en punta. Sin embargo, el sombrero y la manta tenían bordados azules, que lo identificaban como Mago de la Orden Azul. Algar llevaba dos alforjas, una vara, una espada envainada, una pequeña daga y una bolsa de cuero con la Estrella de Jores.

Así, todos montaron sus respectivos caballos: Los Dacones los blancos, Algar el ruano, Alora el negro y Méladriel el pequeño caballo amarillo tostado, y se apresuraron a salir de Villa Ángel por el norte, primero hacia Metys, que era la primera escala.

-¿Por qué iremos por el norte y no por el sur, por Arsen? -preguntó Alora mientras miraba las casas del rededor. La bruma todavía era dorada por la luz de Arián, pues el Serién estaba oculto todavía. Muchos miraban al grupo, pues no eran un grupo nada común. Los Dacones brillaban de blanco, como si fueran lámparas de piel pálida, mientras Méladriel y Alora vestían de negro, como una noche oscura.

-Debemos primero ir al Castillo de Cristal, pues allí está nuestro guía -respondió el Mago, que seguía con la mirada fija en la calle empedrada, sin prestarle atención a las curiosas miradas.

-¿Nuestro guía? -preguntó Méladriel, que todavía tenía la bella sonrisa pintada en los labios sonrosados. La joven, aunque sabía que lo dejaba todo atrás, intentaba no pensar en los peligros, y en vez, mantenía alto su ánimo. Joven aún, veía esto como una aventura.



Juan Esteban Peláez

Algar, al ver el dulce rostro de la joven, se conmovió, pues supo que sólo sería cuestión de tiempo para que Méladriel cambiara esa bella sonrisa por amargas lágrimas de miedo y desesperación. –Hubo un Hombre que logró cruzar Gorthgath, las Tierras Espectrales, de lado a lado -respondió el Mago.

Alora no pudo disimular su sorpresa, y preguntó: -¿Acaso un Hombre pudo entrar en las tierras del Demonio y salir ileso?

Esto pareció darle más esperanza a Méladriel. -¡Entonces nosotros también podremos! -exclamó contenta.

-No sé en qué estado está el guía -admitió Algar.

-¿Y de dónde viene? -preguntó Alora.

-Viene de la lejana Herda, el mismo reino al que vamos -respondió Algar mientras se acomodaba en la silla del caballo.

-¿Es un soldado? -preguntó Méladriel.

Pero un Dacón meneó la cabeza. –Dicen que es un artista, un pintor -respondió el Albino.

-Pero debió tener entrenamiento militar para sobrevivir el cruce de las Tierras Espectrales -añadió el Mago.

-Lo encontró Málem, el señor del Castillo de Cristal y fiel servidor de la Majestad de las Aguas -dijo el otro Dacón, que miraba hacia las praderas que se abrían fuera de Verdelheid. Ya habían descendido de las colinas de la ciudad y ahora seguían el camino a Metys. Los ojos azules del Dacón brillaban como gemas de lapislázuli entre la bruma todavía dorada. La niebla ahora parecía un polvo de oro que cubría todas las colinas y praderas verdosas que se extendían en el horizonte, como un mágico manto que envolvía un cuerpo herboso e inmenso. Y a lo lejos, entre la dorada niebla, ya se esbozaban las elevaciones del Camino Escarpado, el primer obstáculo de viaje.

-Irgoliath todavía no se atreverá a atacar a Melina, pues si abre un nuevo frente de guerra estará en problemas -aseguró Algar mientras se mecía la barba, pensativo.

-Pero en verdad no sabemos si el Demonio dejó pasar a Éliot o en verdad el pintor fue muy cauto -dijo un Dacón.

-¿Y qué otro frente de guerra abrió el Demonio? -preguntó Méladriel, cada vez más interesada por el tema.

-De los fosos más profundos, Irgoliath invocó a sus tropas más furiosas, y las envió a su frontera occidental. El Demonio lanzó sus horribles huestes sobre los reinos de Herda y Jerlán. Los Desiertos de Jerlán ha logrado resistir, pues los Jerládrim son fuertes y valerosos guerreros; pero Herda cayó más fácil de lo que todos pensábamos -dijo el Dacón.

-Incluso cayó la poderosa fortaleza de Dan-Silum -añadió el otro Albino.

-Si Dan-Silum cayó en menos de tres días, no quiero imaginarme qué sucederá en nuestros reinos -aseguró Algar.

-¿Pero asediaron la fortaleza? -preguntó Alora con el rostro pálido del miedo. Ella conocía bien las proezas de la fortaleza de Dan-Silum, capital del reino de Herda, y no podía creer que hubiera caído en tan poco tiempo.

-No, Alora, no fue asediada; fue atacada -respondió Algar-. Dos de los Seis la atacaron, destrozaron las defensas y dejaron el resto a las huestes de Nomos y bestias -añadió.

-Así que Irgoliath ya invocó a los Seis -dijo Alora como a sí misma.

-¿Los Seis? -preguntó Méladriel.

Y un Dacón asintió. –Los seis generales de Irgoliath ya rondan sobre sus tierras, al mando de sus incontables ejércitos, y atormentando desde sus tétricas y tenebrosas torres.

-Las seis Almenas -dedujo la joven.



Juan Esteban Peláez

Y el Dacón volvió a asentir. –Herda está devastada, pero el Demonio no ha podido someter a los Hombres de los Desiertos de Jerlán.

-Así que, si el Diablo ataca Falheid, tendría que dividir sus fuerzas; y eso es lo que desea evitar -aseguró Algar.

-¿Y cómo supieron de Éliot? -preguntó Alora.

-Por medio de informantes Dacones del occidente y de los guardias de Alheid -respondió el Dacón-. La Majestad de las Aguas, aunque es enemiga del Imperio del Fuego, ya está bien enterada de los pensamientos del Demonio, y está presta a ayudarnos en todo.

-Pero ninguno de nosotros lo ha visto -aseguró Algar-. Esperemos que todavía esté cuerdo.

-Ojalá no lo esté -increpó Alora-. Si está cuerdo no aceptará entrar de nuevo a esas negras tierras, y nos quedaremos sin guía -aseguró.

72

Poco sucedió en el cruce del Camino Escarpado. Después de seguir el camino zigzagueante, y subir y bajar pendientes día y noche, y de cruzar barrancos y bordear peñascos, y de superar socavones y paredes pedregosas, los viajeros descendieron al altiplano de Metys. Y en menos de lo que pensaron se vieron cerca de la capital de Fuego.

Y grande en verdad fue la sorpresa de Méladriel al ver las ostentosas torres que sobresalían del murallón rojizo de Metys. Las soberbias torres de ladrillos tenían techos en punta de tejas negras, y mostraban pináculos soberbios, y las más cercanas al muro tenían poderosos parapetos dentados.

Méladriel disfrutó al máximo la corta estadía en Metys. Detalló las bellas edificaciones, las fuentes, las calles, los mercados, etcétera. El ladrillo dominaba la ciudad, y formaba ostentosas y a menudo intrincadas edificaciones, antes inimaginables para Méladriel. La joven miraba con sorpresa hacia las puntas de las torres más altas, maravillada, y miraba su reflejo en las cristalinas aguas que se apilaban en las fuentes de la ciudad.

Visitó lo más que pudo, pero al tener sólo dos días, sólo logro visitar con calma el Museo Central, cercano a las Torres de Nevard, hogar de Arcalón y Sergail; pero Méladriel no lo sabía y se moría por saberlo. Desde que Méladriel llegó la invadió una gran ansiedad por ver a los jóvenes; pero ella no sabía dónde vivían, y no conocía la ciudad; además de la falta de tiempo. Y profunda fue su tristeza al salir de Metys, pues no pudo ver a sus viejos amigos. Y sin mucho que decir, los viajeros siguieron hacia el norte, hacia el poderoso Castillo de Cristal, donde encontrarían a Éliot, el guía.

-¿Sucede algo? -preguntó Algar a la joven, que andaba cabizbaja y en silencio después de salir de Metys. Aunque disimulaba la desdicha por no haber visto a Londrake, a Arcalón o a Sergail, no podía subir el ánimo de nuevo.

-No pasa nada -respondió la joven lanzando una sonrisa fingida.

-En sólo horas llegaremos al Bosque Denso. Los Dacones dicen que nos acompañarán hasta allí -informó el Mago.

-Sería lo mejor -respondió Alora, que todavía se sentía hostigada con la presencia de los Albinos.



Juan Esteban Peláez

-Si logramos convencer a Éliot que nos guíe, tendremos lista la mitad del viaje, y en verdad la mitad más difícil -aseguró Algar mientras divisaba desde una pequeña depresión cómo el Bosque Denso empezaba a trepar por las elevaciones. Antaño, el Bosque Denso había sido en verdad hermoso, pero después la caída de Tartanos y Eleonora a causa de dos de los Seis, el bosque habíase tornado macabro y espeluznante. Muchos sabios y Dacones aseguraban que los Seis primero se habían amparado en el bosque antes de internarse en los Picos Rojos, y que durante su estadía habían envenenado los árboles y hechizado las plantas, y embrujado a los animales y sembrado negras semillas. Algunos incluso especulaban que esos seres malignos deseaban pudrir el bosque para después formar allí una colonia, y después entrenar un ejército. De esta manera el Diablo no tendría que cruzar el Paso de Llamas, y sólo tendría que salir a los lindes para estar a menos de dos días de Metys.

-Algo maligno se pasea por entre estos árboles -aseguró Alora, que era perspicaz y sabía sobre el mal. Alora miraba con detenimiento los árboles que se erguían y trepaban las colinas circundantes, algunos muy verdes, otros dorados y otros rojizos, pero todos oscuros.

Había allí infinidad de árboles y flores que lanzaban al aire aromas ahora amargos y en ocasiones pestilentes. Las flores de los lindes no estaban muy sanas, y poco después de entrar al bosque, durante el atardecer rojizo, las flores se convirtieron en cadáveres opacos, bañados por esa luz rojiza que en el interior del bosque parecía sangre intensa. Y los árboles se empezaron a retorcer en terribles posturas. Algunos dejaban caer sus enredaderas hasta el suelo como telas gruesas y ásperas, y otros abrían sus ramas como clamando misericordia. En los troncos ahora imperaba el caracol y el moho, y el ciempiés y la tarántula. En verdad el Bosque Denso había cambiado.

Sin embargo, entre todo ese lúgubre paisaje, Algar, Alora, y aun los Dacones vieron la belleza de Méladriel. La joven era pintada por la rojiza luz que se filtraba entre los densos ramajes, dándole visos escarlatas a los cabellos negros. Los ojos grises y claros de la joven parecían refulgir como estrellas de plata en el atardecer, y la blanca sonrisa en sus labios rosados la hacía ver todavía más bella. Entonces Algar se angustió de nuevo, y pensó en dejar escapar a Méladriel del destino que pronto la engulliría; pero sabía que ella se negaría a dejar a Alora, así que nada hizo.

La primera noche en el Bosque Denso hizo que Méladriel ya empezara a imaginar la magnitud de los peligros de su obligada misión. La noche fue helada, adornada con una bruma azulada que se paseaba por entre los húmedos troncos.

-¿Tienes frío? -preguntó Alora a la joven, que se sobaba los brazos con las manos y se abrazaba a sí misma bajo una cobija de lana que el Mago le había regalado -Un poco -respondió tiritando. El suelo duro no ayudaba, y la oscuridad era casi total. Sólo los ramajes recortados en el cielo eran visibles.

-Debes ser fuerte, Méladriel, pues hasta ahora comenzamos la marcha -dijo Alora con voz reconfortante y dulce.

Y Méladriel asintió. -Pensé que sería fácil el camino, como lo fue de Verdelheid a Metys -dijo la joven mientras se abrazaba con fuerza para mitigar un poco el frío.

Alora, que ya no era joven, también empezaba a sufrir el frío cortante, pero se mostraba fuerte para animar a Méladriel. -Desde ahora estaremos por nuestra cuenta.

-Sólo quiero llegar rápido al Castillo de Cristal -dijo Méladriel, que quería conocer el fortín del Lago Álgido. Ella había leído algunas historias sobre el castillo, y recordaba



Juan Esteban Peláez

con detalle cómo Arcalón se lo había descrito. Allí estaba él de nuevo, en su mente, sin darle un poco de paz. Méladriel no había dejado de pensar en Arcalón desde que había llegado a Metys, y todavía lo tenía presente. «¿Qué no hubiera dado por verlo en la Ciudad Enladrillada?» pensó.

A medida que pasaba el tiempo, los sentimientos de Méladriel hacia Arcalón crecían de forma imparable. Pensaba en él a cada minuto, y recordaba absolutamente todo: Las conversaciones, los bailes, los festejos, los detalles, incluso las peleas. Aunque estimaba mucho a Sergail, y no podía negar que le parecía atractivo, ahora sólo lo recordaba como un buen amigo, mientras que a Arcalón lo recordaba como algo más. El Hombre, de alguna manera, había logrado enterrársele en la mente, fijando allí imágenes que ella jamás olvidó. Simplemente quería estar con él, abrazarlo, incluso besarlo, pues recordaba con vértigo las veces que habían acercado sus rostros, mirándose fijamente y sintiendo una extraña sensación de miedo y a la vez de pasión.

La noche pasó lenta para desdicha de los viajeros. Ambas Mujeres tuvieron un sueño fragmentado, espantado a veces por algún croar o algún graznido, o un movimiento cercano producido por algún monstruoso insecto. Ninguna de las dos pudo dormir plácidamente, ni esa ni las dos noches siguientes. Además del dolor de espalda causado por el informe suelo, el Mago y los Dacones sólo las dejaron descansar para comer algo de vez en cuando. El cansancio las estaba matando. El estar mucho tiempo sobre la silla del caballo era en verdad incómodo para Alora y Méladriel que, para disminuir el dolor de espalda y el cosquilleo en las piernas, decidían apearse y caminar por un rato sobre la senda difusa y siseante, que a menudo ascendía y descendía.

El Bosque Denso, con sus deformados árboles, su aire abovedado y su olor a humedad; hizo que el ánimo de Méladriel decayera. Ahora galopaba en silencio, cabizbaja y aburrida; no sólo por las duras noches sobre el suelo de hojas y ramas, sino por la angustia del pensar que al volver tendría que pasar por lo mismo: Otras tres dolorosas y largas noches. Méladriel, aunque tenía los ánimos muy bajos, insistía que volvería, y todavía no asimilaba el peligro que se abría sobre ella.

Pero a joven pareció olvidar todas sus penurias antes de la cuarta noche, cuando subió una cima pastosa y vio entre los bajos ramajes cómo el Lago Álgido se abría como un espejo bajo Sírel, que ahora iluminaba la noche con desdén. El lago se extendía hasta donde la vista alcanzaba, como un óvalo de oro azul engarzado entre la verde hierba.

Las dos islas que se levantaban en la mitad del Lago Álgido eran visibles desde la colina, y eran hermosas. Ambas estaban cubiertas por pinos azules y húmedos que tapizaban algunas elevaciones. Un viento gélido se levantaba desde el lago, hacia el sur, y caía entre las ramas y sobre los rostros de los viajeros, que en verdad parecieron rehabilitados. Y la joven de ojos grises miró la costa de arena blanca y pensó: «Por fin lo logramos».



Juan Esteban Peláez

-Tengan cuidado, y no digan nada sobre la Estrella de Jores, pues recuerden que los Hombres son codiciosos. Además, los Hombres todavía están en guerra y Melina nada debe saber de la joya -aseguró el Mago mientras empezaba a descender hacia el lago.

A medida que se acercaban al agua, las ventiscas se hacían más húmedas y frías. Y cuando se posaron cerca de la costa, repleta de arena blanca que relucía, vieron una aldea no muy lejana a la izquierda del camino.

-¡Quizás allá podamos abastecernos! -dijo Méladriel animada-. Ya casi no nos queda comida -añadió.

-En Metys no recogimos muchas provisiones para no estar tan cargados en el Bosque Denso -le aclaró un Dacón de mala gana.

Pero Algar parecía pensativo. Miraba la aldea con detenimiento, extrañado. -Nunca la había visto -dijo en voz baja mientras el viento le entumecía las orejas. Y sin más, se dirigió a la aldea, lentamente, seguido por la compañía.

Ya el alba empezaba a romper el oscuro cielo y un día gris empezaba a abrirse sobre el lago. La aldea ahora era más visible, y con la creciente luz se tornaba más mísera e inmundada. A medida que se acercaban, un hedor empezó a invadir el aire frío. Y cuando estuvieron a pocos metros de la aldea, vieron que no había edificaciones, y no era una aldea en sí. Era más bien un campamento, pues no había más que carpas de cuero, algunas con sangre seca impregnada. Había allí hogueras con calderos que tenían hediondos caldos, y había desechos por doquier, infectando la blanca arena de la costa.

-No es una aldea de Hombres -aseguró un Dacón.

-¿Qué haremos? -le preguntó Alora al Mago-. No quiero que Méladriel vea o viva algo desagradable, o por lo menos deseo evitarlo al máximo -añadió en voz baja.

-Es mejor que se vaya acostumbrando -dijo Algar con frialdad y serenidad-. Además, necesitamos una balsa y quizás podamos obtenerla acá.

-¡Es muy peligroso! -exclamó Alora en voz baja, para que ni la joven ni los Dacones la escucharan-. Además, estamos débiles. No hemos dormido en toda la noche.

Entonces Algar, que tenía buena vista, vio que un grupo de Hombres de armaduras azules y capas se acercaba trotando desde el norte, a menos de diez minutos de la aldea. Los Dacones también vieron la patrulla. Los soldados tenían lanzas largas apuntadas hacia el cielo.

-¿Qué haremos? -volvió a preguntar Alora, que ignoraba la patrulla que venía del norte.

Algar miró a la anciana y dijo inexpresivo: -Entraremos para ver si nos pueden ayudar.

-¡Estos seres parecen ser más miserables que nosotros! -dijo Alora.

Pero Algar no le prestó atención, y en vez dirigió a su caballo entre las míseras tiendas, mirando las entradas lentamente, con la vara firmemente aferrada. Alora, renuente y cansada, lo siguió. Y tras la anciana Méladriel, que ya se empezaba a asustar por el aspecto de la aldea. Tras la joven los Dacones, blancos como la nieve.

El silencio era en verdad preocupante, pues los viajeros se sentían incómodos, observados desde el interior de las carpas. Todos sentían cómo cientos de ojos miraban con detenimiento sus movimientos. Así, en medio de la expectativa, Algar se detuvo cerca de una hoguera todavía humeante. A su alrededor había siete tiendas grandes, capaces de albergar quizás diez Hombres cada una.

El Mago miró alrededor y después miró a Méladriel, y haciéndole una seña con la cabeza, le indicó que se acercara a él. -No te separes de mí, pase lo que pase -dijo mientras tomaba la vara y la apuntaba hacia una de las tiendas.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó la joven, que se sentía cada vez más asustada y ansiosa.



Juan Esteban Peláez

-¡Venimos por ayuda! -gritó Algar a los cuatro vientos, con la mirada fija en una de las carpas. El frío no cesaba y el nauseabundo olor parecía estancarse. -¡Necesitamos saber cómo conseguimos una embarcación que vaya hacia el Lago Álgido! -volvió a gritar el Mago-. Kamea está lejos y no tenemos nada que comer. ¿Pueden ayudarnos? -añadió finalmente.

Pero la aldea seguía en silencio. Este silencio inquietó más a Méladriel, que tomó con fuerza las riendas. -¿Ahora qué? -preguntó la joven, que ya tenía el rostro pálido a causa del temor. El frío la hacía tiritar, pero también el miedo.

-¿Pueden ayudarnos? -volvió a preguntar Algar. Y al no recibir respuestas, dio medio vuelta al caballo.

Méladriel intentó hacer lo mismo, pero el caballo de la joven pareció inquietarse, y relinchó y se negó a voltearse. Méladriel, un poco más inquieta, intentó de nuevo dirigir al caballo, pero éste se negó de nuevo, y esta vez relinchó con más fuerza. Entonces Algar se detuvo y se apresuró a ayudar a la joven, pero en ese momento emergieron los habitantes de la aldea, airados y temerosos por el relinchar del caballo.

74

Grande y miedosa fue la sorpresa al ver los habitantes de la aldea. Aunque Algar ya había especulado, no pudo disimular el asombro al ver las miserables criaturas abalanzarse sobre ellos.

-¡¿Qué son?! -preguntó Méladriel muy asustada. Por fin consciente del peligro que la rodeaba.

-Son Cremlos -dijo Algar intentando aquietar su caballo-, también son conocidos como Goblins en la lengua común.

En sólo este íterin, los Cremlos (o Goblins) rodearon a la joven y al Mago y los aislaron del resto. Los Dacones, que odiaban a los Cremlos y les tenían lástima, desenvainaron largas espadas curvas, muy bruñidas y con mango blanco. Estas armas brillaban, y este brillo parecía intimidar a algunas de las bestias, que, cobardes, salieron reptando hacia las tiendas. Pero otros decidieron mantenerse firmes, golpeando sus armas contra el suelo. Estas armas no eran más que palos y hojas oxidadas y sin empuñaduras, y largas lanzas de madera. Estas horribles criaturas chillaban de forma distorsionada y hostigante, incómoda para todos. Y parecían lanzar ofensas y difamaciones en lenguas inentendibles.

Mas ningún Goblin se acercaba mucho a los viajeros por temor a los caballos. Esto lo notó Algar, que por fin logró domar a su corcel y se acercó al caballo de Méladriel. La joven ya había desenfundado su espada corta por acto reflejo; pero la sintió pesada y fría, pues nunca había empuñado un arma. Aunque el rostro de Méladriel delataba el temor que crecía en su interior, los Goblins estaban más interesados en la brillante armadura de mithril que relucía bajo su manta negra. También miraban el brillo de la espada corta que tenía en su mano. A los Goblins los atraían los objetos brillantes, y Méladriel tenía muchos.

-¡Atrás, inmundas criaturas! -gritó Algar con furia mientras miraba airado los brillantes ojos de los Cremlos.



Juan Esteban Peláez

Méladriel, en sólo un segundo, pudo detallar las horrendas bestias que la miraban con ansiedad y codicia. Sus ojos eran muy grandes y negruzcos; sus pieles eran azuladas y pálidas, y algunos las tenían lacerada y llenas de cicatrices a causa de las torturas que ellos mismos se practicaban por placer; no tenían bellos ni cabellos; algunos abrían la boca y babeaban, y mostraban podridos dientes afilados, amarillentos y rojizos; y andaban agazapados como si cargaran un gran peso en la espalda, y se impulsaban con sus largos y esqueléticos brazos.

-¡Lárguense! -gritó Méladriel a las criaturas. Su temor estaba a flor de piel y su espada ya le empezaba a temblar en la pequeña manita.

-¡Váyanse! -volvió a gritar Algar, y esta vez apuntó al Cremlo más cercano a Méladriel con su vara.

Este Goblin, al ver la acción de Algar, lanzó un zarpazo rápido hacia el caballo de la joven, haciéndolo parar en dos patas. Méladriel gritó de miedo, pero logró sostenerse a las riendas con una sola mano, y ni siquiera soltó su espada corta.

Entonces Algar dijo una frase en lenguas antiguas, y de la vara emanó una especie de fuego líquido que, como lanzado por un dragón, quemó al Goblin. Apenas acabó el conjuro, la criatura se convirtió en un cadáver negro y deformado, como una tétrica estatua de ceniza humeante. Todos los Goblins miraron al Mago entonces, olvidando a Méladriel y temiendo por sus vidas. Y empezaron a chillar y sisear con más fuerza, y empezaron a golpear con sus armas el suelo. Y uno de ellos volteó una caldera cercana regando un caldo espantoso y lleno de cebo. Pero ninguno se atrevió a atacar.

Todo esto pasó en sólo instantes, pero en verdad fue una eternidad para Méladriel. Pero la joven se tranquilizó al ver el rostro sereno y serio de Algar, que parecía no tener temor, y se mostraba gallardo y altivo.

-¿Cómo saldremos de aquí? -preguntó Méladriel un poco más calmada.

-Si los embestimos les partirán las patas a los caballos -aseguró Algar que esperaba la patrulla que venía desde el occidente.

-¿Entonces? -preguntó la joven.

-Debemos hacer un poco de tiempo -aseguró el Mago.

-¿Y cómo?

Entonces Algar volvió a decir unas palabras inentendibles, y con su vara como lápiz, formó a su alrededor un círculo de fuego, un truco muy utilizado. Los Goblins se asustaron en ese momento y retrocedieron un poco. Algunos se agazaparon y reptaron a sus tiendas, otros se quedaron y chillaron de forma molesta. El calor se apoderó del aire entonces, y abrazó los cuerpos de la joven y el Mago. Entonces se escuchó un cuerno proveniente del occidente. Y seguido del cuerno se escuchó una poderosa trompeta y un cántico que hablaba de darle muerte a los enemigos de Alheid.

La aldea, que los Hombres de Alheid llamaban Crillén, se convirtió entonces en un infierno. Málem, señor del castillo, había mandado varios Hombres contra esa miserable aldea, pues los Goblins ya habían atacado a varios soldados. Málem tenía ya muchos problemas luchando contra Falheid por el dominio del Paso del Salto Azul, y no deseaba que Crillén fuera un problema más; pero era la quinta vez que intentaban limpiar la costa de esas bestias, que seguían emergiendo del Bosque Denso.



Así que la patrulla llegó a Crillén fuertemente armada, y se lanzó contra los Goblins, causando más una masacre que una batalla. Aunque las criaturas intentaban atacar a los Hombres de Agua, éstos estaban muy bien protegidos, pues sus armaduras azules eran pesadas y de acero. Y en cuanto a armas no hubo punto de comparación, pues el acero parte la madera.

Y cuando los Hombres de Alheid llegaron al medio de la aldea, vieron que casi todos los Goblins habían escapado al Bosque Denso o hacia los Acantilados. Pero se asombraron al ver el círculo de fuego que envolvía a Méladriel y a Algar, y al ver a los dos Dacones y a Alora. Los Dacones habían logrado batir tres Goblins con sus espadas, y con el Goblin que Algar había quemado eran cuatro bajas en la aldea. Aparte de estas bajas, los soldados lograron capturar a siete y asesinaron a veintitrés, machos, hembras y crías. Para los Hombres, todos los Cremlos eran iguales: Miserables y hostiles.

-¿Qué hacen en Crillén? -preguntó el capitán de la patrulla, que montaba un poderoso corcel emarot blanco de faldón y penacho gris.

-Veníamos por provisiones. Kamea está lejos y nos demoramos un día de más en el Bosque Denso -respondió el Mago mientras se apeaba del caballo y caminaba sobre la arena húmeda y clara.

El capitán también se apeó y se apresuró a realizar una venia, como era costumbre en los soldados de Agua. -Espero perdonen mi descuido. Soy Helad, servidor de Égorad, Almirante Azul de Magmatrión. Pero estoy sirviéndole en este momento a Málem, señor del Castillo de Cristal.

-Helad, soy Algar, Mago en jefe de la Orden Azul. Ella es Méladriel, ella Alora y ellos Ohot y Darhot -presentó al resto.

-Algar y las dos Mujeres necesitan llegar al Castillo de Cristal para entrevistarse con Éliot de Herda -dijo Ohot, uno de los Dacones.

-¿El prisionero de Dan-Silum? -preguntó Helad-. No sé qué desean hablar con él. Está desquiciado y dudo que puedan conseguir siquiera un saludo -añadió.

-Eso lo juzgaremos nosotros -dijo Algar con severidad.

-Pero quizás nos puedas ayudar -se apresuró a decir Méladriel con una bella sonrisa. La respuesta de Algar habíale sonado muy grosera, y esperaba disimular la hostilidad.

Helad miró a la joven y sonrió, y detalló el bello rostro, y se sintió atraído a ella como si de repente hubiera caído en un hechizo. -Claro que les ayudaré -dijo el joven capitán.

-¿Podríamos empezar con provisiones? -preguntó Alora.

Y Helad, volviendo a en sí, asintió. -¡Traigan alimento, y consigan una barca para llevarlos al Castillo de Cristal! -ordenó Helad a sus soldados. Y dos de ellos, apresurados, acataron las órdenes. -Málem los atenderá en el castillo, pero como consejo, no se le acerquen mucho al prisionero, pues hace un par de días atacó a un guardia. Intentó morderlo en el cuello, pero no lo logró. Tengan cuidado -pidió.

-Tendremos cuidado, y gracias -respondió Méladriel sonriente. Ya estaba mucho más tranquila (aunque el cuerpo completo le temblaba), y pareció olvidar por el momento las penurias que había pasado hacía sólo minutos.

Helad volvió a realizar una venia, se montó sobre el caballo y le dijo a Méladriel: -Espero que una hermosa joven como tú sea algún día sea mi esposa. Me faltan cuatro años de servicio para poder casarme, según las órdenes de la milicia de las islas. Cuando lo haga, espero encontrar la indicada.



Juan Esteban Peláez

Al ser de tez clara, Méladriel no pudo evitar la pena que le dio, y su rostro se coloreó de un rojo intenso. Bajó la cabeza y sonrió nerviosa. –Gracias -dijo torpemente-, y sé que la conseguirás -añadió con un nudo en la garganta.

-Eso espero -dijo Helad que, dirigiéndose al Mago, dijo: -Esperen aquí, que pronto les conseguiré una embarcación. Yo debo seguir a los Goblins en retirada, pero pueden estar seguros que esas inmundas bestias ya no los molestarán. Descansen y esperen las provisiones. Dejaré la mitad de la patrulla para que los protejan de cualquier situación. Quizás nos veamos más tarde en el castillo. Si me esperan quizás podamos cenar.

-No se demore mucho, pues no tenemos mucho tiempo -dijo Algar fríamente-. Tenemos pocos días para llegar a Linéa, pues allí nos esperan, y ya llevamos casi dos días de retraso. Entonces Helad miró a Méladriel con extrema profundidad. –Volveré lo más pronto posible -aseguró.

76

La despedida con los Dacones fue en verdad seca. Los Albinos hablaron con Algar sobre la estrella, mientras que Alora y Méladriel a duras penas los determinaron a la hora de partir. Después de dejar a los Dacones, Algar se apresuró a la pequeña balsa que los Hombres de Helad le habían conseguido. Con una tripulación de sólo dos remeros, el Mago y las dos Mujeres se dirigieron hacia el Castillo de Cristal.

Ni siquiera los dibujos y las pinturas de los más diestros hubieran preparado a Méladriel para asimilar tal paisaje. Con el viento golpeándole la tierna carne bajo el mithril, y con los dedos de las manos y de los pies entumidos por las gotas que saltaban del lago, Méladriel por fin vio la edificación de Málem. Aunque era llamado «El Castillo de Cristal», no era de cristal. Su nombre fue tomado porque las paredes blancas brillaban como un cristal cuando Sírel relucía en el cielo. Poderosas eran las paredes blancas y soberbias las torres puntadas de techos azules que sobresalían de los bosques de pinos que forraban la isla.

Pero fue mayor la sorpresa al ver el castillo de cerca. Méladriel echó su capota hacia atrás, lentamente, y vio no muy lejos, sobre una alta colina, la poderosa fortaleza, tal y como Sergail se la había descrito. Sin embargo, Sergail la había visto cuando estaba en pleno asedio, y no causaba maravilla sino miedo. Ahora Méladriel la detallaba, blanca, sobresaliendo de los pinos húmedos, brillante y pulida.

Apenas la barca llegó a tierra, se acercó un Hombre vestido con piel blanca de oso sobre una armadura gruesa. Esa armadura era distinta a las de los demás, pues era más lustrosa y verdosa, como las escamas de las Sirenas, y tenía un grabado de un castillo en el peto. El Hombre tenía una barba tupida y negra, y ojos azules.

-¿Un Mago y dos Mujeres? ¿Qué los trae hasta aquí? -preguntó el Hombre. En ese momento llegaron dos guardias, pero él los hizo retirar con un ademán de su mano.

-Venimos a pedirle ayuda a Málem, señor del castillo, para que nos deje entrevistar y en el mejor de los casos deje bajo nuestra jurisdicción al prisionero Éliot, proveniente del reino occidental de Herda -dijo el Mago sin titubeos, mientras se bajaba de la barca y ayudaba a bajar a Alora.



Juan Esteban Peláez

Méladriel había sido la primera en bajar y poner sus sandalias sobre la blanca arena, y había quedado encantada con la soberbia edificación. Poca atención le había puesto al Hombre frente a ella. La noche ya crecía por el oriente, y la Dama de la Noche parecía bañar poco a poco el castillo de un destello pálido.

-Méladriel -la llamó Algar mientras le tocaba el hombro.

Entonces Méladriel meneó su cabeza, como volviendo en sí, y prestó atención. -¿Qué sucede? -preguntó sonriente.

-Te presento a Málem -dijo el Mago.

Entonces el Hombre realizó una venia. -Creo que el castillo nunca había tenido una visitante tan hermosa, ni siquiera cuando los Nórdicos de Sadamarca dominaron estas tierras. Soy Málem, señor del Castillo de Cristal y Guardia Imperial de la Majestad de las Aguas.

-Soy Méladriel -dijo la joven-, y la verdad, no tengo título alguno -añadió, apenada y sonriente.

Entonces Málem sonrió. -No importa, Méladriel. Vamos, lo mejor será subir al castillo para que vean al pintor. Aunque en verdad preferiría que Méladriel no lo hiciera -le aseguró Málem al Mago.

-No lo hará -dijo el Mago mirando a la joven.

-¿Por qué? -preguntó Méladriel desconcertada.

-Él no está muy cuerdo -respondió Málem que, sin decir más, empezó a caminar por la senda de arena blanca que se internaba en los aromáticos pinos.

Durante el ascenso, Méladriel, con arena entre los dedos de los pies, vio una que otra ardilla, y le pareció ver un pequeño ser de alas de mariposa, pero sin cuerpo de insecto. Era pequeña, de cabellos rubios y tez blanca; pero la joven no alcanzó a detallarla bien, pues el Hada se escondió apenas se sintió descubierta, amparándose en las sombras de los bosques.

Cuando salieron de los pinos y llegaron a un llano herboso sobre la colina, todos vieron con maravilla cómo la pared blanca se erguía de extremo a extremo, y cómo las torres de parapetos altos se levantaban. Todo el rededor de la edificación tenía una zanja profunda, enlosada y llena de agua que brillaba bajo la luna. Entonces la puerta de madera cayó y formó un puente, y los viajeros entraron apenados y maravillados.

Había mucho movimiento en el interior del castillo: Sirvientes iban y venían con comida, armas, etc. En la sala principal se abrían tres opulentas escaleras. Dos de ellas iban a los pisos superiores y estaban recostadas contra los muros de la sala, y la escalera que descendía estaba entre las otras dos, frente a la entrada principal. El suelo era de losas grises, y en el techo en forma de cúpula pendían tres lámparas enormes de vidrio.

Málem, sonriente, les indicó que lo siguieran por la escalera que llevaba al piso inferior. Después de bajar llegaron a un pasillo, y allí Málem abrió una de las puertas. Bajó seguido por los viajeros por una escalera en espiral hasta llegar a un amplio recinto con tres corredores. Algar miraba a su alrededor, dándose cuenta que era una prisión; algunas celdas vacías, otras con prisioneros.

-Creo que lo mejor será que Méladriel espere aquí -dijo Málem.

-¡No! -increpó Méladriel para sorpresa de todos.

Alora la miró sorprendida. -Es lo mejor -dijo la anciana.



Juan Esteban Peláez

-No, no quiero quedarme aquí. Vine para cumplir una misión, y lo haré, y no la dejaré en ningún momento, y eso incluye este momento -aseguró la joven, dejando a flote su impulso.

-Ya te dije, Méladriel, que lo mejor es que te quedes aquí -insistió Alora un poco más incómoda.

-No, yo también iré -volvió a asegurar la joven.

-¡Méladriel!

Pero Alora fue calmada por Algar. -Si en verdad quiere venir, que venga -dijo el Mago-. No tenemos tiempo para esto. Lo mejor será apurarnos -añadió.

Alora suspiró y asintió. -Vamos entonces -dijo la anciana.

Y Méladriel, con aire triunfal, asintió.

Málem fue por el pasillo del centro y caminó hasta estar frente a una celda, la quinta de la entrada al fondo, a la derecha. -Aquí es -dijo calmado.

Entonces Algar miró entre los barrotes y vio que allí estaba un Hombre sentado sobre una cama, con la cabeza apoyada en sus manos y sus codos apoyados en los muslos. Tenía el cabello largo y castaño, ojos cafés, y era de constitución flaca, no muy alto y de piel clara. El prisionero parecía cansado, atormentado por negros recuerdos que parecían surgir de los pozos de su mente.

-¿Éliot? -preguntó Algar en voz baja, cauto, sin deseos de perturbar al prisionero.

Pero no lo consiguió, pues apenas escuchó su nombre, el prisionero empezó a gritar de forma inexplicable, aterrado y desesperado. Y, de repente, tomó un pincel que estaba bajo su cama y empezó a pintar con él tribales en las paredes.

-¡Éliot! -gritó Málem.

Pero el prisionero no hizo caso, y siguió pintando formas intrincadas en las paredes, mientras sus gritos retumbaban por toda la prisión.

-¡Callen a ese maldito! -exclamó otro prisionero.

Entonces llegaron dos soldados y abrieron la puerta con rapidez, y a palazos callaron y calmaron a Éliot. Fue tal la violencia, que Méladriel no pudo aguantar la imagen, y empezó a llorar mientras tomaba a Alora del brazo y les pedía a todos que se detuvieran. Si no hubiera sido por Méladriel, el castigo de Éliot hubiera sido mucho peor.

-Te dije que era mejor que no lo vieras -regañó Alora a Méladriel, pero al ver el rostro de dolor de la joven, la abrazó y olvidó sus advertencias. -Y lo que más me duele es que esto hasta ahora está empezando -añadió.

77

Las Mujeres y el Mago permanecieron por casi una semana en el Castillo de Cristal. Méladriel y Alora fueron tratadas como invitadas de honor por Málem. El señor del castillo las llevó a conocer toda la fortaleza, y les contó las historias del castillo. Les contó cómo Lev y Arcalón lo tomaron por asalto apenas iniciada la guerra, y cómo él, acompañado de Norad, el Delfín de Zafiro, se lo arrebataron al fallecido Lioric.

Apenas Málem mencionó el nombre de Arcalón, Méladriel abrió los ojos de plata con alegría. La joven no había olvidado al joven general ni un minuto, y se sintió todavía más alegre cuando Málem le contó sobre la Batalla de los Cuatro Elementos. Sin embargo, Málem nada sabía de la suerte de Arcalón, mucho menos de la de Sergail, Ángor y



Juan Esteban Peláez

Londrake. Y Méladriel nada preguntó, pues Málem y Arcalón prácticamente eran enemigos, aunque nunca se habían cruzado.

Durante este interín, Algar pidió repetidas veces a Málem que le permitiera a las Mujeres quedarse viviendo allí, pues en Mago en verdad temía por la suerte de ellas y no deseaba que cruzaran las Tierras Espectrales. Los peligros eran muchos y difícilmente Alora, a su avanzada edad, saldría viva de tal marcha.

Pero Málem fue siempre enfático en este tema. -Ellas son mis invitadas de honor porque están bajo tu custodia; pero ellas son de Falheid, y por lo mismo son nuestras enemigas -dijo-. Incluso algunos de mis Hombres empiezan a incomodarse y a pensar que son espías. No pueden quedarse a vivir acá mientras estemos en guerra con el Imperio del Fuego -aseguró.

Por otra parte, as Mujeres se deleitaron con el dulce jugo de naranja y con las delicias marinas que llegaban de Kamea y de las aldeas costeras del norte. Méladriel y Alora en verdad disfrutaron la estadía en el Castillo de Cristal, aunque les fue difícil adaptarse al frío, pues del lago emanaba vapores helados.

Sin embargo, la estadía del Mago no fue muy plácida. Algar permaneció casi todo el tiempo en las prisiones subterráneas del Castillo de Cristal. Siempre permaneció frente a la prisión de Éliot, hablando con él y diciéndole palabras que nadie nunca supo. El Mago parecía agotado, pues comía poco y no dormía bien por intentar convencer a Éliot para que los guiara por Gorthgath.

Al sexto día, Algar salió de los pisos inferiores y pidió una audiencia urgente con Málem. En ese momento Méladriel y Alora paseaban por las costas, acompañadas de Helad, el soldado que las ayudó en Crillén y que estaba a punto de irse a Magmatrión. El Mago Azul y Málem hablaron por varias horas a puerta cerrada. Y nadie sabe qué le dijo Algar a Málem, pero éste último aceptó liberar a Éliot y dejarlo en manos del Mago. Tampoco se supo cómo Algar convenció a Éliot para que fuera el guía, pero lo logró.

Cuando sacaron a Éliot de la prisión, parecía más cuerdo. Había pintado en las paredes de su prisión bellas imágenes de Hadas en bosques, pero en el techo había pintado un árbol horrible con un fúnebre paisaje de fondo. El árbol parecía un baniano de más de diez vástagos, de tronco negro y podrido, y sin hoja alguna. Esa imagen era una de las tantas que revivía en sus horripilantes pesadillas.

Ya bañado, arreglado, bien peluqueado, vestido adecuadamente, perfumado y libre, Éliot era definitivamente otra persona. Su mirada, aunque todavía temerosa, dejaba ver el vigor que había logrado refulgir de su interior; y su rostro, aunque un poco perturbado, mostraba esta vez sagacidad y astucia. Era, indudablemente, un Hombre nuevo, y no el ser atormentado que llegó llorando amargamente al Castillo de Cristal clamando la muerte.

-Les presento a Éliot, pintor de Dan-Silum -dijo Algar.

El Hombre extendió la mano, como era costumbre en Herda, y tomó las manos de Alora y de Méladriel. -Es un placer -dijo.

-Ya te habíamos visto -dijo Méladriel, un poco a la defensiva, pues todavía temía alguna explosión de violencia de parte del Hombre.

-Pero yo no las recuerdo -aseguró Éliot.



Juan Esteban Peláez

Méladriel se fijó en sus ojos cafés y vio que no mentía. En verdad Éliot no las recordaba.

—Es un placer -dijo la joven sonriendo.

-Ellas irán con nosotros -aclaró Algar al Hombre.

Entonces Éliot miró a Méladriel, y su rostro palideció. Cambió de nuevo de actitud y se alteró. —A ella no la llevaré a vivir esos horrores -aseguró un poco perturbado.

Entonces Algar se apresuró a alejar a Méladriel y le susurró frases tranquilizantes al Hombre.

Pero Éliot meneaba la cabeza. —Ella es sólo una joven inocente -decía el Hombre una y otra vez, con la mirada desorbitada.

-Ella es muy fuerte, lo sé -insistió Algar-, y no es una niña.

Y después de un rato Éliot asintió. —Está bien, las llevaré por Gorthgath -dijo, inconforme y poco convencido-. Aunque preferiría quedarme preso aquí el resto de mi vida antes que verte sufrir -aseguró refiriéndose a Méladriel.

-Yo no tengo más opción -dijo la joven-. Nada queda en Verdelheid para nosotras, y la única salvación de la horca es seguirte.

-A veces es mejor caer en las manos de la ley Humana, que servirse al Demonio -aseguró Éliot-; pero si esa es tu decisión, te la respetaré.

-Al menos tenemos una pequeña esperanza de escapar del Demonio, y tú eres la prueba -aseguró Méladriel mientras se destapaba el rostro lanzando el negro cabello tras sus orejas. Entonces los ojos brillantes de la joven parecieron hipnotizar a Éliot, que cayó preso de un hechizo que lo hizo olvidar todo por un momento. Sólo veía esos ojos grises, casi azules a la luz débil, como si fueran estrellas refulgentes.

-Y todavía falta la mitad de la compañía -interrumpió Algar-. En Linéa nos esperan cuatro de los mejores mercenarios. Después iremos al Paso de Llamas.

Pero Éliot meneó la cabeza. —Irgoliath tiene el Paso muy bien vigilado -aseguró-. Debemos ir un poco más al norte. Allí hay un camino escondido que lleva a una caverna. Cruzando la caverna llegaremos al otro lado de la Muralla de Volcanes -añadió.

-¿Es peligrosa la caverna? -preguntó Algar.

-Sólo por lo que la naturaleza nos depare -respondió Éliot-. Si el Corazón de los Volcanes está en nuestra contra estaremos calcinados por un estallido de lava inesperado. Y aunque pocas bestias toleran el calor de los volcanes, hay unos lagartos venenosos en la gruta; pero si no los molestamos no creo que haya inconvenientes.

-¿Lagartos? -preguntó Méladriel mientras realizaba una mueca de asco.

-¿Te incomodan los lagartos? -preguntó Éliot.

Y Méladriel asintió. —Pero no tanto como los gusanos -añadió la joven.

-Pero no hay gusanos en la Muralla de Volcanes, pues estos sólo viven en las montañas frías, como en la Cordillera de Nínilver -dijo Éliot para tranquilizar a la joven.

-Estamos muy atrasados. Debemos llegar pronto a Linéa, y de allí iremos a la gruta. El resto lo sabe usted, Éliot -dijo el Mago.

Y Éliot asintió. —Lo sé, y hasta que no lleguemos allá, nada diré sobre eso -advirtió.

-Entonces le diré a Málem que estamos listos para partir. Pediré que nos consiga algunas provisiones y que nos preste una balsa para ir a Linéa -dijo el Mago finalmente.

Triste fue la despedida. Málem habíase encariñado con las Mujeres, y temió no volverlas a ver a causa del peligroso viaje. Pensó en dejarlas quedar, pero la guerra era incierta; así



Juan Esteban Peláez

que nada dijo. Abrazó a ambas con fuerza y, sin quererlo, las dejó montar la balsa y las dejó ir hacia el occidente. Pero antes, Málem le regaló a Méladriel y a Alora unos pequeños aretes de cristal azul en forma de gato que ambas ostentaron con alegría.

De esta forma, mientras miraban cómo el blanco castillo parecía ser tragado por el Lago Álgido, los viajeros remaron sobre la informe y fría agua casi toda la tarde. Sólo cuando la Dama de la Noche iluminaba las aguas con blancos destellos, los viajeros por fin vieron la orilla más occidental del lago. El frío ya empezaba a mermar los ánimos, pues al llegar a la costa las vestimentas de los viajeros estaban húmedas y los hacían tiritar.

Dejaron la balsa encallada en la arena blanca y se dirigieron a las caballerizas más cercanas, donde Málem había ordenado dos días antes enviar los caballos de los viajeros, aun el de Éliot, que era un caballo negro que había robado en el poblado de Vertoris, pero Málem no lo sabía.

Después de ensillar a los caballos y acomodar todas las provisiones, los viajeros emprendieron raudo galope por la vasta planicie que se abría al occidente de Falheid. Estas planicies eran llamadas las Llanuras de Pelts, y eran de hierba muy verde y tupida, y de pocas arboladas.

Algar no los dejó descasar en toda la noche, ni al día siguiente. El cabalgar del Mago parecía inhumano, pues parecía que no medía el físico de los caballos, y los exigía al máximo. El Mago también parecía de piedra, pues no se detenía ni para comer.

Esta larga jornada en verdad hizo sufrir a Méladriel, pues ella sí sentía sed, cansancio y hambre. La joven ya tenía la espalda adolorida y los pies entumecidos cuando por fin Éliot le pidió al Mago, o mejor, le exigió que se detuvieran a descansar y a comer. Así que esa noche armaron un campamento en medio de la llanura. Allí las Mujeres parecieron rehabilitarse, y comieron con avidez galletas y pan con algo de agua. Éliot comió poco en verdad, y Algar no comió. Y esa noche las Mujeres, agotadas, descansaron muy bien, pues, aunque durmieron a la intemperie, el Lago Álgido estaba ya a buena distancia, y el frío ya no era tan intenso. De hecho, a medida que se acercaban a los volcanes, el aire era más cálido y agradable.

Y antes del siguiente atardecer, los viajeros llegaron al poblado de Vertoris. Vertoris era un pueblo muy bello. Las casas eran de colores vivos y eran muy acogedoras, los caminos eran estrechos y de piedra, y en el centro había una torre con un gran reloj. Allí en Vertoris se quedaron sólo esa noche. Comieron en un restaurante fríjoles y lentejas, y se reabastecieron con carne ahumada para que durara. Todos durmieron como piedras a causa del cansancio. Y antes de llegar la mañana, Algar ya estaba iniciando de nuevo la marcha hacia Linéa.

Linéa estaba a casi un día entero y, por lo mismo, Algar decidió aligerar el paso.

-¿Una carrera? -preguntó Méladriel al pintor.

Éliot, que casi no había hablado durante el viaje, la miró extrañado. -¿Y cuál es el premio? -preguntó el Hombre seriamente.

Méladriel sólo quería que la marcha fuera más animada, además que quería que Éliot se sintiera mejor. El pintor no había dicho más palabras de las necesarias durante las jornadas pasadas, y Méladriel se sentía incómoda por eso, pues deseaba que todos estuvieran



Juan Esteban Peláez

felices. Pero al parecer sólo ella lo estaba: Algar parecía obsesionado con el tiempo, y sólo quería correr, además de no tener nada de sentido del humor. Ahora no había hecho más que renegar desde iniciado el viaje, y Éliot permanecía en silencio, como asustado.

-¡Déjame pensar! -dijo Méladriel con una mueca tiernamente y pensativa, con los ojos entrecerrados, la pequeña boquita torcida y la mano en el mentón. -¿Qué tal un chocolate en Linéa? -preguntó la joven mientras se esculcaba los bolsillos con un poco de dificultad, pues no era diestra cabalgando. Entonces sacó tres monedas de cobre y sonrió. -¡Sí, un chocolate! -aseguró alegre.

-¿Qué es un chocolate? -preguntó Éliot.

Entonces Méladriel lo miró, extrañada. -¿En verdad no sabes? -preguntó.

Y Éliot meneó la cabeza, un poco más suelto. -¡No tengo ni idea! -exclamó con un aire bonachón.

Méladriel, al ver la actitud de Éliot, pareció sentirse más feliz. -Es una bebida oscura muy común en la península. ¡Es deliciosa!

-Entonces hagamos una carrera -dijo Éliot-. Sólo sigue la senda y llegarás a Linéa. Gana quien llegue primero.

-¡Qué así sea! -exclamó Méladriel que, sin avisar, rompió a cabalgar sobre la senda a toda velocidad.

Y Éliot, asombrado por la rápida e inesperada acción de la joven, rompió a cabalgar tras ella, intentándola alcanzar.

Alora y Algar también se asombraron, y el Mago, sonriente, pero frío, dijo: -Por fin una jornada rápida.

La carrera fue muy apretada. Los caballos cabalaron al lado del viento y por las vastas e iluminadas llanuras sin árboles. Los animales eran de buen linaje, y aunque habían sido exigidos, habían respondido bien; tenían buena resistencia y fuerza. En ese transcurso, Méladriel no dejaba de reírse, mientras el viento le alborotaba el negro cabello y le acariciaba el rostro fino.

Apenas entró a Linéa, todavía a galope tendido, Méladriel soltó una risa sonora y muy alegre. -¡Gané, gané! -exclamó una y otra vez, triunfante y con los brazos levantados.

Éliot llegó segundos después, sonriente y aceptando la pérdida. -Entonces te debo un chocolate -dijo.

Y Méladriel asintió. -Lo quiero apenas lleguen Algar y Alora.

Y en ese momento llegaron el Mago y la anciana.

-Lo que quiere decir que lo quiero ya -añadió mientras miraba a los recién llegados.

-Así será -respondió Éliot mientras sacaba algunas monedas que Málem le había quitado y posteriormente entregado, monedas robadas durante su viaje.

Linéa era un poblado muy similar a Vertoris, pero con más presencia militar. Había en el poblado dos grandes cuarteles que podían albergar casi seis mil soldados. Linéa era abastecida desde aldeas como Bargas, Vel, Vertoris y Llemel. Esta presencia militar se debía a que a menos de un día estaba el Paso de Llamas, la frontera occidental de Falheid.



Juan Esteban Peláez

La aldea estaba silenciosa y temerosa. Sólo unos pocos aldeanos salían de los umbrales de sus hogares, y muy pocas casas tenían las ventanas abiertas. Parecía ser que la lengua ardiente del Demonio ya había lamido el cielo sobre la aldea, que ahora estaba sumida a su horrible voluntad.

Algar pidió a Méladriel que preguntara sobre un estadero llamado «El Volcancito», donde los mercenarios esperaban. Entonces Méladriel se acercó y preguntó a un niño.

El niño indicó una cuadra llena de casas amplias de techos rojizos. -Caminen cuatro calles -dijo vacilante.

Méladriel lo miró profundamente y soltó una sonrisa. -¿Seguro? -preguntó la alegre joven. -Sí, sí -insistió el niño.

Méladriel volvió a sonreír. Sus ojos tiernos y claros seguían fijos en el niño, como si esperara alguna otra respuesta. Poco después la joven se enderezó. -Gracias -dijo dulcemente.

Los viajeros se retiraron y dirigieron hacia donde el niño les había indicado. Pero Méladriel se detuvo, pues había visto en la mirada del niño un mapa de mentiras. -El niño es travieso -dijo mientras se le escapaba una agradable sonrisa-. Vamos, es por aquí -añadió mientras giraba por una calle cercana.

Caminaron tres cuadras hasta que llegaron al estadero. El aviso que pendía en la puerta era llamativo: Un volcán de color café hecho de madera. Los viajeros bajaron y amarraron los caballos a una baranda, abrieron la puerta y se sentaron a esperar. Nunca ninguno de los acompañantes, ni siquiera Alora, supo cómo Méladriel descifró con tal detalle la mente del niño.

En el interior había un silencio fúnebre. No había casi clientes, sólo un Hombre solitario que parecía ser un soldado y dos ancianos que discutían sobre la suerte de la Guerra de los Cuatro Elementos.

Méladriel pidió cortésmente cuatro chocolates y panes. Al mismo tiempo, Éliot, Algar y Alora se sentaban en una pequeña mesa. Posteriormente Méladriel se sentó.

-El Diablo ya llenó los corazones de estas personas con miedos y pesadillas -aseguró Algar mientras miraba a los dos ancianos discutir y tomar uno que otro sorbo de cerveza. -Esta gente está muy cerca de las Tierras Espectrales -aseguró Alora.

En ese momento llegó el tendero con el pedido. Y Algar le preguntó sobre los cuatro mercenarios. El tendero dijo que habían salido, pero que habían pagado varias noches por adelantado, y todavía tenían las habitaciones por dos noches más.

Los viajeros esperaron por buen rato. Los cuatro hablaron del viaje y de los terrores a los que se enfrentarían. Definitivamente eran los Espectros los que más preocupaban a los viajeros, y los seis hechiceros del Diablo; pero ninguno sabía a lo que en verdad se enfrentarían, ni cuál sería en verdad su mayor peligro.

Antes del anochecer llegaron cuatro Hombres medio embriagados y con armaduras ligeras, como las de los soldados rasos. Sin embargo, se veía en sus rasgos sus orígenes: Había dos de tez un poco más oscura, de color canela y de estatura no muy alta, aunque más altos que Éliot; lo que los delataba como Hombres de Falheid, quizás de Metys por el acento. Había uno muy alto de cabello negro y piel clara, lo que indicaba que era un Hombre de Velheid. Finalmente había uno de cabello rubio, estatura media y muy



Juan Esteban Peláez

fornido. Por la acentuación en la «i» y en la «r» era obvio que era de Telheid, pero no era de las ciudades grandes, quizás de algún poblado como Nanek o Trisan.

Al ver al Mago, los cuatro Hombres se acercaron a la mesa, lo que incomodó a Méladriel, a Éliot y a Alora; pues no los conocían. Pero Algar los dejó sentar y les presentó a sus acompañantes.

-Disculpa mi descuido; mi nombre es Eret, y soy de Nanek -dijo el Hombre de Telheid, el más robusto y el único de cabello claro.

-Yo soy Asholf, y mi compañero es Maron, ambos de Jaffar -dijo uno de los Hombres de Falheid.

Finalmente habló el Hombre de Velheid, formal pero serio. -Yo soy Kor -dijo.

Con los cuatro Hombres no se habló más que de oro. Los cuatro pedían grandes sumas por acompañarlos, o, mejor dicho, escoltarlos por Gorthgath. Ellos no creían en los fantasmas, y el único Dios que tenían era el oro. Así que no pusieron más tema que la paga; y Algar, para alimentar la codicia de los mercenarios, dio a cada uno bolsas con varias monedas y algunas piedras preciosas.

-No quiero preguntas sobre la misión. Ustedes sólo cumplan con su deber -dijo el Mago ceñudo.

-Y así lo haremos -aseguró Asholf, que tenía los ojos iluminados por las monedas de oro que veía en el interior de su bolsa.

-¿Y cuándo partimos? -preguntó Kor, siempre serio.

-En dos horas -respondió el Mago-. Tomen sus pertenencias, que el tiempo apremia -añadió mientras le daba un mordisco al último pan que quedaba en la pequeña canasta de mimbre.

80

Para desdicha de Alora y Méladriel, la estadía en Linéa fue en verdad corta. A duras penas pudieron tomarse un chocolate y hacer unos últimos preparativos antes de encaminarse al occidente, al Paso de Llamas; la última barrera del Imperio del Fuego y la garganta que llevaba a las tierras del Diablo.

La compañía cabalgó en silencio hacia el norte por quince minutos aproximadamente, en una marcha en verdad fácil, hasta descender una pendiente en medio de una arbolada y posarse bajo un magnolio que lanzaba desde sus flores blancas su olor característico. Allí hicieron una fogata y tuvieron una última comida tranquila.

-La joven es bella y se nota que es valiente, pero no resistirá -aseguró Maron a Algar mientras miraba a Méladriel.

-Ella resistirá -insistió el Mago mientras veía a la joven al otro lado del fuego. Sus ojos de plata parecían brillar con la fogata y sus labios soltaban una sonrisa dulce.

Entonces Asholf miró a Alora. -La anciana tampoco llegará lejos -dijo.

Algar sabía que Alora era quien menos tenía oportunidad de logra el cruce de las Tierras Espectrales; así que calló.

-Y ella lo sabe, pues no habla mucho. ¿Por qué las trajeron? -preguntó Asholf.

-No tenían opción -dijo Algar.



Juan Esteban Peláez

-Debemos aprovechar esta comida, pues será la última en estas tierras -dijo Éliot, que se había unido a la compañía-. Pronto llegaremos a los volcanes. Sólo espero que el Corazón de los Volcanes sea piadosa con nosotros -añadió mirando las estrellas, pues sabía que en Gorthgath no las vería de nuevo.

Algar miró las elevaciones a lo lejos, pensativo, y dijo: -Entonces aprovechemos esta noche.

81

La marcha fue lenta esta vez, y los ánimos de la compañía parecían bajar a medida que los negros volcanes emergían en el horizonte. Poco a poco la hierba parecía oscurecerse, aun donde la luz del amanecer siempre llegaba, y los árboles se erguían sin hojas, algunos con los troncos calcinados. El calor empezaba a intensificarse con cada paso, y los volcanes, como ostentosos vigías, se elevaban cada vez más del suelo, desdeñosos, de cráteres mellados y laderas informes y filosas.

A medida que el día pasaba, los volcanes se erguían con más soberbia, estridentes contra un cielo plomizo. Algunos de ellos dejaban vestigios de vómitos pasados por sus laderas, señales de tiempos de más actividad. En verdad el paisaje había cambiado, pues ya el día no se abría alegre y emanaba un dulce calor. Ahora el calor era intenso, incluso insoportable, y los soles a duras penas podían iluminar algunas laderas de la cordillera, atravesando a ratos el denso manto de ceniza que cubría la Muralla de Volcanes.

Y cuando las elevaciones rodeaban todo el horizonte, Éliot abandonó el camino y siguió hacia el norte, hacia un denso manto de árboles quemados, sin hojas y adoloridos. Era un bosque entero de árboles desnudos que trepaba por las laderas hasta romperse abruptamente contra las paredes más verticales o contra los abismos más profundos. Este paisaje amedrentó a Méladriel, que veía cómo algunos árboles soltaban sutiles humos al aire pesado y repleto de ceniza. Esta ceniza ya empezaba a molestar a los viajeros, que a menudo se sobaban los ojos o escupían alguna partícula.

-¿A dónde nos lleva el Occidental? -preguntó Eret a Algar.

Y el Mago contestó: -A una gruta por donde pasaremos la Muralla de Volcanes.

-¿Y es segura? -preguntó Kor.

-Pues todavía estoy caminando -dijo Éliot, que estaba escuchando todo-, pero como estaba desesperado, quizás vi el cruce muy fácil -añadió irritado, al mismo tiempo que miraba a Eret.

Así que el Hombre de Telheid calló.

-Qué paisaje tan triste -aseguró Méladriel mientras, desolada, miraba las nubes grises que se extendían sobre los volcanes.

-Y eso no es lo peor -dijo Alora, que ya empezaba a sentirse asfixiada por el denso aire. Entonces Éliot se acercó a la joven y le señaló las montañas a su izquierda. -¿Ves ese abismo donde los árboles descienden la cuesta y termina en un precipicio? -preguntó.

Y Méladriel, con los ojos grises entrecerrados por la ceniza, asintió. -Sí, los veo.

-En las laderas de ese abismo se abre un muro gigantesco de piedra volcánica, negro como la noche y con varios grabados. Ése es el Paso de Llamas -explicó Éliot que, sin más, siguió su camino, mirando con detalle las elevaciones cercanas, intentando recordar una imagen clara del sitio.



La marcha se extendió hasta la noche, siempre hacia el norte; pero Éliot poco se acordaba del camino. Ya los ánimos habían declinado del todo, aun en Méladriel, que al verse intimidada por los volcanes había pensado escapar y vivir como fugitiva el resto de su vida. Sentía la boca seca y la garganta adolorida por el árido aire, y la poca comida que había logrado tragar sabía a ceniza; ya el viaje se empezaba a complicar.

Pero Méladriel no era la única que había pensado en huir: Asholf, que era el mercenario más animado e irreverente, había pensado una y otra vez en desertar de la misión. Creía que ni todo el oro del mundo justificaría ese viaje. Asholf ya había hablado con Maron sobre olvidar la misión; pero Maron era más firme en sus decisiones, y estaba decidido a seguir adelante.

Al día siguiente, muy por la mañana, se inició la marcha. Méladriel y Alora habían sufrido una noche tediosa, pues la hierba allí era muy tupida y había muchos desniveles en el suelo. Éliot permaneció al frente de la marcha, siempre mirando las montañas; hasta que por fin logró recordar una en especial: Un volcán pequeño, dormido y recostado contra otro más elevado. Entonces supo que iban por buen camino, y se animó.

Sin embargo, el ánimo duró poco, pues, aunque encontraron la caverna pocos minutos después, surgió otro problema que ninguno había contemplado. Aunque había suficientes provisiones para toda la compañía por lo menos para un mes, las provisiones eran pesadas y debían ser llevadas por los caballos. Ése era el problema: Los caballos. La caverna era muy oscura y, según Éliot, angosta en algunas secciones. Los caballos no podrían pasar por allí, y todos sabían que sin caballos no durarían ni dos días en Gorthgath.

-¿Qué haremos ahora? -preguntó Eret.

-¿Cómo fue que no pensaron en eso? -preguntó Maron.

-No lo pensamos; pero ya no podemos hacer nada. Mejor pensemos cómo vamos a pasar a los caballos por la caverna -dijo Algar.

Pero por más que pensaron, no pudieron encontrar una solución. La única alternativa era pasar por el Paso de Llamas, pero ni los soldados de Falheid ni el Corazón de los Volcanes los dejarían pasar. Además, cruzar por allí era gritarle al Demonio que prácticamente los capturarán, pues sus ojos horribles estaban fijos en ese paso. No había opción, debían dejar los caballos y esperar a que los hados los ayudaran. Sin caballos el viaje demoraría el doble. Y, aunque nadie lo sabía, había otro problema.

La entrada a la cueva era una simple grieta en una ladera muy alta e imponente, negra como la noche y cubierta por ceniza y árboles grises. El primero en entrar fue Éliot, que sintió claustrofobia y ansiedad apenas estuvo adentro. Las paredes pedregosas eran incómodas e hirientes, y Éliot, que antes las había pasado en una locura absoluta, sintió que su mundo se oscurecía y se volcaba a las terribles pesadillas.

Tras Éliot fue Algar, que entró con más dificultad por su estatura. Cuando Méladriel iba a entrar, miró hacia el cielo, y vio que allí se elevaba la Dama de la Noche; pero esta vez era diferente: Sírel estaba rodeada de nubes nefastas, y emanaba un horrible destello amarillo, maléfico y espantoso, como si lanzara advertencias entre las nubes embrujadas. -Quién sabe cuándo nos volverás a iluminar, pero espero que ésta no sea la última vez, mi amada Dama -suplicó Méladriel con la cabeza alzada y bañada con el tenue tono



Juan Esteban Peláez

amarillo. Entonces suspiró y entró a la grieta, más fácilmente que Algar, pues ella era de baja estatura.

Tras ella fue Alora, y después los cuatro mercenarios.

La oscuridad de la cueva era total, y aunque tenían los ojos abiertos, se sentían como ciegos. A veces alguno hablaba para saber dónde y cómo estaban los demás; pero era imposible perderse, pues la cueva era simplemente una fisura horadada siglos atrás. Durante su viaje, Éliot ya había intentado pasar por otras grietas, siempre chocando con una pared rocosa que aumentaban su desesperación. Pero cuando ya parecía sumirse a la locura, encontró esa fisura, e indescriptible fue su alegría al ver el pequeño resplandor de luz al otro lado.

Méladriel, raspada por las escarpadas paredes de la gruta, escuchaba con desilusión que Alora tosía mucho, y a veces se ahogaba. -¿Estás bien? -preguntaba frecuentemente.

Y Alora siempre respondía: -No te preocupes.

La oscuridad empezaba a desesperar a algunos viajeros, más que todo a Kor, que dejando a un lado su seriedad, no dejaba de renegar. -¡Maldita sea! ¿Cuán larga es esta maldita caverna? ¡Me siento asfixiado! -exclamó.

-La recordaba más corta -aseguró Éliot mientras, a ciegas, seguía por la estrecha y escarpada grieta. Su respiración cada vez se tornaba más estertosa.

-¿Estás bien? -volvió a preguntar Méladriel a Alora.

Pero esta vez la anciana no contestó.

-¿Alora? -preguntó Méladriel de nuevo. Entonces, sin poderse voltear por la angostura de la fisura, estiró su mano derecha hacia atrás para tocar a su tutora, y cuando por fin tocó algo, escuchó una voz masculina.

-¿Quién me está tocando? -preguntó Maron-. ¿Eres tú, anciana?

-No, soy Méladriel -respondió la joven a ciegas.

-Pero Alora iba delante de mí -aseguró Maron-. La vi entrar -añadió.

-Lo sé -respondió Méladriel temerosa-. ¡Alora! -gritó, y el grito resonó en toda la gruta.

-¿Qué sucede? -preguntó el Mago, que ya había tomado un poco de ventaja.

Pero Méladriel no le prestó atención. -¡Alora! -volvió a gritar Méladriel-. ¡Alora! -gritó una vez más, esta última vez con una infinita desesperación.

-Méladriel, debemos seguir, que me estoy quedando sin aire -dijo Maron un poco irritado, pues no había podido continuar, y Asholf, que estaba tras él, ya lo empujaba.

-¿Por qué no avanzan? -preguntó Eret, que ya se empezaba a sentir hostigado por el aire caliente y la poca luz de la grieta.

Entonces Algar, a ciegas, tomó a Méladriel y prácticamente la arrastró para que la marcha siguiera. -Primero salgamos -dijo el Mago.

-¿Dónde está?! -preguntó la joven desesperada, y no pudo aguantar las lágrimas de angustia. Ya no era la joven de rostro radiante y ademanes alegres; ahora tenía el rostro ceniciento y raspado por las rocas, al igual que el cuerpo, y sus ojos de plata no mostraban felicidad sino amargura y desesperación. Todo esto fue visible cuando Algar logró sacar a la jovencita de la fisura. Méladriel estaba renuente a salir, y no había dejado de llamar a Alora durante todo el camino. Entonces Algar y Éliot le pidieron que no gritara más, pues ya estaban en territorio enemigo.

Alora nunca salió de la angosta gruta. Apenas entraron, Alora habíase recostado sobre un lagarto venenoso, y éste le había mordido una mano. Alora ya no podía devolverse, pues Maron y Asholf ya habían entrado a la fisura; así que decidió continuar. Pero el veneno



Juan Esteban Peláez

le hizo efecto, y la debilitó hasta hacerla desmayar. Méladriel estuvo muy cerca de tocar ese mismo lagarto, y si lo hubiera hecho ella hubiera sido la desafortunada; pero al entrar, su mano quedó a sólo centímetros del ciego animal. Ahora no corrió con tan buena suerte. Apenas el lagarto mordió a la anciana, se apresuró a trepar más en la pared, lo que evitó que otro aventurero lo tocara.

Alora cayó desmayada poco después de la mitad del camino. Y Maron, que no la seguía de cerca, le pasó por encima, pisándola como si fuera cualquier roca, y no se dio cuenta. Asholf también hizo lo mismo, pues Maron le avisó que había una piedra en el camino, blanda quizás por el calor o porque era de material arenoso. En ese momento los deseos de salir de la gruta nublaron la razón de los viajeros, que sólo cayeron en cuenta hasta que Méladriel llamó a su tutora. Mas ninguno le dijo nada. No habían pisado aún las Tierras Espectrales y ya había perdido una vida, la de Alora, Bruja de Verdelheid, tutora de Háladriel y Méladriel. Y, aunque esa bella y dulce anciana debió tener un funeral digno de héroes, pues custodió la Estrella de Jores y resistió las cacerías de Brujas; su cuerpo quedó allí, olvidado, en medio de una caverna oscura y apretada, ahogada por el aire caliente y debilitada por el veneno, sin honores ni despedidas.

82

Parecía ser que el mundo de Méladriel se caía a pedazos, y que un espantoso hado ahora la cubría. El perder a Alora pareció matar toda alegría y buen recuerdo de la joven. Méladriel perdió la sonrisa en ese momento, la felicidad y los deseos de aventura. Sus ojos grises se oscurecieron como las nubes en una tormenta. Por fin comprendió los peligros a los que se enfrentaba, y por fin asimiló que era la vida lo que estaba en juego.

A petición de Algar, Éliot volvió por la grieta para confirmar la terrible pérdida de Alora. Al volver con las noticias, Méladriel estalló en llanto, y sollozó con un vacío en el estómago y tendida en el suelo árido. -¡No, no, no! -se decía a sí misma, intentándose convencer de que todo era una terrible pesadilla; pero al ver entre lágrimas a sus compañeros, y al sentir el abrazo de Éliot, supo que todo era real. Sabía que ahora estaba acurrucada en una tierra terrible, desconocida, incomprensible y aterradora, y más sola que nunca.

-Vamos, Méladriel, debemos seguir adelante -dijo Algar intentando animarla. Entonces la ayudó a levantar.

Pero Méladriel no pudo aguantar su dolor y abrazó al Mago con mucha fuerza. -¿Por qué tuvo que pasar esto? -dijo sollozando.

-Nadie lo esperaba, Méladriel, pero debemos seguir adelante -contestó el Mago.

-Sólo quiero morirme. Ya no quiero caminar. Estoy cansada y con hambre, y sola en este mundo. Ya no quiero seguir -dijo afligida y con amargura.

Algar, todavía abrazándola, le mecía el negro y enmarañado cabello y le dijo: -No puedo pedirte mucho, pero es mejor que sigas con nosotros en vez de quedarte aquí y morir sin motivo alguno. Además, recuerda que aún eres la guardiana de la estrella.

En ese momento Méladriel suspiró para calmarse y se secó las lágrimas con sus mangas y, a petición de los viajeros, intentó dormir. Nada era visible durante la noche, así que simplemente se acurrucó entre las rocas para descansar y esperar el amanecer, que se encontraba próximo.



Cuando Algar la despertó, Méladriel miró a su alrededor y vio un paisaje que no había imaginado ni en sus pesadillas más oscuras: La verde hierba había desaparecido casi por completo antes de llegar a la grieta, pero afuera de los dominios de Falheid la tierra parecía más muerta. A un radio de incontables millas la tierra era yerta, muy negra y seca, como un árido desierto glacial; y algunos vestigios de árboles sobresalían del suelo como condenados que esperaran su redención. Algunas gruesas raíces se asomaban sobre la pobre y craqueada superficie, como manos de muertos intentando desenterrarse desesperadamente. Allí los volcanes parecían guardianes agresivos y horrendos que esperaban irritados cualquier intruso para atacarlo con violencia. El hedor a azufre se tornó insoportable y se impregnaba con facilidad en el inmundo aire.

Méladriel nada de esto había notado, pues se había sumido en su dolor, pero ahora veía cómo sus acompañantes fruncían sus rostros y tapaban sus narices para no respirar el aire impuro que descendía de las cimas melladas. El cambio había sido súbito, pues el Demonio había hollado la tierra hasta las laderas mismas de la Muralla de Volcanes, dejando bien delimitadas sus fronteras orientales. Las nubes allí eran más densas y parecían estar presas a un hechizo despiadado, y verdor del pasto y los árboles había sido reemplazado por matices negros y grisáceos, opacos y muertos. Allí se empujaban los dos poderes: El Demonio Irgoliath y Feya, el Corazón de los Volcanes.

Con los ánimos decaídos y la desesperanza enterrada en los cráneos, los viajeros iniciaron su agotadora marcha, siempre hacia el occidente. La seca tierra era fría y lanzaba nubes de polvo a medida que los viajeros caminaban. Sólo unos pocos árboles eran divisados en la llanura resquebrajada, que se abría polvorienta hasta donde la vista alcanzaba. Ninguna elevación era visible desde allí, y todo parecía estar estático: El viento, el sonido, el cielo..., todo.

Y sólo fue avanzar dos horas para que el cansancio empezara a arrodillar la decaída voluntad de Méladriel. La joven, ahora silenciosa y cabizbaja, sentía el dolor en los hombros a causa de las provisiones que llevaba, y los pies le empezaron a doler intensamente, mientras jadeante, intentaba rehabilitarse.

Eret diose cuenta de esto, y se acercó a la joven. -¿Te ayudo? -preguntó.

Pero Méladriel meneó la cabeza. -Son mis provisiones -dijo apenada y jadeante.

Sin embargo, Eret no le hizo caso y tomó la bolsa que llevaba. Se la quitó y la metió en su bolsa, que era más grande. -Te ayudaré, pues te veo cansada -dijo el gigante mercenario.

La joven sonrió y asintió. -Gracias -dijo con debilidad.

Los volcanes desaparecían a sus espaldas poco a poco, engullidos por la fría llanura. Entre las fisuras de la tierra, Méladriel y los demás lograban ver algunos insectos, aterradores y desconocidos para todos. Algunos tenían muchas patas, lánguidas y peludas, y aguijones sobresalientes. Algunos de ellos tenían colores opacos, y otros tenían brillantes cuerpos, avisando de sus potentes venenos. Los árboles podridos también albergaban algunos de estos horripilantes bichos. Pero aparte de evitar estos animales, los viajeros no tuvieron percance alguno durante esa jornada. Anduvieron por la llanura por horas, hasta bien entrada la tarde. Sin embargo, al tener esas pesadas nubes sobre ellos, no podían siquiera calcular qué hora del día era.



Juan Esteban Peláez

Siguieron el curso de un seco arroyo, ahora calcinado, sin hablar casi nada y con el peso de los víveres en sus espaldas. Pero antes de que la negra noche cayera, sucedió algo que les recordó dónde estaban. Tras una desnuda y quemada arbolada había ocho caballos aparentemente pastando; mas no había pasto en esas tierras, o por lo menos no cerca. Algar vio con detalle los negros animales y se acercó con cautela. Nada se movía aparte de los caballos entre los deshojados árboles, y no había sonido alguno.

-¿Qué sucede? -preguntó Méladriel, que se acercó al Mago un poco más espabilada.

-Méladriel -llamó Éliot.

Pero Algar le hizo una señal para que no la llamara. -Déjala conmigo -dijo el Mago mientras, con sigilo, se desplazaba entre las retorcidas y filosas ramas.

-¿Son caballos? -preguntó Méladriel con esperanza, pues sintió que la suerte por fin se inclinaba a su favor.

-Son *equus méricos*, caballos carnívoros, pero son más conocidos como los caballos *eoméricos* -respondió Algar-. Son caballos de una estirpe oscura.

Entonces Éliot se acercó con cautela. -¿Qué hacen por aquí? -preguntó el Hombre.

-Quizás sus dueños murieron y estos animales quedaron a la deriva -respondió Algar mirando las bestias con detenimiento, a una distancia prudente.

-¿Y podemos montarlos o son peligrosos? -preguntó Méladriel mientras se agazapaba cerca del Mago tras un tronco caído. Ya a esa distancia, Méladriel pudo detallar a los eoméricos: Ojos rojos como los fuegos de las fraguas, crines cortas a modo de cresta, colas inquietas, ánimos furiosos, cascos destrozados y sangrantes por herraduras mal puestas, bridas férreas que producían llagas en las pieles negras, jadeantes, de ancas poderosas y dientes rojizos y amarillentos.

-No son caballos ordinarios, son de raza maligna -aseguró el Mago-. Son criados en tortuosas caballerizas para sacar a flote su odio, y se alimentan de... -entonces el Mago señaló un bulto tendido sobre la polvorienta tierra.

Méladriel miró con detalle y se inclinó un poco hacia adelante, y de inmediato sintió un hedor nauseabundo, pero no de azufre, sino de muerte y putrefacción. Tan amargo y penetrante fue el hedor, que Méladriel no pudo evitar una arcada, y sintió que la hiel subía ardiente por su garganta. Algar, al ver esto, se levantó un poco para mirar el origen del olor, y vio que cerca de Méladriel, al otro lado del tronco, había una horrible imagen que hizo estragos en los ojos y en los cerebros de quienes la vieron.

Aunque Algar y Méladriel sí habían sentido un agrio olor al acercarse al tronco, sólo se tornó inaguantable cuando una ventisca muy leve vino del sur, golpeándoles los rostros. Tras el tronco, a sólo dos o tres metros, un cuerpo sin vida se escondía entre la negra tierra; aparentemente Humano. Su estómago estaba abierto y sus entrañas se asomaban a la vista, el rostro completamente desfigurado y su nariz mutilada, al igual que su oreja derecha, y con la quijada destrozada al costado derecho. Tenía una armadura roja agrietada en el pecho y hendida en la hombrera izquierda. El cadáver olía en verdad mal, pues estaba descompuesto, y las blancas larvas de moscas se habían posado en sus ojos, que ya eran huecos. Muchas moscas zumbaban alrededor del cuerpo, y algunos gusanos se aferraban a los intestinos en acto febril y espantoso. La sangre que ya estaba seca y se esparcía entre la inmundicia tierra.

Méladriel se tapó la boca con la manga de la manta, pero no por el olor sino por la impresión, y algunas lágrimas cayeron de sus grises ojos, pues vio que el Humano no es más que ilusión, pues por dentro es espantoso. Éliot, que no estaba lejos, se dirigió a Méladriel gateando; pero en el trayecto tropezó con un bulto de tierra. Al voltearse, vio



Juan Esteban Peláez

con horror que había chocado con otro cuerpo: Bocabajo, bañado en sangre seca y con una espada aún en su mano. Tenía una gran abertura en su espalda, dejando ver la ensangrentada columna y un pedazo de sus blancuzcas costillas. La imagen era simplemente horripilante.

Entonces Méladriel miró hacia los eoméricos, ahogando los gritos de espanto para no ahuyentar a las bestias, y vio que uno de esos caballos parecía hundir sus dientes un tercer cuerpo, el bulto que Algar le había señalado. ¡Los eoméricos se alimentaban de carne! ¡Eran carnívoros!

Méladriel se sintió aterrorizada de nuevo, y se agazapó aferrándose al Mago. -¡No dejes que nada me pase! -le suplicó mientras cerraba los ojos e intentaba olvidar el hedor y los cadáveres que permanecían a su alrededor. Pero finalmente no aguantó las náuseas y vomitó.

Entonces el Mago y la abrazó. La tranquilizó con suaves palabras y la sacó de la arbolada. Al mismo tiempo, los mercenarios entraron, y con el Mago, lograron capturar a algunos de los caballos negros. Todos pensaban que en verdad iba a ser difícil, pero fue más fácil de lo que pensaron, pues los caballos estaban satisfechos de tanto comer. Con caballos en su poder, los viajeros vieron una pequeña luz de esperanza en su misión, y parecieron animarse de nuevo.

83

Aunque Méladriel ya había sufrido largas y tediosas noches a la intemperie, ninguna se comparó con esa gélida noche. Méladriel jamás deseó tanto que el amanecer llegara. Aunque no había bestias a la vista, la oscuridad era muy espesa y nada dejaba ver. La joven sentía como si todavía estuviera en la fisura, ciega e indefensa. Tomó algunas mantas para arrojarse, y como almohada tomó una alforja; pero Méladriel no pudo descansar a causa del intenso frío de la yerta planicie, además de la ceniza que se le metía en boca, nariz, oídos y ojos. La joven no pudo dormir en toda la noche, pero no fue la única, pues ninguno de los viajeros logró conciliar el sueño. Y apenas el triste paraje empezó a aclararse, se reanudó la tediosa marcha.

La joven temió al acercarse al caballo eomérico, que relinchaba con furia y se agitaba a causa de las hirientes bridas de férreo acero. Entonces dudó en montarlo.

-Mientras no dejes que acerque sus dientes a tus piernas, estarás bien -aseguró Éliot que, tomando al caballo negro por las riendas para aquietarlo, añadió: -Estas bestias son nuestra única esperanza para salir de estas tierras. No podemos desaprovechar.

-Ese animal come gente -dijo Méladriel, atemorizada, mientras, con cautela, se acercaba y ponía su piecito en el estribo.

-No te dejes intimidar -dijo Éliot para animar a la joven-. Toma las riendas con fuerza. Nosotros guiaremos al caballo principal -agregó dándole las riendas a la joven.

Méladriel tomó las riendas con firmeza, y tenía que hacerlo, pues el caballo intentó morderla apenas se montó. Sin embargo, la joven logró sostenerse y dominarlo. Parecía que la joven tomaba más valor a medida que los minutos pasaban. La pérdida de Alora había sido en verdad dura, y Méladriel no dejaba de pensar en ella; pero ahora tenía puesta una meta: Salir viva de Gorthgath. Había olvidado todo en ese momento, aun a Arcalón,



Juan Esteban Peláez

y sólo deseaba llegar a Herda para entregarle la Estrella de Jores a los Dacones de Ehirot. Después de eso, la joven no veía futuro alguno.

Sobre los lomos de los malolientes caballos, la compañía anduvo por la estepa helada y agrietada por varias horas, en silencio y cabizbajos. Éliot intentaba recordar los caminos que había tomado antes, pero era poco lo que recordaba, pues los había recorrido hundido en la desesperación.

Y cuando ya estaba bien entrado el triste día de nubes grises, pareció emerger de la tierra gris un hedor nauseabundo e inaguantable. De repente la árida planicie apestó como si fuera un ataúd enorme, o una pantalla que cubría una enorme bóveda repleta de pestilentes desechos. Y el hedor se intensificaba con cada paso que daban.

Entonces el tóxico aire empezó a hacer estragos, y Méladriel supo el por qué los Dacones no podían pisar esas venenosas tierras. El olor se hizo tan inaguantable, que las arcadas se hicieron presentes en todos los viajeros, y los vómitos de asco regaron la yerma llanura. Ninguno (aparte de Éliot) había siquiera imaginado el putrefacto hedor de las Tierras Espectrales, causado por las innumerables fábricas, los volcanes circundantes y la venenosa y escasa biodiversidad. Ya algunos hongos amarillentos y verduzcos brotaban de la seca tierra, pero eran muy escasos y muy tóxicos. Fue tan desesperante el olor, que tuvieron que hacer un alto.

La compañía, olvidando al enemigo, decidió detenerse en plena planicie, peligrosamente despejada. Allí intentaron descansar, pero el malestar no los dejó en paz por un buen tiempo. Kor, el más afectado, empezó a sentir dolor el estómago a causa las fuertes contracciones, y la garganta se le empezó a quemar por las repetidas vomitadas.

Méladriel sentíase mareada, al mismo tiempo que intentaba evitar el vómito. Se cubría la boca con frecuencia, mientras hacía duras arcadas. Entonces se apeó del caballo y se alejó de sus dientes con rapidez, amarrándolo a un pequeño tronco. Después se sentó en el suelo, con un sabor amargo en la boca, y se recostó, no sin antes mirar qué insectos había, mas no vio ninguno.

-¿Cómo estás? -preguntó el Mago mientras también se apeaba.

-Me he sentido mejor -respondió Méladriel mientras miraba al cielo e intentaba aguantar la respiración lo más que podía-. ¿Y tú? -preguntó, pues se le hacía increíble que el Mago no hiciera ni una mueca de asco.

Algar sonrió. -No debes preocuparte por mí -dijo.

Entonces la joven miró a Éliot, que ya se había incorporado, como si de repente hubiera olvidado el hedor. -¿Y tú? ¿Cómo te sientes? -le preguntó la muchacha de ojos grises.

Éliot miró a la joven Méladriel y le sonrió. -Tuve que aguantar este olor por incontables días, por eso me queda fácil adaptarme a él -respondió mientras se fijaba en la joven. Ella era en verdad bella, de cuerpo menudo, piel blanca, facciones dulces y cabello negro y brillante, que, aunque no había sido lavado por días, seguía mostrando un lustre impecable.

Así permanecieron casi por media hora, descansando e intentando adecuarse al impuro aire. Sin embargo, aunque el olor allí era fuerte, todavía se sentía muy levemente el perfume de la joven. La fragancia de durazno a veces era percibida por los que se acercaban, y Méladriel también la sentía a veces cuando se mecía el cabello para quitarse



Juan Esteban Peláez

la ceniza y la tierra. Y sólo siguieron su camino hasta que el último mercenario aguantó el mareo.

Aunque las narices de los viajeros seguían siendo laceradas con la pestilencia del aire, la marcha, aunque más lenta, prosiguió sin percances hasta que gélida noche empezó a cernirse sobre Gorthgath, sumiendo todo de nuevo a la penumbra, aunque todavía no a la desesperación. Empero, Méladriel sintió congoja y un desconsuelo al ver cómo la oscuridad los abrazaba de nuevo y los dejaba literalmente a ciegas. Así que tomó de nuevo su manta, casi tanteando su bolsa por la poca visibilidad, y buscó palpando en la tierra un sitio un poco menos doloroso para tenderse. Y sin más, se arropó como pudo e intentó dormir; aunque no lo logró, igual que la noche anterior.

Las inclemencias del clima habían sido en verdad problemáticas, pero nadie podía negar que la marcha, por lo menos hasta ahora, había sido relativamente fácil. Incluso, algunos de ellos sentían que la suerte estaba de su parte. Habían encontrado caballos, aunque no los más mansos y mejores, y no se habían topado con ningún ser indeseable.

Mas no todos estaban contentos con esto: Algar y Éliot dudaban. El viaje en verdad había sido muy fácil hasta ahora, y por lo mismo habían avanzado varios kilómetros. Algar temía que el Demonio ya supiera de la existencia de la misión, y que los estuviera dejando seguir para que cuando estuvieran cerca pudiera abrir sus horribles alas y cubrirlos, robándoles a los Dacones la Estrella de Jores e iniciando una nueva guerra. Éliot también pensaba lo mismo, pues él aseguraba que su viaje anterior no había sido tan pacífico, y que durante el mismo trecho que habían avanzado hasta ahora, a él le había tocado escapar de varias bandas de Nomos día y noche.

Por otra parte, Méladriel no podía dejar de pensar en Alora. ¡Qué triste final tuvo su tutora! Pensaba una y otra vez cómo le daría la noticia a su hermana Háladriel. Pero, de forma inexplicable, Arcalón volvió a colarse en sus pensamientos. Y por lo mismo, a Méladriel le volvió la ansiedad por verlo, y por lo mismo, la ansiedad de cruzar las Tierras Espectrales y llegar a Herda viva. Aunque Méladriel todavía desconocía la suerte Arcalón, ella guardaba la esperanza de que él estuviera sano y salvo, y que se pudieran ver de nuevo y volver a sentarse en el Parque de la Cima, en Verdelheid, bajo el mismo árbol, y cantar y reírse, y hablar y soñar, como antes.

84

Apenas el día empezaba a abrirse cuando el trastrocho ya hacía estragos en Méladriel. Una bruma espesa se había estancado sobre la llanura, y poco era visible. La joven fue la segunda en levantarse, pues Éliot ya estaba de pie cuando ella abrió los ojos del todo. -¿Dormiste bien? -preguntó el Hombre mientras veía con desconsuelo los hinchados y rojizos ojos de la joven. -No muy bien -respondió Méladriel. -Se nota -añadió Éliot sonriendo. Méladriel también sonrió.



Juan Esteban Peláez

-No dejes de sonreír, Méladriel, no importa lo que pase -dijo el pintor mientras se esculcaba bajo la camisa y sacaba un pequeño collar de piedra negra y pulida. Su dije era un círculo con un círculo hueco en el medio.

-¿Para mí? -preguntó Méladriel mientras miraba el lustroso dije.

Y Éliot asintió. -Me lo regaló una Mujer a que amé: Mi madre -dijo-. Me lo regaló para que siempre recordara que debía reír. Ese collar me ayudó a cruzar estas tierras, pues no me dejó morir en la desesperanza. Espero que a ti también te sirva. Cada vez que lo sientas en tu cuello, frío como el silencio, recuerda que debes sonreír, y así de pronto quitarás el frío de ese collar. Y si se lo vas a regalar a alguien, que ese alguien sea alguien al que le fascine verte reír, y que ese alguien sea el alguien a quien tú siempre le regalarás una sonrisa; él será el dueño de tu felicidad.

Méladriel, conmovida por estas profundas palabras, extendió su delicada mano y lo tomó.

-¿No te hará falta? -preguntó apenada.

Y Éliot meneó la cabeza. -Te hará más falta a ti, pues yo ya sé a qué me enfrento -e irguiéndose añadió: -Nunca dejes de sonreír, te lo pido.

Entonces Méladriel iluminó su rostro con una bella y tierna sonrisa, arqueando los sonrosados labios. -No lo haré -aseguró mientras se acomodaba el cabello, desnudándose el cuello para poder ponerse el collar.

Poco después Éliot despertó al resto de la compañía y empezaron de nuevo una agotadora marcha, sin siquiera comer, pues el olor y el mareo producido por estas tierras les quitó el apetito.

No era mediodía cuando por fin los viajeros vieron más vida. Cabalgando un poco hacia el norte, los viajeros llegaron a una arbolada desnuda. Los árboles más gruesos estaban cubiertos por unas monstruosas zarzas, y por fin el color verde fue visto en las Tierras Espectrales, emanado por unas hiedras venenosas que trepaban por algunos de los troncos huecos.

Cuidándose de las zarzas y de la hiedra, los viajeros entraron a la arbolada, y allí intentaron comer. Aunque el hedor todavía producía náuseas, el cansancio y el hambre los obligaron a tragar pan y galletas saladas, además de beber algo de agua. Comieron de mala gana, pero se sintieron aliviados al terminar. Decidieron quedarse un rato más, y después supieron que esa decisión les había salvado la vida.

-¿Dónde queda la Ciudad Endemoniada? -preguntó Maron a Éliot.

-Si vamos por buen camino, hacia el sur -respondió el guía.

-¿Y si no vamos por buen camino? -preguntó Asholf, receloso.

-Frente a nosotros -respondió Éliot.

-¡Así que iríamos directamente a las mazmorras de Yavín! -dijo Asholf en tono ofensivo.

-Sí, y allí le llenarían la boca, las orejas, la nariz y los ojos con plata fundida -respondió Éliot, hostigado por la actitud de Asholf.

Asholf se calló y comió otro pan. El ánimo entre los Hombres habíase vuelto hostil, pues las penurias del viaje habían hecho estragos en las mentes de los viajeros. Todos, sin excepción, se sentían irritados y frustrados.

Pero la conversación no quedó allí, pues el Mago miró a Asholf y dijo: -No creo que nos depare ese destino, pues creo que vamos por buen camino. Pero, como consejo, les pido que no se dejen capturar con vida. El castigo para los extranjeros en Yavín es terrible, pues sus habitantes están locos y enfermos.

-¿Nos torturarán? -preguntó Maron.



Juan Esteban Peláez

-Nos violarán -respondió el Mago sin titubeos.

Entonces los milicianos miraron a Méladriel, que tenía una mueca de temor.

Pero el viejo los miró a todos y dijo: -Nos violarán a nosotros los Hombres. A las Mujeres normalmente las desfiguran, pues odian la belleza.

Todos los Hombres se sintieron estremecidos, y Méladriel se tomó el rostro como si fuera una pintura que se cae a pedazos, aterrorizada de perder sus facciones.

-¿Eso es verdad? -preguntó la jovencita a Éliot.

Y este último asintió. -Los habitantes de Yavín son unos desquiciados -respondió.

-Y eso no es lo peor -añadió Algar para desdicha de todos.

-¿Qué puede ser peor que la tortura y la muerte? -preguntó Kor con la voz entrecortada, evidentemente molesto y asustado.

-Lo peor es caer bajo la Maldición de la Shidraha estando capturados -respondió el anciano.

Méladriel ya había escuchado sobre esta maldición por boca de Londrake, pero en verdad no la entendía bien. -¿En qué consiste la Maldición de las Shidrahas? -preguntó.

Algar, sobándose los ojos a causa de la ceniza, suspiró y respondió: -Irgoliath creó cuatro joyas llamadas Shidrahas, y con el tiempo vertió en ellas una maldición, impulsado por el despecho y el odio hacia los Hombres. Sólo los Humanos la sufren. Irgoliath, llevado por un frenesí de odio y resentimiento hacia los Hombres Ariánicos del Imperio de los Dos Soles, torturó a muchos que capturó; pero se sentía decepcionado cuando los prisioneros morían a causa de sus vejámenes. Los Hombres son valientes, pero con poca resistencia, y después de mucho sufrimiento se desmayan o se mueren. Así que Irgoliath, deseando prolongar el sufrimiento de los Humanos, creó la Maldición de las Shidrahas, que consta en revivir a los muertos.

-Si entiendo bien, la maldición no es más que una resurrección. ¿Qué tiene de malo eso? -preguntó Eret.

-Cuando se es torturado sólo se desea la muerte -interrumpió Eliot.

Y Algar asintió. -Imagina no poder descansar del dolor y del sufrimiento, del hambre y de la sed, del frío y del ardor. La prolongación de una mala vida es una maldición -dijo.

-¿Pero entonces los malditos se vuelven inmortales? -preguntó Méladriel.

Y Algar meneó con la cabeza. -Los resucitados pueden morir por la espada de un vivo. Pero para que un vivo y un muerto se crucen debe haber una Shidraha cerca, por lo menos en el mismo territorio -respondió.

-Entonces no es una inmortalidad sino una prolongación de la vida a un Hombre muerto -dijo Asholf.

-Así es -convidió el Mago-; pero la maldición se salió de control -añadió-. Irgoliath poco a poco ha perdido su poder, pues la corrupción reclama a largo plazo. Al perder poder, el Demonio ya no tiene potestad de decidir a quien le cae en la maldición y quien no. Las Shidrahas ahora toman almas al azar. Sé que hay una Shidraha en estas tierras, así que, si todos morimos, unos podremos quedar malditos y otros podremos descansar en paz. Es un juego de suerte.

Todos permanecieron en silencio unos instantes.

Algar tosió un poco y continuó: -En Herda también hay una de esas joyas, y se ha salido tanto de control que ya está maldiciendo a muchos que fallecen en ese reino, al igual que en Jerlán. Y, según Londrake -y miró a Méladriel-, hay otra Shidraha en los Picos Rojos, por lo que la península pronto también sufrirá esta maldición.

-Esperemos eso no pase -dijo Maron.

Méladriel entonces pensó en Londrake y en los jóvenes, y temió -Espero que todos estén bien -dijo a Algar.



Juan Esteban Peláez

El Mago la miró fijamente, entendiendo a quién se refería; pero nada sabía de la suerte del Mago de la Orden Roja ni de sus pupilos.

Así permanecieron en silencio un buen tiempo, meditando sobre los riesgos próximos y sobre un posible terrible futuro.

Entonces, en ese momento, unos redobles de tambores se escucharon a lo lejos desde el sur. Algar se levantó de inmediato y ordenó a todos prepararse para una huida rápida de ser necesaria. Los viajeros se escondieron entonces tras los árboles y esperaron.

Los redobles se escuchaban cada vez más fuertes, y el estruendo rebotaba en la hueca madera. Los expedicionarios esperaban asustados. Los tambores se acercaban de a poco, y unos cuernos irrumpieron en el aire, y la tierra pareció temblar, lo que hizo que la respiración se hiciera cada vez más fuerte en los viajeros.

Méladriel levantó sutil y lentamente la cabeza entre las ramas retorcidas para observar qué sucedía. -¿Qué sucede? -preguntó angustiada.

Y Kor, que era el de mejor vista, se levantó un poco más, y vio a lo lejos una marcha en verdad enorme, como un ejército de hormigas asesinas y negras. Algunos llevaban armaduras de acero oxidado, otros sólo armaduras de cuero, y sus armas eran porras, maza, hachas, lanzas, espadas y arcos. -Son como trescientos -dijo el Hombre de Viento. -¿Trescientos qué? -preguntó Asholf, agazapado tras un tronco.

-Parecen ser Nomos -respondió Kor esforzando la vista.

-¿De dónde vienen? -preguntó Maron.

-De Yavín; los pendones que llevan son de la capital -aseguró Éliot, que ya veía el regimiento.

-¿Y hacia dónde van? -preguntó Méladriel.

-Hacia el occidente -respondió Algar sonriente.

-¿Qué tiene eso de gracioso? -preguntó Asholf-. ¿Acaso nosotros no vamos a la misma dirección?

Y Éliot asintió. -Sí, pero eso nos asegura que, sin saberlo, pasamos por el norte de Yavín.

-¿Sin saberlo pasamos la capital de Gorthgath? ¡Qué suerte! -exclamó Méladriel animada.

-Así es -dijo Algar, que ya veía cómo el regimiento se retiraba, mermando el sonido de los tambores y de los cuernos-. Es mejor que sigamos -aseguró.

-Pero no muy aprisa, pues no queremos encontrarnos a ese regimiento más adelante -aseguró Éliot.

Después de casi media hora, los viajeros siguieron su camino. Méladriel ya sentía más aliviado su estómago y su nariz, pues parecía que ya se había acostumbrado al impuro aire. Además, ya podía dominar, aunque todavía con dificultad, al caballo que la sostenía. El negro animal a menudo intentaba morder sus piernas, pero Méladriel lo mantenía a raya halando las riendas.

Y antes de que una nueva y larga noche cayera, una bruma fantasmal y blancuzca empezó a cerrarse alrededor de la compañía, tornando poco a poco el paisaje borroso. Finalmente, la niebla lo cubrió todo, dejando a los viajeros de nuevo a ciegas. Aunque Éliot y Algar quisieron esperar a que la bruma se disipara, los mercenarios prácticamente los obligaron a seguir adelante, deseosos de recorrer la mayor distancia posible antes de que la noche cayera.



Juan Esteban Peláez

Así, sin saberlo, Éliot dirigió a la compañía por entre la niebla hasta hacerlos ascender unas colinas desnudas y resquebrajadas. Aunque allí había un poco de pasto oscuro y seco, las colinas eran de por sí áridas. De vez en cuando un árbol aparecía entre la bruma, y desaparecía casi tan pronto como había aparecido.

Y de esta manera, la compañía se topó con una casa en ruinas. Era de piedra mohosa, de techo destrozado y de madera podrida. Algunas enredaderas ya trepaban por las húmedas paredes, y algunos hongos y sapos enormes se encontraban en el umbral. La casa no era muy grande, de hecho, era muy pequeña. Las paredes externas, con la pintura craqueada, le daban un aire lúgubre.

-¿Una casa por estos lados? -preguntó Maron.

-Debe ser un poblado abandonado -aseguró Kor mientras se acercaba a la puerta de madera, espantando a los sapos a patadas.

-¿Entraremos? -preguntó Méladriel, temerosa.

-Es más cómodo que quedarnos a la intemperie -aseguró Kor-. No aguantaré otra noche como las anteriores. Al menos estas paredes nos cubrirán un poco del frío -añadió.

-Es verdad. Creo que me dará hipotermia si paso otra noche bajo este horrible cielo -aseguró Asholf.

-De pronto alguien vive allí -dijo Méladriel, que se mostraba recelosa de entrar a la casa. Y no era para menos: La bruma que la rodeaba y los árboles desnudos le daban a la edificación una apariencia macabra y miedosa. Los vidrios destrozados y los bordes oxidados de las ventanas, la puerta agrietada y las paredes con fisuras; todo esto le daba un tono siniestro.

-Si alguien vive aquí, será callado -aseguró Asholf mientras sacaba su espada de su vaina y se acercaba a Kor, frente a la puerta.

Kor sacó entonces su arco y una flecha de su carcaj, y de una patada abrió la puerta, templó el arco y miró hacia el interior de la casa. Pero no vio más que oscuridad en los bordes, sombras causadas por los escombros y los sapos enormes. Esos monstruosos anfibios eran babosos, con gruesas pieles, y ojos negros y grandes.

-Parece que no hay nadie -aseguró Asholf, que fue el primero en entrar. A él lo siguió Kor y Maron; después entraron el resto.

-No recuerdo este lugar -aseguró Éliot mientras miraba el interior de la casa. Y se sorprendió en verdad al ver un cuadro todavía sostenido en una pared. El cuadro tenía un marco de madera y, aunque borroso y casi limpio por el tiempo, mostraba un aparente paisaje iluminado por los soles y adornado por las montañas.

-¿De dónde es? -preguntó Méladriel, que también se fijó en el cuadro.

-Quizás de los reinos occidentales, de Herda o Jerlán. O de pronto del sur, de Félgor -respondió el pintor.

-Debe ser del sur -respondió Algar, que ya estaba al lado de la joven.

Entonces se escuchó un sonido de ollas proveniente del interior de la casa. -¡Encontré la cocina! ¡De pronto haya comida! -gritó Maron.

Así que todos fueron. Cuando llegaron, todos buscaron comida entre las ollas y agua entre los cántaros, pero fue Eret quien encontró algo.

El Hombre miró el interior del jarrón de terracota, ennegrecido en la base por el fuego, y dijo: -Esto debe ser una broma-. Entonces le pasó el jarrón a Algar y le pidió que lo destapara.

El Mago lo destapó y vio con horror lo que había allí adentro.



Aunque todos los viajeros ya habían visto muertos, incluyendo a Méladriel, nadie esperaba tal hallazgo. En el interior del jarrón había un cráneo desnudo y descarnado. Las pequeñas víboras ya habían hecho nido allí y se deslizaban lentas por las cuencas. Pero lo que en verdad sorprendió a todos fue lo frágil y suave que estaba el hueso, como si estuviera hecho de arena húmeda.

-¡Qué diablos! -exclamó Maron asqueado. Aunque durante su vida había visto incontables imágenes terribles, ya el paraje, el hedor, el frío, el miedo, el hambre, el agotamiento y las horribles imágenes de esas tierras lo habían vuelto más susceptible; al igual que al resto.

Algar palpó el cráneo cuidándose de las víboras, y dijo: -Este cráneo fue cocinado.

-¿Cocinado? -preguntó Méladriel-. Pero si es un cráneo Humano -añadió aterrizada, mirando a Algar con una expresión miedosa, con las cejas arqueadas.

-Probablemente Nomos -aseguró Algar.

-Eso quiere decir que aquí vivieron Nomos -dedujo Asholf.

-O viven -añadió Méladriel.

Entonces Maron se acercó a la alacena y sacó de allí otro jarrón, un poco más pequeño. Lo destapó y lo tapó de inmediato, atemorizado. Lo dejó en el suelo y dijo: -Aquí hay otro.

Algar dejó el primer jarrón y se acercó al más pequeño, y cuando lo destapó miró hacia arriba y se dijo algo a sí mismo, como si maldijera a los causantes. En el segundo jarrón había otro cráneo, más pequeño.

-¿Qué sucede? -dijo Éliot.

Y Méladriel, con las manos en la boca para no lanzar un grito de espanto, respondió: -Era un niño.

Éliot cambió la expresión de su rostro en ese momento, y se acercó para ver mejor el segundo cráneo. Indudablemente era un niño el que había sido cocinado allí.

-Quizás hicieron algún inmundo caldo -dijo el Mago.

-¿Y por qué estás tan tranquilo? -preguntó Méladriel, que no disimulaba su inquietud y su temor.

-Fue hace muchos años -aseguró Algar-. Debemos estar cerca de Morzad -añadió.

-¿Morzad?-. Méladriel en verdad estaba asustada.

-Estás muy alterada, niña mía, mejor te contaré mañana sobre Morzad -respondió el Mago.

-Además -añadió Éliot-, si ya pasamos Yavín, también pasamos Morzad. No debes temer, Méladriel, mejor intenta dormir bien. Debemos aprovechar que estamos bajo un techo, o al menos entre paredes.

-Hay dos cuartos, y uno de ellos tiene una cama, es dura y debe estar plagada de pulgas, pero igual es una cama -dijo Kor, que mirando a Méladriel añadió: -Quizás puedas descansar mejor en esa cama.

Méladriel miró entonces a todos sus acompañantes, y se sintió apenada. -¿Y ustedes? -preguntó.

-Nosotros dormiremos en el suelo, Méladriel, no te preocupes -dijo Asholf con un tono conciliador, algo que no había pasado antes. Parecía ser que las Tierras Espectrales no sólo producían temor, también reforzaba los lazos de amistad, pues todos se ayudaban al estar en riesgo.



Juan Esteban Peláez

-Pero yo dormiré también en el cuarto, en el suelo, claro está, para protegerte -dijo el Mago.
Y nadie objetó.

Los viajeros tomaron turnos para hacer guardia. Esa noche, aunque Méladriel miró al principio con miedo el techo derrumbado y las paredes craqueadas, cayó presa del cansancio, y durmió lo que no había dormido las noches anteriores. Su descanso fue profundo y la llenó de energías para seguir adelante. Algar, en cambio, despertó en medio de un gran silencio.

El día llegó, grisáceo como era costumbre en esas malignas tierras, pero por primera vez, Méladriel no se despertó apenas las tinieblas se disiparon. Esta vez, Méladriel siguió durmiendo, aislada del doloroso mundo que la había inmolado. El Mago, al ver el rostro de descanso de la joven, decidió dejarla dormir. Pero Algar no pensó que Méladriel durmiera tanto, así que tuvo que despertarla. La joven fue la última en levantarse, y como no había tiempo de desayunar, Méladriel comió sus galletas mientras andaba a lomo de caballo.

Por varias horas los viajeros estuvieron subiendo y bajando pendientes, en su mayoría yertas. Mientras lo hacían, Méladriel, notoriamente rehabilitada, empezó a preguntarle a Algar sobre Morzad.

-Morzad fue en sus principios una poderosa ciudad de Hombres -dijo Algar-. Eran Hombres de la raza Nocturna los que dominaban antes las Tierras Espectrales. Pero los Nomos se las arrebataron. Los Nocturnos tuvieron que abandonar Morzad, y los Nomos la llevaron a la miseria absoluta. Tiempo después los Hombres Ariánicos del Imperio de los Dos Soles lanzaron una invasión al Antiguo Continente. Cuando los Nomos se vieron encerrados en Morzad, asediados por los poderosos Ariánicos, se refugiaron y decidieron llevar a cabo un acto fanático.

-¿Qué acto? -preguntó Méladriel mientras se sobaba los bellos ojos a causa de una ceniza.
-No sé qué sintieron los Nomos, o qué les hacían los Ariánicos Imperiales a los prisioneros de guerra, pero tuvieron que estar muy desesperados para hacer lo que hicieron: Los Nomos que quedaron atrapados entre los muros de la ciudad decidieron llevar a cabo una matanza en masa.

-¿De prisioneros Ariánicos? -preguntó la joven, que ya se había librado de la ceniza.
Pero Algar meneó la cabeza. -Un gran suicidio -respondió-. Los Nomos, al verse rodeados de Hombres, decidieron matar a sus familias con sus espadas y lanzas. Y después se mataron entre ellos, para no dejarle nada al Imperio de los Dos Soles.

Méladriel quedó atónita al escuchar tal historia. Aunque la joven había escuchado tristes historias de antaño, sabía que casi todas tenían una combinación de verdad con imaginación; pero una historia así no podía ser inventada. Además, la contaba Algar, que, como todo Mago, tenía bajo su poder textos antiguos y verídicos. -¿En verdad? -preguntó. Y Algar asintió. -Cuando los Hombres entraron a la ciudad la vieron destrozada, pues los Nomos habían quemado sus propias casas. Además, encontraron a todos sus habitantes muertos. Al principio pensaron que había sido una discusión entre Nomos, algo muy usual, pero al ver que ningún Nomo quedaba vivo comprendieron lo acontecido.

-Pero eso pasó hace mucho tiempo, y ya pasamos a Morzad -dijo Eret con tranquilidad.

-¿Cuándo sucedió eso? -preguntó Maron.

-El 3 de marzo del 1285 de la Era de las Luces -dijo Algar con seguridad. Y todos se sorprendieron al escucharlo, pues nadie esperaba una respuesta tan exacta.



Así anduvieron, subiendo y bajando laderas suaves, hasta que Éliot, que estaba a la cabecera e intentaba recordar el camino, se detuvo en seco en la cima de una de las colinas. Los caballos ya estaban cansados del ascenso y descenso constante, y descansaron al llegar a la cima. En cambio, los viajeros se inquietaron y no pudieron descansar, pues frente a ellos, como una fantasmagórica visión, se erguía lo que ellos habían dado como superado.

Grande fue la desdicha de la compañía al ver las torres semidestruidas bajo cielo plomizo y embrujado, y los enormes mausoleos de negro mármol que eran coronados por estatuas monstruosas y deformadas. Incontables casas, casi todas derruidas, se levantaban como impulsadas por una maldición; y no era una locura pensar eso, pues muchos siglos habían pasado, pero la voluntad del Demonio no había dejado pudrir del todo la horrible ciudad de Morzad, bordeada de un muro ahora muy bajo y lleno de grietas, sin portón y con ergástulas y mausoleos repletos de polvo que antes eran cadáveres. Las ergástulas construidas bajo la ciudad lanzaban hediondos olores, e hizo recordar a los viajeros lo horrible del lugar.

-¡Que los Ángeles nos libren! -exclamó Éliot, que todavía no podía creer lo que veía. Algar y Méladriel, al igual que el resto de la compañía, habían quedado mudos por completo.

-¿Acaso no la habíamos pasado? -preguntó Maron con voz trémula.

-¿Entonces de dónde venían las tropas de Nomos que vimos? -preguntó Eret, que poco podía disimular su desespero. Estaba pálido y movía la pierna con inquietud.

-Del Paso de Llamas -aseguró el Mago, sorprendido e inquieto, como si hubiera caído en cuenta de algo.

-¿Y hacia dónde iban? -preguntó Maron.

Entonces Algar miró hacia lo que creía el sur, y dijo con vértigo en su interior: -Iban hacia Yavín.

Y Éliot, con la boca entreabierta por la sorpresa y la desilusión, asintió. -Nos equivocamos. No hemos pasado Yavín, de hecho, estamos muy cerca -aseguró decepcionado. Sus ánimos habían sido quebrados y su esperanza había bajado.

Una oscuridad llena de angustia pareció volver a invadir los corazones de los viajeros, que ahora veían su objetivo demasiado lejos, y sus vidas en más riesgo que nunca. El sólo pensar que Yavín estaba cerca los atemorizaba.

86

Con una congoja inimaginable para quien nunca ha sentido el pánico y las ansias de muerte, los viajeros descendieron la cuesta y subieron otra un poco más baja, en donde Morzad se erguía. Desilusionada y en silencio, la compañía entró a la ruinosa ciudad. Casi todas las puertas tenían extraños símbolos tallados, símbolos Nómicos, y casi todas las estatuas que tenían forma Humana, Dacona o Angelical habían sido desfiguradas a punta de cincel.

Caminaron por la desolada calle por algunos minutos, mirando con desconsuelo las arruinadas edificaciones. Pero volvieron a detenerse en seco al llegar a una pequeña plaza



Juan Esteban Peláez

rectangular, bordeada de cuatro viejos edificios. Algunos de ellos todavía tenían hileras de columnas a los costados de la entrada.

-Esto es en verdad extraño -aseguró Éliot al ver que en la mitad de la plaza se levantaban dos estandartes negros hechos de piel de oso.

-¿Quién los puso allí? -preguntó Asholf.

-La verdadera pregunta es cuándo los pusieron allí -aseguró Algar mientras se apeaba del corcel y se acercaba a los enigmáticos estandartes.

-La piel está fresca -aseguró Maron. En ese momento la niebla empezó a caer de nuevo sobre los viajeros, igual de densa e inclemente.

-Es mejor seguir adelante antes que esta maldita niebla nos cubra la visión por completo

-dijo Éliot-. No quiero seguir a ciegas, y menos sabiendo que todavía no hemos pasado Yavín.

-Debemos irnos de aquí de inmediato -aseguró Algar mientras miraba detenidamente los estandartes. Así que el Mago se montó al caballo rápido y se apresuró a seguir adelante lo más rápido posible.

Cabalaron casi a ciegas por entre la niebla blancuzca por casi una hora, sin prestarle atención a lo que los rodeaba. La compañía sólo quería salir de esa abandonada ciudad. Pero antes de que llegaran a una salida, diéronse cuenta que no estaban solos: A lo lejos, y difuso como el grito de un amordazado, escuchóse un leve sonido proveniente de un cuerno distante. El sonido era en verdad suave, pero Algar, que tenía excelente oído, logró escucharlo, y por lo mismo, empezó a cabalgar más rápido.

Pero cuando llegaron a la parte más occidental de la ciudad, se dieron cuenta que allí no había puerta alguna.

-¿Debemos devolver? -preguntó Méladriel que, igual que el resto, nada sabía del cuerno distante.

Pero Algar meneó la cabeza. -Deberemos encontrar una salida, y rápido -aseguró el Mago, que parecía inquieto.

-¿Qué sucede, Algar? -preguntó la joven con sutileza.

-¡Debemos salir de aquí! -exclamó Algar, ahora preocupado y sin disimular su desespero. Todos se asustaron entonces, pues sabían que un oscuro designio les caía encima.

-¡Entonces busquemos una salida! -dijo Maron, inquieto por el tono del Mago.

La niebla ya no dejaba ver casi nada, y aunque nada era escuchado todavía, la impaciencia de los viajeros se incrementaba. Desesperados por encontrar una grieta en el muro lo suficientemente ancha como para pasar con los caballos, los viajeros cabalaron a toda prisa por el borde occidental de la ciudad, siempre con el muro a sus izquierdas. Durante esta búsqueda, el cuerno se escuchó más claro que antes, más cercano y más cruel.

-¡No hay salida! -gritó Maron mientras veía cómo el muro norte de la ciudad se levantaba frente a ellos, dejando claro que no había fisura posible para salir de Morzad por el occidente.

-Debemos encontrar una -aseguró el Mago de manera testaruda.

-¡Maldita sea, no la hay! -volvió a gritar Maron, que se apeó del caballo y sacó la espada de un momento a otro, y empezó a golpear el muro con desespero.

-¡Cálmate, Maron! -dijo Méladriel.

-¡No lo haré! -volvió a decir Maron.

-Si no se calma nos encontrarán -aseguró el Mago.



Juan Esteban Peláez

Entonces Eret, que era el más corpulento de la compañía, se bajó del caballo y se apresuró a detener al Hombre. Cuando logró calmar a Maron, hubo un silencio lúgubre, como si de repente el mundo se hubiera muerto. Este silencio duró unos instantes.

Y de repente, Algar empezó a dirigirse por el muro norte hacia el oriente, buscando una nueva grieta. —No debemos ir al sur -aseguró el Mago.

De esta forma, y cautos como felinos, la compañía siguió pegada al muro, buscando cualquier fisura. Encontraron dos grietas, pero ninguna lo suficientemente ancha para los caballos. Esto aumentó la ansiedad de los viajeros. La bruma no dejaba ver más que el muro mohoso de piedra que tenían a sus izquierdas, y uno que otro recuerdo de alguna casona. El frío ya empezaba a volverse más intenso, mientras los viajeros veían agobiados cómo el muro parecía no tener fin.

Y, de repente, Algar quedóse quieto, mirando hacia su derecha, intentando escrutar la niebla. Nada era visible, pero Algar había escuchado algo, y de eso no tenía dudas. Méladriel y el resto esperaron, inmóviles como estatuas, intentando calmar a los caballos, que parecían inquietos. Un relinchido en ese momento era una sentencia de muerte.

Algar, al igual que el resto, no podía ver nada, pero sabía que alguien estaba cerca, quizás a unos diez o veinte metros, y no venía solo.

-No sé por qué nos piden entrar a esta inmundicia ciudad -dijo una voz siseante y distorsionada. Sólo Algar entendía ese horrible idioma.

-Al parecer hay intrusos -respondió otra voz, más ronca.

-Igual no me quejo, pues hoy comeremos caldo de araña -dijo la voz siseante mientras lanzaba una carcajada. Esta carcajada fue escuchada por todos los viajeros, que se petrificaron y dejaron de respirar por unos momentos.

-Pero será mejor que los encontremos, o por lo menos que terminemos la patrulla, pues si nos ve aquí sin hacer nada, pasaremos una noche de tortura en la mazmorra -dijo la voz ronca, esta vez más cerca.

Entonces Algar sacó su vara, esperando ver en cualquier momento a los Nomos. —Cuidado -susurró a Méladriel.

La joven, con la respiración sostenida, miraba hacia la bruma, pero nada veía. Entonces, con cuidado de no hacer ruido, desenvainó su espada corta y, aferrándose con fuerza a las riendas del caballo, esperó. —Tendré cuidado -susurró la bella Méladriel mientras se sacaba la capucha y la echaba a su espalda.

Entonces se escuchó la voz de un Nomo, ahora clara para el resto de la compañía, aunque en un idioma inentendible. —Mejor será ir por la calle principal, no quiero toparme con algún intruso por estos extramuros -aseguró.

Hubo un silencio.

Después el otro habló. —Sí, es mejor -añadió el de voz gruesa.

Y de repente, todo volvió a ser silencio.

Cuando Algar suspiró, todos parecieron descansar, y exhalaban con calma. -Ya oyeron -dijo el Mago-. No debemos aparecernos ni en broma por la calle principal.

Y todos asintieron.

Siguieron por el muro por otros eternos minutos, hasta que, para mayor desconcierto, vieron que el muro oriental se erguía ante ellos, el mismo muro donde estaba puerta principal de la ciudad. Ahora, sin ninguna otra opción, tendrían que pasar por el portón por donde habían entrado, seguramente custodiado por Nomos. Aunque la bruma era un buen camuflaje, también escondía al enemigo; lo que era en verdad un problema.



Juan Esteban Peláez

-Hemos llegado hasta aquí, ahora llegaremos más lejos -aseguró el Mago, dándole alientos a sus compañeros-. Además -agregó-, todavía tenemos un arma secreta y una oportunidad de salir de aquí.

87

Aunque Maron y Asholf se negaron al principio a ir al portón principal de Morzad (no era el único, pero la otra puerta estaba al sur, el sitio que los viajeros no examinaron), todos se dirigieron al oriente. De algún modo, las palabras del Mago habían llenado los corazones de los viajeros con esperanza. Se desplazaron entre la bruma hasta posarse cerca de la puerta. Pero la niebla era densa y nada dejaba ver. En el portón algunas voces chillonas eran escuchadas.

-Si la bruma no se disipa, no sabremos qué custodia la puerta -aseguró Eret en voz baja, escondido con su caballo tras una casa cercana a la puerta.

-Es obvio que hay Nomos -añadió Maron dirigiéndose al Mago.

Algar permanecía silencioso y concentrado. Entonces susurró a todos: -Cuando les diga, cierren los ojos con fuerza, y no los abran. Y giren la cabeza hacia el muro.

-¿Qué piensa hacer, Mago? -preguntó Asholf.

-Cuando les diga que los abran, háganlo, no antes. Entonces rompan en rápido galope, no importa qué haya frente a ustedes. Después de salir de esta miserable ciudad, vayan hacia los árboles más cercanos y corran entre ellos. Los Nomos no abandonaran el camino. No reuniremos después.

-¿Y en dónde? -preguntó Méladriel, que ya sentía el nerviosismo en su interior.

-Logré ver unas peñas rocosas por una de las fisuras del muro norte, entre una arbolada desnuda. Las peñas están como a quince minutos de aquí, hacia el norte. Allí nos reuniremos durante dos días, y quien no llegue será dejado a su suerte.

-¿Y desde cuando usted manda? -preguntó Asholf de forma altanera.

Entonces Éliot lo miró incómodo, y dijo seriamente: - Algar y yo somos indispensables para esta travesía. Ruegue, Asholf, que ni Algar ni yo caigamos en el escape. Sin mí, están muertos, y sin Algar, no hay quién los reciba del otro lado.

Pero Algar miró a Méladriel, y añadió: -Y también la joven, que es fuerte de corazón más que de físico-. Entonces Algar tuvo en ese instante una visión borrosa de una torre sobresaliendo de unos árboles, y añadió: -Y ella tarde o temprano nos salvará.

Méladriel se sintió extraña por la afirmación del Mago. -¿Yo? -preguntó con voz trémula.

Y el Mago asintió. -Cierra los ojos e intenta no despegarte de mí -dijo Algar con dulzura.

Entonces miró al resto y les hizo la señal de que miraran en dirección al portón y cerraran los ojos. Sólo cuando todos estuvieron mirando hacia el oriente, Algar salió de detrás de la casa y gritó a los cuatro vientos: -¡Mirad a la luz!

Méladriel, aunque tenía sus párpados cerrados, notó un destello blanco y glacial, enceguedor y fulminante. Pero Méladriel ya conocía ese destello, de hecho, lo conocía mejor que el mismísimo Algar, y supo que era la Estrella de Jores. Y la joven, que ya estaba más acostumbrada al destello que cualquier otro mortal, entreabrió los ojos y vio lo que sucedía: Posándose frente al Mago, Méladriel vio con claridad que en el portón había unos diez o doce Nomos, con los ojos destrozados por el destello y sobándose los arrugados y desproporcionados rostros con las lánguidas garras. También vio que había



Juan Esteban Peláez

tres sombras, aparentemente Humanas, escondidas de la luz tras unos barriles que estaban al lado de la puerta.

-¡Corran! -gritó Algar mientras guardaba la estrella.

Y Méladriel, con un vacío en el estómago y sin pensarlo un segundo, se apresuró a cabalgar al lado del Mago. La joven olvidó en ese momento al resto de los viajeros. Cabalgó pasándoles casi por encima a los enceguecidos Nomos, y olvidó las sombrías figuras detrás de los barriles.

La bruma habíase disipado de repente por el mágico destello de la estrella; y por lo mismo, Méladriel y Algar, que fueron los primeros en salir de Morzad, vieron con terror que a lo lejos, a varios kilómetros, un ejército completo marchaba cuesta arriba, extendido por las laderas que rodeaban la ciudad.

-¡Corre, Méladriel! -exclamó el Mago sin disimular su temor.

-¡¿Hacia dónde?!

-¡Hacia donde sea!

En ese momento Éliot pasó por la derecha de Méladriel, rápido como el viento. - ¡Sígueme! -gritó el guía.

Méladriel al principio se asomó al ver cómo las hileras de Nomos trepaban como bichos por las laderas, aún alejados. Pero reaccionó justo a tiempo, meneó la cabeza y tomó las riendas con fuerza. Entonces siguió a todo galope a Éliot hacia la izquierda, hacia el norte. La joven olvidó entonces a Algar, que en su desespero había tomado por otro camino.

-¡Sigue adelante! -gritó Éliot, que veía cómo la fría niebla empezaba de nuevo a cerrarse sobre ellos.

-¡Ya casi no te veo, Éliot! -gritó Méladriel, agitada por la adrenalina.

-¡Debes ir a los árboles! -exclamó Éliot, ya casi invisible para Méladriel.

Y en sólo segundos, la joven dejó de verlo, aunque su cabalgar seguía siendo rápido. - ¡Éliot! -gritó tres veces, la última muy fuerte. Entonces decidió bajar la velocidad, aprovechando la blancuzca niebla que se había estancado a su alrededor. De nuevo todo se había vuelto invisible, lo que en verdad le dificultaba la situación. Si no podía ver nada, no sabría cuál era el norte, y por lo mismo, no llegaría a los árboles y a las peñas. Éliot habíase alejado mucho para ayudarla, y el resto habían desaparecido. Era la primera vez que Méladriel estaba sola en medio de un mundo horrible, sin nadie a quién acudir o en quién confiar.

Todo esto hizo desesperar a Méladriel, que se tomó la cabeza con fuerza, furiosa, y empezó a ver hacia todos lados, esperanzada en divisar cualquier señal; pero la bruma era muy densa, y nada era visible. Entonces se escuchó un cuerno y redobles de tambores, redobles furiosos y cercanos. Méladriel cortó su respiración de inmediato y miró a su alrededor, de nuevo, desesperada. No sabía hacia dónde ir, y corría el riesgo de encontrarse a cualquier enemigo de frente.

Durante ese momento Méladriel pensó en los peores destinos, pero al escuchar los violentos redobles con más fuerza, la joven actuó de nuevo, cabalgando en dirección contraria a los tambores, con el viento frío golpeándole el rostro y agitándole los cabellos negros, y ensordeciéndola a su paso. El sudor ya había empapado su rostro, y el corazón se le agitaba con fuerza.

Eternos fueron esos segundos, pues sólo fueron segundos, hasta que vio la silueta de los árboles entre la bruma, recostados contra el muro de la dolorosa Morzad. Y sin pensarlo



Juan Esteban Peláez

dos veces, entró y rompió las ramas delgadas, casi cadavéricas. Méladriel cortóse la mejilla, la pierna y el brazo, pero nada de esto le importó. La adrenalina que fluía de su interior le hizo olvidar el ardor de las cortadas, y, sin embargo, estaba tan lúcida que se bajó caballo, lo amarró y cubrióse tras un grueso tronco.

Momentos más tarde, arrodillada y adolorida sobre el suelo pedregoso, Méladriel detalló una silueta de un jinete negro entre la bruma y los borrosos troncos aledaños. La joven, con un rostro pálido del terror, se agazapó, se puso la negra capucha y miró por entre el tronco al jinete. Así esperó con expectativa y susto entre los filosos y lánguidos ramajes. La silueta era borrosa. El jinete se quedó en ese lugar por un corto tiempo, aunque a Méladriel le pareció una eternidad; pero después, al escuchar un cuerno lejano y poco claro, dio media vuelta y se apresuró a salir de la arbolada en violento galope. Entonces Méladriel suspiró y se dejó desplomar sobre el tronco, respirando con profundidad el hediondo aire, y sintiendo de nuevo el frío que el vértigo le había hecho olvidar.

La bella jovencita decidió guardar silencio por un rato, recostada contra el húmedo tronco y tiritando por la adrenalina. Todo había pasado tan rápido, que la joven aún no pensaba con lucidez total. Todo su cuerpo temblaba y su frente todavía tenía un sudor frío. Aunque estaba viva, el terror la invadía al pensar que ahora toda la tropa estaba dispersa. Lo mejor era esperar, así que se sentó e intentó calmarse. «Ya todo pasó. Tranquila, Méladriel, tranquila» se decía una y otra vez en voz baja, soltando un suspiro en cada palabra.

Después de esperar un buen rato, montó el caballo y empezó a andar por entre los troncos, esperando encontrar a algún compañero. Cabalgó entre la muerta madera por un tiempo en línea recta, con sus brillantes ojos siempre atentos a cualquier movimiento. La oscura noche ya empezaba a caer, y esto aumentaba la ansiedad de la joven, que ahora se sentía cansada y desprotegida. Pero, en un golpe de súbita y enorme suerte, logró ver, entre los árboles borrosos y la creciente oscuridad una sombra que semejava a un Hombre sentado.

Méladriel sacó entonces la corta espada y se acercó con cautela a la silueta. Ya la espada no le pesaba tanto, pues Méladriel parecía haberse vuelto temeraria y fuerte. La joven, en condiciones pasadas, evitaría de cualquier forma acercarse a la silueta que estaba sentada en el tronco; pero ahora, que parecía estar impulsada por sus ganas de vivir, estaba dispuesta a enfrentarse con lo que fuera. Además, sentía en esa silueta una extraña paz. Y al ver quien era sintió un enorme alivio.

88

-Sabía que serías la primera en llegar -dijo Algar a Méladriel con una voz muy dulce y tranquilizante-. Pero no esperaba que me encontraras antes del anochecer.

Méladriel suspiró, como si se quitara un peso de encima. Sonrió y se apresuró a abrazar al Mago. -¿Y los demás? -preguntó.

-Quizás no lleguen hoy -aseguró el viejo-. Estas peñas son fáciles de ver de día, pero ahora que la noche cae será casi imposible encontrarlas -añadió.

Entonces Méladriel miró a su alrededor y vio las peñas grisáceas y resbalosas que se recostaban contra el destruido muro de la ciudad. -Tuvimos suerte de escapar -aseguró.

Y Algar asintió. -La estrella quiere llegar al cielo de nuevo -aseguró-; por eso nos ayudó.



Juan Esteban Peláez

-Espero que todos estén bien -dijo Méladriel con profundidad. La joven tenía un muy buen corazón, y en verdad se preocupaba por los demás.

-Lo mejor será intentar dormir. Esta noche no será muy plácida. El suelo es frío y pedregoso, y estos árboles no nos darán mucha protección -aseguró el Mago mientras se levantaba y buscaba sus mantas en las alforjas que sostenía su caballo.

Méladriel hizo lo mismo. -¿Y si llega alguien a media noche? -preguntó.

-Esperemos que sea alguien de la compañía -respondió Algar-. Pero lo mejor será que duermas con tu espada cerca.

Sin poder dormir a causa del frío y del duro suelo, Méladriel escuchó pasos cercanos cuando la oscura noche no superaba las dos de la mañana. Entonces miró al Mago, que también habíase dado cuenta. Aunque el viejo estaba muy cerca de Méladriel, la joven sólo podía diferenciar su silueta sobre el suelo en medio de la penumbra. Sin embargo, entendió la señal de hacer silencio.

Los pasos se detuvieron ya muy cerca de la joven, y entonces se escuchó un susurro: -Méladriel, soy yo, Éliot.

Entonces el Mago y la joven se incorporaron de inmediato.

-¿Éliot? -preguntó Méladriel. Y, aunque todo era poco visible, reconoció la voz y la silueta del guía. -¡Me alegra que estés bien! -exclamó Méladriel con una profunda alegría, al mismo tiempo que abrazaba al Hombre.

Éliot no esperaba tan cálida bienvenida, pero la recibió con agrado. -También me alegra que estés bien -dijo el guía; que después de traer su caballo hasta las peñas y amarrarlo junto a los otros, intentó dormir.

Cuando Méladriel abrió los ojos del todo, vio que el cielo plumizo ya era visible. La bruma se había disipado y el día gris ya dejaba ver el entorno con más claridad. Las peñas eran más grandes de lo que todos habían pensado, y Morzad tenía una extensión más pequeña de la que los viajeros imaginaron. Todo parecía haber cambiado sin la niebla.

Éliot, Algar y Méladriel decidieron comer un poco del pan, y esperaron a ver quién más llegaba. Mientras lo hacían, Méladriel sacó su esfera de cristal y empezó a lustrarla. Éliot quedó maravillado al ver el tono purpúreo que emitía la bola, y el impenetrable negro que se acumulaba en el centro.

-¿Para qué sirve? -preguntó el guía mientras miraba su reflejo en el vidrio.

-Optimiza los poderes de las Brujas -respondió Méladriel dulcemente-. Era de Allora, pero ella me la regaló hace años -añadió con un tono bajo y melancólico.

-Imagino que era una buena Mujer -dijo Éliot.

Y Méladriel afirmó con la cabeza. -La mejor -dijo.

En ese momento se escuchó un sonido de hojas secas. Entonces los tres se incorporaron de inmediato y desenvainaron. Escrutaron los ramajes desnudos y esperaron con expectativa. Hasta que finalmente vieron a Eret sobre el eomérico. El Hombre tenía un paño blanco ensangrentado en la cabeza y un indisimulable rostro de cansancio. -Creo que llegué al sitio indicado -dijo sonriente.

-¿Qué te pasó? -preguntó Méladriel alarmada mientras se apresuraba al Hombre.

Éliot le ayudó a bajar del caballo, mientras Méladriel tenía las riendas para evitar que el animal lo mordiera. La joven amarró el caballo cerca de los demás y se apresuró a ver la herida del enorme Hombre. Mientras lo hacía, Eret les contó que al salir de Morzad, un Nomo enceguecido intentó escapar de los caballos, inquieto por el relinchar y el golpeteo de los cascos; pero en vez, tropezó con su caballo. Eret no pudo evitar embestirlo, ni



Juan Esteban Peláez

siquiera logró sostenerse en la silla. Entonces el Hombre cayó sobre una pila de madera. En esa caída se rompió la cabeza. Pero no le dio importancia a eso, y en vez, montó de nuevo al caballo y salió de Morzad.

Asholf y Maron llegaron a mediodía, cuando Éliot, Algar, Méladriel y Eret comían otro trozo de pan y un pequeño sorbo de agua cada uno. Ese día decidieron descansar ocultos entre los árboles. La noche llegó y, como la luz, la esperanza de encontrar a Kor desapareció.

-Nos iremos mañana después de mediodía -aseguró el Mago.

-¿No podemos esperarlo un poco más? -preguntó Méladriel como si pidiera un favor.

Pero Éliot meneó la cabeza. -No vamos ni en la mitad del viaje -aseguró mientras se recostaba en un tronco, presto a descansar.

-Está bien -dijo Méladriel desilusionada.

La noche fue casi igual que la anterior, larga y llena de tedios a causa del frío suelo, el gélido viento y la intraspasable oscuridad. Sólo algunos insectos eran escuchados en la arbolada, pero nada era visible. Mas los ánimos se subieron cuando el día llegó, pues antes de mediodía llegó Kor a las peñas. Toda la compañía estaba ahora entera y lista para seguir su viaje. Según Kor, el ejército de Nomos ya se había retirado de Morzad, a paso apresurado hacia el sur. Ahora podían seguir hacia el occidente.

Fueron a paso lento por entre los árboles durante dos días y dos frías noches. La marcha se hizo en silencio, pues el cansancio y el hambre ya se empezaban a notar. Méladriel demostraba el agotamiento en su bello rostro, y a duras penas tenía fuerzas para aferrarse a las riendas del caballo. Extrañaba las verdes praderas de Falheid, extrañaba sus bellos paisajes y, más que todo, su casa. Ya el gris del cielo y el negro de la tierra le habían hecho olvidar el vivo color de las flores, y el hediondo aire circundante el dulce olor de las campiñas.

Pero Méladriel no era la única agotada: Algar miraba siempre al frente como si buscara su destino para acabar ya con tan cruel viaje. El resto de expedicionarios actuaban de manera similar. El más angustiado era Éliot, pues era el único que sabía cuánto faltaba para llegar a las tierras de Herda.

Antes de la hora del almuerzo del tercer día, los viajeros salieron de los árboles y se vieron de nuevo en la encenizada planicie, árida y polvorienta como un desierto frío. Comieron el poco pan que les quedaba y algunas galletas a los lindes de la arbolada, tomaron un pequeño sorbo de agua y empezaron rápido galope por la llanura. Entonces el polvo se levantó formando nubes, y el viento pasó furioso por los rostros.

A medida que cabalgaban, Éliot, que era el que encabezaba, intentaba recordar con exactitud el camino. A menudo se le venían imágenes a la mente, y recordaba el camino; pero a veces olvidaba el paisaje, pues antes lo había pasado ahorcado por la locura. Y cuando llegó a una colina que sobresalía en la planicie, detuvo la marcha de inmediato.

-Recuerdo este sitio -dijo Éliot con seguridad.

-¿Y es peligroso? -preguntó el Mago severamente.

Y Éliot asintió. -Tras esas colinas hay un poblado -dijo.

-¿De Nomos? -preguntó Kor.

-De Brujas -respondió Éliot.



Juan Esteban Peláez

-¿Brujas? -preguntó Asholf-. ¿Y qué pueden hacernos un puñado de hechiceras? -volvió a preguntar con arrogancia.

Algar parecía pensativo mientras miraba la enorme colina. La pendiente era árida, pero a sus laderas había algunos árboles de hojas oscuras y enredaderas largas como barbas y cabelleras que caían casi hasta el suelo ceniciento. -¿Hay un árbol especial allí? -preguntó el Mago sin quitarle la vista a la colina.

Éliot lo volteó a mirar, sorprendido. -Sí, un árbol enorme y monstruoso -dijo atónito; pero más al sur, no en el poblado -añadió.

-¿Y debemos pasar por ese poblado? -preguntó Maron.

Éliot permaneció pensativo unos momentos, y después dijo: -Debemos pasar por el árbol, eso es seguro; pero podemos flanquear el poblado.

-¿Y por qué por el árbol? -preguntó Méladriel.

-En el árbol empieza un sendero que lleva a un paso entre las rocas. Yo intenté cruzar esas elevaciones pedregosas por varios lados por varios días, pero siempre se extendían, cada vez más, a ambos lados. Sólo encontré ese paso, y esa pequeña garganta me llevó directamente a ese árbol. La imagen de ese árbol nunca se me borrará de la mente, pues me causó temor.

-¿Entonces qué haremos? -preguntó Maron sobándose las manos, inquieto.

-Iremos por la ladera de la izquierda, en línea recta, hasta chocarnos con las colinas. De ahí seguiremos hacia el sur hasta encontrarnos con el árbol -respondió Éliot que, mirando a Algar, preguntó: -¿Cómo supo del árbol?

-Según las escrituras pasadas, en Gorthgath hay un árbol enorme con varios troncos. Alrededor de ese árbol están los criaderos de las nigrovelas.

-¿Las nigrovelas son esas monstruosas aves que montan las Brujas? -preguntó Asholf. Y el Mago asintió.

-Pero supe que en el poblado tras esa colina había una bestia más feroz que las nigrovelas. Nunca supe su nombre, pero supe que no era un ave, era un saurio volador, como un dragón; quizás un dragón pequeño. Algunos decían que era vástago de los dragones bicéfalos; pero otros dicen que ese saurio sólo tiene una cabeza, coronada con una cornamenta ramificada y filosa. Dicen que esa cornamenta fue bañada en acero para hacerla más resistente.

-¿Un saurio volador? -preguntó el Mago, muy pensativo.

-Según las historias de Herda, ese saurio fue visto cuando Irgoliath atacó Dan-Silum. Dicen que lo montaba uno de los seis hechiceros -respondió Éliot.

-Es muy posible que uno de esos hechiceros monte un saurio volador. Sólo esperemos que no esté cerca -dijo Algar mientras se encaminaba a la ladera izquierda de la colina, hacia el árbol.

La noche cayó cuando los viajeros ya habían encontrado las colinas que Éliot había mencionado. Decidieron dormir allí, a las laderas de las elevaciones rocosas. Esta vez la noche fue un poco más placentera que las anteriores. El frío no pasaba a causa de las rocas y los densos ramajes verduzcos y negruzcos que se entrelazaban alrededor. Pero hubo algo que perturbó la noche de los viajeros: Antes del amanecer, distantes como ecos famélicos, unos truenos fueron escuchados, retumbando entre las rocas y los árboles aledaños. El cielo negro de súbito empezó a iluminarse a lo lejos, al norte, con furiosos



Juan Esteban Peláez

destellos purpúreos, pero no había amenaza de lluvia. Las nubes parecían destrozarse con cada relámpago, pero no caía una gota de agua.

Ya la noción del tiempo habíase vuelto nula, pues ninguno sabía cuánto tiempo habían estado en las Tierras Espectrales; pero Méladriel ya llevaba veintinueve días fuera de su casa. Sin embargo, a la joven le habían parecido años. Lo mismo sucedía con el resto de viajeros.

Al día siguiente, la compañía llegó a una pendiente descendente después de andar dos o tres horas entre los árboles. Al fondo de la pequeña hondonada y entre dos altos peñascos desnudos había un árbol deformado. Entonces Méladriel comprendió el motivo del emblema de las Brujas.

La joven recordó el momento cuando conoció a Arcalón y a Sergail, y recordó que le habían preguntado qué significaba y dónde crecía el árbol que estaba plasmado en la pintura de la antesala de su casa. Ahora había dicho que era el emblema de las Brujas. Ese árbol, el que estaba en la pintura, ahora estaba frente a sus ojos.

El árbol era frondoso, aparentemente un baniano enorme de varios vástagos que simulaban ser pequeños árboles presos a los famélicos designios del tronco principal. Tenía unos cuarenta metros de altura. Sus ramas eran gruesas y largas, adornadas de oscuras y verdes hojas que colgaban con suavidad, semejando animación suspendida. Algunas cadenas de maleza caían casi hasta el suelo, como cabelleras mojadas y tristes, y algunas zarzas y cizañas filosas se enredaban sobre el tronco, dándole una apariencia desfigurada y monstruosa. Su tronco era grueso y estaba henchido y embrujado, y sostenía plantas trepadoras, humedades y sortilegios maléficos. La mohosa madera era muy oscura y pútrida, de color negruzco, y se aferraba fuertemente al suelo con enormes raíces que parecían patas firmes y potentes. A sus faldas, el suelo era decorado de flores espinosas y oscuras que se erguían tristes, como esclavizadas.

-He ahí el Árbol Macabro, el escudo de las Brujas -dijo Algar.

-¿El escudo de las Brujas? -preguntó Maron.

Y el Mago asintió.

-¿Y qué esperamos? -preguntó Asholf.

Entonces todos descendieron la pendiente con cuidado, pues algunas rocas eran resbalosas. Cuando ya estuvieron frente al árbol, Méladriel apeóse del caballo, acercóse al tronco y miró una pequeña araña, lánguida y peluda, que se paseaba sobre la madera. Pero al sentir cerca a la joven, el insecto se internó al tronco por medio de un pequeño hueco en la superficie. También había cerca de las raíces dos enormes y babosos caracoles, de conchas espinosas y blancuzcas, casi tan grandes que podían ocupar una mano bien abierta.

-Es mejor que nos apuremos, Méladriel -dijo Éliot, que parecía trastornado. De repente le habían llegado muchas horribles imágenes a la mente de dolores sufridos antaño.

-Sí, Méladriel, vámonos -pidió Algar.

La joven asintió, pero permaneció unos segundos más detallando el árbol. De repente, y de la forma menos pensada, la joven había cumplido un sueño que de otra forma hubiera sido imposible alcanzar: Había conocido el árbol que se mostraba en la pintura de su antigua casa, casa a la cual no podría volver. «A Ahora le hubiera gustado estar aquí» dijo a sí misma. Y sin más, dio media vuelta y se apresuró a montar su caballo.



Pero en el instante en que estuvo sobre la silla del caballo negro, Méladriel notó que entre las nubes pesadas y grisáceas había tres siluetas voladoras semejantes a águilas negras. Las siluetas estaban bien definidas, pues la noche todavía estaba lejana.

-Mira -le dijo la joven al Mago en voz baja.

Algar miró hacia el plumoso cielo y vio las tres figuras volando en círculos muy amplios, y cada vez más cerca. -Nos están buscado -aseguró el Mago.

-¿Qué son? -preguntó Maron.

-Deben ser Brujas sobre nigrovelas -respondió Éliot, que bien las conocía. Éliot había tenido que escapar de ellas por mucho tiempo.

-¿A cuánto están? -preguntó Asholf.

-Todavía están muy lejos -respondió Kor, que tenía excelente vista por ser Hombre de Velheid.

-Igual, debemos estar atentos -aseguró Algar.

Pero en ese momento se escuchó un sonido tétrico, semejante a un graznido, y se sintió una ventisca fuerte a las espaldas de los viajeros. Entonces todos voltearon a ver, atemorizados, y vieron que sobre ellos había dos nigrovelas, con las alas extendidas por completo y las garras bien abiertas. Una tercera que nadie notó estaba sobre un peñasco cercano y era montada por una Bruja.

Todo fue tan rápido, que Méladriel actuó por reflejo. La hermosa joven desenvainó su espada corta, se quitó la capucha y se apresuró a la nigrovela más cercana. La monstruosa ave había caído con sus alas extendidas y sus zarpas bien abiertas, como si cazara un pequeño conejo. Entonces, cuando estuvo sobre su objetivo, empezó a picotearlo con violencia, mientras clavaba sus garras sobre la carne una y otra vez.

La violencia de la nigrovela era tal, que Méladriel sólo veía plumas grandes y negras a su alrededor. Pero, llevada por un extraño impulso de valentía, la joven logró acercarse entre las plumas y el polvo levantado por los aleteos, y blandiendo con fuerza su corta espada, logró herir al monstruo en el ala. La nigrovela emitió un graznido adolorido y distorsionado, e intentó emprender vuelo; pero Eret, que estaba al otro lado del ave, sacó su poderosa maza y golpeó el costado derecho del animal. Tan potente fue el golpe, que la nigrovela cayó casi de inmediato. Si los caballos no hubieran sido eoméricos o emarotes, de ninguna manera se habrían acercado a la horripilante ave.

Mas Méladriel no se detuvo ahí, pues volteó la cabeza buscando a la otra nigrovela. Y entre el polvo y las plumas, la joven vio que la otra ave estaba también malherida. Kor había logrado clavarle tres flechas, dos en el cuerpo y una en el ala. La nigrovela graznaba con furia mientras batía sus alas e intentaba alejar a Maron, que intentaba acercársele para clavarle su larga espada. El ave miraba a los viajeros con una furia incontenible, y parecía lanzarles injurias por medio de sus graznidos. Entonces Kor, que era diestro con el arco, sacó otra flecha de su carcaj, y estando todavía sobre el lomo del caballo, la lanzó y le dio en el cuerpo, de nuevo; pero esta vez la flecha entró muy profunda y debilitó al ave hasta matarla. La sangre del animal era de un rojo muy intenso, como la lava, y daba un aspecto de una extraña y peligrosa poción.

Todo esto sucedió en sólo minutos, pero el Mago habíase dado cuenta de la Bruja durante este corto tiempo. La Bruja, protegida con una armadura de placas de acero dorado, y



Juan Esteban Peláez

ocultando su rostro con la careta negra en su yelmo coronado por puntas, miraba con detalle al Mago. Parecía que la Bruja sabía que él era el que tenía la Estrella de Jores.

Algar también miraba a la Mujer montada sobre la nigrovela. Ella permanecía estática, con los cabellos negros danzantes bajo el yelmo espinoso, y aferrada con fuerza al ave que se posaba sobre una peña desnuda, no muy lejos del árbol. Pero apenas se escuchó el aterrado grito de Maron, Algar desvió la mirada, y la Bruja emprendió vuelo hacia el norte, entre las nubes pesadas y oscuras.

Aunque las dos nigrovelas yacían inertes sobre la yerta tierra, también habían cobrado una víctima que había sido tomada por sorpresa, y si no hubiera sido ella la elegida, la víctima hubiera sido Méladriel, que era la más cercana.

Cuando la joven atacó el ala de la nigrovela, no se percató que la bestia estaba atacando a Asholf y a su caballo. El ave había caído sobre el mercenario de súbito, matándolo casi de inmediato a causa del golpe. Mas el caballo todavía vivía cuando la nigrovela estaba encima, así que el ave clavó sus garras y su pico una y otra vez para darle muerte.

Al ver a Asholf tendido bajo el caballo destrozado y la monstruosa ave, Maron lanzó un grito de angustia y se apeó de un salto. Se acercó a Asholf y, desesperado, intentó levantar la nigrovela, que hedía a carroña.

-¡Ayúdenme! -gritó el Hombre mientras hacía fuerza.

Pero nadie se apresuró a ayudarlo, y en vez, se sintieron tristes por él y por la pérdida de Asholf.

-¡Dije que me ayudaran! -volvió a gritar Maron.

Entonces Eret se bajó del caballo, se acercó a Maron y dejó su maza a un lado. Entonces empezó a hablar con él en voz baja, intentando tranquilizarlo. En segundos, Maron desistió y se desplomó, llorando con extrema amargura. Maron y Asholf habían sido amigos, buenos amigos, y era una gran pérdida para él.

Pero Algar, que parecía inquebrantable, dijo con crudeza y seriedad mientras miraba la peña donde había estado la Bruja: -Es mejor seguir adelante, ya que pronto tendremos compañía.

-No, le haremos un entierro a Asholf -dijo Maron en medio del llanto.

-No lo haremos -respondió Algar secamente.

-¿No podemos hacer nada por él? -preguntó Méladriel con voz entrecortada. La joven no había podido aguantar las lágrimas al ver a Maron tan desconsolado. Además, cuando se comparte un peligro, las personas se apegan y se aferran a las ganas de vivir.

Pero Algar meneó la cabeza. -Debemos irnos de este lugar ahora, y, en el mejor de los casos, refugiarnos en alguna arbolada cercana. Ahora que saben que estamos aquí nos buscarán por aire.

Entonces Eret ayudó a levantar a Maron y, cabizbajos, se prestaron para una agotadora cabalgata.

Pero en ese momento se escuchó un gemido y una injuria pronunciada por Éliot. Cuando todos voltearon a mirar, vieron que el caballo había logrado morder a Éliot en el muslo izquierdo a causa de un descuido. -¡Maldito animal! -exclamó el guía mientras lo golpeaba con el puño. Y antes de que alguno le ayudara, el caballo soltó la pierna y relinchó, furioso.

-Debemos darles carne a los caballos -aseguró Algar-. El pan ya no está haciendo efecto.



Juan Esteban Peláez

Y así se hizo: Antes de iniciar de nuevo la marcha, Eret y Kor desmembraron parte del caballo asesinado por la nigrovela y le dieron de comer la carne a los otros caballos, que la tragaron vivaces. Ellos también aprovecharon para comer proteína. Posteriormente se inició la marcha.

Para el anochecer, la compañía se desplazaba por algunas colinas cubiertas de ramajes oscuros. Allí descansaron un poco más y comieron las pocas galletas que les quedaban. La comida fresca se había podrido y los víveres eran escasos, así que el hambre empezó a hacer presencia.

Poco después, Méladriel se tendió lánguida sobre la seca tierra, y bajo el hedor del aire, durmió profundamente a causa del cansancio. Todos hicieron lo mismo y, al igual que la joven, durmieron plácidamente, aun Algar, que de por sí montaba guardia.

90

Dos días pasaron, y dos noches que habían sido espeluznantes: El cielo ennegrecido al norte no había dejado de rugir, a lo lejos, en destellos púrpuras que alargaban las sombras de los árboles y de las rocas circundantes. Estos relámpagos parecían rugir como miles de fieras, e iluminaban el paraje por segundos, dándole a los árboles maléficas apariencias. Sobre la seca tierra de las colinas a menudo se formaban intrincadas formas causadas por las raíces, y de vez en cuando se asomaba algún añublo o seta venenosa, medrados en una tierra inclemente e infectada.

-¿Acaso vendrá una tormenta desde el norte? -preguntó Eret mientras miraba con detenimiento el cielo negro entre los ramajes. En ese momento dos destellos fueron vistos, seguidos de un atronador sonido.

Éliot, que estaba sentado cerca, dijo en medio de la oscuridad: -No, ése es el cielo sobre la Almena de Carrhas.

-¿Qué es Carrhas? -preguntó Kor.

Y Algar, que había estado muy callado, respondió: - La Almena de Carrhas es la torre más septentrional de las Seis. Todas apuntan Yavín y en cada una vive un hechicero poderoso, un Yúcida.

-Y hasta donde sé, Alanior es quien vive allí -añadió Éliot, que estaba de mal humor a causa del hambre-. Él fue uno de los dos Innombrables que atacó los reinos de Herda y Jerlán -agregó con melancolía.

-Las Almenas se comunican por medio de rayos -aseguró el Mago-; o por lo menos eso dicen los textos antiguos. Así que Carrhas debe estar comunicando con alguien sobre algo.

-Esperemos que no sea sobre nosotros -dijo Maron, que todavía seguía agobiado por la muerte de Asholf.

Y entre destello y destello, Kor vio algunas siluetas recortadas en las luces purpúreas. Eran figuras voladoras, pero mucho más grandes que la nigrovelas, y al parecer de alas cartilaginosas. -¿Hay dragones en las Almenas? -preguntó.

-Nadie sabe qué hay en el interior de una Almena -respondió Éliot-. Sólo se sabe que es el hogar de los Yúcidas -añadió.

-¿Qué ve Kor? -preguntó Algar, más inquieto por la observación.



-Varias siluetas que vuelan cerca de la tormenta.

-Ojalá sigan allá y no emprendan vuelo hacia acá -dijo el Mago-; pero es obvio que ya saben que estamos por estos lados.

No se detuvieron durante toda la noche, avanzando en medio de quejas, hambre y cansancio. Algunos, como Maron y Eret, lograron dormir sobre la silla del caballo; pero los otros permanecieron despiertos toda la noche, mirando hacia el norte, pensativos. La joven tuvo por fin un momento de paz, y, aunque estaba demasiado agotada, estuvo sumida en sus pensamientos. Ahora se le venía a la cabeza con frecuencia, al igual que su hermana Háladriel. También pensaba en Sergail, en Ángor y en el querido Londrake, y en Arcalón. Le preocupaba no saber sobre sus amigos después de la Batalla de los Cuatro Elementos. «¿Dónde estará Arcalón? ¿Qué habrá pasado en la batalla?» se preguntaba mientras miraba los relámpagos lejanos.

Durante la noche se desviaron un poco al sur, escapando de los destellos de Carrhas. Al amanecer se vieron cerca de un vasto bosque que se extendía hasta donde la vista alcanzaba, sobre unas colinas frente a ellos. Más allá nada era visible. Este paisaje bajó los ánimos de la compañía, que estaba deseosa de llegar a Herda. Este viaje se les había hecho demasiado largo, y, aunque ya no sabían cuántos días habían pasado, el desespero ya se empezaba a incubar en las esperanzas.

-¡Es que acaso estas malditas tierras no tienen fin! -gritó Eret que, aunque era el más calmado, ya empezaba a mostrar la desesperación y el mal humor.

-No alcanzo a ver el fin de ese bosque -aseguró Kor con voz decepción, mientras miraba los oscuros árboles que se erguían frente a él.

-¿Recuerda esta arbolada? -preguntó Algar a Éliot, que parecía preocupado.

El guía, mirando fijamente el enorme manto de árboles que se extendía por las colinas, negó con la cabeza. -Creo que nos desviamos -aseguró-, pues no recuerdo estos árboles.

-Entonces nos desviamos mucho durante la noche, pues no veo otro paso -aseguró Kor, que parecía molesto con el guía.

-Igual, debemos cruzar esta arbolada si queremos seguir, pues el paso hacia el norte está custodiado por una Almena, y al sur nos arriesgaríamos mucho -aseguró Algar-. Además, tenemos la ventaja de que los ramajes nos cubrirán de los exploradores voladores.

Aunque Algar tenía razón, los mercenarios se negaron a entrar de inmediato. En vez, decidieron comer algo al borde del bosque. No había sendero alguno y, aunque los lindes eran amplios, sólo era necesario caminar unos pasos para darse cuenta que los árboles se apiñaban a pocos metros. Así que, para mayor desconcierto, tuvieron que andar un poco más hacia el norte para encontrar una entrada lo más ancha posible.

Durante esta búsqueda, Algar y Éliot miraban constantemente hacia el cielo, esperando con temor ver algún maligno espía. Algar sabía que la Bruja que había visto en el Árbol Macabro era una exploradora, y que llevaría rápidamente el mensaje a su amo. A vuelo, Carrhas estaba sólo a horas del Árbol, y el Mago estaba seguro que apenas llegara el mensaje, el Yúcida de Carrhas lanzaría sus huestes para atajar a la compañía. Sólo era cuestión de tiempo para que Alanior los encontrara.

-No podremos seguir hacia el norte por mucho tiempo -aseguró Éliot-. Nos estamos acercando mucho a los dominios de la Almena.



Juan Esteban Peláez

Y sólo fue decir eso para que Algar detallara entre las densas nubes una figura negra, un aparente dragón pequeño montado por un jinete. La imagen era muy borrosa, pero Algar supo de inmediato qué sucedía.

-¡Corran, y no paren! -gritó el Mago de repente, y sin pensarlo, se apresuró a galopar de forma desesperada lo más rápido que pudo. Todos lo miraron, y sin siquiera mirar al cielo, lo siguieron a toda velocidad.

-¿Qué sucede?! -preguntó Méladriel.

-¡Sólo corran! -gritó Algar que, sintiendo el gélido viento sacudirle la manta, buscaba una entrada a la arbolada.

Y, de súbito, una flecha silbó en el fétido aire. La flecha, de penachos negros y punta muy afilada, cayó sobre la tierra, muy cerca de Eret.

-¿Qué Diablos sucede?! -preguntó Maron aterrado.

-¡No pregunten, sólo busquen una entrada! -exclamó el Mago. En ese momento cayeron dos flechas más, provenientes de las nubes, como gotas filosas.

-¡Debemos entrar a los árboles! -gritó Méladriel en medio del agite.

-¡Lo sé! -respondió Algar que, desesperado, buscaba una entrada o un sendero.

-¡Al frente hay una! -dijo Kor.

Entonces se escucharon unos furiosos aleteos sobre las cabezas de los viajeros.

91

Horribles y monstruosas eran en verdad las criaturas que habían seguido a los viajeros por varias horas, escondidas entre las nubes cenicientas y esperando la noche para caer sobre ellos; pero tuvieron que atacar porque Algar los descubrió. No eran nigrovelas, como lo pensaron al principio los viajeros. En cambio, eran saurios voladores, de piel escamosa y negruzca como una armadura de placas, cuellos largos y desnudos, cabezas con fauces largas y repletas de filosos dientes, cornamentas, alas cartilaginosas, y garras curvas y largas.

Estas bestias sólo habían sido vistas en Herda cuando Dan-Silum fue tomada y Éliot escapó hacia el oriente. Desde ese día, los Hombres las llamaron *crimos*, y sus jinetes, fueron llamados *crimeos*. Estos crimeos habían sido la columna vertebral de los ejércitos que atacaron Herda, y eran entrenados en su mayoría en la Almena de Carrhas, bajo el mando del hechicero del norte. Cuatro crimeos habían divisado a los viajeros desde el amanecer, y ahora los perseguían con desespero, pues si Méladriel y compañía lograban escapar, ellos pagarían el precio.

Después de que uno de los crimeos pasó sobre las cabezas de los viajeros, intentando tumbar o separar a algún jinete, dos flechas más cayeron sobre la tierra muerta.

-¿Dónde está la entrada?! -preguntó Méladriel, desesperada y atada al miedo.

Y en medio de aleteos, gritos y relinchidos, Kor respondió: -Allí, tras el árbol grande.

Entonces otro crimeo se acercó para embestir a los viajeros. Pero esta vez Méladriel, actuando de repente, desenvainó sin problema su espada y la blandió al aire. El crimeo no esperaba eso, y por lo mismo, sólo logró golpear con el ala del saurio el caballo de la joven. Sin embargo, aunque el caballo se sacudió con fuerza, Méladriel logró seguir sobre la silla.

-¿Dónde, Kor?! -preguntó Éliot, que no veía todavía la entrada.



Juan Esteban Peláez

En ese momento pasó una flecha sobre la cabeza del guía. Éliot sintió entonces la conmoción de una caída, y vio con aturdo, en fracciones de segundo, que Méladriel caía con su caballo sobre la carrasposa tierra, causándose fuertes contusiones y ardientes raspaduras. El caballo murió de inmediato, pues la flecha se clavó en la cabeza; pero la suerte de Méladriel era incierta.

Entonces Éliot, olvidando el peligro que rondaba sobre su cabeza, detuvo su caballo y se apeó de un salto. Fue hacia la joven, que estaba inconsciente, pero en ese momento Maron, que iba a todo galope, pasó entre él y Méladriel, casi aplastando el menudo cuerpo en el suelo. Éliot retrocedió unos pasos, y apenas Maron pasó, Éliot se dirigió a la joven. Le tomó la pálida y sedosa mano y miró su rostro: Sus largas pestañas cubrían sus grises ojos. Estaba fría y parecía estar dormida. Entonces le tomó el pulso y se alivió, la subió en la grupa del caballo con dificultad y se encaminó a la entrada del linde, que ya se asomaba a poca distancia. Galoparon y finalmente se pusieron bajo el resguardo del bosque.

Cabalaron lo más rápido que pudieron, rompiendo delgadas ramas y pequeños arbustos a su paso, al mismo tiempo que los poderosos rugidos de los crimos eran escuchados sobre sus cabezas, y el viento que producían sus aleteos mecía los árboles cercanos.

-¡Bájense de los caballos y síganme, sin hacer ruido! -ordenó Algar mientras se detenía y se apeaba.

Entonces todos le hicieron caso, y se desviaron un poco de lo que podía considerarse una senda moderadamente ancha. Hicieron el mayor silencio posible, y tomaron hacia lo que consideraban el sur, con los caballos de las riendas. Entre Éliot y Eret llevaron el cuerpo de Méladriel por los árboles, en una manta a modo de camilla.

Con los crimeos todavía merodeando sobre los árboles, la compañía siguió caminando hasta que la noche empezó a caer. Angustiosa fue esa noche para la compañía, pues los horribles y furiosos gruñidos de los saurios a menudo inundaban el aire nocturno, y, además, Méladriel no mostraba rastros de recuperación. Éliot estuvo a su lado toda la noche. Aunque la joven todavía tenía pulso, éste era débil, y estaba fría como los muertos. Nadie pudo dormir esa noche.

Una hora antes del amanecer, la joven se movió levemente. Éliot, siempre atento, esperó con expectativa la reacción. Algar también se percató del movimiento y se acercó de inmediato. Méladriel se llevó la mano a la frente, se frotó los ojos y se sentó trabajosamente, observando a Algar. De inmediato su rostro expresó dolor y se tocó en el abdomen. Se levantó la manta y vio que el mithril había sido golpeado con tanta fuerza, que unos anillos se habían enterrado en su suave piel, causando una herida ya sanada por el guía.

-Si no hubieras tenido esa tela de mithril, tal caída te hubiera matado -dijo Algar.

-Me duele la espalda, me arden las piernas y tengo un gran dolor de cabeza, pero heme aquí. «No caeré tan fácil» -dijo Méladriel mientras ponía sus manos en su cabeza y soltaba una sutil sonrisa.

Algar y Éliot también sonrieron.

-Bien, vamos a levantar a todas estas escorias -dijo el Mago mientras se ponía de pie y ayudaba a levantar a Méladriel.



Juan Esteban Peláez

Sin desayunar, pues ya no había casi comida, los viajeros iniciaron una desesperada jornada al occidente, entre los retorcidos árboles. Estos árboles eran distintos a todos los que habían visto durante el viaje: Aunque desconocidos, tenían apariencia de sauces, pero tenían ramajes muy abundantes que a menudo formaban bóvedas. El aroma allí parecía ser menos amargo, de hecho, parecía dulce, como el aroma de las rosas o los jazmines. Este olor alentó un poco a la marcha, mas no la hizo olvidar el hambre y la sed.

Entonces, en medio de discusiones (pues el hambre molesta), Algar cedió a tomar un almuerzo moderado. Todos, a excepción de Méladriel y Éliot, se negaron a seguir avanzando hasta no comer y beber, aunque fuera un sorbo de agua. La tediosa jornada los había agotado, y en verdad merecían un descanso. Sin embargo, si alguno hubiera sabido lo que iba a suceder durante ese ínterin, hubieran seguido adelante, aguantando el dolor de sus estómagos y de sus secas gargantas.

Los viajeros formaron una rueda sobre la pobre hierba y comieron las pocas galletas que les quedaban. Ya no les quedaba agua, lo que los desesperó e hizo, por causas absurdas, que Kor y Maron tuvieran una riña que casi termina en una pelea a espada. La compañía poco a poco se desintegraba a causa de la desesperanza, el agotamiento y el hambre. Pero era Méladriel la que parecía llenar a los Hombres de vitalidad con palabras dulces, y los animaba a seguir adelante.

Este viaje había vuelto a la joven Méladriel valerosa y temeraria, pues dióse cuenta de su potencial en momentos extremos. La Méladriel de Verdelheid no hubiera llegado ni a la mitad del camino, pero al parecer la muerte de Alora la había fortalecido, al igual que las esperanzas de vivir. Por el contrario, los mercenarios parecían haber perdido toda su valentía a medida que los días pasaban.

Cuando ya todos estaban recogiendo sus pertenencias, la bella Méladriel tuvo la sensación de que la observaban, y, como llevada por un impulso, miró hacia el cielo grisáceo y triste. Examinó primero el norte, y allí sólo vio nubes lúgubres, pero cuando miró al sur, la joven fijó su vista en algunas aves que volaban en círculos, como buitres alrededor de una carroña.

-No sabía que había buitres por estos lados -aseguró mientras se fijaba en las negras aves. Entonces Algar se extrañó, y miró hacia las aves. -No creo que sean buitres -dijo-; son muy grandes.

-Tampoco son cuervos -aseguró Kor, que miraba a las aves entre las nubes-. Son más parecidas a águilas pequeñas -añadió.

-¿Águilas? -preguntó Éliot muy indeciso.

-Las águilas odian al Demonio, por lo que no rondan estos lados -añadió Algar.

Méladriel parecía pensativa. Ella sabía que había visto o leído algo sobre águilas negras que sobrevolaban el Fin del Mundo, en algún libro que Arcalón le había regalado. Y cuando por fin recordó, guardó silencio y sus brillantes ojos se abrieron demasiado, como si de repente hubiera quedado pasmada.

-¿Qué sucede? -preguntó Maron, que temió al ver la reacción de la joven.

Entonces Algar pareció también caer en cuenta, y con la respiración detenida dijo: -Son arpías.

-¿Cuántas? -preguntó Eret, que ya había preparado a su caballo por completo.

-Cuatro, no, cinco -dijo Kor.



-Y vienen por nosotros -dijo Méladriel, que empezó a respirar fuerte y sintió la extraña sensación de temor e impotencia.

92

Las arpías se acercaban cada vez más a una velocidad impresionante. Y entonces, cuando por fin descubrieron a la compañía, se lanzaron furiosas hacia ella. Entraron a la arbolada sin hacer ruido, como aves fantasmales, y se lanzaron furiosas contra los caballos, ansiosas de sufrimiento. Los caballos se inquietaron y temieron, y por lo mismo, intentaron soltarse de los troncos a los que habían sido atados. Pero las arpías no tuvieron piedad, y los atacaron con crueldad y violencia.

Cada picotazo fue una daga en la piel de los caballos. Una de las arpías atacó rápidamente la barriga del caballo de Eret, abriéndole una gran zanja, de forma tal, que sus rojas entrañas colgaron del animal a la mórbida vista. Las fuerzas lo abandonaron y finalmente se desplomó. Los ojos de los demás caballos fueron convertidos en huecos, y los cuerpos se volvieron un campo lleno de fisuras que vertían torrentes de sangre, formando una imagen aterradora para los viajeros.

Los animales relinchaban furiosos y adoloridos, mientras los viajeros miraban con impotencia. Las negras plumas de las aves rodeaban el ambiente, volando sutilmente y dejándose levantar por el aire. El último caballo en caer fue el de Maron. Al hacerlo, las aves salieron de entre los árboles y dejaron a su paso un silencio de muerte.

Todos quedaron petrificados en ese momento, incluyendo a Algar. Y sólo hasta que Méladriel lanzó un grito de desespero y terror, todos parecieron volver en sí. La joven se aferró rápidamente a Éliot, que la abrazó y cubrió sus ojos para que no viera tan espantosa escena. El resto de la compañía quedó pasmada, temblando y asqueada por tan horrible acto.

Así permanecieron por un buen rato. Ninguno entendía el por qué las aves habían atacado a los caballos y no a ellos. Y, sin decir palabra alguna, y con los ánimos más bajos que nunca, empezaron a tomar sus pertenencias, ahora manchadas de sangre. Los caballos que tanto habían cuidado ahora no serían más que alimento para los monstruos que rondaban por esa arbolada y que los viajeros ignoraban.

-¿Por qué no nos mataron? -preguntó Kor, cabizbajo y aburrido, mientras sacaba su manta de dormir de un charco rojo sobre el suelo. Al mismo tiempo, cortaba algo de carne y la mascaba, desesperado por el hambre.

-Al parecer estos árboles tienen algún sortilegio -dijo Algar.

-O alguna ley -añadió Éliot, que todavía abrazaba a Méladriel. Sin saberlo, Éliot tenía razón.

La joven tenía los ojos todavía cristalinos. La hiel le había subido ya dos veces hasta la garganta, y por lo mismo, no quería mirar hacia los caballos. Sin embargo, el hambre le ganó, y aceptó un pedazo de carne cruda que Kor le brindó.

Entre los extraños árboles, los viajeros caminaron un buen trecho, esquivando algunas enredaderas que dificultaban la travesía. Sin embargo, aún entraba una tenue luz entre las



Juan Esteban Peláez

copas deshojadas. La primera hora de marcha fue difícil; después la marcha se tornó tediosa. Los pies empezaban a doler y el hambre volvía al extenuado pensamiento.

Mientras Algar abría paso entre ramas con su vara, los Hombres se quejaban constantemente. Méladriel se sobaba los pies de vez en cuando. La joven aún sentía el dolor de la caída. Lo que más le dolía a Méladriel era la cabeza y la parte alta de la cadera. Sin embargo, ella, más resistente que un Enano, seguía marchando sin queja, con su dulce y tierno rostro en alto y sus ojos brillantes bien abiertos.

Cinco horas después los árboles cesaron y se abrieron, dejando ver un extraño sendero, al parecer proveniente del sur. Los mercenarios se animaron al ver el camino, pero Algar no.

-No me gusta mucho un sendero en medio de la nada. Si lo seguimos, quién sabe a dónde nos lleve -dijo el Mago pensativo y mirando fijamente el musgoso sendero.

-¡Tomémoslo! Quizás nos saque de los árboles a un mejor camino -opinó Eret, ilusionado.

-¿Qué piensas Méladriel? -preguntó Éliot, confiando en el criterio de la joven.

Todos ahora parecían confiar Méladriel, pues había demostrado durante el viaje una valentía y una resistencia admirable.

-La verdad no estoy muy convencida -dijo la joven mientras se ponía la capucha sobre su cabeza-. Pero quizás nos saque de los árboles. Marchemos a su lado, y no sobre él -añadió. Entonces todos, menos el Mago, estuvieron de acuerdo, y siguieron al lado del camino, amparados por los árboles.

La noche cayó y, como ya era costumbre, el frío, el hambre y el temor de ser descubiertos no dejaron dormir a los viajeros. Esta falta de sueño estaba agotando cada vez más a la compañía, que con el pasar de las horas parecía menos tolerante. Tal fue el desespero, que Eret, Maron y Kor tuvieron una discusión con Éliot, asegurando que todo era su culpa. Finalmente fue Méladriel quien calmó los ánimos.

Cuando el día llegó, siguieron la marcha, en silencio y cabizbajos. El dolor en los estómagos se había hecho inaguantable (aunque había comido algo de carne semipodrida de caballo durante las últimas jornadas), pero no podían hacer más que seguir adelante. Caminaron por la senda sinuosa unas dos horas más, hasta que los árboles terminaron y se abrieron, dejando un semicírculo de hierba en medio de la arbolada. En la mitad de la extraña planicie se erguía una torre como un guardia silencioso y escondido. Tras la edificación se abría una llanura interminable.

Todos quedaron atónitos al ver la hermosa torre. La edificación estaba forrada por losas grises, pulidas y grandes; y tenía cinco pisos de alto. Su techo era puntiagudo y de color negro, y una bandera se izaba en la copa, ondeante y de color negro. Tenía ventanas oscuras como ojos misteriosos que vigilaban siempre atentos. Las pequeñas ventanas de arco puntiagudo rodeaban toda la punta de la torre. Y alrededor de éstas se extendían unos amplios balcones con finos parapetos de piedra. Abajo había una puerta de madera negra, muy grande y pesada, que se empotraba en la edificación como una boca famélica entre las frías losas.

Hubo un silencio de expectativa mientras los viajeros salían al linde y se acercaban lenta y cautelosamente a la torre. En ese momento a Algar le pareció familiar esa torre, pero no pudo recordar dónde la había visto.



Juan Esteban Peláez

-Lo mejor será flanquearla. La verdad no quiero más sorpresas -dijo Maron dirigiendo una tímida mirada a la última ventana de la torre.

Pero entonces la puerta de la torre gruñó y se abrió sin necesidad de un portero. Los viajeros quedaron atónitos, petrificados, mirando a lo profundo de la puerta. Sabían que habían sido descubiertos, así que frenaron; pero nada salió de la torre.

-Mejor sigamos derecho -pidió Maron a sus compañeros.

-Sí, lo mejor será seguir e ignorar esto -replicó el Mago, congelando la mirada en la puerta.

-Pero ¿qué tal si hay alimentos? -dijo Kor.

-Pues no sé ustedes, pero yo tengo mucha hambre, y quizás haya comida que podamos robar -añadió Eret mientras un destello le pasaba por los ojos.

-No, lo mejor es seguir adelante -insistió Méladriel con misterio, seria y pensativa.

Pero en ese momento sucedió lo que Algar temía. Al principio la voz fue suave y casi imperceptible, pero después fue muy clara y en tono muy bondadoso.

-¿No creen que se merecen un descanso después de tan largo viaje? -dijo la delicada voz desde la última ventana de la torre.

Todos levantaron la mirada entonces para ver si alguien salía al balcón, pero no había nadie.

Entonces la voz se volvió a escuchar, esta vez más clara. -Lo mejor será que entren, o deberán arreglárselas con él -dijo de nuevo la bella voz desde la penumbra de la ventana.

Al hacerlo, se escuchó un sonido de marcha entre los ramajes. Entonces todos voltearon la mirada lentamente. Méladriel, que era la última en la marcha, se volteó por completo y notó unos extraños movimientos entre los árboles, no muy lejos de ella.

-¿Qué sucede? -preguntó Eret a Kor.

-No lo sé -respondió.

Méladriel empezó entonces a dar unos lentos y sigilosos pasos hacia atrás, alejándose un poco más del linde. Se acercó al Mago y le susurró sin quitar la mirada de los árboles: -Será mejor entrar a la torre.

Algar, con la mirada fija en los árboles e intentando descifrar lo que se movía entre ellos, asentó la cabeza suavemente, al mismo tiempo que tragaba saliva.

-¡Ahora! -gritó Méladriel agitadamente.

-¡Vamos! ¡Corran a la torre! -gritó Algar.

Entonces, como despertados por los gritos, varios Nomos salieron de los lindes del bosque, prestos a capturar a los viajeros. Como si hubiera subido el infierno a la tierra, cientos de agudos gritos se unieron en un concierto cruel y aterrador. Pero, con una suerte esquivada desde el comienzo del viaje, todos los viajeros lograron entrar a la torre, intactos.

Éliot fue el último en ingresar a la torre, y al voltear para cerrar la puerta, vio una figura que emergía de entre la podrida madera, como una aparición hermosa y a la vez maléfica: Era un Hombre con cabellos dorados y largos, ojos amarillos y una faz pálida. Vestía una armadura grisácea y brillante, con grandes hombreras y grueso peto, y una capa negra que llegaba al suelo y ondeaba con el paso del aire. Tenía una brillante hacha en su mano derecha y un lustroso escudo en su antebrazo izquierdo.

Éliot se sintió hipnotizarlo por esos ojos amarillos. Y no sólo Éliot cayó en ese hechizo: Méladriel también miró los ojos del extraño, y pareció quedar hechizada. La criatura encantadora dirigióse lentamente a la puerta, entre los Nomos, mientras la joven se mantenía en trance.



Juan Esteban Peláez

-¡Vamos! -gritó Éliot, mientras empujaba bruscamente a la hermosa Méladriel hacia la torre.

Sólo hasta entonces Eret y Maron cerraron la puerta.

-¡Méladriel, reacciona! -dijo Éliot sacudiéndola.

Ella batió la cabeza, volviendo a sí misma. -¿Quién era? -preguntó.

-Un Yúcida -respondió Algar, interrumpiendo bruscamente.

Las voces agudas se opacaron poco a poco hasta que todo volvió a ser silencio. Al parecer, los Nomos y el hechicero se alejaron rápidamente, renuentes y maldiciendo a la dueña de la torre.

93

El panorama era tenebroso: Había un corto pasillo, estrecho y asfixiante. Y en la pared, como un recuerdo horrible, permanecía un esqueleto atado con grilletes y cadenas. Ligamentos y pedazos de carne le colgaba en los podridos huesos, ya amarillos por la sangre seca. Su mandíbula estaba abierta, como si hubiera muerto soltando un grito de dolor. El hedor era intenso, pues vapores venenosos emergían de sus vestigios.

Méladriel clavó los ojos en la imagen mortuoria, pensativa más que asombrada. La mente de la joven parecía haberse acostumbrado a esas espeluznantes imágenes, pues no le causaban la sensación de antes. -Es una Vampiresa -dijo con misterio.

-¿Vampiresa? -preguntó Kor, agitado por la carrera.

-¿Por qué dices eso? -preguntó Éliot mientras bajaba la única alforja que le quedaba. Al morir los caballos los viajeros dejaron casi todas sus pertenencias, pues no las podían cargar, y ahora sólo tenían unas pocas alforjas. Maron y Éliot ya no tenían pertenencia alguna.

Pero, de repente, una antorcha que estaba frente al óseo desdichado se encendió, iluminando el entorno. Más al fondo del difunto, al final del pasillo, una escalera subía en forma de caracol, dejando ver unos pocos escalones mientras giraba a la izquierda. Todos quedaron pasmados entonces, petrificados como estatuas. Aunque Algar sabía que algunas antorchas de encendido automático con *vellina*, un misterio inexplicable rondaba la torre.

-¿Subimos? -preguntó Eret.

-¿A lo desconocido? ¡Están locos! -exclamó Maron, que sí parecía aterrado con el esqueleto acre que estaba encadenado en el pasillo.

-¿Prefieres enfrentarte a lo desconocido, o a un Yúcida? -preguntó Méladriel con voz dura y altiva. La joven, aunque de estatura pequeña, ahora estaba erguida y parecía intimidar a Maron que, aunque alto, parecía amedrentado por los ojos grises y el hermoso rostro de la joven.

-Lo mejor será subir -dijo Algar, sorprendido al ver la gallarda posición que había tomado Méladriel.

Pero Eret sacó su maza y dejó sus pertenencias contra la puerta. -Por si tenemos que salir apresurados -le dijo a Méladriel con seriedad.

La joven asintió entonces. -Vamos -dijo inexpresiva.

Las paredes parecían asfixiar a los viajeros, pues eran estrechas y abovedadas. Subieron escalón por escalón, lenta y cautelosamente: Algar iba primero, seguido por Méladriel. Éliot iba de tercero, atrás de él Eret. Maron y Kor cerraban el grupo. El espiral siguió por



Juan Esteban Peláez

unos minutos, hasta que por fin llegaron a un pasillo largo donde unas antorchas salían de las losas frías; éstas tenían forma de manos Nómicas y sostenían fuegos amarillos entre sus lánguidos dedos de bronce de filosas uñas. Sólo los pasos de los viajeros eran escuchados en la misteriosa y claustrofóbica torre, retumbantes en sus profundas entrañas.

Al final del pasillo se alzaba una puerta, desafiante. La puerta era de una madera rojiza, y unas morbosas pinceladas de sangre se coagulaban entre las grietas, dándole un aspecto miedoso. Como si todos hablaran por telepatía, sacaron las armas, armas que fueron iluminadas por los fuegos de las antorchas.

Entonces Algar se acercó a la puerta; y no la había tocado cuando ésta emitió un sonido desde adentro: La cerradura parecía haberse abierto por algún extraño encantamiento. Los seguros desaparecieron y todo fue silencio. Algar, ya con una pantalla de sudor en la frente, empujó la puerta sutilmente con la vara; pero apenas lo hizo emergió de la cámara un fuerte olor, causando asco y arcadas a los viajeros. Entonces el Mago volvió a cerrar la puerta para evitar la amarga pestilencia. Tuvieron que esperar un poco más para poder abrir la sala de nuevo.

-¿Qué hay ahí adentro que pueda oler tan mal? -preguntó Méladriel con una mueca de asco en su rostro.

-Sólo la putrefacción huele así -aseguró Kor que, sin poder aguantar las náuseas, había vomitado apenas había sentido la fetidez.

-Igual, no parece haber otro camino -aseguró Algar que, aguantando el aliento, volvió a abrir la puerta.

Entonces la grande y sombría cámara fue visible. En el suelo, como una fosa, descansaban un sinnúmero de huesos de varias especies: Nomos, Hombres, Goblins, Dacones, y una interminable e irreconocible cantidad de huesos ensangrentados y bestiales. La luz era muy tenue y muy amarilla, y dejaba ver solamente una parte de la cámara, alargando las sombras de los cadáveres en el piso.

Algar, con la nariz y la boca tapada, caminó entre los huesos intentando no tropezar con ninguno. -No respiren -dijo.

Y Méladriel y el resto acataron el consejo y lo siguieron.

Al llegar al otro lado de la siniestra cámara, vieron un marco oscuro que se levantaba al frente, pero nada se podía ver más allá. Sin embargo, los viajeros siguieron. Literalmente a ciegas, los expedicionarios subieron una escalera, tanteando con los pies los escalones. Entonces, de súbito, la escalera se iluminó de nuevo con antorchas, lo cual hizo que todos los corazones se aceleraran.

-¿Quién vive aquí?! -gritó Kor, que no disimulaba su inquietud.

-Lo mejor es seguir adelante -aseguró Éliot mientras respiraba profundamente para no desmayarse del miedo.

Entonces aceleraron el paso y subieron rápidamente hasta llegar a una enorme sala finamente amoblada. Al parecer habían llegado a lo alto de la torre. La luz gris entraba por unas angostas aberturas rectangulares que se encontraban en lo alto de las paredes. Sin embargo, la oscuridad seguía reinando en el interior, mitigada por finos candelabros esparcidos por toda la sala. Toda la sala estaba tapizada de rojo, y la gran mayoría de muebles eran negros.



Juan Esteban Peláez

El ambiente aún era de suspenso. Algar, sin decir una sola palabra, fue el primero en pasar al recinto. El resto lo siguieron. En medio de la sala había dos poderosas columnas con grabados de rosas espinosas y basas en forma de manos Humanas. Entre las dos columnas se erguía un trono negro con cojines rojos y bordados de encajes dorados. Y sobre el trono descansaba una Mujer enigmática, no muy visible a causa de las sombras de las columnas. -¿Por qué se demoraron tanto en subir? -preguntó la Mujer con voz melodiosa y suave. -¿Quién es usted? -preguntó Algar con tono frío. -La dueña de la Torre -respondió la Mujer-, y eso por ahora es suficiente. Pero no teman y acérquense sin miedo -añadió. Escépticos, los viajeros se acercaron al trono, y allí la vieron.

94

Estaba sentada cómodamente, recostada plácida contra el espaldar de la silla. Su falda tenía una larga abertura que dejaba ver la pulida piel de su pierna cruzada. Su sutil y delicada mano sostenía una copa de vidrio llena con lo que parecía ser vino. Tenía una blusa ceñida que dejaba ver su plano abdomen y forraba la silueta de sus voluptuosidades. Un dulce perfume le rodeaba la carne. Su boca era roja, suave, pequeña y húmeda. Su nariz era pulida y sus pupilas eran más bellas, verdes y brillantes que cualquier jade extraído de las minas de la tierra; rodeadas de un cristalino muy blanco. Sus pestañas eran largas y encrespadas, y su cabello blondo parecía un río de oro fundido a la luz de Arián. Ese cabello rubio bordeaba un hermoso rostro, pálido, coqueto y perfecto; semejante al de una muñeca de porcelana. Sobre su arrogante cabeza tenía una tiara espinosa. Su vestimenta era negra y ceñida. Sin embargo, su pierna cruzada robaba la voluntad de los presentes. Tal escultura despertaba los instintos más ocultos y los deseos más profundos. Los sortilegios le adornaban el alma y la pasión la envolvía de pies a cabeza.

A sus bellos pies había un gato negro de ojos verdes que ronroneaba y se mimaba con su pierna, acariciándose encantado. Pero al ver a los viajeros acercarse al trono, el animal salió espantado hasta ponerse debajo de una mesa cercana.

La Mujer miraba con detalle a todos los viajeros, deteniéndose un momento en Méladriel, y otro en Algar. Al resto los examinó rápidamente. Sus verdes ojos brillaban a la luz de las velas, y después de tomar el líquido rojo de su copa, se levantó del trono.

-Temí que el Yúcida los capturara antes de que entraran a la torre -dijo la Mujer con voz suave. Entonces se incorporó y caminó hacia Kor con un paso altivo y a la vez sensual. Kor se sintió intimidado por la presencia de la hermosa anfitriona, y su corazón se le aceleró al sentir el cálido aliento de la Mujer, que sin decir nada, acercó su rostro al rostro del Hombre. Miró con febrilidad su boca y se alejó.

-¿Quién es y por qué nos ayuda? -preguntó Algar, que permanecía a la defensiva. El Mago parecía no fiarse de la Mujer.

-Una pregunta a la vez, Mago -dijo la Mujer mientras miraba a Algar con detenimiento. -Mi nombre es Valane.

-Es un nombre muy antiguo -aseguró Algar.

Y la Mujer asintió. -Digamos que mi familia fue muy tradicional -respondió.

-¿Fue? -interrumpió Méladriel, que también parecía reacia.



Juan Esteban Peláez

-Soy la única que queda -respondió Valane-. Mi padre y mis hermanos murieron batallando, y mi madre murió de tuberculosis -añadió.

-¿Batallando contra quién? -preguntó Algar rápidamente.

Entonces Valane sonrió con malicia. -Vamos a comer algo, que deben tener hambre. Hablaremos después de la comida -dijo alegre.

-¿En verdad tienes comida? -preguntó Maron, que más que tener hambre, parecía ansioso de tomar a la Mujer entre sus brazos de forma lujuriosa.

Y ella asintió. -Descansen, que deben estar agotados.

Y así se hizo. Casi de inmediato, los Hombres, atraídos por la sensualidad de la rubia, se sentaron alrededor de una mesa repleta de comida y vino. Había allí carne en salsa, pastelillos, galletas, quesos, frutas y otros manjares. También había dos garrafas plateadas de vino tinto. En la mitad de la mesa había un candelabro con tres velas blancas y prácticamente nuevas. Algar y Méladriel fueron los últimos en sentarse. La extraña anfitriona miró al Mago y le sonrió.

-Todavía no me contesta el por qué nos ayuda -dijo el Mago.

Valane suspiró, se mecía el cabello, vanidosa, y respondió: -En verdad no los ayudo porque los conozca, o sepa qué quieren, o qué hacen por aquí. Los ayudó porque el Yúcida los busca, y yo odio a ese maldito hechicero. No es bueno tener a uno de los Seis como vecino. Carrhas no está muy lejos de aquí, y ese miserable y yo no tenemos muy buenas relaciones.

-¿Nos ayudas para dañar el cometido del Yúcida? -preguntó Méladriel.

Y Valane asintió. -Tenemos un acuerdo: En mis dominios él no puede matar a nadie; por eso los quería capturar y no lo mató con sus horribles aves. Aunque supe que mató a sus caballos. De la misma manera, yo no puedo matar a nadie en sus tierras -explicó.

Durante casi toda la noche los Hombres halagaron a Valane, pues en verdad habíanse sumergido en un mundo de tentaciones al ver las voluptuosidades de la Mujer. Y Valane, coqueta y a menudo febril, les lanzaba alguna ardorosa mirada desde su asiento, o les hacía alguna sucia caricia, entre risas de júbilo y grotescas sombras. El extraño festín, repleto de imágenes borrosas y trastornadas, llegó a su apogeo cuando la primera jarra de vino se acabó.

Cuando ya todos estuvieron satisfechos, se dedicaron a descansar. Algunos, como Eret y Kor, cayeron dormidos en los sillones de la sala, derrumbados por el cansancio. Éliot y Maron sólo se dedicaron a descansar, mareados por el vino. En cambio, Méladriel y Algar permanecieron en la mesa, sin quitarle la mirada a Valane. La Mujer se expresaba con mucha elocuencia y vivacidad, y encantaba al hablar. Sin embargo, era obvio para Algar que la Mujer no era una Mujer común. Pero Valane respondía con extrema astucia todas las preguntas.

-¿Desean algo más? -preguntó la rubia.

-Si tienes más vino sería lo mejor -dijo Maron notoriamente borracho.

-Perfecto. Además, estas velas ya están por acabarse -dijo la Mujer sonriendo mientras se levantaba de la mesa y salía por una puerta de la sala.

Méladriel vio las velas y dióse cuenta que era verdad. Las velas, que eran muy largas al inicio, ya estaban por terminarse, pero sólo habían pasado dos o tres horas. Esas velas podrían durar una noche entera.



Juan Esteban Peláez

Instantes después Valane llegó con otra jarra de vino y les sirvió a los invitados. Después se sentó en la mesa para acompañar al Mago y a la joven. Hablaron sobre las Tierras Espectrales por buen rato. Mas nada se dijo de la Estrella de Jores ni de las Shidrahas. El frío había estado creciendo poco a poco, a tal punto, que el vapor empezó a salir de las bocas de los viajeros. Pero Méladriel se asombró al ver que Valane no emanaba vapor de su boca, como si hablara sin aliento. Y aun así hablaba con una vivacidad constante. Al mismo tiempo, Algar notaba una extraña expresión en el rostro de Valane, como si la crueldad le hubiera pintado líneas alrededor de la sonrisa.

Valane sirvió más vino a Algar y a Méladriel, y dijo: -Espero que les guste.

Algar, mirando a la Mujer, tomó un trago; pero al sentir el sabor lo escupió de inmediato. No era vino y tenía un sabor agrio. -¿Qué es esto?! -preguntó con asco.

-Pensé que les gustaría algo más fuerte -respondió Valane con oscuro tono.

Entonces Méladriel también probó el vino, que ya no era vino, e imaginándose cualquier clase de trampa, desenvainó y puso su corta espada en el cuello de la rubia con una velocidad que nadie esperaba. -¿Quién eres?! -gritó la joven Méladriel con los ojos refulgentes y casi azules.

El sonido de los platos cayendo de la mesa despertó al resto de los viajeros, todavía mareados por el vino.

-¿Qué sucede? -preguntó Eret con voz torpe.

-No me equivoqué. Es una Vampira -dijo Méladriel que, aunque tenía el temor anidado en su vientre, seguía gallarda.

Valane miró fijamente a Méladriel, y dijo: -No pensé que una Bruja tuviera tanto valor-. Y rápida como una serpiente, empuñó una daga y la blandió contra la joven con una fuerza tan grande, que Méladriel cayó de espaldas a la alfombra roja.

95

-¡Nadie toca a Méladriel y queda intacto! -gritó Kor todavía borracho, mientras tomaba una flecha y la ponía en su arco, apuntándole a Valane.

Algar apresuróse a la joven, y vio que no tenía ninguna herida. -¿Estás bien? -preguntó, asombrado.

Y Méladriel, sobándose el abdomen y tomando de nuevo la corta espada, asintió. -El mithril me protegió -aseguró mientras se incorporaba.

Valane estaba erguida frente a ellos, con la cabeza en alto y la daga bien agarrada. -No me di cuenta de ese mithril -dijo mientras miraba la armadura bajo la manta de Méladriel. El rostro de la Vampiresa estaba pálido como la nieve, y el recinto estaba frío como un témpano, pues las velas parecían no emitir calor alguno. Sin embargo, las velas parecían compartir la furia que mostraba la rubia, pues flamearon con más fuerza y alargaron más las sombras de la sala.

-¡Déjanos salir de aquí de inmediato! -exigió Méladriel mientras mostraba la espada corta a la luz de las furiosas velas.

Pero Valane lanzó una risa sardónica, y miró a Kor, que le apuntaba con la flecha. -Guarda eso, niño, que la borrachera te deja a duras penas ponerte de pie -dijo.

Esto molestó de sobremanera a Kor que, sin decir nada, lanzó la flecha. Pero Valane tenía razón, y la puntería de Kor en esas condiciones era pésima. La flecha pasó lejos de Valane, chocando contra una pared.



Juan Esteban Peláez

Entonces la Vampira de cabellos de oro posó su iracunda mirada en el Hombre de Velheid. Los ojos verdes de Valane refulgían, y una sonrisa maligna se pintó en sus húmedos y brillantes labios. Y de súbito, y rápida como una flecha, se abalanzó contra Kor con unas alas extendidas, alas que de repente emergieron de la desnuda espalda, como si por arte de magia hubieran nacido de ella. Las cartilaginosas y negras alas se batieron con fuerza en fracciones de segundo, sacudiendo la lumbre de las velas, y Valane, dando un salto muy largo, tumbó a Kor, se posó sobre él, inmovilizándolo, cernió y batió sus alas sobre él unos segundos y, después, la Vampira se alejó de un salto.

Todo esto ocurrió tan rápido, que Eret, que estaba al lado, a duras penas logró tomar su maza. Los vapores del vino parecieron desaparecer del corpulento Hombre de repente. Pero apenas Eret intentó golpear a la Vampiresa con la maza, ella ya estaba a una distancia prudente, con el rostro ensangrentado y su daga roja de sangre. Entonces Eret miró a Kor, y lo vio tirado en el suelo, tomándose desesperadamente el cuello, atragantándose y retorciéndose de dolor. Aunque deseaba lanzar un grito de auxilio, no podía. Del cuello de Kor emanaba sangre a borbollones, pues la Vampira le había cortado el cuello.

En ese momento Valane, sin dejar reaccionar a Eret, se lanzó hacia él, furiosa. Pero en ese momento una luz blanca lo borró todo, encegueciendo a Eret, que había visto el fin de su vida por un instante. Eret se lanzó hacia atrás, blandiendo la maza a diestra y siniestra, a ciegas; pero cuando logró recobrar la vista, vio que la Vampiresa ya no estaba. -¿Qué pasó?! -preguntó Eret alarmado.

-La estrella espantó a esa maldita -respondió Algar mientras guardaba de nuevo la joya en la bolsa.

-¡Kor! ¡no, no, no! -gritó Méladriel mientras se acercaba al Hombre que seguía retorciéndose, al mismo tiempo que gorgoteaba y escupía sangre.

Eliot también se acercó para sostenerlo, pero en el momento que le tomó el cuello con las manos para intentar detener la hemorragia, Kor, el mercenario de Velheid, dejó de respirar.

Méladriel se tomó la cara con desaliento, y unas lágrimas se le salieron al ver el rostro sin vida del mercenario. Pero entonces respiró profundo, pues la adrenalina la tenía alerta, y dijo mientras se apresuraba a la puerta: -Debemos salir de aquí de inmediato antes de que vuelva-. Pero cuando la fue a abrir, notó que estaba trancada. -¿En qué momento la trancó? -preguntó la joven, que ya empezaba a mostrar temor.

-¡Ábranla ya! -exclamó Maron que, recuperado del todo de la borrachera, se dirigió a la puerta y empezó a patearla con fuerza. -¡Ábrete! -le gritaba a la puerta una y otra vez, mientras se desesperaba cada vez más.

-Yo la abriré -dijo el Mago un poco más calmado.

Pero en ese momento fue escuchado un grito furioso que retumbó por toda la torre, perdiéndose en ecos difusos en las entrañas del recinto.

Méladriel miró las otras dos puertas que tenía la sala, y cayendo en cuenta de repente, miró a Eret, a Eliot y a Maron. -¡Cierren las puertas de inmediato! -exclamó atemorizada. Eliot, que aún estaba al lado del cuerpo de Kor, se apresuró a cerrar una y la trancó con un sillón cercano. Al mismo tiempo, Maron y Eret cerraron la otra puerta, trancándola con la mesa y algunas sillas.

Algar intentó abrir la puerta a la fuerza, pero no lo logró. Entonces Eret se lanzó hacia la puerta y la golpeó con la maza una y otra vez, causando un ruido ensordecedor. La puerta poco a poco empezó a ceder. Y cuando la puerta estaba por caer, se escucharon golpes en una de las otras dos puertas, golpes furiosos.



-¡Ábrela ya! -gritó Méladriel.

-¡Eso hago! -respondió Eret apresuradamente. Entonces dio dos golpes más y logró hacer una grieta lo suficientemente ancha para pasar por ella. Al mismo tiempo, la punta de una enorme hacha atravesaba la otra puerta.

-¡Vamos! -ordenó Algar.

El Mago fue el primero en salir, seguido por Méladriel, Éliot, Maron y Eret. Todos corrieron escaleras abajo, casi a ciegas y a toda velocidad, al mismo tiempo que gritos y tambores se escuchaban en lo profundo de la torre, tronantes en la retaguardia.

Al llegar a la cámara de los esqueletos, agitados y con los corazones acelerados, todos escucharon gritos crípticos, aparentemente provenientes de los cadáveres apilados en el suelo. Y en medio del caos, Méladriel sintió un violento jalón en su manta. Se sacudió con fuerza y no le prestó atención, pero cayó en cuenta después de segundos, volteó a ver y, aterrada, vio que una esquelética mano le sujetaba la túnica. Esta mano estaba armada por tendones entrelazados en los huesos. Entonces Méladriel gritó asustada y se agitó la manta hasta que la tétrica mano cayó en el suelo.

Cuando salieron de la oscura sala, los gritos se escucharon muy fuertes, en espantosos ecos tras las paredes oscuras, lo cual aumentaba la adrenalina y el pavor de los viajeros. Cruzaron el pasillo, ahora oscuro, y siguieron bajando las escaleras encaracoladas hasta que llegaron a la puerta de la torre.

-¡Corran, corran! -gritaba Eret desde la retaguardia, mientras descendía las escalas.

-¡Algo me golpeó el hombro! -exclamó Éliot, incapaz de ver por la oscuridad.

-¡Ya llegamos a la puerta! -gritó Algar, deteniéndose allí e intentándola forzarla a punta de empujones y golpes.

-¡Ábrala rápido! -pidió Éliot al Mago, apresurado e inquieto. El hombro le dolía bastante, y pensó que se lo habían fracturado.

-¡Eso intento! -gritó Algar agitado. La claustrofobia también le estaba ganando.

En ese momento todo pareció volver a la normalidad. Los tambores y los gritos dejaron de ser escuchados, y una dudosa calma invadió de nuevo la torre. Algar dejó de forzar la puerta y, en vez, intentó ver su alrededor entre las tinieblas. Sólo vio tenuemente las paredes, el techo abovedado y el esqueleto que estaba encadenado en la pared, inmóvil. Sin embargo, casi nada era visible.

-Vámonos de aquí -le susurró Méladriel al Mago, con el rostro pálido y su cabeza palpitante. La joven jadeaba y temblaba.

Entonces Méladriel escuchó algo. -«Ten cuidado, que aquí viene».

Méladriel miró a Éliot, que era el más cercano al Mago. -¿Me hablaste? -preguntó.

Y Éliot, extrañado, meneó la cabeza. -No -respondió mientras se sobaba el hombro.

-Pero... -pero Méladriel calló al escuchar unos difusos pasos en medio de la oscuridad. Los pasos fueron aclarándose poco a poco, hasta escucharse prácticamente frente a Eret, el más alejado de la puerta.

-«Cuidado».

-¿De qué? -le preguntó Méladriel a Éliot.

-¿De que qué? -preguntó Éliot.

-¿Que me cuide de qué? -volvió a preguntar Méladriel-. ¿Acaso vez algo?

-No, nada -respondió Éliot, también alarmado por los pasos que se acercaban al parecer desde la escalera.



Juan Esteban Peláez

-Los pasos se detuvieron -dijo Maron con la voz trémula. Su respiración era tan fuerte que se escuchaba claramente en medio del silencio.

Entonces Algar volvió a intentar abrir la puerta, esta vez con más desespero que antes.

Lo que ninguno de los viajeros sabía era que Valane ya estaba sobre ellos, más exactamente sobre Méladriel. La Vampiresa estaba en el techo abovedado, bocabajo, mirando a la joven como un murciélago en una oscura caverna. Ella se había dejado inundar por la codicia. Ahora sabía que una Estrella de Jores estaba a su alcance, y la quería sólo para ella, antes de que el Yúcida la capturara y se la llevara al Demonio. Su plan desde el inicio fue conocer el motivo por el cual el Yúcida los quería capturar, y ahora que lo sabía estaba ansiosa, incluso excitada, de tener la Estrella de Jores tan cerca.

Pero de súbito y de forma inexplicable, la puerta se abrió sin hacerse esfuerzo alguno. Las trancas simplemente cedieron y la luz gris del día entró a la Torre del Vampiro. Y sin siquiera tomar las pertenencias que habían dejado allí, los viajeros salieron corriendo, poniéndose fuera del alcance Valane, los maldijo mientras volvía a la oscuridad de su morada, incapaz de salir de la torre sin el permiso de Irgoliath. Sólo Méladriel tomó su alforja.

Hay varios debates de los eruditos sobre este acontecimiento, pues el ceder de la puerta en verdad fue inexplicable. Sin embargo, algunos dicen que unas plumas blancas, como las de los cisnes, fueron encontradas en el suelo por los viajeros apenas salieron. Esto puede implicar una aparición angelical, pero sólo son hipótesis.

96

Ahora bien, afuera de la torre la tenue luz pareció un destello solar. Los viajeros, aliviados al no ver enemigos cerca, tomaron bocanadas de aire y corrieron apresurado hacia los árboles, flanqueando la torre por la izquierda hasta llegar a la planicie calva. Después de que la compañía entró a la torre, el Yúcida asumió que Valane los mataría, por lo cual decidió retirarse con su patrulla. A diferencia de lo que pensaba la Vampiresa, el hechicero nada sabía de la Estrella de Jores, pero de haberlo sabido incluso hubiera invadido la torre con tal de tener la joya. El Yúcida pensaba que eran sólo unos desertores sin importancia que intentaba escapar de Gorthgath, como muchos lo habían intentado antes.

Ahora bien, los expedicionarios caminaron unas tres horas en medio de la llanura, hacia el occidente, en silencio y con las cabezas bajas.

-¿Dónde vamos? -preguntó Méladriel a Éliot, con voz débil y desganada. Su túnica y su cara estaban sucias por la sangre de Kor.

El guía suspiró. -El puente de Aigón está todavía a varios días de aquí -dijo mientras caminaba exhausto sobre el suelo cubiertos de ceniza y fetidez.

La noticia cayó en los oídos de los viajeros como una gran carga que no querían poseer. Todos ya sentían un gran peso en los pies, y el dolor en sus piernas era perseverante.

-¿Qué hay de comer? -preguntó Eret mientras tragaba grandes bocanadas de inmundo aire.

-Ya no tenemos provisiones -respondió Algar con desilusión.



Juan Esteban Peláez

-Sin provisiones y con un Yúcida detrás de nosotros... no tenemos esperanza -aseguró Maron atormentado.

-No debimos haber venido -dijo Eret desilusionado.

-Tienes razón -añadió Méladriel recordando su casa, la muerte de Alora, de Asholf y ahora de Kor. Ella simplemente quería volver a su casa y no seguir adelante.

Entonces todos se asombraron del desanimo de la hermosa joven. Méladriel había intentado mostrar alegría siempre, y nunca había hablado con tanta tristeza durante todo el viaje. Esto fue un golpe todavía más duro para la compañía.

La niebla cayó y el cielo se oscureció hasta ennegrecerse. Entonces, repentinamente, un rayo purpúreo iluminó el horizonte y un estruendo estremeció a los agotados viajeros. Después otro rayo, y otro más, y otra agotadora y desdichada noche llegó. Méladriel intentó dormir, pero el frío hizo que la noche fuera larga, y el hambre no la dejaba pensar con tranquilidad.

Al día siguiente los viajeros caminaron entre la niebla una hora hasta llegar a una isla arbórea en medio de la planicie parda. Los árboles eran los mismos que habían estado viendo a lo largo de la travesía: Parecidos a viejos y mohosos robles, desnudos o muertos; pero nadie pudo saber cuál especie eran.

Sólo los pasos eran escuchados entre la madera muerta. Los árboles vigilaban atentos el paso de los sobrevivientes, y un manto de niebla circundaba bajo el cielo gris. Media hora después de entrar a los árboles, Algar dejó que la marcha descansara. Méladriel, agotada, puso la cabecita sobre una piedra lisa, y allí cayó abatida por el cansancio, y durmió profundamente. El resto de los Hombres se recostaron contra los troncos de los árboles y quedaron dormidos. Algar fue el único que quedó en guardia.

Pero, como si la suerte los abandonara por completo, un horripilante gruñido, semejante a los gruñidos de los crimos, rompió el descanso. Algar golpeó levemente a Éliot con la vara para despertarlo, y Eret y Maron se levantaron con un segundo gruñido, más fuerte y cercano; pero la niebla era densa y evitaba toda visibilidad. Méladriel aún seguía dormida.

Los Hombres y el Mago miraban constantemente a su alrededor, esperando ver algo entre la bruma. Un tercer gruñido, más cercano y de decibeles perversos, se oyó a la retaguardia de la marcha, adornado con un sonido de ramas quebradas. Así que todos giraron las cabezas, y un golpe en un tronco cercano inquietó aún más a los Hombres; incluso el Mago parecía asustado.

-Despierta, Méladriel -pidió Éliot a la joven mientras la movía sutilmente.

-¿Qué pasó? -preguntó la joven aún adormilada. Entonces otro golpe cercano hizo que el sueño de Méladriel desapareciera, y se asustó y se levantó rápida pero silenciosamente.

-Lo mejor será seguir adelante -aseguró Algar, mirando todos sus alrededores. La bruma parecía estancarse allí, y los árboles sobresalían de la bruma como si estuvieran sobre una nube.

Los viajeros siguieron casi por medio día, incapaces de correr a causa del hambre, la sed y el cansancio. La falta de sueño ya los había debilitado demasiado, y parecían haber olvidado el color de los soles, de la hierba y de los árboles, de Sírel y de las estrellas. Así que, en medio de chillidos agudos y sonidos distorsionados entre los árboles, los viajeros



Juan Esteban Peláez

siguieron caminando sin fuerzas, al parecer sin rumbo alguno. Las esperanzas ya habían sido completamente destruidas, y la misión parecía haber fallado.

Cabizbajos, los expedicionarios ya no escapaban, y, por el contrario, parecían esperar la muerte con resignación.

-Creo que es hora de acabar con esto -dijo Maron sin fuerzas.

Méladriel, que era la más cercana, volteó a mirar al Hombre con extrañeza. -¿De qué hablas? -preguntó.

-No puedo seguir más, Méladriel.

-Debes intentarlo.

-No, Méladriel, ya no puedo más. No aguantaré otra noche más sin comida, sin agua y con terrores pisándonos los talones.

-No caigas todavía -pidió la joven.

-¿Y para qué seguir? -preguntó Maron.

Entonces Méladriel no pudo responder, y, callada, escondió el rostro bajo sus cabellos negros y siguió adelante.

Éliot, que iba a la cabeza, seguía adelante entre zarzas y árboles. Algar lo seguía, y tras él, Eret, Méladriel y Maron. Para casi todos era obvio que Maron no duraría una noche más con vida, pues caminaba como un fantasma errante. Y cuando la noche cayó, todos se acostaron sin alientos; y Eret, que se había vuelto muy cercano a Maron, pareció despedirse de él como si el día fuera a revelar una amarga partida. Y así fue, pero no como todos esperaban.

No fue Maron quien murió durante la noche, pues el día reveló algo desconcertante: Eret había amanecido recostado contra un tronco mohoso, con una pequeña daga clavada en su pecho. No había muerto de inmediato, pero no había demorado mucho en hacerlo. El desespero lo había llevado al suicidio, pues la esperanza se había perdido, y los terrores que los acechaban lo habían enloquecido. Así cayó Eret, el más fuerte de la compañía.

Aunque parezca increíble, Maron a duras penas se dio cuenta de la pérdida. A Maron ya no parecía importarle nada, y sin sentimiento alguno, se despidió de su amigo. Ahora sólo quedaban cuatro viajeros: Éliot, Algar, Méladriel y Maron.

Siguieron entre la arbolada por otro largo día, y después por otra noche, y otro día, y otra noche. Pero al día siguiente ya nadie tenía fuerzas para seguir adelante. El hambre producía dolorosas contracciones en los estómagos de los viajeros, y jadeaban de sed. Incluso ya Méladriel y Maron mostraban indicios de enfermedad. Por momentos ignoraban los difusos pasos o los gruñidos cercanos que los rodeaban.

Méladriel todavía no se había despertado del todo, cuando escuchó los gritos desesperados de Maron, quien había tenido una larga y dolorosa noche.

- Maldigo al Demonio y a toda su inmundada prole! -gritaba Maron, alucinando.

-¡Cállese Maron, o hará que nos maten a todos! -exclamó Éliot, furioso.

Pero Maron no hizo caso. -¡Los odio a todos! -gritó con más fuerza.

-Cálmate, Maron, por favor -pidió con voz cansada Méladriel mientras se levantaba y se acercaba al Hombre.

Pero Maron meneó la cabeza. -¡Es hora de morir! -gritó finalmente, y de repente, sacó un puñal de su cinto y se cortó el cuello, cayendo de inmediato al suelo.



Juan Esteban Peláez

Méladriel quedó tan pasmada, que ni siquiera pudo soltar el grito que quedó en su garganta. Éliot se tomó la cabeza entonces, pensativo y angustiado. La desgana también le había ganado a él. El guía parecía haber olvidado todo, desde Herda hasta el Castillo de Cristal, y sólo parecía recordar esas encenizadas colinas, esas pardas praderas y esos tétricos árboles, ese cielo plumizo y esas nubes grisáceas y pesadas. Entonces se arrepintió de haber aceptado volver a esas tierras, y odio a Algar.

Pero no sólo Éliot sentía eso, pues Méladriel sentía exactamente lo mismo. La esperanza a la que la joven se aferraba era nula: Ya no tenía hogar al cual volver, ni familiares a los que visitar. Háladriel estaba lejos, en las Tierras de las Brujas, y Méladriel nunca podría ir allí. La única esperanza era ver a Arcalón, mas ella desconocía su suerte. Todo había terminado.

Entonces, sin decir palabra alguna, Méladriel tomó el puñal de Maron, lo limpió y se quedó mirando su rostro en la hoja por unos segundos. Miró con detenimiento sus ojos enrojecidos, su cabello sucio y enmarañado, su tez hollada y sus facciones famélicas. Aunque seguía siendo hermosa, Méladriel parecía haberse envejecido muchos años a causa de los terrores del viaje. Entonces se subió el mithril, empuñó la daga y puso la punta en su abdomen. Suspiró y miró a Éliot, que al ver la intención de Méladriel se lanzó para detenerla. Ese día fue el 13 de junio del año 206 de la Nueva Era, cumpliéndose así dos meses y nueve días de viaje.



Juan Esteban Peláez

Aquí termina la primera parte de La Edad de las Estrellas I: La Dama de la Noche. Amigo lector, sigue La Edad de las Estrellas II: La Guerra Espectral.